Cuando volviste a mí



DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Cuando volviste a mí

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.
Cuando volviste a mí
©Dylan Martins. Janis Sandgrouse
©julio, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1



Noa

El polvo bailaba en el haz de luz que entraba por la ventana que acababa de abrir de par en par. Era dorado y cálido, el tipo de polvo que solo se acumula en las casas que han estado esperando demasiado tiempo. Catorce años, para ser exactos. Catorce años desde la última vez que pisé este suelo de barro cocido, catorce años desde que cerré esa puerta verde musgo pensando que nunca volvería a abrirla.

Pero la vida, esa bromista compulsiva, tenía otros planes.

Dejé la maleta en el umbral y me quedé quieta un segundo, respirando. El aire olía a cerrado, a madera vieja, a jazmín seco y a algo más difícil de nombrar: a recuerdos guardados en tarros de cristal que nadie había abierto. Fuera, el verano de Marbella golpeaba con su fuerza habitual, esa humedad pegajosa que te envuelve como una manta húmeda nada más cruzar la puerta. Pero dentro, en la penumbra de la villa que mis abuelos construyeron con sus propias manos, el tiempo se había detenido en algún punto entre aquella última vez y la eternidad.

—*Vaya mierda, Noa* —murmuré para mí misma, sacudiendo una telaraña imaginaria de mi camiseta de lino blanco—*. Has vuelto al lugar del crimen.*

El crimen, claro, había sido mío. Huir. Desaparecer. Empaquetar mi vida en dos maletas a los veintiún años y largarme a Madrid con la determinación de quien cree que puede dejar atrás no solo una ciudad, sino también todo lo que esta representaba. Los errores. Las lágrimas. Ese hombre que me miraba como si yo fuera la luz del mundo, pero que nunca estuvo dispuesto a apagar la suya para que yo brillara.

Pero no estaba lista para pensar en él todavía. No tan pronto. No cuando aún tenía las manos ocupadas intentando abrir las contraventanas oxidadas de la cocina.

Empujé con fuerza y la madera cedió con un chirrido protestón, dejando entrar de golpe el ruido del jardín: las cigarras, el viento moviendo las hojas del limonero, el lejano murmullo de algún vecino regando sus plantas. Sonidos de agosto. Sonidos de mi infancia. Sonidos que creía haber olvidado y que ahora me golpeaban en el pecho con la precisión de un puño cerrado.

Me senté en el escalón de la terraza y me quité las *Converse*. El suelo estaba caliente. Siempre lo estuvo en agosto. Recuerdo que, de pequeña, corría descalza por aquí sin importarme el calor, persiguiendo a mi abuelo Manuel mientras él regaba el jazmín que trepaba por la pared blanca. «Este jazmín es más viejo que tú, Noita», me decía. «Y aguanta más que cualquiera de nosotros.»

Tenía razón. Allí estaba, verde y salvaje, invadiendo la barandilla como si nadie hubiera estado ausente.

Me levanté y caminé hacia el interior. La casa no era grande, pero sí generosa. Dos plantas, cinco habitaciones, un desván que olía a cartón y secretos. Paredes blancas que mi abuela Carmen pintaba cada primavera religiosamente. Una cocina enorme con azulejos azules donde ella preparaba tortillas de patatas que alimentaban a medio barrio. Y ese olor, Dios mío, ese olor a café recién hecho y lavanda que parecía haberse impregnado en los ladrillos para siempre.

Abrí el grifo de la cocina. Tosió, escupió óxido y, finalmente, salió agua marrón que poco a poco fue aclarándose. Me lavé la cara. El agua estaba tan caliente como el ambiente, pero me despertó. Me miré en el espejo empañado del baño de abajo. Los mismos ojos color miel, el mismo pelo castaño recogido en un moño desordenado, las mismas pecas en la nariz que odiaba de adolescente y que ahora, a los treinta, había aprendido a aceptar como mapa de todos los veranos a los que había sobrevivido.

Pero no era la misma, eso lo sabía. La Noa que se había ido de aquí a los veintiún años, llevaba el corazón hecho añicos en una bolsa de plástico, convencida de que nunca volvería a enamorarse, de que el amor era un juego en el que ella siempre terminaba siendo la segunda opción. La Noa que regresaba ahora... bueno, esa Noa había construido una vida. Pequeña, sí. Solitaria a veces. Pero suya.

O eso me gustaba creer.

Subí al desván con la intención de buscar sábanas limpias, pero lo que encontré fue una emboscada emocional. Allí estaban, ordenadas en cajas de cartón con letras de rotulador que ya se borraban: «Noa. Infantil». «Noa. Instituto». «Noa. Universidad».

Me arrodillé y abrí la de la universidad. Apuntes de Administración de Empresas, apilados con la precisión de quien todavía creía que el orden en los estantes podría traducirse en orden en la vida. Fotografías. Dios, las fotografías. Ahí estaba Claudia, rubia y deslumbrante, haciendo el payaso con una botella de vodka en alguna playa que no recordaba. Sara, seria y morena, intentando separar a Claudia de un chico que seguramente no merecía la pena. Y yo en medio, siempre en medio, riendo con esa risa que tenía antes de que alguien me enseñara que reír demasiado alto podía hacer que te ignoraran cuando llorabas.

Había otras fotografías más difíciles de mirar. Las saqué de debajo de un libro de Contabilidad Avanzada como quien saca una espina. Éramos seis en esa imagen: Claudia y Sara estaban con sus respectivos novios, los hermanos Reyes. En ese momento, yo aún no sabía que ellos serían los maridos de mis amigas. Yo, al lado de Adrián, con su brazo posesivo sobre mis hombros, sonriendo a la cámara con esa sonrisa idiota que pones cuando estás enamorada de alguien que te está utilizando para llenar un vacío que ni siquiera sabías que tenías.

Adrián. Mi gran error de juventud. Mi amigo con derecho a roce que nunca fue amigo del todo. Él tenía treinta y dos años cuando yo tenía veinte, y eso ya debería haberme alertado. Pero no, yo veía madurez donde había cobardía, veía profundidad donde había solo comodidad. Durante tres años, desde los dieciocho hasta los veintiuno, cuando finalmente corté por lo sano, mantuvimos una relación intermitente, clandestina, humillante para mí y cómoda para él. Él tenía pareja. Siempre tuvo pareja. Y yo era la chica de los miércoles, la de los mensajes a medianoche, la que esperaba en el coche mientras él inventaba excusas para su novia.

Hasta que un día, a los veintiún años, dejé de esperar. No hubo discusión épica ni escena de película. Simplemente, después de tres años de relación clandestina, un martes cualquiera de noviembre, dejé de contestar sus mensajes. Y él, el cobarde, no insistió. Así de fácil. Así de doloroso.

Me mudé a Madrid esa misma semana. Encontré una habitación en un piso compartido cerca de la universidad, conseguí una beca de prácticas en una consultora de cuatro paredes grises y un jefe con aliento a café rancio, y construí una muralla alrededor de mi corazón que ni el ejército romano podría derribar.

En Madrid me fue bien. Buena estudiante, buena empleada, buena amiga de compañeros de trabajo que nunca llegaron a conocerme del todo. Tuve algunas relaciones, sí. Ninguna importante. Algunos pendejos, como diría la canción. Hombres que me buscaban para el sábado por la noche, pero no para el desayuno del domingo. Hombres que confundían mi independencia con frialdad, mi autosuficiencia con falta de necesidad de cariño.

Ninguno me miró nunca como...

Dejé la foto boca abajo sobre la caja. No. No iba a terminar esa frase. No hoy.

Bajé al jardín con una caja de cervezas que había comprado en el supermercado de la autopista, mi única parada antes de llegar a la casa, y me senté en el columpio de madera que mi abuelo construyó cuando yo nací. Chirrió bajo mi peso, pero aguantó. Como todo en esta casa, estaba hecho para durar.

El sol empezaba a caer, tiñendo el cielo de naranjas y rosas imposibles. El famoso atardecer de la Costa del Sol, ese que los turistas pagan miles de euros por ver desde las terrazas de hoteles de cinco estrellas. Yo lo tenía gratis, en mi jardín abandonado, con una cerveza caliente en la mano y el corazón en un puño.

Saqué el móvil y vi varios mensajes.

Claudia: *¿Ya estás ahí, loca? Llámame cuando puedas.*

Otro de Sara.

Sara: *Bienvenida de nuevo.*

Y, por último, uno de mi madre.

Mamá: *Hija, asegúrate de que el termo eléctrico funcione antes de ducharte.*

Y yo sonreí de verdad por primera vez en todo el día.

Claudia y Sara sabían que venía, como también sabían que, antes de verlas, necesitaba tiempo para estar a solas en el lugar que había dejado atrás desde hacía tanto tiempo.

Estaba a punto de contestar a Claudia cuando escuché un coche reducir la marcha en la calle. Un motor potente, elegante. No el típico utilitario de los vecinos. Levanté la vista, intrigada, pensando en algún turista perdido que buscaba su casa de vacaciones.

El coche se detuvo justo frente a mi verja.

Era un BMW negro y reluciente, demasiado limpio para el polvo de esta calle. Durante unos segundos, nada pasó. El motor siguió en marcha, el aire acondicionado seguramente a tope dentro. Yo me quedé quieta en el columpio, con la cerveza suspendida a medio camino de mis labios, sintiendo un escalofrío extraño en la nuca.

Entonces, la puerta del conductor se abrió y salió un joven.

Alto, moreno, con una camiseta blanca y unos vaqueros rotos de forma ostentosa. Llevaba gafas de sol puestas a pesar de que el sol ya casi había desaparecido, y caminaba con esa seguridad que solo tienen los que se han criado sabiendo que el mundo les pertenece.

Se detuvo frente a la verja, se quitó las gafas y nuestros ojos se encontraron.

Él frunció el ceño primero, como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Luego, algo cambió en su rostro. Una incredulidad que se transformó en algo más brillante, más caliente. Empezó a sonreír, una sonrisa enorme, de esas que parten la cara en dos, y antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, saltó la verja con una agilidad insultante.

—No puede ser... —dijo, y su voz... su voz me sonó a algo lejano, a algo enterrado bajo años de silencio.

Me puse de pie, tambaleándome un poco. La cerveza se me cayó de la mano y se derramó sobre la hierba seca, pero no me importó.

—¿Gabriel? —Susurré porque, de repente, al verlo de cerca, reconocí algo.

La forma de la mandíbula. El gesto de inclinar la cabeza hacia la izquierda. Esos ojos verdes que había visto antes, hacía mucho tiempo, en otro rostro.

Pero él no me dejó terminar la pregunta. Cruzó los tres metros que nos separaban en dos zancadas y me abrazó.

No uno de esos abrazos de compromiso, no. Un abrazo que me levantó del suelo, que me apretó contra su pecho, que me permitió oler su colonia, algo cítrico y moderno, y sentir su corazón latiendo con fuerza contra mi mejilla.

—Sabía que eras tú —dijo contra mi pelo, con la voz ligeramente rota—. Sabía que no podías haberte ido para siempre.

Y yo, estúpida, idiota, ingenua de treinta y cinco años, me quedé quieta en sus brazos, con los ojos cerrados, sintiendo cómo algo dentro de mí, algo que creía petrificado, fosilizado y muerto, empezaba a resquebrajarse.

Porque ese chico, este hombre de veintiún años que me abrazaba con la fuerza de quien recupera un tesoro perdido, no era un desconocido.

Era Gabriel. El niño que llevaba a por helados cuando tenía seis años. El que se quedaba dormido en mi regazo viendo dibujos animados. El que llamaba «mi Noa» con esa posesión infantil que nunca cuestioné.

Pero había algo en su mirada, en la forma en que me sostenía, en la emoción desbordada de su rostro, que no entendía. Una intensidad que trascendía el simple reencuentro con alguien del pasado.

Me soltó suavemente, pero mantuvo las manos en mis hombros, examinándome como si buscara algo que temía no encontrar.

—Has cambiado —dijo, y sus ojos se humedecieron un poco—. Pero sigues siendo tú.

—Gabriel... —Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta—. ¿Cómo...? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Él sonrió, y en esa sonrisa vi un destello de su padre, de ese hombre que había sido mi paño de lágrimas tantas veces, de ese hombre que...

No. No pensaría en él ahora.

—El barrio sabe todo —dijo Gabriel, encogiéndose de hombros—. Además, he pasado por delante de tu casa todos los días durante los últimos tres meses, desde que nos enteramos de que la habías heredado.

—¿Tres meses? —parpadeé—. Pero si yo misma no sabía si iba a venir hasta hace dos semanas...

—Lo sabía yo —dijo simplemente, y en su voz no había arrogancia, solo certeza absoluta—. Tenías que volver. Esta casa te necesitaba. Y tú... tú nos necesitabas.

Nos necesitabas. Esa palabra plural resonó en mi cabeza como una campana.

Gabriel se apartó un paso, pero no soltó mi mano. La apretó con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer si me dejaba ir.

—Tengo que llamar a los demás —dijo, sacando el móvil con la otra mano—. Marcos se va a volver loco. Y Lucía... Dios, Noa, Lucía va a llorar. Nunca dejó de hablar de ti, nunca...

—Espera —dije, deteniéndolo, confusa, abrumada—. Gabriel, yo... no entiendo. Han pasado catorce años. ¿Por qué...? ¿Por qué me miras así?

Él dejó el móvil en el bolsillo y me miró. Realmente me miró. Y en esos ojos verdes, tan parecidos a los de su padre, pero llenos de una juventud que él nunca tuvo cuando yo le conocí, vi algo que me aterrorizó e ilusionó al mismo tiempo.

—Porque tú no sabes lo que significaste —dijo en voz baja—. Nunca lo supiste. Pero ahora estás aquí. Y esta vez... esta vez no te vamos a dejar ir.

El sol se ocultó por completo en ese momento, sumiendo el jardín en una penumbra violeta. Las cigarras cantaban más fuerte. Y yo, de pie en el jardín de mi infancia, sosteniendo la mano de un hombre que había sido un niño en mis brazos, sentí que el suelo se me movía bajo los pies.

No entendía por qué me miraba como si llevara años esperándome.

Pero iba a descubrirlo.

Y algo me decía que esa revelación iba a cambiarlo todo.

Capítulo 2



Gabriel

El volante se me resbalaba entre las manos, y no era solo por el calor de agosto que convertía el interior del coche en un horno a pesar del aire acondicionado. Era el nudo que tenía en la garganta, esa mezcla absurda de miedo y esperanza que me hacía pisar el acelerador con más fuerza de la necesaria y luego frenar en seco ante cada semáforo, como si mi pie no supiera decidir entre la prisa y el pánico.

Llevaba tres meses pasando por delante de esa casa. Tres meses desde que nos enteramos de que la villa de los abuelos Souto había pasado a manos de su nieta, tres meses mirando esas contraventanas verdes cerradas, esperando ver alguna luz, alguna señal, alguna prueba de que ella había decidido volver.

Y ahora, Dios, ahora que la había visto, no podía procesarlo.

Tenía veintiún años. Estudiaba Ingeniería Industrial en Málaga, trabajaba los fines de semana en el hotel de mi padre, nuestro hotel, aunque todavía me costara pensarlo así, y me consideraba un tipo razonablemente maduro. No era de esos que se emocionaban hasta las lágrimas, o eso creía. Pero en ese momento, conduciendo por las calles estrechas del barrio antiguo, sentía que podía llorar como un crío.

Porque era ella. Realmente era ella.

El semáforo se puso en rojo y frené demasiado brusco. El coche se estremeció. Apoyé la frente en el volante un segundo, respirando hondo, intentando calmarme. Pero cerrar los ojos fue un error. Cerrar los ojos devolvió el recuerdo con una claridad insultante.

Tenía seis años cuando la conocí. Seis años, recién empezado el colegio, con los bolsillos llenos de miedos que no sabía nombrar. Mis padres se habían divorciado hacía dos años, mi madre se había ido a vivir a Barcelona con un tipo que vendía seguros, y yo estaba convencido de que había algo en mí que hacía que la gente se marchara.

Mi padre intentaba ser suficiente para Marcos, para Lucía y para mí. Lo intentaba de verdad. Pero trabajaba doce horas diarias en la constructora, volvía a casa exhausto y, aunque nunca faltó un plato de comida caliente ni un cuento antes de dormir, sentía que faltaba algo. Alguien. Una presencia femenina que no fuera mi abuela Mercedes, que era maravillosa pero olía a colonia de violetas y me trataba como si fuera de cristal.

Y entonces llegó ella.

Recuerdo el día perfectamente. Era un sábado de primavera, uno de esos días en los que el cielo de Marbella parece hecho de tela azul recién planchada. Mi padre me llevó a casa de mi tío Sergio, donde también estaría el tío Iván, para una barbacoa que olía a carbón y a secreto ibérico. Yo estaba sentado en los escalones del jardín, jugando con un coche de plástico rojo, cuando escuché una risa.

Esa risa.

Era una risa que sonaba como el agua corriendo en verano, como las campanillas de viento que colgaba mi abuela en el porche. Alcé la vista y la vi: una chica morena, joven, sentada en el césped con mi hermano Marcos en brazos. Marcos tenía cuatro años y era un demonio con patas, pero en ese momento estaba quieto, fascinado, mientras ella le hacía cosquillas en la barriga con una pluma que había encontrado en algún sitio.

—¿Y tú quién eres, guapo? —me preguntó, dejando a Marcos y acercándose a mí.

No contesté. Era tímido. Demasiado tímido para mi edad, decían todos.

Pero ella no se fue. Se sentó a mi lado en el escalón, sin importarle el polvo ni que su vestido blanco se ensuciara. Cogió mi coche rojo, lo examinó con seriedad y dijo:

—Este coche necesita un copiloto. ¿Tú sabes conducir?

—No —murmuré.

—Yo tampoco —susurró, conspiradora—*. Pero podemos aprender juntos.*

Y durante las tres horas siguientes, ella y yo «conducimos» ese coche por todo el jardín. Ella inventó una historia absurda sobre que éramos espías secretos que tenían que entregar un paquete muy importante, un paquete que resultó ser una piedra redonda que pintamos con rotuladores, y yo, que apenas hablaba con extraños, me reí tanto que me dolió la barriga.

Cuando mi padre vino a buscarme para irnos a casa, me agarré a la pierna de ella y me negué a soltarla.

—Quiero que venga con nosotros —lloriqueé, con esa vergüenza que solo tienen los niños pequeños cuando expresan lo que sienten.

Mi padre se quedó rojo, avergonzado. Pero ella, ella se agachó hasta mi altura y me miró a los ojos.

—Gabriel —dijo, y era la primera vez que pronunciaba mi nombre—*, yo voy a estar aquí siempre que tú me necesites. ¿Trato hecho?*

—¿Prometido? —pregunté, con la voz temblorosa.

—Prometido.

Y lo cumplió durante el año siguiente. Y hasta ese momento, hasta que ella desapareció de nuestras vidas sin despedirse, Noa fue mi persona favorita. Mi Noa, como la llamaba yo, con esa posesión absoluta que tienen los niños. Venía a casa los fines de semana, me ayudaba con los deberes que me volvían loco, me llevaba a por helados de limón que comíamos sentados en el muro del puerto deportivo y me leía cuentos en la terraza hasta que me quedaba dormido en su regazo.

Ella no sabía que muchas noches, cuando mi padre creía que dormía, me asomaba a la ventana y la veía sentada en el jardín, hablando con él. Mi padre. Hablaban durante horas, en voz baja, y aunque no entendía de qué, sí entendía algo: cuando ella estaba, mi padre reía más. Parecía más ligero. Menos triste.

Y luego, un día, se fue.

No hubo despedida. No hubo «hasta luego». Un martes de noviembre, mi padre llegó a casa con una cara que no había visto nunca: apretada, gris, como si alguien le hubiera apagado una luz por dentro. Cuando pregunté por Noa, me dijo que se había mudado a Madrid para trabajar.

—*¿Volverá?* —pregunté.

Mi padre me miró durante mucho tiempo. Demasiado tiempo.

—*No lo sé, Gabriel* —dijo al final—*. A veces la gente se va y no vuelve.*

Tenía siete años y fue la primera vez que odié a alguien. Odié Madrid, odié los trabajos, odié a los adultos que se llevaban a las personas que querías sin preguntarte si estabas de acuerdo.

Pero, sobre todo, durante años, odié a mi padre por no haber hecho nada para impedirlo.

Ahora, con veintiún años, entendía que no era tan simple. Entendía que había cosas entre adultos que los niños no ven, heridas y silencios y miedos que se interponen entre dos personas que deberían estar juntas. Pero entonces... entonces solo supe que había perdido a alguien esencial, y que nadie me había preguntado si estaba de acuerdo.

El coche de detrás me pitó. El semáforo había cambiado. Pisé el acelerador con demasiada fuerza y el coche saltó hacia delante, chirriando.

—*Tranquilo, imbécil* —murmuré para mí mismo, aunque no sabía si me refería al conductor de atrás o a mí mismo.

Giré en la esquina del Callejón de la Cruz. Era una calle estrecha, de las que no aparecen en las guías turísticas, con casas blancas y macetas de geranios en las ventanas. La casa de los abuelos Souto estaba al final, justo donde la calle hacía una suave curva hacia la izquierda.

Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo en mis oídos. *Pum. Pum. Pum.* Como un tambor de guerra.

Y entonces la vi.

Estaba sentada en el columpio del jardín, el mismo sitio donde solía sentarse ella cuando hablaba con mi padre. Llevaba una camiseta blanca y vaqueros, el pelo recogido en un moño desordenado, y tenía una cerveza en la mano derecha. La izquierda descansaba en la cadena del columpio, moviéndose lentamente, haciendo que el asiento de madera chirriara con ese sonido tan familiar que me transportó catorce años atrás en un segundo.

Frené el coche en seco. No importó que estuviera en medio de la calle. No importó que bloqueara el paso. No importó nada.

Porque era ella.

Noa.

Mi Noa.

Catorce años habían pasado, pero la reconocería entre mil. La forma de inclinar la cabeza hacia la izquierda cuando pensaba. La manera en que el sol del atardecer le doraba la piel. La postura relajada pero elegante, como si estuviera en casa en cualquier sitio donde pusiera un pie.

Estaba de espaldas a la calle, mirando hacia el jardín, hacia el limonero que mi abuelo Antonio había plantado hacía décadas. No me había oído llegar. El motor del BMW era silencioso, y yo había frenado suavemente, en trance.

Apagué el motor. El silencio fue repentino, casi violento. Solo quedaban las cigarras y el sonido de mi propia respiración, agitada, entrecortada.

Me bajé del coche. Las piernas me temblaban. Me sentí de repente como ese niño de seis años que no sabía hablar con extraños, ese niño que necesitaba que alguien le enseñara a conducir coches de plástico rojo.

Caminé hacia la verja. Cada paso me parecía un kilómetro. El jardín olía a jazmín y a hierba seca, el mismo olor de mi infancia, inmutable, injustamente inmutable, mientras yo me convertía en adulto sin permiso.

Estaba a tres metros de ella cuando el suelo crujió bajo mi pie. Una ramita seca. El sonido fue un disparo en el silencio.

Ella se giró.

Nuestros ojos se encontraron.

Y entonces pasó algo extraño. Durante un segundo, un segundo que duró una eternidad, ella no me reconoció. Vi confusión en sus ojos color miel, una punta de precaución, la reacción automática de una mujer sola que ve acercarse a un desconocido.

Pero yo ya estaba sonriendo. No podía evitarlo. La sonrisa me brotaba de dentro, imparable, enorme, la sonrisa de un niño que ha encontrado su juguete perdido.

—No puede ser... —dije en voz alta, y mi voz sonó extraña, rota, emocionada.

La confusión en su rostro se transformó en algo más suave, más reconocible, y yo vi cómo sus ojos se abrían de par en par mientras el reconocimiento llegaba.

—¿Gabriel? —susurró.

No respondí. Salté la verja, una habilidad que había perfeccionado durante años al entrar y salir de la casa de mis abuelos, y en dos zancadas estaba frente a ella.

Y la abracé.

La abracé con todas mis fuerzas, con la fuerza de quien tiene catorce años de abrazos acumulados, de catorce años de preguntas sin respuesta, de catorce años de extrañar a alguien que no sabía cómo nombrar. La levanté del suelo, sintiendo su peso real, su calor real, el olor a champú y a sol de su pelo.

Ella se quedó quieta un segundo, rígida, y pensé por un momento terrible que no me recordaba, que para ella yo era solo un niño más entre los cientos que había conocido.

Pero entonces sus brazos se cerraron alrededor de mi cuello, apretando con fuerza, y sentí su aliento cerca de mi oreja.

—Gabriel —dijo otra vez, y esta vez su voz temblaba—. Mi Gabriel.

Mi corazón estalló.

La solté suavemente, pero mantuve las manos en sus hombros, necesitando asegurarme de que era real, de que no era un espejismo de agosto, de que no me había vuelto loco de tanto desearlo.

—Has cambiado —dije, examinándola, buscando en su rostro los rasgos de la chica que guardaba en mi memoria—. Pero sigues siendo tú.

Ella rio, y fue esa risa, esa risa de agua corriendo, de campanillas de viento.

—Tú sí que has cambiado —dijo, pasando una mano por mi hombro, midiendo mi estatura—. Estás... estás enorme. ¿Cuándo te hiciste adulto?

—Hace poco —bromeé, aunque la emoción me ahogaba—. Todavía estoy aprendiendo.

Nos miramos en silencio. El atardecer se estaba apagando rápidamente, tiñendo el jardín de violetas y grises. Las primeras estrellas empezaban a asomar en el cielo.

—Gabriel... —Empezó ella, y vi que tenía los ojos brillosos—. No entiendo. ¿Cómo...?

—He pasado por aquí todos los días —confesé, sintiendo que necesitaba decirle la verdad, toda la verdad—. Desde que nos enteramos de que habías heredado la casa. Tres meses, Noa. Tres meses esperando.

Ella parpadeó, confundida.

—¿Esperando qué?

—A que volvieras —dije simplemente—. A que decidieras que era hora de volver a casa.

La palabra casa flotó entre nosotros, pesada, cargada de significados que ninguno de los dos quería desentrañar todavía.

Ella abrió la boca para decir algo, pero yo ya estaba sacando el móvil del bolsillo. Tenía que hacerlo. Tenía que avisarles. Marcos se volvería loco. Y Lucía... Dios, Lucía lloraría como una magdalena.

Pero, sobre todo, sobre todo, tenía que decírselo a él.

A mi padre.

Porque mi padre, ese hombre que se había tragado catorce años de silencio, que había construido un hotel con sus propias manos para tener ocupadas las suyas, que se había convertido en el mejor padre del mundo para compensar el amor que no se había atrevido a pedir...

Mi padre necesitaba saber que ella estaba aquí.

Miré a Noa, que me observaba con esos ojos que habían visto crecer a mi hermano, que me habían leído cuentos, que habían sido el refugio de mi infancia.

—No se lo va a creer cuando lo vea —dije, marcando el número de mi padre, con la voz llena de una emoción que no podía controlar.

Y en el silencio del jardín, mientras el móvil empezaba a sonar al otro lado, supe que este verano iba a ser diferente a todos los demás.

Este verano, por fin, íbamos a recuperar lo que habíamos perdido.

Capítulo 3



Noa

Gabriel tenía las manos temblorosas mientras marcaba el número en su móvil. Lo observé desde mi posición en el escalón de la terraza, con la cerveza derramada todavía humedeciendo la hierba a mis pies, intentando procesar que el niño que una vez llevé de la mano para comprar helados ahora era este hombre alto, de barba incipiente, que temblaba como una hoja al otro lado del jardín.

—Papá —dijo Gabriel, y su voz cambió, se volvió más joven, más vulnerable—. Sí, estoy bien. No, no ha pasado nada malo. Escúchame...

Hizo una pausa. Cerró los ojos. Yo contuve la respiración sin saber muy bien por qué.

—Ha vuelto —susurró Gabriel al teléfono—. Noa. Está aquí, en la casa de sus abuelos. La he encontrado.

El silencio que siguió al otro lado de la línea fue tan denso que casi pude sentirlo desde donde estaba. Gabriel asintió varias veces, aunque su padre no podía verlo, y murmuró algo como «sí, seguro», «no, no se ha ido», «ven cuando puedas».

Cuando colgó, se quedó inmóvil unos segundos, mirando la pantalla del móvil como si contuviera los secretos del universo.

—¿Está... está bien? —pregunté, y mi voz sonó extraña, forzada, demasiado alta para el silencio del jardín.

Gabriel se giró. Sonrió, pero era una sonrisa complicada, llena de aristas que no sabía interpretar.

—Se ha quedado mudo —dijo—. Literalmente. Ha tardado treinta segundos en decir una palabra. Y cuando ha hablado... —Gabriel se interrumpió, negando con la cabeza—. Ha dicho que viene. Que está en el hotel, que cierra unas cosas y luego viene.

El hotel.

El Hotel Bahía Esmeralda.

Sentí que el suelo se movía ligeramente bajo mis pies, esa sensación de mareo que experimentas cuando el cuerpo sabe algo que la mente todavía se niega a reconocer. Catorce años. Catorce años evitando pronunciar ese nombre en voz alta. Catorce años borrando de mi memoria esa vida que había dejado atrás.

Y ahora, en cuestión de minutos, Gabriel lo había devuelto todo al presente con la fuerza de un tsunami.

—No tienes que quedarte —dije, intentando recuperar algún control sobre la situación—. Seguro que tienes planes, amigos, cosas que hacer. Yo... yo estoy bien sola. Necesito organizar la casa, deshacer las maletas...

—¿Estás de broma? —Gabriel se acercó y se sentó en el escalón junto a mí, ignorando por completo mi intento de distanciamiento—. Noa, te he buscado durante catorce años. Bueno, no literalmente, pero... —Se pasó una mano por el pelo, frustrado—. Cada vez que venía a casa de tus abuelos, preguntaba por ti. Cada vez que mi padre miraba esa foto que tenemos en el salón, la de la barbacoa de aquel año, yo preguntaba dónde estabas. Y siempre me decían lo mismo: «Se fue a Madrid». «Tiene su vida». «Déjalo estar».

Me miró a los ojos, y en los suyos vi una intensidad que me desarmó.

—Pero yo nunca dejé de preguntarme por qué —continuó—. Por qué te fuiste sin despedirte. Por qué nunca llamaste. Por qué... —Tragó saliva—. Por qué nos abandonaste.

La palabra "abandonar" me golpeó como un puñetazo en el estómago. Quise protestar, explicarle que no fue así, que las cosas son más complicadas, que yo también sufrí, que...

Pero ¿cómo explicas a un niño, aunque ya no sea un niño, que a veces los adultos huyen porque no soportan el dolor de quedarse?

—Gabriel, yo... Empecé, pero mi móvil vibró salvajemente en el bolsillo, interrumpiéndome.

Lo saqué. La pantalla explotaba con notificaciones. WhatsApp. Tres mensajes de Claudia. Cinco de Sara. Un mensaje de un número desconocido que resultó ser Marcos, y es que Gabriel debía haberle pasado mi contacto en cuestión de segundos. Y una solicitud de amistad en Instagram de Lucía Reyes, seguida inmediatamente de un mensaje directo:

«Noa, soy Lucía, la pequeña. ¿Te acuerdas de mí? He visto tu foto en el perfil de Gabriel. Estoy llorando. Iré a verte mañana. Te quiero mucho».

Levanté la vista hacia Gabriel, aturdida.

—¿Les has dicho a todos que estoy aquí?

—Solo a Marcos y a Lucía —dijo, encogiéndose de hombros sin ningún remordimiento—. Pero Marcos tiene un grupo de WhatsApp con medio Marbella, así que... sí, probablemente lo sepa todo el mundo en un radio de quince kilómetros.

—Joder —susurré, cayendo de espaldas sobre el césped, mirando el cielo que se oscurecía—. Joder, Gabriel.

Él se rio, una risa profunda, genuina, y por un segundo vi al niño que fue.

—Bienvenida a Marbella, Noa —dijo—. Aquí los secretos duran lo que tarda un café en enfriarse.

Gabriel se quedó hasta tarde. Ayudó a deshacer una de mis maletas, la que tenía los libros, nada de ropa íntima, gracias a Dios, y me contó todo lo que había pasado en los últimos años. Hablaba a una velocidad vertiginosa, como si temiera que me evaporara si dejaba de hablar.

Me contó sobre el hotel, sobre cómo los tres hermanos habían ganado un premio de lotería hacía unos años y habían invertido todo en el Hotel Bahía Esmeralda. Que había sido un éxito inmediato. Que Álvaro trabajaba allí siete días a la semana, que era su vida, su obsesión, su forma de no pensar en...

Se interrumpió y se puso colorado.

—¿En qué? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—En nada —murmuró Gabriel—. En el pasado, supongo.

Me senté en el borde de la cama, con un jersey de lana entre las manos, sintiendo cómo la realidad se reconfiguraba a mi alrededor. Álvaro. El hotel. Los domingos de trabajo. La obsesión.

En Madrid, mi vida había sido un paisaje de grises. Mi piso pequeño en Chamberí. Mi oficina en casa con la ventana que daba a un patio interior. Mis clientes, todos empresarios serios que nunca me preguntaban por mi vida personal. Mis citas esporádicas con hombres que me aburrían o que me decepcionaban. Mi rutina de gimnasio los martes y jueves. Mis llamadas semanales con mis padres los domingos a las seis.

Era una vida pequeña, sí. Pero era mía. Controlada. Predecible. Segura.

Y ahora, en cuestión de horas, sentía que esa vida se había agrietado. Que por esas grietas se colaban voces del pasado, risas compartidas, miradas que había intentado olvidar y que ahora volvían con la insistencia de las mareas.

—¿Sigue...? —empecé, y tuve que toser para disimular el nudo en la garganta—. ¿Sigue Álvaro viviendo en la misma casa?

Gabriel me miró desde el umbral de la puerta, donde estaba recogiendo su chaqueta. La pregunta flotó entre nosotros, pesada, llena de significados que él no comprendía del todo.

—Sí —dijo suavemente—. La misma. La que tiene el limonero en el patio. Lucía y Marcos viven allí cuando no están en el campus. Yo tengo un piso en Málaga, pero voy los fines de semana.

La misma casa.

La casa donde pasé tantas tardes. La casa donde Álvaro y yo hablamos hasta la madrugada mientras sus hijos dormían arriba. La casa donde una vez, borracha de vino tinto y de honestidad, casi le confesé que...

No.

No iba a ir por ahí.

—Tengo que irme —dijo Gabriel, acercándose para darme otro abrazo—. Mañana vengo con Marcos y Lucía. Y... —Dudó—. Y probablemente mi padre querrá verte mañana. Si eso te parece bien.

—Claro —mentí, con una sonrisa automática—. Claro que sí.

Cuando se fue, el silencio de la casa fue ensordecedor. No el silencio tranquilo de Madrid, ese que yo había cultivado durante años. Era un silencio cargado de expectación, como si las paredes supieran algo que yo todavía no quería admitir.

Me duché con agua casi fría, intentando borrar la sensación de desbordamiento. El baño estaba exactamente igual: azulejos azules, espejo con marco de madera, jabón de lavanda que mi abuela seguía comprando aunque ya no estuviera. Me vestí con un pijama viejo que encontré en el armario, de los míos de adolescente, absurdamente grande ahora, y bajé a la cocina a buscar algo para cenar.

Cogí la botella de vino que había guardado en la nevera, la abrí, me serví una copa y me senté en la terraza a oscuras.

Y entonces, por primera vez en horas, estuve sola.

Realmente sola.

Sin Gabriel hablando a mil por hora. Sin el ruido de Madrid. Sin el teléfono explotando. Bueno, eso era mentira; el teléfono seguía vibrando cada dos minutos con mensajes de Claudia y Sara, pero lo había puesto en silencio.

Me bebí la mitad de la copa en un trago.

Álvaro.

Dios, Álvaro.

Intenté no pensar en él. Literalmente, forcé mi mente a pensar en otras cosas: en el informe fiscal que tenía que entregar el lunes, en la planta de jazmín que necesitaba regar mañana, en si tenía suficiente leche para el café de la mañana.

Pero era inútil.

Una vez que abres la puerta, los recuerdos no piden permiso. Entran a empellones.

Álvaro en la cocina, haciendo café para dos mientras yo estudiaba en la mesa. Álvaro riendo de una de mis bromas, esa risa profunda que le salía del estómago. Álvaro serio, escuchándome hablar de Adrián, de cómo me sentía utilizada, de cómo necesitaba que alguien me dijera que no estaba loca por sentirme así. Álvaro diciéndome: «Eres la mujer más extraordinaria que conozco, Noa. No lo olvides nunca».

Y yo, estúpida, ciega, enamorada de otro, asintiendo y pensando en qué suerte tener un amigo así.

Terminé la copa. Serví otra.

¿Dónde estaría ahora? ¿En el hotel? ¿Cerrando cajas? ¿Pensando en mí?

No. Seguramente no. Catorce años eran mucho tiempo. Probablemente había rehecho su vida. Probablemente tenía novia, amante o... Dios, ¿y si se había vuelto a casar?

La idea me produjo una punzada física en el pecho, tan real que tuve que apoyarme en la mesa.

Era absurdo. Yo no tenía derecho a sentir celos. Yo había sido la que se fue. La que cortó el contacto. La que decidió que era demasiado doloroso mantener una amistad con un hombre que amaba en silencio mientras yo perseguía fantasmas.

Pero ahora estaba aquí.

Y él venía.

—*Ha dicho que viene* —había dicho Gabriel.

Me cubrí la cara con las manos, sintiendo el calor del vino en las mejillas. Esto era un error. Todo esto era un error monumental. Debería haberme quedado en Madrid. Debería haber vendido la casa. Debería...

El móvil vibró sobre la mesa de madera, un zumbido sordo que me sobresaltó.

Lo miré con recelo. La pantalla se iluminó en la oscuridad del jardín, blanca y azul, insistente.

Una notificación de WhatsApp.

De Claudia.

El texto era breve, directo, devastador:

Claudia: *Cariño, me acaba de escribir Sergio. Álvaro acaba de salir del hotel como un loco. Quizás sea hora de dejar de tener cuidado.*

Leí el mensaje tres veces. Cuatro.

Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo en los oídos, un tamborileo salvaje que ahogaba el sonido de las cigarras.

Ha vuelto a la ciudad.

Álvaro venía. Estaba en camino. En cuestión de minutos, quizás de segundos, volvería a verle.

Catorce años desaparecieron en un instante.

Y yo, que había pasado los últimos años construyendo muros, sentí cómo la primera grieta se abría en los cimientos, dejando entrar la luz de una manera que me aterrorizaba y me excitaba por igual.

Estaba pensando en él.

Dios mío, estaba pensando en él.

Y no podía parar.

Capítulo 4



Álvaro

Las cifras no mienten. Esa es la belleza de los números, la razón por la que durante catorce años he preferido su compañía a la de las personas. Un balance siempre cuadra si sabes cómo sumar. Un resultado final siempre es exacto, predecible, justo. No hay interpretaciones, no hay segundas lecturas, no hay silencios que deban descifrarse.

Estaba revisando el informe de ocupación de agosto cuando sonó el teléfono. El fijo de la mesa, no el móvil. Llamadas al fijo del despacho significaban problemas: proveedores, quejas, emergencias. Cosas que requerían mi atención inmediata y mi capacidad para transformar el caos en orden.

—Reyes —respondí, sin levantar la vista de la columna de cifras que tenía delante.

—Papá.

La voz de Gabriel. Algo en su tono, una vibración contenida, hizo que mi mano se detuviera sobre el papel. Mi hijo mayor no era dado a la emotividad excesiva. Era ingeniero, racional, organizado. Pero en esa sílaba, en ese «papá» que sonó más joven de lo que era, escuché una emoción que me puso alerta.

—¿Qué pasa? —pregunté, dejando el bolígrafo—. ¿Estás bien?

—Sí. No. Espera. —Gabriel hizo una pausa. Respiró hondo. Oí el sonido distante de una puerta cerrándose, como si se hubiera encerrado en algún sitio—. Ha vuelto.

No pregunté quién. No necesitaba preguntar.

El mundo se contrajo en ese segundo, se redujo a la punta del bolígrafo entre mis dedos, a la mancha de café en el borde de la mesa, al sonido de mi propia respiración que de repente parecía demasiado fuerte. Catorce años de entrenamiento, de disciplina, de aprender a no pensar en ella, se evaporaron en una frase de tres palabras.

—Noa —susurré, y mi voz sonó extraña, ronca, como si no me perteneciera.

—Sí —dijo Gabriel, y ahora su voz también temblaba—. La he encontrado. Está en la casa de sus abuelos. Estaba en el jardín, sentada en el columpio, con una cerveza en la mano, como si... como si nunca se hubiera ido.

Cerré los ojos. El columpio. Ese maldito columpio de madera que su abuelo construyó. Cuántas noches había pasado yo sentado en él, hablando con ella mientras el mundo dormía. Cuántas confidencias, cuántas risas, cuántos silencios cómplices.

—¿Está...? —empecé, y tuve que toser—. ¿Está bien?

—Parece que sí. Un poco abrumada, creo. He llamado a Marcos y a Lucía. Vendrán mañana. Y... —Dudó—. Y supongo que tú querrás verla.

Querer.

Esa palabra era demasiado pequeña para lo que sentía. Era un tsunami contenido durante años, una presión acumulada que ahora amenazaba con romper todas las compuertas.

—Cierro aquí y voy —dije, y mi voz sonó firme y profesional, aunque las manos me temblaban—. Dile... dile que voy de camino.

—Papá —dijo Gabriel, y había algo en su tono, una pregunta no formulada—. ¿Por qué nunca nos dijiste que la querías tanto?

La línea quedó en silencio. Yo miré el informe de ocupación, esas cifras que ya no significaban nada.

—Porque no era asunto vuestro —mentí—. Y porque... —Me detuve, sintiendo la verdad como una piedra en la garganta—. Y porque algunas cosas no se dicen, Gabriel. Se guardan. O se pierden.

Colgué antes de que pudiera responder.

El hotel seguía funcionando a pleno rendimiento. Agosto era nuestro mes dorado, literalmente. La terraza estaba llena de clientes tomando cócteles caros; la piscina brillaba bajo las luces y desde mi despacho en la planta alta podía oír el murmullo constante de la música, las risas, el chocar de las copas.

Me quedé sentado un minuto, quizás dos, mirando el teléfono como si fuera a explotar. Luego me levanté, caminé hasta el armario y me miré en el espejo de cuerpo entero que guardaba ahí para las reuniones importantes.

Cuarenta y siete años. Canas en las sienes que no me molestaba en teñir. Barba de tres días porque no había tenido tiempo de afeitarme esa mañana. Traje azul marino, impecable. Ojos verdes que mi madre decía que parecían de gato, pero que ahora, en ese reflejo, solo parecían cansados.

Catorce años.

Catorce años desde la última vez que la vi. La noche en que vino a despedirse, sola, sin avisar. Llamó al timbre a las once de la noche, cuando los niños dormían y yo estaba sentado en el sofá intentando leer un informe en el que no lograba concentrarme.

Abrí la puerta y supe que algo había cambiado. Estaba pálida, demasiado delgada, con los ojos hinchados por llorar. Llevaba una maleta pequeña en la mano, como si viniera de viaje o se fuera a uno.

—*Necesito hablar contigo* —dijo.

Y hablamos. Durante horas, en el jardín, sentados en el escalón de la terraza, mientras el verano se convertía en otoño y las estrellas giraban sobre nosotros ignorantes. Me contó que se iba a Madrid. Que había conseguido un trabajo, un piso, una vida lejos de aquí. Que necesitaba alejarse de todo, de todos, de...

No dijo su nombre. No hizo falta.

—*Adrián no te elige* —le dije, con la voz más suave que pude encontrar, aunque por dentro quería gritar, quería sacudirla, quería decirle que se quedara, que me eligiera a mí, que viera lo que tenía delante—*. Noa, ese hombre nunca te elegirá. Te tiene en un cajón, sacándote cuando le conviene. Te mereces algo más.*

Ella lloró entonces. No esos sollozos discretos de adulta, sino un llanto desgarrado, de niña perdida, de alguien que ha cargado con un peso demasiado grande durante demasiado tiempo.

—*Lo sé* —dijo, con la voz rota—. *Dios, Álvaro, lo sé. Pero no puedo quedarme aquí viéndolo con ella. No puedo verte a ti siendo tan bueno conmigo, cuidándome, escuchándome, y saber que...* —Se interrumpió, negando con la cabeza.

—*¿Saber qué?* —pregunté, y mi corazón se detuvo.

—*Nada* —susurró—. *No importa.*

Me miró entonces, realmente me miró, y en sus ojos vi algo que no supe interpretar. Algo que ahora, catorce años después, seguía sin atreverme a nombrar.

—*Cuida de mis niños* —dijo de repente, y la frase me desarmó.

—*Tus niños* —repetí, confundido.

—*Gabriel, Marcos, Lucía* —dijo, y sonrió, una sonrisa triste, hermosa, devastadora—. *Son tuyos, lo sé. Pero para mí... para mí también son míos. Lo siento, míos, Álvaro. Y dejarlos me mata. Pero necesito irme, necesito encontrarme, y no puedo... no puedo seguir siendo la tía Noa que viene los domingos. Me duele demasiado.*

Sentí que se me partía algo dentro. Una fisura en la armadura que llevaba años construyendo.

—*Noa...*

—*Prométeme que estarán bien* —insistió, agarrando mi mano con fuerza—. *Prométeme que serán felices, que no les faltará nada, que... que algún día entenderán por qué me fui.*

—*No tienen por qué entenderlo* —dije, y mi voz sonó más dura de lo que pretendía—. *Porque no lo entiendo yo.*

Ella soltó mi mano. Se levantó. Cogió su maleta.

—*Adiós, Álvaro* —dijo.

Y se fue.

No la detuve. Esa es la verdad que me atormenta desde entonces. No la detuve. La dejé alejarse por el sendero del jardín, abrir la puerta, subirse a un taxi que la esperaba en la esquina. La dejé ir porque pensé que era lo correcto, porque pensé que ella necesitaba libertad, porque pensé... porque tuve miedo.

Miedo de decirle que la quería. Miedo de que se quedara por pena. Miedo de ser egoísta.

Me alejé del espejo. Cogí las llaves del coche. Necesitaba salir de allí, necesitaba aire, necesitaba... no sabía qué necesitaba. Pero no podía ir a verla todavía. No así, con catorce años de silencio pesando sobre mis hombros, con todas las cosas que no dije atascadas en la garganta.

Conduje sin rumbo durante veinte minutos. El BMW avanzaba solo, casi, porque mis manos conocían el camino mejor que mi mente consciente. Pasé por delante de la casa de los abuelos de Noa, su casa ahora, pero no paré. Las luces estaban encendidas y, por un segundo, imaginé ver su silueta en la ventana de la cocina. Pero aceleré. No estaba listo.

Terminé en el puerto deportivo. El lugar donde ella y yo solíamos sentarnos a veces, los domingos por la mañana, mientras los niños jugaban en los barcos amarrados. Apagué el motor y me quedé mirando el mar.

El mar no había cambiado. Seguía ahí, indiferente, salado, eterno. Las luces de los barcos se balanceaban suavemente sobre las aguas oscuras, y el sonido de las olas contra los muelles era el único ruido que rompía el silencio.

Catorce años.

Catorce años creyendo que había hecho lo correcto. Catorce años convenciéndome de que ella era feliz en Madrid, que había encontrado a alguien que la valorara, que la eligiera de verdad. Catorce años mirando esa foto en el salón de casa, la de la barbacoa, la única que guardaba de ella, y sintiendo un vacío que ninguna rutina, ningún trabajo, ni ninguna cantidad de horas dedicadas a mis hijos podían llenar.

Y ahora estaba aquí.

—*Ha vuelto* —las palabras de Gabriel resonaban en mi cabeza como un eco.

Saqué el móvil y vi que tenía varios mensajes.

Marcos: *¿Es verdad? ¿Está Noa ahí?*

Lucía: *Papá, voy mañana a primera hora, no puedo esperar.*

Sergio: *Tío, ¿necesitas que vaya? ¿Estás bien?*

¿Estaba bien o no estaba bien? No sabía cómo estaba.

Dejé el teléfono en el asiento y salí del coche. El aire olía a salitre y a pescado frito de algún restaurante cercano. Caminé hasta el borde del muelle, hasta el sitio exacto donde ella y yo solíamos sentarnos.

Me senté en el cemento frío, a pesar del traje, a pesar de los años, a pesar de todo.

Y entonces, como siempre sucede cuando bajo la guardia, los recuerdos llegaron.

Noa riéndose de una de mis bromas torpes, con la cabeza echada hacia atrás, con esa risa que iluminaba cualquier lugar. Noa seria, escuchándome hablar del divorcio de Patricia, de cómo mi exmujer había dejado a los niños sin mirar atrás. «No entiendo cómo pudo hacer eso», dijo ella entonces. «¿Cómo pudo dejarlos? Son... son todo.»

Y yo pensé: tú nunca harías eso. Tú nunca los dejarías.

Pero se fue.

No como Patricia, claro. No por egoísmo, no por otro hombre, no abandonando a mis hijos sin mirar atrás. Patricia se había ido cuando Lucía tenía dos meses. Dos meses. Una bebé que apenas sostenía la cabeza y necesitaba a su madre con una urgencia visceral. Y ella se fue. Porque «no estaba hecha para esto», porque «necesitaba encontrarse a sí misma», porque el amor de sus hijos no era suficiente para llenar el vacío que ella llevaba dentro.

Noa, en cambio, se fue porque los quería demasiado.

Esa era la diferencia. La diferencia que me había mantenido enamorado de ella durante años de ausencia.

Y yo, estúpido, ciego y cobarde, la dejé ir.

Miré el mar. Las olas subían y bajaban, indiferentes, mientras yo sentía que algo dentro de mí se rompía definitivamente. No una grieta esta vez. Una brecha. Una inundación.

Catorce años esperando.

Catorce años guardando silencio.

Y ahora ella estaba aquí, a menos de dos kilómetros de distancia, probablemente mirando el mismo mar desde la ventana de su casa de infancia.

No sabía qué iba a decirle.

No sabía cómo iba a mirarla a los ojos sin que se me notara todo lo que sentía.

Pero sabía una cosa: esta vez no la dejaría ir.

Esta vez, fuera lo que fuera lo que ella necesitara, yo estaría ahí.

Aunque solo fuera como amigo.

Aunque solo fuera como el hombre que una vez cuidó de sus hijos porque ella se lo pidió.

Aunque el corazón se me partiera en el intento.

El móvil vibró en el coche, lejano, insistente.

Pero yo seguí mirando el mar, permitiéndome, por primera vez en catorce años, sentirlo todo.

Capítulo 5



Noa

Me había pasado la mañana intentando organizar lo inorganizable. La casa de mis abuelos, que durante catorce años había sido un museo del silencio, de repente necesitaba convertirse en un hogar funcional. Había barrido el polvo de la terraza, había comprado café y leche en el supermercado de la esquina, había intentado hacer que el sofá de la sala pareciera menos un sarcófago victoriano y más un lugar donde sentarse sin contraer tétanos.

Pero nada de eso importaba, porque mi estómago estaba en constante revolución y mis manos no dejaban de temblar cada vez que escuchaba pasar un coche por la calle.

Gabriel había llamado a las nueve de la mañana.

—Vamos para allá —dijo, y en su voz había una emoción contenida que me contagió—. Marcos y Lucía vienen conmigo. Y después... después vendrán las tías.

Las tías. Claudia y Sara. Mis amigas. Mis hermanas de sangre sin compartir genética.

Había pasado una hora delante del espejo intentando decidir si ponerme un vestido o vaqueros, como si la elección de mi armario pudiera protegerme de la avalancha emocional que se avecinaba. Finalmente, opté por unos vaqueros blancos y una camiseta de lino azul, con el pelo suelto y sin maquillaje. Quería parecerme a mí misma, a la Noa que ellos recordaban, no a la versión madrileña, pulida, distante.

Cuando sonó el timbre, salté del sofá como si me hubieran electrocutado.

Abrí la puerta y allí estaban los tres. Gabriel, que ya había pasado el día anterior y que ahora sonreía como si hubiera inventado la felicidad. Marcos, que tenía una manzana en la mano y masticaba con una naturalidad insultante, como si verme después de catorce años fuera lo más normal del mundo. Y Lucía.

Dios, Lucía.

La última vez que la vi tenía tres años. Era una niña menuda, con trenzas y una obsesión por las princesas Disney que yo alimentaba comprándole DVDs cada vez que podía. Ahora era una mujer. Una chica de diecisiete años, alta, morena, con el pelo largo y ondulado que caía sobre sus hombros como una cascada. Tenía los ojos de su padre, esos ojos verdes que me habían desarmado tantas veces, pero en ella había algo más suave, más abierto.

Nos miramos durante un segundo que duró una eternidad.

Y entonces Lucía soltó un sollozo.

No un grito, no una exclamación. Un sollozo profundo, que le salió del estómago, y antes de que pudiera reaccionar, se lanzó hacia mí y me abrazó con una fuerza que me cortó la respiración.

—Noa —gimió contra mi hombro—. Noa, Noa, Noa.

Y yo, que había prometido mantener la compostura, que había jurado no llorar delante de ellos, sentí cómo las lágrimas me corrían por las mejillas sin permiso.

—Lucía —susurré, acariciándole el pelo como hacía cuando era pequeña—. Mi niña.

—No soy una niña —protestó, pero me abrazó más fuerte.

Marcos se acercó entonces, más lento, con esa cautela que tienen los adolescentes que intentan parecer adultos. Tenía diecinueve años, el pelo revuelto, una camiseta de algún grupo de rock que no reconocí y una sonrisa torcida que recordaba a la de su padre.

—Eh —dijo, encogiéndose de hombros—. Yo también existo, ¿sabes?

Solté a Lucía a regañadientes y me volví hacia él. Marcos. El niño que una vez vomitó encima de mi vestido favorito después de comer demasiado helado de chocolate. El niño al que enseñé a montar en bici. El niño que...

—Ven aquí, pedazo de sinvergüenza —dije, y él sonrió de verdad.

El abrazo de Marcos fue diferente, más rápido, más masculino, pero cuando nos separamos vi que tenía los ojos brillosos.

—Estás... —Empecé, mirándolos a los tres—. Estáis grandísimos. Joder, estáis enormes.

Marcos se echó a reír, con una risa profunda, de adulto joven.

—Eso es lo que pasa cuando no ves a la gente durante catorce años —dijo, con ese tono irónico que debía de haber heredado de su tío Sergio—. Crecemos. Somos como las plantas, pero con mejor conversación.

—Catorce años... —Murmuré, haciendo cuentas mentalmente.

—Sí, y yo ya tengo diecinueve años, Gabriel tiene veintiuno, Lucía tiene diecisiete, y ninguno de los tres es aquel niño al que le hacías cosquillas en la barriga para hacerle reír.

Me reí, una risa que me sorprendió a mí misma, que brotó de algún lugar olvidado.

—¿Recuerdas eso? —pregunté.

—Recuerdo todo —dijo Marcos, y por un segundo dejó caer la máscara de bromista—. Recuerdo que eras la única adulta que no nos trataba como si fuéramos estúpidos. Que nos escuchabas. Que...

—Basta —interrumpió Lucía, secándose las lágrimas con rabia—. Vas a hacer que llore otra vez.

Los abracé a los tres juntos, un abrazo de grupo torpe, desordenado, perfecto. Sentí sus cabezas contra mi pecho, sus cuerpos calientes, su respiración. Olían a colonia juvenil y a champú y a algo más indefinible que era solo... ellos. Mis niños.

—No habéis cambiado —dije, con la voz entrecortada—. A pesar de los años, no habéis cambiado.

Marcos se apartó primero, con una sonrisa forzada.

—Al menos no nos has olvidado —dijo.

Y ese comentario, inocente, directo, me golpeó como un puñetazo en el estómago. Sentí un nudo en la garganta tan grande que no pude tragar.

—Nunca —susurré—. Nunca os olvidé. Ni un solo día.

Intenté recomponerme mientras los llevaba al jardín. Les serví limonada, la que había preparado esa mañana siguiendo la receta de mi abuela, y nos sentamos en la terraza, en los viejos sillones de mimbre que, por algún milagro, aguantaban el peso del tiempo.

Marcos no paraba de hablar. Nos contó sobre la universidad, sus amigos y un viaje que había hecho a Lisboa el año anterior. Lucía se quedaba callada la mayor parte del tiempo, pero me observaba con una intensidad que me hacía sentir expuesta, como si pudiera ver a través de mi piel hasta los huesos.

—¿Y tú? —preguntó Gabriel de repente—. ¿Cómo era Madrid?

—Gris —respondí, antes de poder contenerme—. Madrid era... gris.

Los tres me miraron en silencio.

—Pero ahora estás aquí —dijo Lucía, y no era una pregunta.

—Ahora estoy aquí —confirmé.

Fue entonces cuando escuché el ruido de coches aparcando en la calle. Puertas cerrándose. Voces. Muchas voces.

—Han llegado las tías —anunció Marcos, poniéndose de pie con una agilidad felina.

Y entonces el caos se desató.

Claudia entró primero, como siempre. Rubia, deslumbrante, con un vestido floreado que parecía demasiado elegante para una reunión improvisada en un jardín. Detrás venía Sara, morena y serena, con gafas de sol puestas, a pesar de que estábamos a la sombra. Y detrás de ellas, los maridos: Sergio, el hermano pequeño de Álvaro, con su eterna sonrisa de pillo; e Iván, el mayor, con su porte serio de quien lleva el peso del mundo sobre los hombros.

Y luego sus hijos adolescentes.

Hugo y Leo, los hijos de Claudia y Sergio, diecisiete y quince años respectivamente, imposiblemente parecidos a su padre. Martín y Nicolás, los hijos de Sara e Iván, diecisiete y catorce años, con esa mezcla de timidez y arrogancia propia de su edad.

La casa, que había estado en silencio durante años, explotó de repente con risas, abrazos, gritos, el sonido de pies corriendo por el jardín.

—¡Noa, cariño!

Claudia me levantó del suelo —literalmente, porque me agarró de los brazos y me incorporó a la fuerza— y me estrechó contra su pecho, hasta que casi me ahogaba con su perfume floral.

—Catorce años —decía, una y otra vez—. Catorce años, loca. ¿Cómo has podido?

—Lo siento —murmuré, y lo decía en serio.

Sara se acercó entonces, más comedida, pero cuando nos abrazamos sentí que temblaba.

—Te he echado de menos —dijo, simplemente.

Y yo, que había mantenido el contacto con ellas a través de videollamadas esporádicas, mensajes de cumpleaños y fotos de Navidad compartidas, me di cuenta de que no era lo mismo. No era lo mismo verlas en una pantalla que tenerlas aquí, reales, con el calor de sus cuerpos y el sonido de sus voces sin retardo digital.

—¿Cómo estáis? —pregunté, mirándolas a las dos, a sus maridos, a ese grupo que una vez fue mi familia elegida.

—Viejas —dijo Claudia, encendiendo un cigarro con gesto teatral—. Pero tú estás igual. Me das asco.

—Gracias —reí.

—De nada.

Nos sentamos todos en el jardín, en sillas que trajeron del coche, en el suelo, en el borde de la piscina vacía. Alguien puso música que sonó demasiado alto y, de repente, estábamos quince años atrás, con la diferencia de que ahora había adolescentes mirando sus móviles y bebiendo refrescos en lugar de cerveza.

Intenté mantener el control. Sonreí, respondí preguntas sobre Madrid, sobre mi trabajo, sobre por qué había decidido volver ahora. Mentí diciendo que era el momento, que necesitaba un cambio, que la herencia de la casa me había dado la oportunidad.

Pero la verdad era que no podía ni pensar con claridad.

La casa se había llenado de vida demasiado rápido. Había demasiadas voces, demasiadas risas, demasiada energía concentrada en un espacio que solo había conocido el silencio. Me sentía abrumada, emocionada, aterrorizada y feliz al mismo tiempo, una mezcla de sensaciones que me hacía sentir como si estuviera borracha, aunque solo hubiera tomado limonada.

—¿Y Álvaro? —preguntó Claudia de repente, en medio de una conversación sobre el hotel.

El nombre cayó en el jardín como una piedra en un estanque. Las risas se apagaron un poco. Marcos y Lucía intercambiaron una mirada que no supe interpretar.

—¿Qué pasa con Álvaro? —pregunté, y mi voz sonó extrañamente alta, forzada.

—Que no viene —dijo Sergio, encogiéndose de hombros—. Dijo que tenía cosas que hacer en el hotel.

—Cosas —bufó Claudia, haciendo un gesto despectivo—. Siempre tiene cosas. Ese hombre no sabe relajarse ni en su puta...

—Claudia —la interrumpió Sara, suavemente—. Los niños.

—Los niños ya saben decir puta —replicó Claudia, pero bajó la voz.

Intenté parecer indiferente. Me encogí de hombros, di un sorbo a mi limonada, miré hacia el limonero como si de repente me interesara profundamente la botánica.

—Me da igual —mentí—. Tengo mucho que hacer con la casa. No tengo tiempo para...

—Noa —dijo Lucía, interrumpiéndome.

La miré. Ella me devolvió la mirada con una intensidad que me inquietó.

—¿Qué?

—Mi padre... —Empezó, pero se detuvo.

—¿Qué pasa con tu padre? —Pregunté, y mi corazón empezó a latir demasiado rápido.

Fue entonces cuando Gabriel se levantó de repente, mirando hacia la puerta de la calle. Su cuerpo se tensó. Se llevó una mano al pelo, nervioso, y murmuró algo que no entendí.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcos.

Gabriel no respondió. Solo señalo.

Todos nos giramos.

Y allí, en la entrada del jardín, con un traje azul marino arrugado y una expresión que no supe leer, estaba él.

Álvaro.

—Está aquí —dijo alguien, no supe quién, porque el zumbido en mis oídos lo ahogaba todo.

Y yo, que había pasado catorce años construyendo muros, sentí cómo se derrumbaban todos a la vez, dejándome expuesta, vulnerable, desnuda ante los ojos verdes del único hombre que nunca había dejado de querer.

Capítulo 6



Álvaro

El volante se calentaba bajo mis manos, aunque tenía el aire acondicionado a tope. Era el calor de agosto, sí, pero también algo más. Era el calor que produce la sangre cuando corre demasiado rápido, cuando el corazón late contra la costilla como si quisiera escapar.

Conducía despacio. Más despacio de lo necesario. Un anciano en un utilitario me adelantó por la izquierda, haciéndome señas con la mano que probablemente no eran amistosas. No me importó.

Necesitaba tiempo. Necesitaba estos minutos de trayecto para intentar recomponer lo que catorce años de disciplina habían deshecho en cuestión de horas.

Por el retrovisor vi el mar alejándose, esa línea azul que había contemplado durante toda la noche, buscando en las olas respuestas que no llegaban. Había dormido dos horas en el coche, aparcado en el puerto, con el cuello torcido y la boca seca. No me atreví a volver a casa. No con los niños —mis hijos adultos— preguntándome con los ojos qué demonios me pasaba.

Ahora iba hacia allí. Hacia ella.

Y mientras conducía, mientras las calles de Marbella pasaban a mi lado como escenas de una película que ya había visto demasiadas veces, llegaron los recuerdos. No pidieron permiso. Nunca lo hacían.

Tenía veinte años cuando la conocí. No, eso no era cierto. Ella tenía veinte años. Yo tenía treinta y tres, recién divorciado hacía dos años, con tres hijos que no entendían por qué su madre se había ido a Barcelona con un vendedor de seguros, y yo intentaba explicárselo sin llamarla puta egoísta delante de ellos.

La conocí en una barbacoa en casa de Sergio. Mi hermano pequeño, el alocado, el que siempre había tenido la suerte de atraer a las mujeres más guapas sin esfuerzo. Él e Iván, mi otro hermano, habían traído a sus nuevas novias, Claudia y Sara. Dos chicas veinteañeras que parecían haber salido de una revista.

Y con ellas, ella. Noa.

No era la más llamativa. Eso fue lo primero que noté. Claudia era rubia, explosiva, con una risa que se oía desde la calle. Sara era morena, elegante, con un aire de misterio que intrigaba. Pero Noa... Noa estaba sentada en el césped con Marcos —mi hijo de cuatro años — en brazos, haciéndole cosquillas con una pluma, y reía. Esa risa.

Era una risa que no intentaba impresionar a nadie. No era estridente ni forzada. Era una risa que brotaba de algún lugar genuino, como el agua de un manantial. Y Marcos, mi hijo, el niño que apenas hablaba desde que su madre se fue, reía con ella. De verdad reía.

Me acerqué sin saber por qué. Me senté en el césped, manchándome el pantalón, sin importarme.

—*¿Y tú quién eres?* —Me preguntó ella, levantando la vista.

—*El padre de este monstruo* —dije, señalando a Marcos.

—*Ah* —dijo, y sonrió. Y esa sonrisa... Dios, esa sonrisa me partió el pecho en dos partes iguales—. *Entonces tú eres el famoso Álvaro. Gabriel habla mucho de usted.*

—*¿Gabriel?* —parpadeé—. *¿Mi hijo? ¿Habla de mí?*

—*Dice que eres el mejor papá del mundo* —respondió ella, encogiéndose de hombros como si eso fuera lo más natural—. *Aunque también dice que haces unas tortillas horribles.*

Me reí. Fue la primera vez en meses que me reí de verdad.

Y así empezó todo. No con fuegos artificiales, no con un flechazo cinematográfico. Empezó con una risa, con una conversación sobre tortillas quemadas, con la forma en que ella escuchaba.

Porque eso era lo que hacía Noa. Escuchaba. De verdad escuchaba.

Cuando hablaba de Patricia, de cómo me sentía fracasado como padre, de cómo temía que mis hijos terminaran odiándome, ella no me daba consejos. No me decía «todo se arreglará» ni «eres un buen padre». Solo escuchaba. Asentía. Hacía preguntas. Y cuando terminaba de hablar, cuando había vaciado todo el veneno que llevaba dentro, ella decía:

—*Eso debe de ser muy duro. Llevar todo eso solo.*

Y eso era todo. Pero era suficiente.

Tenía veintiún años cuando todo cambió. Cuando ella empezó a venir a casa más a menudo. Cuando los domingos se convirtieron en nuestros días, en nuestro ritual. Cuando la veía reír con mis hijos, cuando la escuchaba leerles cuentos antes de dormir, cuando la encontraba dormida en el sofá con Lucía en brazos...

Recuerdo una noche en particular. Una noche de verano, como esta. Estábamos en el jardín, ella y yo, después de que los niños se hubieran dormido. Habíamos bebido demasiado vino, estábamos hablando de todo y de nada.

—*Álvaro* —dijo ella de repente, seria—. *¿Crees que volveré a enamorarme de alguien que me elija de verdad?*

Yo sabía que hablaba de Adrián. De ese imbécil que la tenía en un cajón, que la sacaba cuando le convenía, que nunca la vería como yo la veía.

—*Sí* —mentí, porque no podía decirle la verdad. No podía decirle: «Elige ahora. Elígeme a mí. Te elegí yo desde el primer día»—. *Claro que sí.*

Ella me miró entonces, y en sus ojos vi algo. Una pregunta. Una posibilidad. Una puerta entreabierta que yo no me atreví a empujar.

Y luego sonrió, y la puerta se cerró.

—*Gracias por escucharme* —dijo—. *Siempre te quedas cuando los demás se van.*

Esa frase me persiguió durante años. «Siempre te quedas». Como si quedarse fuera un mérito. Como si quedarse no fuera lo más egoísta que podía hacer, porque me quedaba esperando, esperando, esperando a que ella viera lo que tenía delante.

Pero nunca lo vio. O sí lo vio, pero no era lo que necesitaba.

Aparqué el coche a dos calles de la casa. No quería llegar. Sí quería llegar. Estaba paralizado por el deseo y aterrorizado por sus consecuencias.

Me quedé sentado, mirando el volante, repitiéndome una frase como un mantra. *No cambies nada. No cambies nada. No cambies nada.*

La había leído en algún sitio, en alguna novela barata de aeropuerto, y se me había quedado grabada. Era lo que quería decirle. Era lo que quería pedirle. Que no hubiera cambiado. Que siguiera siendo la chica de veinte años que reía con mis hijos, que escuchaba mis miserias, que se quedaba cuando los demás se iban.

Pero sabía que era imposible. Todo había cambiado.

Yo tenía canas en las sienes y arrugas alrededor de los ojos que no tenía antes. Ella tenía treinta y cinco años, una vida en Madrid, una carrera, experiencias que yo no conocía, hombres que yo no quería imaginar. Los niños eran adultos. Lucía ya no era la niña que dormía en su regazo. Marcos ya no vomitaba helado en mi sofá. Gabriel ya no me necesitaba para aprender a leer.

Y lo peor era que yo también había cambiado. Catorce años de quererla en silencio me habían vuelto amargo, me habían enseñado a reprimir, a controlar, a no sentir demasiado para no sufrir demasiado. Catorce años de ser el padre perfecto, el amigo leal, el hombre que nunca se queja.

Catorce años de mentir.

Me bajé del coche. Caminé despacio por la callejuela, con las manos en los bolsillos, intentando parecer un hombre que tiene el control cuando por dentro era un caos.

La casa de los abuelos de Noa apareció al final de la calle, blanca y verde, con el jazmín trepando por la verja como siempre. Podía oír voces desde el exterior. Risas. Música.

Me detuve en la esquina.

Podía dar la vuelta. Podía irme. Podía decir que tenía una emergencia en el hotel, que no podía venir, que...

No cambies nada.

Pero ella había cambiado. Y yo había cambiado. Y el mundo entero había girado diez veces sobre su eje desde la última vez que estuvimos juntos en ese jardín.

Y sin embargo...

Y, sin embargo, allí estaba yo. Con el corazón en la mano, como un adolescente estúpido, a punto de entrar en una fiesta a la que no había sido invitado, a punto de verla después de catorce años de ausencia.

Respiré hondo, doblé la esquina, y allí, a través de la verja abierta, vi el jardín lleno de gente. Vi a Claudia fumando sentada en el muro. Vi a Sergio riendo con Marcos. Vi a mis hijos, mis tres hijos, agrupados como si fueran un solo cuerpo. Vi a Sara abrazando a alguien que no distinguía.

Y entonces la vi a ella.

Estaba de espaldas a mí, con el pelo suelto cayéndole por la espalda, con una camiseta blanca que contrastaba con su piel bronceada. Estaba riendo, y esa risa, Dios mío, esa risa, y tenía una mano sobre el hombro de Lucía, que estaba sentada a su lado.

No había cambiado nada. O quizás todo había cambiado, pero seguía siendo ella.

Y en ese segundo, en esa fracción de eternidad antes de que alguien me viera, antes de que ella se girara, antes de que el mundo volviera a girar, me permití sentirlo todo.

El amor, la pérdida, la esperanza, el miedo.

Y supe, con una certeza que me dobló las rodillas, que este verano iba a ser diferente a todos los demás.

Este verano, o la recuperaba, o la perdía para siempre.

Capítulo 7



Noa

El mundo se contrajo hasta convertirse en un punto. Un solo punto de luz, de sonido, de existencia.

Estaba aquí.

Lo vi antes de que nadie más lo viera. Quizás porque en algún lugar de mi cuerpo, en alguna célula olvidada, en algún rincón del corazón que creía muerto, siempre había estado esperando este momento. Siempre había sabido que llegaría. Que un día, en algún lugar, nuestros caminos volverían a cruzarse.

Álvaro.

Estaba de pie en la entrada del jardín, con una mano todavía sobre el pestillo de la verja, como si no se decidiera a entrar del todo. Llevaba un traje azul marino que había visto mejores días —arrugado, desaliñado, completamente inapropiado para una reunión familiar en agosto— y el pelo revuelto, como si se hubiera pasado la mano mil veces por la cabeza.

Pero eran sus ojos. Dios, sus ojos.

Verdes. Igual de verdes que la última vez. Quizás más intensos ahora, más profundos, surcados por pequeñas arrugas en las comisuras que no estaban antes. Ojos que habían visto catorce años de ausencia, catorce años de silencio, catorce años de preguntas sin respuesta.

Y esos ojos estaban fijos en mí.

El tiempo se detuvo.

No es una metáfora. No es un recurso literario barato. El tiempo realmente se detuvo, o al menos eso sentí. Como si alguien hubiera pulsado un botón invisible y el mundo entero hubiera dejado de girar.

Las voces se apagaron. La música que venía de algún móvil que Claudia había puesto hacía un rato se convirtió en un zumbido lejano, como si sonara bajo el agua. Las risas de los chicos, el chisporroteo de la barbacoa que Sergio había encendido en un rincón, el canto de las cigarras... todo se desvaneció.

Quedó solo el silencio.

Un silencio denso, pesado, cargado de electricidad. El tipo de silencio que existe antes de la tormenta, cuando el aire está tan cargado que duele respirar.

Sentí que todos se giraban. Sentí que las cabezas se volvían hacia la verja, que los ojos se desplazaban de mí hacia él y viceversa. Sentí la presencia de Lucía a mi lado, tensa, expectante. Sentí a Marcos dejar caer la lata de refresco que sostenía. Sentí a Gabriel contener la respuesta.

Pero no podía apartar la mirada.

No podía.

Álvaro seguía inmóvil en la entrada, con esa mano sobre el metal de la verja, con ese traje que le quedaba grande o pequeño o simplemente mal, con esos ojos que me devoraban desde la distancia.

Catorce años.

Catorce años desde la última vez que nos vimos. Desde esa noche en su jardín, desde esa despedida que no fue despedida, desde que me dijo «ve a Madrid, te hará bien» y yo fui, creyendo que él no sentía nada, creyendo que para él solo era una amiga más, creyendo...

Pero ahora, en este segundo suspendido, vi la verdad.

Vi en esos ojos todo lo que nunca dijo. Vi los catorce años de espera, de silencio, de noches mirando el mar. Vi el amor que había guardado como un secreto, como un tesoro, como una herida que no cicatriza.

Y vi también el dolor.

El dolor de que me fuera. El dolor de que no llamara. El dolor de haberme visto crecer desde la distancia, convertirme en alguien que él no conocía, alguien con una vida en Madrid, con hombres que no eran él, con experiencias que no incluían su nombre.

Mi corazón latía tan fuerte que pensé que todos podían oírlo. Que el sonido reverberaba en el jardín, contra las paredes blancas, contra el limonero, contra el cielo azul implacable de agosto.

Catorce años.

Podía sentir cada uno de esos años como un peso físico, como una cadena que nos unía y nos separaba al mismo tiempo. Catorce años de mi vida que habían pasado sin él. Catorce años de su vida que yo no conocía. Catorce años de preguntas que nunca hicimos, de respuestas que nunca dimos, de «te quiero» que nunca pronunciamos.

El sol caía sobre nosotros con una intensidad cruel, iluminando cada detalle. Veía el brillo de su piel, el nudo de su corbata torcida, el modo en que su pecho subía y bajaba con respiraciones agitadas. Veía la mano que seguía sobre la verja, los nudillos blancos por la fuerza con la que la sujetaba.

Y veía sus ojos.

Esos ojos que me habían visto llorar por otro hombre. Esos ojos que me habían visto reír con sus hijos. Esos ojos que me habían mirado una noche de verano como si yo fuera lo único importante en el mundo, y que yo, ciega, estúpida, enamorada del hombre equivocado, no había sabido leer.

Ahora los leía.

Ahora, catorce años después, cuando ya no servía de nada, cuando el daño estaba hecho, cuando las vidas habían tomado caminos que quizás no podían converger, ahora veía lo que siempre estuvo ahí.

Y quería gritar.

Quería gritar por el tiempo perdido. Por las noches que no pasamos juntos. Por las mañanas que no despertamos el uno junto al otro. Por los hijos que no tuve con él, por la vida que no construimos, por todo lo que dejamos escapar por cobardía, por orgullo, por miedo.

Quería correr hacia él. Quería que corriera hacia mí.

Quería que el mundo volviera a girar, que el sonido regresara, que alguien dijera algo, cualquier cosa, para romper este hechizo antes de que me partiera en dos.

Pero nadie hablaba.

El silencio era absoluto, total, completo. Incluso el viento había dejado de soplar. Las hojas del limonero estaban inmóviles, expectantes. Las nubes parecían haberse detenido en su carrera hacia el horizonte.

Solo éramos él y yo. Y los catorce años entre nosotros.

Noté que me levantaba. No recuerdo haberlo decidido, no recuerdo haber enviado la orden desde mi cerebro a mis piernas. Pero estaba de pie, con las manos temblando a los costados, con la boca seca, con los ojos llenos de lágrimas que no caían, que se negaban a caer, que se quedaban suspendidas en el borde de los párpados como el tiempo suspendido entre nosotros.

Álvaro dio un paso.

Lento. Cuidadoso. Como si el suelo fuera de cristal y pudiera romperse. Como si yo fuera un fantasma y pudiera desvanecerme si se movía demasiado rápido.

Otro paso. Y otro. Cruzó el espacio que nos separaba con una lentitud que me resultó insoportable y necesaria al mismo tiempo. Cada paso era un año. Cada paso era una pregunta. Cada paso era una respuesta.

Estaba más cerca ahora. Lo suficientemente cerca como para ver las pequeñas arrugas que el sol había dibujado en su rostro. Lo suficientemente cerca como para oler su colonia —la misma, cítrica, limpia, la que me transportaba quince años atrás en un segundo—. Lo suficientemente cerca como para ver que él también temblaba.

Lo suficientemente cerca como para ver sus ojos.

Y en esos ojos vi todo.

Vi la noche en que me despedí de él, cuando le pedí que cuidara de sus hijos porque eran míos también, aunque no lo fueran. Vi las mañanas en que me llamaba para ver si estaba bien. Vi las tardes en que jugábamos con los niños en el jardín. Vi las noches en que hablábamos hasta la madrugada, sentados en el escalón de la terraza, compartiendo silencios que decían más que mil palabras.

Vi el amor que nunca nombramos.

El amor que guardamos como un secreto vergonzoso, como una debilidad inadmisible, como algo que no podíamos permitirnos porque yo era joven y él estaba herido y el mundo era complicado y el tiempo era cruel.

Y ahora, quince años después de aquella primera barbacoa, catorce años después de mi huida, aquí estábamos.

Cara a cara, en el jardín de mi infancia, con el mundo observando en silencio, estaba frente a mí.

Realmente frente a mí. Tan cerca que podía ver la pequeña cicatriz en su barbilla por ese accidente de bicicleta de niño que me había contado mil veces. Tan cerca que podía contar las pestañas que enmarcaban esos ojos verdes. Tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, a pesar del traje, del calor de agosto, a pesar de los años.

Su boca se movió.

No hizo sonido al principio. Solo vi cómo se abría, cómo se cerraba, cómo volvía a abrirse. Vi cómo tragaba saliva, cómo su mandíbula se tensaba, cómo una emoción demasiado grande para contenerla cruzaba su rostro como una ola.

Y entonces habló.

Su voz, esa voz que había escuchado en sueños durante catorce años. Esa voz grave, tranquila, la voz del hombre que nunca gritaba, que siempre escuchaba, que siempre estaba ahí.

Dijo mi nombre. Una sola palabra. Pero en esa palabra había quince años de espera. De amor. De silencio. De todo lo que nunca dijimos y ahora, tal vez, ya era demasiado tarde para decir.

—Noa.

Y el mundo volvió a girar.

Capítulo 8



Álvaro

Dije su nombre y el aire cambió. No es metáfora. Literalmente sentí cómo la atmósfera se volvía más densa, cómo el oxígeno escaseaba, cómo el jardín que conocía desde siempre se convertía en territorio extraño y peligroso.

Noa estaba frente a mí. Realmente frente a mí. Tan cerca que podía ver las pequeñas motas doradas de sus ojos, el temblor casi imperceptible de su labio inferior, el modo en que su garganta se movía al tragar.

—Álvaro —respondió ella, y mi nombre en su boca sonó como una herida abierta.

Catorce años. Catorce años sin escucharla pronunciar esas tres sílabas. Y ahora, en este segundo, me di cuenta de que había olvidado el timbre exacto de su voz. No el recuerdo general, no la idea de su voz, sino la realidad concreta: ese tono ligeramente ronco, esa entonación que subía al final como preguntando permiso, ese acento andaluz suavizado por los años en Madrid, pero que seguía ahí, en las vocales, en la melodía.

Intenté sonreír. Fue un error. La sonrisa me salió torcida, forzada, la sonrisa de un hombre que está a punto de romperse en mil pedazos.

—No sabía que... Empecé, y tuve que detenerme para toser. Mi garganta estaba cerrada, bloqueada por la emoción—. No sabía que había tanta gente.

Mentira. Sabía perfectamente que estarían todos. Gabriel me lo había dicho. Pero necesitaba decir algo, cualquier cosa, para llenar el silencio que se abría entre nosotros como un abismo.

—Ha sido idea de Gabriel —dijo ella, y su voz sonó extrañamente alta, demasiado clara, como si también estuviera actuando—. Ha llamado a todo el mundo. Ha sido... una sorpresa.

—Ya veo.

Y nos quedamos así, mirándonos, con esas frases absurdas colgando entre nosotros como ropa tendida en un día sin viento. Educados. Cordiales. Dos extraños que se encontraban por casualidad en una fiesta, no dos personas que habían compartido noches enteras de confidencias, que se habían visto desnudos emocionalmente ante el otro, que habían guardado silencios que significaban más que mil declaraciones.

—¿Cómo estás? —pregunté, y la pregunta me pareció ridícula, insultante, demasiado pequeña para todo lo que realmente quería saber.

¿Cómo has estado estos catorce años? ¿Has sido feliz? ¿Has llorado? ¿Has pensado en mí? ¿Por qué nunca llamaste? ¿Por qué me dejaste sin despedirme de verdad? ¿Sabes que te he esperado? ¿Sabes que no he vuelto a amar a nadie como te amé a ti?

Pero lo que salió de mi boca fue:

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella, automática, y luego, como si se diera cuenta de la falsedad de la palabra, añadió—. Bueno, cansada. La mudanza. El viaje. Tú sabes cómo es.

No sabía cómo era. No sabía nada de su vida en Madrid. No sabía si vivía sola, si tenía pareja, si había construido una existencia que no incluía ni una sola referencia a mí, a mis hijos, a este lugar donde una vez habíamos sido casi felices.

—Claro —mentí—. El traslado siempre es agotador.

Hablamos como dos ejecutivos en una reunión de negocios. Como si no hubiéramos compartido el desayuno cientos de veces, como si no hubiéramos visto amanecer juntos en alguna de esas noches en que los niños dormían y nosotros hablábamos hasta que el café se enfriaba en la taza.

—¿Y el hotel? —preguntó ella, buscando refugio en lo banal—. Gabriel me ha dicho que va muy bien.

—Sí —respondí, agradecido por el salvavidas—. Muy bien. Demasiado bien, a veces. Agosto es... intenso.

—Imagino.

—Muchos clientes. Poco tiempo para...

Me detuve. Estaba a punto de decir «para ti», «para nosotros», «para lo que importa». Pero me corregí a tiempo.

—Para descansar —terminé, y la palabra sonó hueca, falsa, miserable.

Ella asintió, con ese gesto que recordaba perfectamente: inclinar la cabeza ligeramente hacia la izquierda, con una sonrisa educada que no llegaba a los ojos. Era su gesto de «estoy incómoda, pero soy demasiado educada para decirlo».

Y entonces pasó algo. Mientras estábamos allí, fingiendo normalidad, mientras el jardín bullía a nuestro alrededor con risas y conversaciones que parecían venir de muy lejos, los recuerdos empezaron a volver.

No como un flashback dramático. No. Como una sensación física, una presencia en la piel. Recordé su mano sobre la mía una tarde de lluvia, cuando íbamos en el coche y ella me tranquilizaba porque los niños estaban enfermos y yo estaba desbordado. Recordé su risa en la cocina, cuando quemé la tortilla y ella dijo que así la prefería. Recordé su silencio en el jardín, cuando estábamos sentados uno junto al otro sin necesidad de hablar, simplemente existiendo en el mismo espacio, compartiendo el mismo aire.

Y sentí que todo volvía.

No solo los recuerdos. La sensación de que ella estaba donde debía estar. La certeza de que mi vida había estado incompleta durante catorce años y que ahora, viéndola frente a mí, sentía la ausencia con una intensidad que me doblaba las rodillas.

—Álvaro —dijo ella de repente, y en su voz había algo diferente, una grieta en la fachada—. Yo...

—Noa —interrumpí, sin saber qué iba a decir, solo sabiendo que no podía dejarla hablar, no todavía, no con todos estos oídos alrededor—. ¿Podemos...?

Pero no terminé la frase. Porque en ese momento Claudia se acercó, con su habitual falta de tacto y su corazón de oro, y nos separó como si fuera el destino personificado.

—¡Álvaro, cariño! —exclamó, agarrándome del brazo con fuerza—. ¡Por fin decides aparecer! Ven, que Iván quiere preguntarte algo del tema de los impuestos del hotel. Noa, discúlpame, te lo robo un segundo.

Y me arrastró lejos de ella, lejos de la única conversación que importaba, dejándome con la pregunta a medias en la boca y el corazón en la mano.

Pasé la siguiente media hora hablando de impuestos, de ocupación, de la reforma que necesitaba el restaurante del hotel. Iván era metódico, preciso, aburrido como solo pueden serlo los hermanos mayores. Pero le dejé hablar, agradecido por la distracción, por la posibilidad de reconstruir la máscara que se me había resquebrajado al verla.

Pero mis ojos la buscaban constantemente.

La veía en el otro extremo del jardín, hablando con Sara. Sonreía, gesticulaba, parecía relajada. Pero yo la conocía. Veía la tensión en sus hombros, la forma en que su mano izquierda jugueteaba con un mechón de pelo, ese tic nervioso que tenía desde siempre.

Estaba tan hermosa como recordaba. Más, quizás. El tiempo le había dibujado líneas sutiles en el rostro que antes era demasiado joven, demasiado suave. Ahora había profundidad en sus ojos, experiencia, una melancolía que no estaba antes. Y esa madurez la hacía más hermosa, no menos.

—¿Álvaro? —dijo Iván, y me di cuenta de que me había hecho una pregunta.

—Perdona —murmuré—. ¿Qué decías?

—Decía que el trimestre ha sido bueno, pero que deberíamos revisar los contratos con los proveedores. Pero tú no me estás escuchando.

—No —admití, demasiado cansado para fingir—. No te estoy escuchando.

Iván me miró con esa expresión que tenía desde niño, la de hermano mayor que lo ve todo.

—Ve a hablar con ella —dijo, simplemente—. Llevas catorce años queriendo hacerlo. No dejes que el miedo te gane ahora.

—No es miedo —mentí.

—Entonces, ¿qué es?

No supe responder. Porque no era solo miedo. Era el terror de descubrir que era demasiado tarde. Que ella había construido una vida donde yo no cabía. Que los catorce años de silencio habían sido definitivos, que el puente estaba roto, que el tiempo no curaba todo como decían los poetas, sino que a veces simplemente enterraba.

Logré escabullirme de Iván cuando todos empezaron a organizar la comida. Sergio había encendido la barbacoa y el humo empezaba a flotar sobre el jardín, llevándose consigo el olor a carne y a verano.

Noa estaba sola por un segundo, recogiendo vasos de plástico de una mesa auxiliar. Me acerqué despacio, dándole la oportunidad de verme venir, de escapar si quería.

Pero no escapó. Se quedó quieta, con los vasos en las manos, esperando.

—¿Podemos hablar? —pregunté, y mi voz sonó más ronca de lo que pretendía.

Ella me miró. Y en esa mirada vi todo lo que ella también estaba conteniendo: el miedo, la esperanza, la rabia, la tristeza. Una tormenta contenida detrás de un cristal de normalidad.

—Claro —dijo, con esa voz demasiado alta, demasiado clara—. ¿De qué quieres hablar?

—De... Empecé y me detuve.

¿De qué quería hablar? ¿De por qué se fue? ¿De por qué nunca llamó? ¿De que la he extrañado cada día durante catorce años? ¿De que la sigo queriendo con una intensidad que me avergüenza?

—Del tiempo —dije finalmente, eligiendo las palabras con cuidado —. De cómo pasa.

Ella dejó los vasos sobre la mesa y se giró hacia mí, cruzando los brazos sobre el pecho. Era una postura defensiva, lo sabía. La reconocía.

—Pasa —dijo, simplemente—. Pasa y no pregunta permiso. Y deja cosas... deja cosas atrás.

—¿Qué cosas? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

Ella no contestó. Solo me miró, y en ese silencio estalló todo lo que no estábamos diciendo. Los años, los silencios, las noches de Madrid donde ella lloró y yo no estuve, las mañanas de Marbella donde yo miraba el mar pensando en ella.

—Álvaro —dijo finalmente, y su voz tembló—. Yo no... no sé si puedo hacer esto.

—¿El qué?

—Esto —repitió, haciendo un gesto vago que abarcaba el jardín, el grupo, nosotros—. Fingir que somos amigos. Fingir que no pasó nada. Fingir que catorce años son solo... solo un paréntesis.

—Entonces no finjas —dije, y la frase salió más fuerte de lo que pretendía, con una urgencia que me delató.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Y durante un segundo, un segundo perfecto, vi que bajaba la guardia. Vi que sus ojos se humedecían, que su boca se abría para decir algo que podría cambiarlo todo.

Pero entonces sonó el teléfono de alguien. Una risa estridente de Claudia. El chirrido de la puerta de la cocina. Y el momento se rompió.

Noa se apartó, se secó los ojos discretamente con el dorso de la mano y, cuando me miró de nuevo, ya había reconstruido la máscara.

—Deberíamos volver con los demás —dijo—. Nos estarán buscando.

—Noa...

—Por favor, Álvaro —suplicó, y en su voz había una desesperación que me partió el alma—. No ahora. No así. No con todo el mundo mirando.

Asentí. Porque no tenía elección. Porque ella tenía razón. Porque estábamos rodeados de fantasmas y testigos, de pasado y presente, y no había espacio para la verdad.

Pero cuando nos giramos para volver al grupo, vi que alguien nos observaba.

Lucía.

Mi hija estaba sentada en el muro del jardín, con una Coca-Cola en la mano, inmóvil, en silencio. Estaba demasiado lejos para haber oído nuestra conversación, pero lo suficientemente cerca para haber visto todo: la tensión, la cercanía, las lágrimas contenidas, la electricidad que zumbaba entre nosotros como cables expuestos.

Nos miró a los dos. Y en sus ojos verdes —mis ojos, los que había heredado de mí— vi que entendía.

No sabía qué entendía exactamente. Pero sabía que era importante. Que era real. Que su padre y esa mujer que había vuelto de su pasado estaban conectados por algo más fuerte que la amistad, más profundo que el tiempo, más peligroso que el silencio.

Lucía no dijo nada. Solo nos observó, con esa intensidad que tenía desde pequeña, con esa capacidad para ver lo que otros no veían.

Y en ese silencio, en esa mirada de mi hija que lo captaba todo sin entenderlo del todo, supe que el secreto estaba a punto de salir a la luz.

Que no podríamos fingir para siempre. Que todo estaba volviendo. Y que esta vez, quizás, no habría forma de detenerlo.

Capítulo 9



Lucía

Estaba sentada en el muro desde hacía diez minutos, fingiendo que me interesaba más mi Coca-Cola que la escena que se desarrollaba a tres metros de mí. Pero en realidad no veía el vaso. En realidad, miraba a mi padre.

Y a ella.

Los veía a los dos, juntos, de pie junto a la mesa de los vasos, hablando en voz tan baja que no podía oír lo que decían. Pero no necesitaba oír. Podía leerlo todo en sus cuerpos, en la forma en que se inclinaban el uno hacia el otro sin tocarse, en la tensión que vibraba entre ellos como el aire antes de la tormenta.

Mi padre. Mi padre de cuarenta y siete años, que dirigía un hotel, que crió a tres hijos solo, que nunca se quejaba, que siempre parecía tener el control de todo. Ese hombre que yo había visto enfrentarse a clientes difíciles, a crisis económicas, a mi madre cuando vino a por nosotros aquella vez que intentó llevarnos a Barcelona. Ese hombre inquebrantable.

Ahora temblaba.

Lo veía en sus manos, que se movían sin descanso, tocándose los botones de la chaqueta, el cuello de la camisa, el pelo. Lo veía en la forma en que se apoyaba en la mesa, como si las piernas no le sostuvieran bien. Lo veía en sus ojos, esos ojos verdes que eran iguales a los míos, brillando de una manera que nunca los había visto.

Parecía nervioso. No, peor: parecía asustado. Como un adolescente que va a declararse y no sabe si le van a rechazar.

Y ella… ella parecía igual de perdida.

Noa. Mi Noa.

Aunque nunca había sido mía. Aunque siempre había sido de todos, y de nadie, y especialmente de mi padre, aunque ninguno de los dos lo supiera ver en aquel entonces.

Cerré los ojos un segundo, dejando que los recuerdos llegaran. No me costaba. Los tenía guardados como fotos en un álbum mental, revisados tantas veces durante años que ya no sabía si eran recuerdos reales o construcciones de mi nostalgia.

Tenía dos años cuando la conocí. Dos años y una lengua de trapo, como decía mi abuela Mercedes. No hablaba. Bueno, hablaba, pero en mi propio idioma, un dialecto de balbuceos y sonidos que solo yo entendía. Mis padres —mi padre y mi madre, antes de que ella se fuera — estaban preocupados. Llevaban meses intentando que dijera «papá» o «mamá» o «agua», y yo me negaba. Me negaba con la terquedad que ya caracterizaba mi personalidad.

Y entonces llegó ella.

Recuerdo el primer momento con una claridad que desafía la lógica. Recuerdo el color de su jersey, azul, como el mar, y el olor de su pelo, a vainilla y a algo dulce, y la forma en que se agachó hasta mi altura, hasta el suelo donde yo estaba jugando con un oso de peluche que se llamaba Pepe.

—*Hola* —dijo ella.

Yo la miré. Y algo en su sonrisa, en esa sonrisa que iluminaba todo, hizo que mi pecho se sintiera cálido por primera vez en semanas. Mi madre se había ido hacía dos meses. Yo no entendía por qué, solo sabía que la mujer que debía besarme por las noches ya no estaba, y que mi padre intentaba sustituirla, pero olvidaba las palabras, y que Gabriel y Marcos estaban tan tristes como yo, pero intentaban ser fuertes.

Pero ella... ella sonrió como si no existiera nada malo en el mundo.

—*Me llamo Noa* —dijo, extendiendo una mano—. *¿Y tú cómo te llamas?*

Yo no respondí. Solo la miré con mi oso apretado contra el pecho.

—*¿Ese es Pepe?* —preguntó, señalando al oso.

Asentí. Fue el primer gesto de comunicación que hacía con alguien que no fuera de la familia en semanas.

—*Es muy guapo* —dijo ella—. *¿Te importa si me siento aquí contigo?*

No me importó. Me senté en el suelo, cruzada de piernas, y ella hizo lo mismo, con una facilidad que mi madre nunca tuvo. Mi madre siempre tenía prisa, siempre estaba elegante, siempre parecía incómoda en el suelo. Noa parecía estar exactamente donde quería estar.

Jugamos con Pepe durante una hora. Ella inventó una historia absurda sobre que el oso era un pirata que buscaba un tesoro escondido en el jardín. Yo reí. Reí tanto que mi padre salió de la cocina para ver qué pasaba, y cuando nos vio, a ella y a mí, sentadas en el suelo cubiertas de tierra y hierba, vi algo en su cara. Alivio, creo. O esperanza.

A partir de ese día, Noa vino todos los domingos.

Mi padre trabajaba mucho. Salía antes de que amaneciera y volvía cuando yo ya estaba dormida. Gabriel intentaba hacerme de padre, pero tenía tan solo cuatro años más que yo y no sabía cómo. Marcos también era un niño, y necesitaba cuidados él mismo.

Pero los domingos... los domingos eran nuestro día.

Noa llegaba a media mañana, con bolsas de chucherías que mi padre intentaba prohibir y ella ignoraba con una sonrisa. Jugábamos en el jardín, pintábamos, hacíamos galletas en la cocina que nunca salían bien, pero que comíamos igual. Y luego, cuando caía la tarde y el sol se volvía dorado, ella me llevaba a mi cuarto y me preparaba para dormir.

Era un ritual sagrado.

Primero, el baño. Ella me sentaba en la bañera y cantaba canciones mientras me enjabonaba el pelo. Había una en inglés que tenía el nombre de Lucy en el título que siempre, siempre, era la primera que cantaba. Decía que mi nombre le recordaba a esa canción, aunque se escribiera diferente.

Luego, el pijama. Siempre me dejaba elegir cuál ponerme, aunque mi padre solo me compraba dos. Ella decía que la elección era importante, que debía practicar para cuando fuera mayor.

Y luego, lo más importante: la cama.

Me metía entre las sábanas, me arropaba con cuidado y se sentaba en el borde. Cogía mi mano entre las suyas —sus manos eran suaves, cálidas, con uñas pintadas de colores que cambiaban cada semana— y me miraba a los ojos.

—*Buenas noches, mi niña* —decía, siempre con la misma voz, suave, cantarina y segura—. *Que sueñes solo con cosas bonitas.*

Y me daba un beso. No un beso rápido en la frente, como hacía mi padre cuando se acordaba. Un beso verdadero, en la mejilla, que dejaba una huella húmeda y un olor a vainilla que me acompañaba toda la noche.

—*¿Qué es soñar con cosas bonitas?* —Le pregunté una vez, cuando ya había empezado a hablar mejor, cuando las palabras empezaban a obedecerme.

—*Es soñar con cosas que te hacen sonreír* —respondió ella—. *Con personas que te quieren. Con lugares donde te sientes segura. Con momentos que te hacen feliz.*

—*¿Tú puedes aparecer en mis sueños?*

—*Siempre* —dijo ella, sonriendo—. *Siempre que me necesites, apareceré.*

Y yo la creí.

Creí que siempre estaría ahí. Que los domingos durarían para siempre. Que el mundo era un lugar seguro porque ella existía.

Tenía tres años cuando desapareció.

No hubo despedida. No hubo «hasta luego». Un domingo vino, como siempre. Me dio el beso de las buenas noches, como siempre. Dijo: «Nos vemos la semana que viene», como siempre.

Y nunca volvió.

Mi padre dijo que se había mudado a Madrid. Que tenía un trabajo importante. Que estaba bien, que no debía preocuparme. Gabriel intentó explicarme que a veces la gente se va, que no era nuestra culpa, que ella nos quería, pero necesitaba espacio.

Yo no entendí.

Durante años, durante toda mi infancia, guardé la última foto que tenía de ella. Estaba arrugada, gastada por haberla mirado tantas veces. En la foto, Noa me tenía en brazos —yo tenía cuatro años, con un vestido rosa ridículo— y ambas reíamos a cámara. Al fondo se veía el jardín de esta misma casa: el limonero y el columpio.

La guardé debajo de la almohada durante años. Y todas las noches, durante años, esperé que apareciera. Que abriera la puerta de mi habitación, se sentara en el borde de mi cama y dijera: «Buenas noches, mi niña. Que sueñes solo con cosas bonitas».

Pero nunca vino. Y aprendí que las promesas de los adultos no valen nada. Que «siempre» significa «hasta que me canse». Que el amor es algo que se puede retirar sin avisar, como un banco que cierra una cuenta.

Odié a mi madre por irse. Pero de alguna manera, entendí que ella nunca nos quiso. Era una extraña, alguien que nunca encajó en nuestra familia.

Pero Noa...

Noa nos había querido. Yo lo sabía. Lo sentía en cada beso, en cada «buenas noches», en cada domingo que hizo que mi infancia fuera soportable a pesar de la ausencia de mi madre.

¿Por qué se fue? ¿Por qué nos abandonó? ¿Por qué dejó de querernos?

Abrí los ojos. La Coca-Cola había perdido el gas y sabía a agua azucarada estancada.

Pero no importaba. Porque ella estaba ahí. Realmente ahí. A tres metros de distancia, hablando con mi padre, viva, real, respirando el mismo aire que yo.

Y mi padre...

Miré a mi padre de nuevo. Había cambiado de postura, se había enderezado, intentaba parecer normal. Pero yo lo conocía demasiado bien. Veía el modo en que sus ojos la buscaban constantemente, incluso cuando miraba hacia otro lado. Veía la forma en que sus manos se cerraban en puños para no tocarla. Veía la tensión en sus hombros, en su mandíbula, en todo su cuerpo.

Mi padre, que enfrentaba clientes difíciles sin pestañear. Mi padre, que había criado a tres hijos solo sin quejarse jamás. Mi padre, que siempre parecía saber qué hacer en cada situación.

Ahora parecía un adolescente.

Un adolescente enamorado, aterrorizado, a punto de estallar.

Y algo hizo clic en mi cabeza.

No era solo nostalgia. No era solo alegría por ver a una amiga de la infancia. No era solo el reencuentro emocional de una niña con su niñera favorita.

Era algo más.

Mi padre la miraba como… Como yo nunca le había visto mirar a nadie.

Ni siquiera a mi madre, cuando ella estaba aquí. Ni siquiera a otras mujeres que habían intentado acercarse a él durante años. Había habido alguna cita, alguna cena, alguna «amiga» que venía a tomar café. Pero mi padre siempre había sido cortés, distante y educado. Como si estuviera cumpliendo una obligación social.

Ahora parecía estar en guerra consigo mismo. Como si quisiera correr hacia ella y alejarse al mismo tiempo. Como si quisiera hablarle y callar. Como si quisiera tocarla y temiera hacerlo.

Y ella… Ella lo miraba igual.

Con esa mezcla de anhelo y miedo. Con esos ojos que se humedecían y se secaban una y otra vez. Con esa sonrisa forzada que no engañaba a nadie.

No eran solo amigos.

Nunca lo habían sido, supuse. O quizás sí al principio, pero luego... luego algo había cambiado. Algo que ni ellos mismos supieron nombrar, o que nombraron demasiado tarde.

Y ahora, catorce años después, estaban frente a frente, y el aire entre ellos vibraba con todo lo que no se habían dicho.

Marcos se acercó a mí, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué haces aquí sentada como una estatua? —preguntó, sentándose a mi lado en el muro—. Vamos, come algo. Sergio ha traído unas empanadas que están para morirse.

—No tengo hambre —murmuré, sin apartar la vista de mi padre y Noa.

Marcos siguió mi mirada. Se quedó en silencio un segundo.

—Joder —dijo, bajando la voz—. ¿Lo ves tú también?

—¿El qué?

—La tensión. Esos dos parecen a punto de... no sé. De explotar.

Asentí. Marcos tenía diecinueve años, pero no era tonto. Nunca lo había sido.

—¿Crees que...? —empecé, pero no supe cómo terminar la frase.

—¿Que qué? —preguntó Marcos.

—¿Que algo va a pasar?

Marcos me miró. Y por primera vez en años, vi en sus ojos al niño que había sido, el niño que también había extrañado a Noa, que también había llorado su ausencia en silencio.

—Ya está pasando, Lucía —dijo suavemente—. Míralos. Ya está pasando desde el momento en que ella volvió.

Volví a mirar hacia ellos. Mi padre decía algo, gesticulaba con las manos. Noa negaba con la cabeza, con una sonrisa triste. Había algo entre ellos, algo invisible pero tangible, algo que había sobrevivido a catorce años de silencio y distancia.

Y de repente supe.

Supe con la claridad que solo tienen las intuiciones de diecisiete años, cuando aún no has aprendido a dudar de ti misma.

Esto no era solo una visita.

Noa no había vuelto solo para arreglar una casa heredada. No había vuelto solo para trabajar desde el ordenador en un lugar con mejor clima. No había vuelto por casualidad, por azar, por capricho.

Había vuelto porque debía volver.

Porque mi padre la necesitaba. Porque ella necesitaba a mi padre. Porque había algo entre ellos —algo que había empezado cuando yo era una niña pequeña con lengua de trapo y que ella me cantaba canciones de los Beatles— que no había terminado.

Que solo había esperado. Que solo había dormido. Y que ahora, en este jardín, en este agosto, en este preciso momento, estaba despertando.

Miré a Noa. Ella se giró, como si sintiera mi mirada, y nuestros ojos se encontraron.

Sonrió. Esa sonrisa de siempre, la que iluminaba todo, la que me había hecho sentir amada cuando creía que nadie podía quererme.

Y yo le devolví la sonrisa.

Pero en mi cabeza, una sola frase resonaba una y otra vez, como una campana de alerta, como una promesa, como una certeza:

Esto no es solo una visita.

Capítulo 10



Noa

La cena no estaba planeada. O quizás sí, pero no por mí. Lo cierto es que a las nueve de la noche el jardín de mi abuela se había transformado en un restaurante al aire libre improvisado. Había mesas plegables sacadas del trastero, velas en tarros de cristal que Lucía había decorado con prisas y un olor a carne a la bruma que hacía que mi estómago rugiera después de horas de nervios.

—Noa, ¿dónde guardas los cubiertos? —gritó Claudia desde la cocina, con la cabeza metida en un cajón.

—¡No tengo ni idea! —respondí, riendo, con una mano llena de tomates del huerto de mi abuelo—. ¡Búscalos!

—¡Estoy buscando, pero esto es un desastre!

—¡Bienvenida a mi vida!

Álvaro pasó a mi lado en ese momento, llevando una caja de vino tinto. Nuestros brazos se rozaron, apenas un instante, el tiempo suficiente para que mi piel recordara cosas que mi mente intentaba olvidar.

—Perdona —murmuró, sin mirarme.

—No pasa nada —mentí, sintiendo el calor subirme a las mejillas.

Era así toda la tarde. Evitándonos. Buscándonos. Encontrándonos en pasillos estrechos, en la cocina, en el jardín. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, él desviaba la vista primero. Cada vez que yo intentaba acercarme a hablarle de algo banal —el tiempo, el vino, los niños—, alguien interrumpía.

Como si el universo conspirara para mantenernos separados. O como si conspirara para acercarnos. No sabía cuál de las dos opciones me aterrorizaba más.

La cena fue un caos organizado. Veinte personas sentadas en sillas de diferentes alturas, tamaños y estilos, compartiendo platos que nunca habían estado pensados para coexistir en la misma mesa: empanadas argentinas de Sergio, ensalada de mi abuela (la receta que nunca logré replicar en Madrid), carne a la brasa que Álvaro supervisó con una seriedad que me hizo reír y tarta de queso que Lucía había comprado en alguna pastelería, jurando que era casera.

—Mentira —dijo Marcos, probándola—. Esto es de la pastelería que hay en el callejón del puerto.

—¡Cállate! —protestó Lucía, sonrojada—. He dicho que parecía casera.

—Parece de supermercado —bromeó Marcos, esquivando el golpe que le intentó dar su hermana.

Risas. Muchas risas. El vino fluía con peligrosa generosidad, y yo sentía que la tensión de la tarde se disolvía un poco, transformándose en algo más manejable, más borroso, más peligroso.

Porque el alcohol, sabía, me hacía valiente. Y la valentía, con Álvaro cerca, era un riesgo.

—Noa, cuéntanos Madrid —pidió Sara desde el otro extremo de la mesa, con esa voz suave que siempre había tenido—. ¿Cómo es la vida allí?

—Gris —respondí, automática, y luego me corregí—. Quiero decir... diferente. Más rápida. Más solitaria, a veces.

—¿Y los hombres? —preguntó Claudia, con su habitual falta de tacto—. ¿Hay alguno que haya merecido la pena?

Sentí que Álvaro dejaba el vaso sobre la mesa. No miré hacia él, pero lo sentí. Lo sentí en cada célula de mi cuerpo.

—Algunos —dije, evasiva—. Nada serio.

—Vaya, vaya —dijo Claudia, arqueando una ceja—. La Noa de siempre. La reina del compromiso cero.

—Dejadla en paz —intervino Gabriel, sentado a mi derecha—. Noa tiene derecho a tener una vida privada.

Le sonreí, agradecida. Pero noté que Gabriel no me devolvía la sonrisa de forma inocente. Había algo calculador en su expresión, algo que me puso alerta.

—Tienes razón —dijo Gabriel, levantando su copa—. Por eso propongo un brindis. Por los regresos. Por las segundas oportunidades.

Todos levantaron las copas. Yo también. Pero cuando bebí, sentí que Gabriel me observaba con una intensidad que no supe interpretar.

Hasta que entendí.

Gabriel estaba forzando situaciones.

Lo vi media hora después, cuando se ofreció a ayudarme a recoger los platos y «casualmente» dejó que Álvaro fuera el único que me ayudara a llevar la bandeja de cristal a la cocina.

—Cuidado, que pesa —dije, cuando Álvaro tomó el otro extremo.

—Lo sé —respondió él, y nuestras manos se rozaron de nuevo, esta vez más tiempo, más intencionadamente.

Nos quedamos en la cocina, solos, con la puerta abierta hacia el jardín donde seguían las risas y las conversaciones. El silencio entre nosotros era denso, cargado de electricidad.

—Noa, yo... —Empezó él.

—¡Papá, Noa! —gritó Gabriel desde el jardín—. ¿Necesitáis ayuda?

Y apareció en la puerta, sonriente, inocente, demasiado inocente.

—No, gracias —respondimos los dos al unísono, y Gabriel asintió, satisfecho, antes de volver con los demás.

Pero el momento se había roto. Álvaro se apartó, tomó una distancia que se sentía como kilómetros, y yo suspiré, frustrada y aliviada al mismo tiempo.

Después de la cena, cuando la mayoría se había ido —Claudia y Sara se llevaron a sus maridos e hijos, murmurando sobre reuniones de trabajo al día siguiente—, el jardín quedó extrañamente tranquilo.

Quedaban los tres hijos de Álvaro. Quedaba Lucía, sentada en el muro, observando todo con ojos demasiado maduros para su edad. Quedaba Álvaro, recogiendo las últimas botellas. Y quedaba yo, intentando parecer ocupada con unos vasos que no necesitaban ser lavados todavía.

—Yo me encargo de esto —dijo Gabriel de repente, quitándome los vasos de las manos—. Vosotros... id a dar un paseo. Hace buena noche.

—Gabriel... Empecé, sospechando.

—El jardín necesita airearse —interrumpió, con una sonrisa que no admitía réplica—. Y vosotros dos también.

Miré a Álvaro. Él me miró a mí. Y algo en nuestras expresiones debió de convencer a Lucía, porque se levantó del muro y se acercó a su hermano.

—Vamos, Marcos —dijo—. Vamos a comprar helados. Yo invito.

—¿Ahora? —protestó Marcos—. Si son las diez y media...

—Ahora —insistió Lucía, agarrándolo del brazo—. Vamos.

Y se fueron, los tres, dejándonos solos.

El silencio que quedó fue absoluto, solo roto por el sonido de las cigarras y el viento moviendo las hojas del limonero.

—Gabriel... —Dije de nuevo, pero esta vez sin convicción.

—Es un sinvergüenza —murmuró Álvaro, pero no sonaba enfadado. Sonaba... derrotado. O liberado. No sabía cuál.

—Lo es —confirmé.

Nos miramos. Y por primera vez en todo el día, no hubo evasión. No hubo miradas que se desviaran. No hubo excusas.

Hubo solo nosotros. Y catorce años de silencio. Y la noche de agosto que envolvía todo como una promesa.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó él, finalmente.

Asentí. No confiaba en mi voz.

Caminamos por el jardín sin rumbo, sin dirección, simplemente moviéndonos entre las sombras y la luz de las velas que aún no se habían apagado. El aire olía a jazmín y a verano, a noches que no terminan, a posibilidades que se abren como flores nocturnas.

—He pensado en ti —dijo Álvaro de repente, sin preámbulos.

Me detuve. Él también.

—Cada día —continuó, y su voz era ronca, rota, honesta de una manera que me dolía—. Cada maldito día durante catorce años.

—Álvaro...

—No —me interrumpió, suave pero firme—. Déjame hablar. Porque si no hablo ahora, si no digo esto ahora, quizás no tenga valor nunca más.

Se acercó un paso. Yo no me moví.

—Te quise —dijo, y la palabra cayó en el jardín como una piedra preciosa, pesada, brillante—. Te quise desde el primer día. Desde que te vi con Marcos en brazos, riendo de esa manera que tienes. Te quise cuando me escuchabas hablar de Patricia sin juzgarme. Te quise cuando te ibas los domingos y dejabas la casa vacía de luz.

Su voz temblaba. Sus manos también.

—Y no dije nada —continuó—. Porque tenías veinte años. Porque yo tenía treinta y siete y tres hijos y un divorcio reciente. Porque pensé que te merecías algo mejor. Alguien mejor. Alguien que no llevara tanto peso.

—Álvaro...

—Pero, sobre todo —dijo, y ahora estaba más cerca, demasiado cerca, cerca como para oler su colonia, su piel, su aliento a vino—, sobre todo no dije nada porque tenía miedo. Miedo de que dijeras que no. Miedo de que te fueras. Miedo de que...

—Me fui igual —susurré, y mi voz sonó extraña, lejana, como si perteneciera a otra persona.

—Lo sé —dijo él, y en sus ojos vi el brillo de las lágrimas contenidas —. Y eso es lo peor. Que me quedé callado, y te fuiste igual. Y pasaron catorce años, Noa. Catorce años en los que te he buscado en cada cara, en cada risa, en cada silencio.

Estaba llorando. No sabía cuándo había empezado, pero las lágrimas corrían por mis mejillas, calientes, silenciosas, inevitables.

—Yo también —confesé, y la verdad me liberó y me destrozó al mismo tiempo—. Yo también te quise. Te quise y no lo vi. O lo vi y no quise verlo. Estaba tan enamorada de la idea de Adrián, tan obsesionada con ser elegida por alguien que nunca me elegiría, que no vi que tú...

Me interrumpí. Porque decirlo en voz alta era demasiado. Porque admitir que había amado a Álvaro durante años, que lo había comparado con todos los hombres que vinieron después, que ninguno había llegado ni a la suela de sus zapatos, era abrir una puerta que quizás no podría cerrar.

Pero él lo entendió. Lo vio en mis ojos, en mi silencio, en mis lágrimas.

Y dio el último paso.

Estaba frente a mí. Realmente frente a mí. Tan cerca que podía ver las pequeñas motas doradas de sus ojos verdes, el temblor de su labio inferior, el modo en que su pecho subía y bajaba con respiraciones agitadas.

—Noa —susurró, y mi nombre nunca sonó tan hermoso.

Levantó una mano. La posó en mi mejilla, suave, reverente, como si fuera de cristal. Sus dedos eran cálidos, ásperos, reales. Catorce años de ausencia se condensaron en ese simple gesto, en esa caricia que me recorrió el alma como un rayo.

—Te he extrañado —dijo, y su voz era un susurro, una oración, una promesa.

—Yo también —respondí, y era la verdad más pura que había dicho en años.

Nuestros rostros se acercaron. Lentamente, dándonos tiempo de arrepentirnos, de retroceder, de salvar lo que quedaba de nuestras vidas ordenadas.

Pero no queríamos salvar nada. Queríamos esto. Queríamos el caos. El fuego. El beso que llevábamos quince años esperando.

Nuestras bocas estaban a centímetros de distancia. Podía sentir su aliento, cálido, a vino, a algo que solo era él. Sus ojos se cerraban. Los míos también.

Y entonces...

—¿Papá? ¿Noa?

La voz de Lucía cortó el aire como un cuchillo frío.

Nos separamos de golpe, como adolescentes pillados en la habitación prohibida. Yo di un paso atrás, tropezando con una maceta. Álvaro se giró, con la mano todavía extendida en el aire vacío donde había estado mi rostro.

Lucía estaba en la puerta de la cocina, con una bolsa de helados en la mano, con los ojos muy abiertos, con una expresión que no supe leer.

—Lo siento —dijo, y no sonaba arrepentida. Sonaba... alerta. Consciente—. No sabía que... solo quería deciros que hemos vuelto con los helados.

El silencio que siguió fue denso y cargado.

Álvaro y yo nos miramos, y en sus ojos vi todo lo que habíamos estado a punto de perder, y todo lo que aún podíamos perder.

—Estábamos… —empecé, pero no supe cómo terminar.

—Hablando —terminó Álvaro, y su voz sonaba ronca, forzada—. Solo hablábamos.

Lucía nos observó. Y durante un segundo, un segundo que duró una eternidad, vi que no nos creía. Vi que había visto algo —nuestra cercanía, nuestras caras sonrojadas, el aire cargado entre nosotros— que delataba la mentira.

Pero solo asintió.

—Claro —dijo, dándose la vuelta—. Los helados se derriten. Venid cuando queráis.

Y se fue.

Pero la magia se había roto.

El momento se había ido, escapándose entre los dedos como el agua, como el tiempo, como todo lo que no se atreve a sujetarse con fuerza.

Álvaro y yo nos miramos por última vez. Y supe que el Acto I de nuestra historia acababa de terminar.

Pero que el verdadero drama, el verdadero riesgo, el verdadero amor, apenas comenzaba.

Capítulo 11



Noa

El sol entraba por la ventana de la cocina con una intensidad que ya auguraba una jornada abrasadora. Apagué el ventilador de techo, que hacía un ruido metálico insoportable que me impedía concentrarme, y me quedé mirando la pantalla del ordenador, donde el cursor parpadeaba sobre un documento vacío titulado «Propuesta_Asesoría_Fiscal_Q3.docx». Llevaba cuarenta y cinco minutos sentada frente a esa pantalla, con las manos sobre el teclado, fingiendo que mi vida profesional seguía siendo la misma que en Madrid.

Pero no lo era. Nada lo era.

La casa respiraba a mi alrededor con una vida propia que no recordaba haberle concedido. Desde que Gabriel irrumpiera en el jardín tres días atrás, desde que Álvaro y yo nos hubiéramos quedado a centímetros de cometer el error más hermoso de nuestras vidas, desde que Lucía nos hubiera interrumpido con esa bolsa de helados derretidos, la villa se había convertido en un imán de visitas inesperadas. No lograba establecer una rutina. No lograba encontrar el silencio necesario para pensar.

Intenté centrarme en los números. En las cifras. En el mundo ordenado y predecible de los balances contables, donde dos más dos siempre eran cuatro, donde no había espacio para los sentimientos que se desbocaban, donde no existían los hombres de ojos verdes que te miraban como si llevaran décadas esperándote.

Pero incluso los números me traicionaban.

Cada vez que tecleaba una cifra, mi mente divagaba hacia la noche anterior. Hacia el jardín oscuro, hacia la voz ronca de Álvaro confesándome que me había querido desde siempre, hacia su mano en mi mejilla, hacia la electricidad que había vibrado entre nuestros labios a punto de encontrarse. Y luego, el sonido de Lucía. Esa interrupción que había salvado mi cordura, o quizás la había condenado, y que nos devolvía a la realidad con la brutalidad de un cubo de agua helada.

Después de que Lucía se fuera, después de que Álvaro murmurara algo sobre que era tarde y tenía que revisar unas reservas, nos habíamos despedido con una educación que nos había costado años de silencio. Un simple hasta mañana. Un gesto torpe. Una distancia de tres metros que se había vuelto infranqueable.

Y yo había pasado la noche en vela, mirando el techo de mi habitación de infancia, preguntándome si había cometido un error al volver. Si no habría sido más sabio quedarme en Madrid, en mi piso gris de Chamberí, lejos de tentaciones que no podía controlar, lejos de un amor que nunca tuve el valor de reclamar.

El móvil vibró sobre la mesa y vi que era un mensaje de Claudia.

Claudia: *Cariño, hoy quedamos para comer. No te hagas la remolona. Te recojo a las dos.*

Suspiré. No quería ver a nadie. Quería encerrarme en esa casa y pretender que el mundo exterior no existía. Pero sabía que Claudia no aceptaría un no por respuesta. Nunca lo había hecho.

Volví a la pantalla. Intenté escribir una línea. «En relación con la optimización fiscal del tercer trimestre...»

La borré. Era inútil.

El timbre sonó a las diez y media.

Salté en la silla, con el corazón desbocado, convencida de que sería él. Convencida de que Álvaro había venido a terminar lo que no pudimos decir, a reclamar esos centímetros de aire que nos separaban de un beso que nos pertenecía desde hacía quince años.

Pero cuando abrí la puerta, no era Álvaro. Era Lucía.

Llevaba un vestido verde de verano, sandalias blancas y el pelo recogido en una coleta alta que dejaba ver su rostro juvenil pero maduro. En las manos sostenía una cesta de mimbre cubierta con un paño de cuadros.

—Noa —dijo, sonriendo con esa timidez que no le había visto el día anterior, cuando estaba demasiado ocupada organizando el caos de la cena—. Espero no molestar.

—Lucía —susurré, sintiendo una mezcla de alivio y... ¿Decepción? No quería admitir que había esperado ver a su padre—. Claro que no molestas. Pasa.

Entró con esa familiaridad que me descolocaba. No como una visita cualquiera, sino como quien entra en su propia casa. Cruzó el salón, dejó la cesta sobre la mesa de la cocina y empezó a sacar el contenido: unos termos de café recién hecho, croissants envueltos en papel de estraza, fruta fresca en un táper, incluso un ramillete de flores silvestres que debía haber recogido por el camino.

—He pensado que quizás no tenías nada para desayunar —dijo, sin mirarme a los ojos, concentrada en colocar las cosas sobre la mesa—. Y que quizás... quizás no querías salir a comprar. Después de... bueno, después de anoche.

Su voz se apagó en la última frase. Yo me quedé quieta, observándola, con el corazón encogido.

—Lucía...

—Es solo desayuno —interrumpió, levantando las manos en un gesto defensivo—. No es... no es nada importante. Mi abuela Mercedes siempre dice que no se puede pensar con el estómago vacío, y tú parecías... parecías necesitar pensar.

Me acerqué a ella. Estaba tan cerca que podía oler su champú —el mismo que usaba cuando era pequeña, ese olor a manzana y canela que me transportaba quince años atrás—. La abracé. No lo planeé, simplemente ocurrió. La atraje hacia mí y sentí cómo su cuerpo se tensaba primero y luego se relajaba, cómo sus brazos rodeaban mi cintura con una fuerza desesperada.

—Gracias —murmuré contra su pelo—. Gracias por venir.

—Tú siempre venías —dijo ella, con la voz ahogada contra mi hombro—. Los domingos. Siempre traías magdalenas. Decías que eran de tu abuela, pero yo sabía que las comprabas en el supermercado.

Me eché a reír, una risa que se mezcló con algo parecido a las lágrimas.

—¿Lo sabías?

—Siempre lo supe —dijo, separándose y secándose los ojos con rabia—. Pero me gustaba fingir que eran caseras. Me gustaba... me gustaba todo lo que hacías.

Nos sentamos a la mesa. Lucía sirvió el café —negro, fuerte, exactamente como me gustaba— y puso un croissant delante de mí. Comimos en silencio durante unos minutos, ese silencio cómodo que solo existe entre personas que comparten un pasado profundo, aunque el presente sea incierto.

—Mi padre no durmió —dijo Lucía de repente, mirando su taza.

El café se me atragantó. Tosí, disimulando, sintiendo el calor subirme a las mejillas.

—¿Qué?

—Anoche —continuó ella, con esa madurez que contrastaba con su edad—. Lo oí. Se levantó a las tres de la mañana. Estuve en la cocina bebiendo agua y lo vi salir al jardín. Se quedó ahí, mirando hacia aquí, hacia tu casa, durante casi una hora.

No supe qué decir. Mi mano tembló al dejar la taza sobre el plato.

—Lucía, yo... —empecé, pero ella levantó una mano.

—No tienes que explicarme nada —dijo, con una seriedad que me partió el alma—. Solo quería que lo supieras. Porque... porque creo que tú tampoco dormiste. Y creo que... —hizo una pausa, buscando las palabras—. Creo que os estáis haciendo daño los dos por no decir lo evidente.

—¿Y qué es lo evidente, Lucía? —pregunté, con voz apenas audible.

Ella me miró. Y en sus ojos verdes, tan parecidos a los de su padre, vi una sabiduría que no correspondía a sus diecisiete años.

—Que siempre habéis estado enamorados —dijo simplemente—. Y que catorce años son demasiados para seguir fingiendo.

El silencio que siguió fue denso, cargado de verdad. Quise negar, quise decirle que no entendía la situación, que era más complicado, que había razones por las que nos habíamos separado, por las que no podíamos...

Pero no dije nada, porque Lucía tenía razón.

Después de que se fuera prometiendo volver al atardecer para ayudarme a organizar el desván, intenté retomar el trabajo. Abrí el correo electrónico, respondí a dos mensajes de clientes madrileños, revisé unas facturas. Pero mi mente estaba en otra parte.

Estaba en el Hotel Bahía Esmeralda.

Gabriel me había contado sobre él durante la cena. Cómo los tres hermanos, Álvaro, Sergio e Iván, habían invertido el dinero de un premio de lotería en ese proyecto loco. Cómo habían convertido una finca abandonada en la costa en un hotel de cinco estrellas que atraía a famosos, a empresarios, a gente que buscaba exclusividad lejos del bullicio de Puerto Banús.

—*Es el orgullo de mi padre* —había dicho Gabriel, con un toque de admiración en la voz—. Vive para ese hotel. Trabaja siete días a la semana, doce horas al día. Dice que es su legado para nosotros.

Pero yo sabía la verdad. O al menos la intuía.

El hotel no era solo un negocio. Era una distracción. Una forma de llenar el tiempo, de llenar el vacío, de no tener que enfrentarse a la soledad de una casa donde faltaba alguien. Donde faltaba yo.

Cada vez que alguien mencionaba el nombre del hotel Bahía Esmeralda, sentía un escalofrío en la nuca. Era como si el lugar me llamara, como si las paredes de ese edificio que nunca había visto contuvieran pedazos de Álvaro que yo desconocía. Catorce años de su vida que había pasado sin mí, construyendo algo hermoso mientras yo construía muros en Madrid.

Intenté convencerme de que mi lugar no estaba aquí.

Miré alrededor de la cocina. La casa de mis abuelos era hermosa, sí. Pero era un museo del pasado. Un lugar de recuerdos, de nostalgia, de dolores antiguos que aún no habían cicatrizado del todo. Mi vida estaba en Madrid. Mi trabajo, mis clientes, mi piso, mi rutina. Allí no había fantasmas que me miraran con ojos verdes. Allí no había promesas interrumpidas ni besos que no se dieron.

Allí estaba segura. ¿Verdad?

Saqué el móvil y abrí la aplicación de mensajería. Escribí a mi madre:

Noa: *¿Crees que hice bien en venir?*

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Mamá*: Cariño, solo tú sabes eso. Pero recuerda que huyendo no se resuelve nada. Solo se pospone.*

Dejé el teléfono sobre la mesa con brusquedad. No necesitaba su sabiduría ahora. Necesitaba... ¿qué? ¿A Álvaro irrumpiendo por esa puerta y diciéndome que no se iría hasta que habláramos de verdad? ¿Necesitaba que el tiempo retrocediera quince años y que yo tuviera el valor de elegirlo a él en lugar de perseguir sombras?

El ordenador emitió un *ping.* Un correo nuevo.

Lo abrí distraídamente, pensando que sería otra factura, otra solicitud de reunión virtual. Pero era diferente.

Era de una dirección que no reconocía: «*a.reyes.benavente@bahiaesmeralda.com*»

Mi corazón se detuvo. Era él.

El asunto decía: *«Propuesta de colaboración»*

Abrí el mensaje con dedos temblorosos:

«Noa:

Sé que esto es impropio. Sé que debería hablar contigo en persona, no escondiéndome detrás de un correo profesional. Pero después de anoche, después de lo que casi... de lo que no pudimos..., necesito verte. Necesito hablar contigo sin testigos, sin interrupciones, sin miedo.

El hotel necesita una asesora fiscal externa. Es una excusa, lo sé. Pero es la única forma que se me ocurre de tenerte cerca sin que huyas.

Por favor, Noa. No huyas otra vez.

Álvaro.»

Leí el mensaje tres veces. Cuatro. Las palabras se mezclaban, se separaban, volvían a formar sentido. Sentía el pulso en las sienes, un latido salvaje que me impedía pensar con claridad.

Era una trampa. Una trampa emocional disfrazada de oportunidad laboral. ¿Debería aceptar? ¿Debería rechazarlo? ¿Debería...

Un sonido me sacó de mis cavilaciones. Un crujido. Fuera, en el jardín.

Levanté la vista de la pantalla, con el corazón en la garganta. La ventana de la cocina daba al patio trasero, al limonero, al columpio donde Álvaro y yo nos habíamos quedado a centímetros de besarnos.

Y allí, entre las sombras de la mañana que avanzaba hacia el mediodía, vi algo moverse.

No era el viento. Era una figura. Una silueta oscura, inmóvil, observando la casa desde detrás del limonero.

No podía distinguir los rasgos. El sol estaba en contra, creando un halo de luz que oscurecía los contornos. Pero sentía la mirada. Sentía que alguien me observaba con una intensidad que me erizaba la piel.

Me levanté despacio, con las piernas de gelatina. El ordenador se quedó abierto sobre la mesa, con el correo de Álvaro brillando en la pantalla.

Caminé hacia la ventana, paso a paso, como si me moviera bajo el agua.

La figura no se movió. Estaba allí, quieta, esperando.

¿Era Álvaro? ¿Había venido a buscarme después de enviar el correo? ¿O era alguien... otra cosa?

Mi mano tocó el marco de la ventana. Estaba a punto de abrirla, a punto de gritar, a punto de...

La figura se movió. Un paso adelante. Y otro. Y entonces, cuando salió de la sombra del limonero y el sol iluminó su rostro, sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

No era Álvaro. Era Adrián.

Adrián, mi pasado, mi error, el hombre que nunca me eligió, estaba de pie en mi jardín, sonriendo con esa sonrisa que una vez me había vuelto loca, levantando una mano en saludo, con los ojos fijos en mí como si catorce años no hubieran pasado, como si yo siguiera siendo la chica de veinte años que se conformaba con migajas de amor.

Y en ese segundo, mientras mi presente y mi pasado colisionaban en el jardín de mi infancia, supe que el verano acababa de complicarse de una manera que jamás había previsto.

Supe que el dolor apenas empezaba.

Capítulo 12



Álvaro

El sol golpeaba el cristal de la ventana de mi despacho con una intensidad que convertía la habitación en un invernadero. Apreté el botón del aire acondicionado, subiendo la potencia, pero el frío artificial no lograba calmar el calor que llevaba dentro desde hacía tres días. Desde que ella había vuelto. Desde que casi la había besado en el jardín de su infancia. Desde que mi hija me había mirado con esos ojos que lo sabían todo.

Me quedé mirando el informe de ocupación que tenía sobre la mesa. Las cifras eran excelentes. Agosto nos estaba dejando beneficios récord. El hotel funcionaba como un reloj suizo, cada pieza en su sitio, cada engranaje lubricado con la precisión que exigía un establecimiento de cinco estrellas.

Pero yo no estaba allí.

Mi cuerpo estaba sentado en la silla de cuero, vestido con el traje azul marino que me había puesto con automatismo esa mañana, mirando papeles que no veía. Pero mi mente... mi mente estaba a tres kilómetros de distancia, en una casa con paredes blancas y contraventanas verdes, preguntándose si ella había leído el correo que le envié a las seis de la mañana, después de otra noche sin dormir.

—Jefe, ¿me oyes?

Levanté la vista. Diego, mi director de operaciones, estaba de pie frente a mi mesa, con una carpeta en las manos y una expresión de preocupación contenida.

—Disculpa —murmuré, aclarándome la garganta—. Dime.

—Hablaba de la boda del próximo sábado —repitió Diego, con paciencia profesional—. La del futbolista. Han ampliado la lista de invitados. Cien personas más. Necesitamos reorganizar el salón de banquetes y contratar a más camareros temporales.

—Hazlo —dije, asintiendo automáticamente—. Lo que sea necesario. Presupuesto abierto.

Diego arqueó una ceja. No era propio de mí dar cheques en blanco. Normalmente revisaba cada céntimo, negociaba cada contrato, supervisaba cada detalle.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Es un desembolso considerable...

—Seguro —corté, y mi voz sonó más brusca de lo que pretendía—. Que sea perfecto. Esa boda nos dará publicidad durante años.

Diego asintió, anotando algo en su Tablet, pero me observó con una mirada que decía que sabía que algo andaba mal. Llevaba diez años trabajando conmigo. Me conocía demasiado bien.

Cuando salió, me quedé solo con el murmullo distante del hotel. Desde mi despacho en la planta alta podía oír el eco de la vida que pululaba abajo: el tintineo de copas en la terraza, el murmullo de las conversaciones en el lobby, el sonido de las olas rompiendo contra la playa privada que habíamos construido con tanto esfuerzo.

El Hotel Bahía Esmeralda.

Nuestro sueño. El sueño de tres hermanos que un día ganaron un premio de lotería y decidieron apostarlo todo en un terreno abandonado frente al mar. Sergio había querido poner un chiringuito. Iván había sugerido una inversión segura en fondos. Yo... yo había querido construir un lugar donde la gente pudiera ser feliz, aunque fuera por unos días.

Un lugar donde yo pudiera olvidar.

Miré hacia la ventana. Desde allí se veía la piscina infinita, de un azul turquesa que competía con el del mar. Había parejas tomando el sol en hamacas blancas, niños jugando en el agua poco profunda, camareros vestidos de blanco circulando con bandejas de cócteles coloridos. Todo era perfecto. Ordenado. Controlado.

Exactamente lo contrario de lo que sentía dentro.

Sonó el teléfono interno. Era recepción.

—Señor Reyes, su hermano está en la terraza preguntando por usted. Dice que es urgente.

—Dile que suba —respondí, aunque sabía que urgente en boca de Sergio podía significar cualquier cosa, desde un problema con un proveedor hasta que se le había acabado el hielo en su gin-tonic.

No tardó en aparecer. Sergio irrumpió en mi despacho con la energía que siempre había tenido, esa capacidad de llenar cualquier espacio con su sola presencia. Llevaba pantalones de lino blanco, una camisa hawaiana que era un crimen contra la moda, y gafas de sol puestas a pesar de estar en el interior.

—Hermano —exclamó, dejándose caer en el sofá de cuero sin pedir permiso—. Estás más gris que el cemento de la obra. ¿No has dormido?

—He dormido lo suficiente —mentí, cerrando el informe de ocupación que no había leído.

—Mentira —dijo Sergio, quitándose las gafas y clavándome esos ojos verdes que compartíamos—. Llevas tres días así. Desde la cena en casa de Noa. Desde que casi te la comiste a besos en el jardín mientras todos fingíamos no veros.

Sentí que el calor subía a mis mejillas. Me levanté y caminé hacia la ventana, dándole la espalda.

—No sé de qué hablas —dije, mirando el mar.

—Claro que sí —rio Sergio, y el sonido me irritó—. Álvaro, soy tu hermano. Te conozco desde que naciste. Y te conozco especialmente desde que esa chica apareció en nuestras vidas hace quince años. Cada vez que está cerca, te conviertes en un desastre andante.

—Estoy trabajando —espeté, girándome—. Tengo un hotel que dirigir. No tengo tiempo para...

—¿Para qué? —interrumpió Sergio, poniéndose serio de repente—. ¿Para ser feliz? ¿Para dejar de torturarte? Álvaro, la mujer ha vuelto. Después de catorce años. Y tú... tú estás aquí, encerrado en este despacho, mandándole correos electrónicos como un adolescente en lugar de ir a buscarla y decirle lo que sientes.

Me quedé quieto. ¿Cómo sabía lo del correo?

—Lucía —dijo Sergio, leyendo mi mente—. Me lo ha contado esta mañana. Dice que su padre se ha vuelto loco. Que le ha ofrecido trabajo a Noa para tenerla cerca. Que eso es acoso laboral disfrazado de romanticismo.

—No es acoso —defendí, indignado—. Es... es una oportunidad legítima. Necesitamos una asesora fiscal externa. Ella es perfecta para el puesto.

—Ella es perfecta para ti —corrigió Sergio, poniéndose de pie y acercándose a mí—. Eso es lo que importa. No el puesto, no el hotel, no las putas cifras de ocupación. Ella, Álvaro. Noa es perfecta para ti. Siempre lo fue. Y tú la dejaste ir.

—Ella se fue —dije, y mi voz salió ronca, quebrada—. Yo no la dejé. Ella eligió irse.

—Porque nunca le dijiste que la querías —replicó Sergio, suavemente—. Porque te quedaste callado como un cobarde, convencido de que no eras suficiente para ella, de que tus hijos eran una carga, de que...

—¡Basta! —grité, golpeando el escritorio con la palma de la mano.

El eco resonó en la habitación. Sergio no se inmutó. Me miró con esa mezcla de compasión y frustración que solo pueden tener los hermanos que te han visto en tus peores momentos.

—No estoy enfadado contigo —dijo, bajando la voz—. Estoy enfadado por ti. Porque llevas quince años enamorado de una mujer, y ahora que el destino te da una segunda oportunidad, te escondes aquí, entre papeles y reuniones, como si el tiempo no se te estuviera acabando.

No respondí. No podía, `porque tenía razón. Sergio suspiró y se dirigió hacia la puerta.

—Ve a buscarla —dijo, con la mano en el pomo—. O al menos ve a la terraza. Tienes una reunión con los proveedores del catering en cinco minutos. Y ponte gafas de sol. Tienes ojeras que dan miedo.

Cuando se fue, me quedé solo de nuevo. Miré mi reflejo en el cristal de la ventana. Tenía cuarenta y siete años, pero esa mañana parecía tener sesenta. La barba de tres días me daba aspecto de indigente, y los ojos... Dios, los ojos estaban vacíos, consumidos por la espera.

Saqué el móvil. Abrí la aplicación de correo. No había respuesta de Noa.

La había escrito a las seis de la mañana, cuando el insomnio me tenía despierto, cuando la necesidad de contactarla se había vuelto física, insoportable. Le había ofrecido el trabajo sabiendo que era una excusa barata, sabiendo que ella lo vería, sabiendo que quizás la enfurecería o la asustaría.

Pero no podía soportar la distancia. No podía soportar no saber si volvería a verla, si me dejaría entrar en su vida de nuevo, si tendría otra oportunidad de terminar lo que empezamos aquella noche en el jardín.

Guardé el teléfono. Tenía que salir de ese despacho. Tenía que moverme, hacer algo, fingir que era el hombre de negocios impecable que todos creían que era.

La terraza del hotel era el corazón de Bahía Esmeralda. La había diseñado yo mismo, supervisando cada detalle con una obsesión que ahora me parecía patética. Quería que fuera perfecta. Quería que la gente se enamorara allí, que pidieran matrimonio al atardecer, que celebraran aniversarios mirando el mar.

Quería construir el escenario de una felicidad que yo no tenía.

Caminé entre las mesas, saludando a los huéspedes con una sonrisa profesional que no sentía. Una actriz famosa me hizo señas desde su mesa. Le devolví el saludo. Un empresario italiano con el que había cerrado un acuerdo la semana pasada me estrechó la mano con efusividad. Sonreí. Una familia con dos niños pequeños me pidió una foto y posé.

Todo era automático, mecánico, pero mi mente estaba en otra parte.

Estaba pensando en cómo sería tener a Noa allí. En cómo sería verla sentada en una de esas mesas blancas, con el sol iluminando su pelo castaño, riendo de algo que yo había dicho, siendo parte de mi mundo después de haber sido parte de mi vida durante años.

El catering ya estaba instalado en el extremo de la terraza. Los responsables del evento del sábado —la boda del futbolista— estaban montando una prueba de menú. El chef, Rafa, me saludó con la mano manchada de salsa.

—Jefe, ¿probamos el entrante?

—Sí —dije, acercándome—. ¿Qué es?

—Tartar de atún con aguacate y reducción de soja.

Probé un bocado. Estaba exquisito. Pero no sabía a nada. Mi paladar estaba anestesiado, como el resto de mis sentidos.

—Está bien —dije—. Pero ponle algo más de jengibre. La novia es inglesa. Les gustan los sabores fuertes.

Rafa asintió, tomando nota. Yo me alejé hacia la barra, necesitando un café, necesitando algo que me despertara de esa especie de letargo en el que vivía desde el regreso de Noa.

—Álvaro.

La voz me hizo girarme. Era Julia, la recepcionista, con su uniforme impecable y una expresión nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunté, preocupado.

—Es su hija —dijo Julia—. Lucía acaba de llegar. Pregunta por usted.

Miré hacia el lobby. Allí estaba Lucía, con su vestido verde del día anterior, el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. Pero no estaba sola.

Mi corazón se detuvo.

A su lado, con gafas de sol oscuras y un vestido de lino blanco que se movía suavemente con la brisa del mar, estaba Noa.

Noa estaba en mi hotel. Había venido. Había leído el correo. O no lo había leído. O había venido por otra razón. No importaba. Estaba allí, a cincuenta metros de distancia, mirando a su alrededor con esa expresión de asombro que recordaba de cuando era joven, cuando todo le parecía nuevo y emocionante.

—Dios mío —murmuré, sin darme cuenta de que había hablado en voz alta.

Julia me miró con curiosidad, pero yo ya no estaba allí para ella. Caminé hacia el lobby, con las piernas de plomo, con el corazón golpeando contra las costillas como un pájaro atrapado.

Lucía me vio primero. Sonrió. Esa sonrisa traviesa, inteligente, que decía «lo he conseguido».

Y Noa… Noa se quitó las gafas de sol y cuando nuestros ojos se encontraron, vi algo que me detuvo en seco. No era solo sorpresa. No era solo la reacción de alguien que se encuentra con un conocido inesperado.

Era miedo, y esperanza. Y era todo lo que yo sentía, reflejado en esos ojos color miel que habían habitado mis sueños durante catorce años.

Estaba en mi hotel. Había cruzado la puerta. Había venido a buscarme.

O quizás había venido a decirme que no. Que no quería el trabajo. Que no quería verme. Que había cometido un error al volver a Marbella.

Pero no importaba. Estaba allí.

Y mientras caminaba hacia ella, mientras el mundo se reducía a esa mujer que se acercaba con pasos inseguros, supe que Sergio tenía razón.

El tiempo se me estaba acabando. Y esta vez, no podía dejar que se fuera.

Capítulo 13



Noa

Lucía no me había dado opción. O, más bien, me había dado tantas opciones falsas que al final no tuve más remedio que ceder a su voluntad. ¿Quería quedarme en casa organizando cajas? No, porque ella había traído a dos chicos del barrio para hacerlo. ¿Prefería ir al supermercado? Imposible, porque ya había hecho la compra esa mañana. ¿Tal vez una siesta? Absurdo, con el calor que hacía.

—Vamos al hotel —había dicho finalmente, con esa sonrisa que no admitía réplica—. Necesitas salir de esa casa antes de que te vuelvas loca. Y mi padre... bueno, mi padre necesita ver que no te has ido a Madrid de nuevo.

Y así, sin más ceremonia, me había subido a su coche —un utilitario rojo con pegatinas de bandas indie en la luneta trasera— y habíamos atravesado Marbella en dirección a la costa, dejando atrás el barrio antiguo, las calles estrechas de mi infancia, el mundo conocido.

Ahora estábamos allí, frente al Hotel Bahía Esmeralda, y yo sentía que me costaba respirar.

—Joder —susurré, sin darme cuenta de que hablaba en voz alta.

Lucía sonrió, satisfecha.

—Impresiona, ¿verdad? —dijo, apagando el motor—. La primera vez que lo vi terminado, lloré. No te lo creerías, pero es cierto. Lloré como una tonta en el aparcamiento.

Miré hacia el edificio. No era un hotel. Era un monumento. Una estructura de cristal y piedra blanca que se alzaba imponente frente al mar, con terrazas que parecían flotar sobre el agua, jardines tropicales que bajaban en suaves pendientes hasta la arena, y una entrada principal con una pérgola de madera que dejaba caer sombras geométricas sobre el mármol pulido.

Pero lo que más me impactó no fue la arquitectura. Fue la vida.

El lugar bullía. Había coches de lujo aparcados en la entrada. Un Bentley, un Mercedes descapotable y algo que parecía un Ferrari, pero no sabía distinguir modelos. Gente bien vestida entraba y salía por las puertas giratorias. Un portero con uniforme impecable abría puertas y sonreía con la naturalidad de quien ha visto de todo. Y el mar... Dios, el mar estaba allí, justo al fondo, como si el hotel hubiera sido construido para enmarcarlo.

—Vamos —dijo Lucía, agarrándome de la mano con una familiaridad que me desarmó—. Te enseño todo.

—Lucía, yo no creo que sea buena idea... —empecé, pero ella ya me arrastraba hacia la entrada.

—Relájate —dijo, sin girarse—. Eres prácticamente familia. Además, hoy mi padre está ocupado con una boda. No nos cruzaremos con él... probablemente.

Esa última palabra debería haberme alertado. Pero estaba demasiado ocupada intentando procesar lo que veía.

El vestíbulo era una catedral de luz. Techos altísimos con vigas de madera oscura, enormes ventanales que dejaban entrar el sol de la tarde y lo convertían en partículas doradas flotando en el aire, y una recepción de mármol blanco donde tres personas atendían a los clientes con una eficiencia que parecía coreografiada.

—Esto es... —empecé, sin encontrar las palabras.

—Esto es lo que soñaban —terminó Lucía, y en su voz había un orgullo que no podía disimular—. Mi padre, el tío Sergio y el tío Iván. Cuando éramos pequeños, se pasaban las noches hablando de esto. De un lugar donde la gente pudiera ser feliz. De un hotel que no fuera solo un negocio, sino... un refugio.

Cerré los ojos por un segundo, y los recuerdos llegaron.

Eran las tres de la mañana. Estábamos en el jardín de la casa de Álvaro, después de una cena que se había alargado demasiado. Los niños dormían arriba. Sergio e Iván se habían quedado a dormir en el sofá, borrachos de cerveza y risas. Pero Álvaro y yo estábamos despiertos, sentados en el escalón de la terraza, mirando las estrellas.

—*Algún día* —había dicho Álvaro, con la voz ronca por el alcohol y la conversación—*, tendré un lugar propio. No una casa, no un piso. Un lugar. Algo grande.*

—*¿Un hotel?* —había bromeado yo, apoyando la cabeza en su hombro.

—*Quizás* —respondió, y su tono era serio, a pesar de mi broma—. *Un lugar donde la gente venga a olvidar sus problemas. Donde puedan mirar el mar y sentir que el mundo no es tan malo.*

—*Suena caro* —dije.

—*Lo será* —rio—. *Pero los tres lo haremos. Sergio, Iván y yo. Juntos. Como siempre.*

—*¿Y yo?* —pregunté, medio en broma, medio en serio—*. ¿Dónde encajo yo en ese plan de superhombres?*

Álvaro se quedó callado un largo rato. Tan largo que pensé que se había quedado dormido. Pero cuando habló, su voz tenía una intensidad que me erizó la piel.

—*Tú serías la razón por la que la gente querría quedarse* —dijo—. *La razón por la que yo querría quedarme.*

No supe cómo responder. Lo miré, confundida, esperando que aclarara esa frase extraña. Pero él solo sonrió, esa sonrisa triste que tenía a veces, y señaló una estrella.

—*Mira* —dijo—. *Esa es la nuestra.*

—Noa.

La voz de Lucía me devolvió al presente. Estaba de pie frente a un mural enorme que cubría toda una pared del vestíbulo. Representaba una bahía al atardecer, con tonos esmeralda y dorados. Era hermoso, pero lo que me dejó sin aliento fue la firma en la esquina inferior.

Álvaro Reyes.

—Lo pintó él —dijo Lucía, suavemente—. Durante la construcción. Decía que necesitaba recordar por qué hacíamos esto. Que si alguna vez perdíamos el rumbo, miráramos esto y recordáramos que el hotel no es solo cemento y cristal. Es... —buscó la palabra—. Es un sueño hecho realidad.

Sentí un nudo en la garganta. Álvaro pintaba. No lo sabía. En todos esos años, nunca me había mostrado ese lado de él. O quizás sí, y yo había estado demasiado ocupada persiguiendo fantasmas como para verlo.

—Vamos a la terraza —dijo Lucía, tirando de mi mano de nuevo—. Desde allí se ve todo.

La terraza era incluso más impresionante que el vestíbulo. Se extendía en varios niveles hacia el mar, con piscinas infinitas que parecían fundirse con el horizonte, hamacas blancas dispuestas con geometría perfecta, y un bar central donde un camarero preparaba cócteles con la destreza de un cirujano.

Pero lo que más me impactó fue la gente, porque no eran turistas sin más.

Reconocí a un actor español de moda, sentado en un rincón con gafas de sol y un libro. A una presentadora de televisión que sonreía para una foto con unos fans. A un empresario famoso dueño de unas aerolíneas del que ahora no me acordaba del nombre, hablando con alguien que parecía su asistente.

—Famosos —murmuré.

—Clientes —corrigió Lucía, encogiéndose de hombros—. Mi padre odia esa palabra. Dice que aquí todos son huéspedes, y todos son iguales. Pero sí, vienen muchos famosos. Por la privacidad. Porque mi padre les garantiza que no habrá *paparazzis* dentro de estas paredes.

—¿Cómo lo consigue?

—Con dinero —dijo Lucía, y se rio—. Y con intimidación. Dice que si alguien filtra una foto, no volverá a trabajar en la Costa del Sol en su vida. Y la gente le cree. Mi padre tiene... tiene una forma de mirar que asusta cuando quiere.

Pensé en esa mirada. En la intensidad de sus ojos verdes cuando se enfadaba. Sí, podía imaginar a Álvaro siendo intimidante. Aunque para mí siempre había sido solo... dulzura. Paciencia. Una presencia constante que nunca me juzgaba.

—Háblame de él —dije de repente, sin pensarlo.

Lucía me miró, sorprendida.

—¿De quién?

—De tu padre. De cómo es... ahora. —tragó saliva—. He estado leyendo sobre el hotel, viendo fotos. Pero tú... tú has estado aquí todo el tiempo. Cuéntame cómo es.

Lucía se sentó en el borde de una de las hamacas, y yo hice lo mismo. El sol empezaba a caer, tiñendo todo de dorado, y el aire olía a sal y a crema solar.

—Es... complicado —empezó Lucía, eligiendo las palabras con cuidado—. Trabaja mucho. Demasiado. Desde que... bueno, desde siempre. Pero especialmente desde que nosotros crecimos. Como si necesitara ocupar cada segundo para no pensar.

—¿En qué?

—En todo —dijo, mirándome directamente a los ojos—. En que nosotros nos íbamos de casa. En que Marcos empezaba la universidad. En que yo... en que yo ya no necesitaba que me cantara para dormir.

Sentí un pinchazo en el corazón.

—¿Lo hacía? —pregunté, con voz apenas audible—. ¿Te cantaba?

—A veces —dijo Lucía, y sonrió con tristeza—. Cuando tenía pesadillas. O cuando estaba triste. Siempre la misma canción. Una titulada Lucy y algo más. Decía que me la cantabas tú.

Cerré los ojos. Las lágrimas amenazaban con desbordarse, pero las contuve. No aquí. No ahora.

—Yo te la cantaba —confirmé—. Cuando eras pequeña. Para que durmieras.

—Lo sé —dijo Lucía—. Mi padre me lo contó. Muchas veces. Decía que... —hizo una pausa—. Decía que tú eras la única persona que sabía hacer que los tres durmiéramos. Que cuando te fuiste, ninguno de nosotros volvió a dormir bien en años.

—Lucía...

—No digas que lo sientes —interrumpió, levantando una mano—. No quiero oírlo. No es... no es una acusación. Es solo... —suspiró—. Es solo que a veces pienso que, si tú no te hubieras ido, todo habría sido diferente. Que mi padre no habría construido este hotel para enterrar sus sentimientos. Que nosotros... que yo...

Se interrumpió, mirando hacia el mar. Vi que tenía los ojos brillosos.

—Yo también lo siento —dije, y mi voz salió rota—. Todos los días, Lucía. Todos los días de estos catorce años he pensado en vosotros. En cómo os habríais convertido. En si... en si me habríais olvidado.

Lucía se giró hacia mí. Y entonces hizo algo que no esperaba. Se abrazó a mí, con fuerza, con desesperación, como si tuviera diez años en lugar de diecisiete.

—Nunca —susurró contra mi hombro—. Nunca te olvidamos. Especialmente él. Mi padre te lleva dentro como... como si fueras parte de él. Como si le faltara un órgano vital desde que te fuiste.

La abracé fuerte, oliendo su pelo, sintiendo su cuerpo temblar contra el mío. Y en ese momento, en esa terraza dorada por el sol de agosto, sentí que algo se reconectaba. Que un vínculo que creía roto para siempre volvía a tejerse, fibra a fibra, silencio a silencio.

—Vamos —dijo Lucía finalmente, separándose y secándose los ojos con rabia—. Te enseño la suite presidencial. Es la mejor habitación del hotel. Mi padre la diseñó personalmente.

—Lucía, quizás deberíamos irnos...

—Una habitación más —insistió, levantándose y tirando de mi mano —. Y luego nos vamos. Prometido.

La seguí. No podía negarme. No quería negarme.

Caminamos por pasillos de moqueta gruesa que absorbían el sonido de nuestros pasos. Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro de Marbella antigua, de pescadores, de la costa antes del turismo de masas. Había una elegancia discreta en todo, un gusto que olía a Álvaro en cada detalle.

—Aquí —dijo Lucía, deteniéndose frente a una puerta de madera oscura con el número ciento uno en placa de bronce—. La suite. Quiero que veas la vista.

Abrió la puerta con una llave que llevaba en el bolsillo y que yo no sabía de dónde la había sacado, y entramos.

La habitación era... no había palabras. Espaciosa, luminosa, con ventanales que ocupaban toda la pared este y que daban al mar como si el agua estuviera a punto de entrar a la habitación. Una caja enorme con dosel, un sofá de terciopelo, un escritorio antiguo. Y el baño... Dios, el baño tenía una bañera de piedra frente a una ventana panorámica.

—Es hermoso —susurré.

—Es su favorita —dijo Lucía—. La que siempre reserva para... —se interrumpió.

—¿Para quién?

—Para nadie —dijo rápidamente—. Quiero decir, normalmente está vacía. Es muy cara. Pero mi padre... a veces viene aquí. Cuando necesita estar solo. Dice que desde esta ventana se ve el amanecer mejor que desde ningún otro sitio.

Me acerqué a la ventana. El mar se extendía infinito, oscuro ya, con las primeras luces de los barcos pesqueros en el horizonte. Y entonces, en el reflejo del cristal, vi algo.

Una figura.

En el pasillo, al final del corredor, justo donde la luz del atardecer se mezclaba con las sombras de las lámparas de pared.

Alto. Moreno. Con un traje azul marino que conocía demasiado bien.

Álvaro.

Estaba allí, quieto, mirando hacia la habitación. No podía ver sus ojos desde esa distancia, pero sentía su mirada como un tacto físico, como una caricia que recorría mi espalda y me hacía estremecer.

—Papá —susurró Lucía, que también lo había visto.

Y entonces, antes de que pudiera reaccionar, antes de que pudiera decidir si esconderme o correr hacia él, Álvaro empezó a caminar.

Hacia nosotros.

Hacia mí.

Cada paso resonaba en el silencio del pasillo, en mi corazón desbocado, en el tiempo que parecía haberse detenido para siempre.

Estaba a punto de entrar.

Estábamos a punto de... ¿de qué?

No lo sabía. Pero mientras lo veía acercarse, mientras su figura se hacía más grande, más real, más inevitable, supe que el hotel no era solo un sueño hecho realidad.

Era una trampa.

Una trampa hermosa, dorada, brillante.

Y yo estaba a punto de caer en ella.

Capítulo 14



Álvaro

Caminaba por el pasillo con la precisión de un hombre que se dirige hacia su propia ejecución. Cada paso resonaba en la moqueta gruesa, amortiguado pero presente, como el latido de mi corazón que intentaba mantenerse profesional, distante, controlado.

Control. Esa era la palabra que me repetía desde que la vi en la suite 101. Desde que la vi de espaldas a mí, contemplando el mar a través de mis ventanales, con una postura que no reconocía. No era la Noa de veinte años, esa chica que se encorvaba sobre los libros de la universidad, que reía con la boca abierta, que se sentaba en el suelo sin importarle ensuciarse.

Esta Noa —la que tenía frente a mí ahora, girándose lentamente al escuchar mis pasos— era otra persona.

Llevaba un vestido de lino color arena, sencillo pero impecable, que caía sobre su cuerpo con una elegancia que no recordaba. El pelo lo llevaba recogido en un moño bajo, pulcro, profesional. Y sus ojos... Dios, sus ojos me miraban con una claridad que me desarmó. No había confusión en ellos. No había la timidez de antaño. Había determinación. Una mujer que sabía quién era y qué valía.

—Álvaro —dijo, y mi nombre en su boca sonó como un contrato que estaba a punto de firmar.

—Noa —respondí, deteniéndome a tres metros de distancia. La distancia de seguridad. La distancia que impedía que pudiera oler su perfume, que pudiera ver las pequeñas motas doradas de sus ojos, que pudiera perderme en ella como había hecho durante quince años.

Lucía estaba entre nosotros, consciente de la tensión, moviéndose inquieta como un árbitro que sabe que el partido se le va de las manos.

—Papá, Noa quería ver la suite —dijo mi hija, con una voz que intentaba sonar inocente pero que traicionaba su complicidad—. Le estaba enseñando el hotel.

—Ya veo —murmuré, sin apartar la vista de Noa.

Ella no se inmutó. No se sonrojó. No bajó la mirada. Me sostuvo los ojos con una firmeza que me desconcertó. ¿Dónde estaba la chica que se ruborizaba cuando le decía que era hermosa? ¿Dónde estaba la joven insegura que buscaba mi aprobación en cada gesto?

Se había ido. Se había quedado en Madrid, supuse. O quizás nunca existió. Quizás siempre fue esta mujer, y yo solo había visto lo que quería ver: una niña que necesitaba protección, cuando en realidad era una reina que necesitaba un reino.

—Es impresionante —dijo Noa, haciendo un gesto vago que abarcaba la habitación—. El hotel. Todo. No me lo esperaba... tan grande.

—Ha crecido —dije, y la palabra me pareció ridícula, inadecuada, como si habláramos de un hijo y no de un edificio de cristal y acero—. Con el tiempo.

—El tiempo hace eso —respondió ella, y en su voz había una capa de significado que no quise descifrar—. Hace crecer las cosas. O las destruye.

El silencio que siguió fue denso. Lucía tosió discretamente.

—Yo... voy a buscar agua —dijo mi hija, con una excusa tan transparente que casi me hizo reír—. Vuelvo enseguida.

—Lucía...

—Agua —repitió, y desapareció por el pasillo antes de que pudiera detenerla.

Nos quedamos solos.

La suite presidencial nos envolvió con su lujo silencioso: la seda de las cortinas, el mármol del suelo, el murmullo distante del mar que entraba por las ventanas abiertas. Era mi territorio. Mi reino. El lugar donde nadie me cuestionaba, donde el control era absoluto, donde las emociones se dejaban en la puerta junto con el calzado.

Pero con ella allí, el control se resquebrajaba.

—Deberíamos... —empecé, buscando la formalidad como quien busca un salvavidas—. Deberíamos hablar del correo que te envié. De la propuesta profesional.

—¿Era profesional? —preguntó ella, arqueando una ceja.

—Por supuesto —mentí, sintiendo el calor subir a mi cuello—. Necesitamos una asesora fiscal externa. Tienes la formación. La experiencia. Es... es una oportunidad legítima.

—Álvaro —dijo, y dio un paso hacia mí. Solo uno. Pero suficiente para que el perfume de su piel —vainilla y algo cítrico— llegara hasta mí—. No me has pedido que venga al hotel para hablar de impuestos.

—Noa, yo...

—Me has pedido que venga —continuó, con una voz baja pero firme —. Porque no puedes soportar la distancia. Porque necesitas verme. Porque anoche, en el jardín, nos quedamos a centímetros de... de algo que los dos hemos estado evitando durante quince años.

Tragué saliva. Su franqueza me desarmaba. La Noa de antes no habría dicho eso. La Noa de antes habría esquivado, habría usado el humor, habría huido.

Pero esta Noa... esta Noa me enfrentaba.

—Tienes razón —admití, y la confesión me costó más de lo que esperaba—. No puedo soportar la distancia. Pero tampoco puedo soportar la cercanía. No sé cómo... no sé cómo estar cerca de ti sin querer...

Me detuve. Porque lo que iba a decir era peligroso. Porque una vez dicho, no habría vuelta atrás.

—¿Sin querer qué? —preguntó ella, y ahora su voz temblaba un poco, esa grieta en la fachada profesional que me permitió ver que ella también estaba conteniéndose.

—Sin querer todo —susurré—. Todo lo que no nos atrevimos a querer entonces. Todo lo que dejamos escapar.

Dio otro paso. Estábamos a menos de dos metros. Podía ver la textura de su piel, el pequeño lunar en la sien que siempre le había gustado ocultar con el pelo, las líneas de expresión alrededor de su boca que no estaban antes y que la hacían más hermosa, más real.

—Yo también tengo miedo —confesó ella—. Pero no del pasado. Tengo miedo de descubrir que todo esto es solo nostalgia. Que nos estamos aferrando a un recuerdo que no se corresponde con la realidad. Que tú eres un hombre de cuarenta y siete años con un hotel que dirigir, y yo soy una mujer de treinta años con una vida en Madrid, y que entre nosotros solo hay... solo hay...

—¿Qué? —pregunté, acortando la distancia sin moverme, solo inclinándome hacia ella—. ¿Qué hay entre nosotros, Noa?

Nos miramos. Y en ese segundo, en esa fracción de eternidad, el hotel dejó de ser un negocio. Dejó de ser mi reino, mi refugio, mi obsesión. Se convirtió en escenario. En el escenario de una historia que llevaba quince años esperando ser escrita.

Ella abrió la boca para responder. Y yo supe, con una certeza que me dobló las rodillas, que iba a decir algo que cambiaría todo. Que iba a nombrar lo que ambos sentíamos, lo que ambos temíamos, lo que...

—¡Señor Reyes!

La voz nos separó como un latigazo. Nos giramos simultáneamente hacia la puerta, donde Diego apareció con una expresión de urgencia que no admitía demora.

—¿Qué pasa? —espeté, con una brusquedad que no pude contener.

—Es el señor Vargas —dijo Diego, sin aliento—. El futbolista. Ha llegado antes de lo previsto. Insiste en conocerle personalmente. Dice que no se instalará en la habitación hasta que hable con el dueño.

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza. No por el futbolista. No por la interrupción. Por la expresión de Noa. Esa mezcla de alivio y decepción que cruzó su rostro antes de que pudiera disimularla.

—Dile que ahora voy —respondí, con voz ronca.

—Dice que es ahora o nunca —insistió Diego—. Que tiene otra oferta del hotel de al lado. Que...

—Ya voy —corté, levantando una mano.

Diego asintió y desapareció. El silencio que quedó fue peor que el anterior. Cargado de frustración, de oportunidades perdidas, de palabras que volvían a quedar en el aire como humo.

—Deberías ir —dijo Noa, recuperando la compostura, volviendo a ser la profesional, la extraña—. Los clientes importantes esperan atención.

—Noa, lo que íbamos a decir...

—Nada —interrumpió ella, con una sonrisa que no llegó a sus ojos —. No íbamos a decir nada, Álvaro. Solo estábamos... recordando. Y el pasado, como sabes, es un lugar peligroso donde quedarse demasiado tiempo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la ventana, dándome la espalda. La vi allí, contra la luz del atardecer, con el mar de fondo, y supe que había perdido algo. Otra vez. Que la interrupción no había sido solo un contratiempo, sino un símbolo. Una metáfora de nuestras vidas: siempre a punto de conectar, siempre interrumpidos por el mundo.

—Noa...

—Ve con tu cliente, Álvaro —dijo, sin girarse—. Yo encontraré a Lucía. Y luego me iré a casa.

—¿A casa? —repetí, y la palabra me dolió—. ¿A Madrid?

—A la casa de mis abuelos —corrigió ella, y ahora sí se giró, y vi que tenía los ojos húmedos—. Aunque ya no sé si eso es mi casa. O si alguna vez lo fue.

Quise cruzar la distancia que nos separaba. Quise tomarla en mis brazos. Quise decirle que mi casa era donde ella estuviera, que este hotel no significaba nada sin ella, que...

Pero el timbre del móvil volvió a sonar. Diego, insistiendo.

—Ve —dijo ella, con una suavidad que me destrozó—. Yo estaré bien.

Y me fui.

Caminé por el pasillo como un autómata, dejando atrás la suite, dejando atrás a la única mujer que había amado, dirigiéndome hacia un futbolista millonario que quería que le garantizara privacidad absoluta mientras celebraba su boda.

Mientras caminaba, mientras intentaba recomponer la máscara de hombre de negocios impecable, una sola certeza resonaba en mi cabeza como un tambor:

El hotel ya no era suficiente. Nada lo era. Sin ella.

Capítulo 15



Noa

El puerto olía a sal marina y a nafta, esa mezcla que siempre había asociado con el final del verano, con las despedidas, con las cosas que se terminan. Caminaba por el muelle con pasos lentos, sin rumbo, intentando que el aire nocturno calmara el tumulto que llevaba dentro desde que dejé el hotel.

Desde que dejé a Álvaro.

Desde que nos interrumpieron otra vez.

Lucía me había dejado en casa hacía una hora, con excusas de tener que estudiar para un examen que sospechaba que era inventado. Me había quedado sola en la villa, caminando de habitación en habitación, sintiendo que las paredes se cerraban sobre mí. Necesitaba salir. Necesitaba aire. Necesitaba no pensar en ojos verdes y en palabras que no llegaron a pronunciarse.

Terminé en el puerto.

Era un lugar que conocía bien. De adolescente, venía aquí con mis amigas a mirar los barcos, a fantasear sobre vidas que no serían las nuestras, a fumar cigarrillos que nos sabían a libertad y a futuro. Ahora, a los treinta años, el puerto me parecía más pequeño, más ruidoso, más falso. Los yates brillaban con luces de neón, los restaurantes de lujo vomitaban turistas con camisas de diseño, y el mar… el seguía ahí, indiferente, testigo de todos nuestros dramas.

Me senté en un banco de madera frente al agua. Saqué el móvil. Mensaje de Claudia.

Claudia: *¿Dónde estás? Te he estado llamando.*

Lo ignoré. Otro de Sara.

Sara: *¿Todo bien?*

También ignorado.

No estaba bien. Estaba rota en dos partes iguales. Una parte quería volver corriendo al hotel, subir a esa suite, y decirle a Álvaro que sí, que aceptaba el trabajo, que aceptaba todo, que no me importaba si éramos solo nostalgia o algo real, que solo quería dejar de sentirme así, atrapada entre el ayer y el mañana.

Y la otra parte... la otra parte quería marcharse. Coger el primer avión a Madrid, volver a mi piso gris, a mi vida ordenada, a mi soledad segura.

—Noa.

La voz me hizo girarme. No era una voz que esperaba escuchar. No era una voz que quería escuchar.

Era una voz del pasado.

Adrián estaba de pie frente a mí, con una sonrisa que recordaba demasiado bien. Llevaba una chaqueta azul marino sobre una camisa blanca abierta en el cuello, vaqueros oscuros, y zapatos de cuero que brillaban bajo las farolas del puerto. El pelo, antes oscuro y desordenado, ahora tenía canas estratégicas en las sienes que le daban un aire de madurez forzada. Y los ojos... esos ojos castaños que una vez me habían parecido profundos, ahora me parecieron simplemente vacíos.

—Adrián —susurré, y el nombre me supo a ceniza en la boca.

—¿Te sorprende verme? —preguntó, y se sentó a mi lado en el banco sin pedir permiso, invadiendo mi espacio personal con la naturalidad de quien cree que los derechos sobre ti nunca expiraron.

—Sí —dije, alejándome unos centímetros—. Mucho. ¿Qué haces en Marbella?

—Lo mismo que tú, supongo —dijo, encogiéndose de hombros—. Escapando de Madrid. Buscando... ¿qué buscabas tú, Noa? ¿Aire? ¿Espacio? ¿O a alguien?

Su tono era ligero, pero había una punta de acero bajo la superficie. Siempre había estado ahí, aunque yo había sido demasiado joven para verlo.

—No te sigo —mentí.

—No me sigues —rio, y el sonido me erizó la piel—. Claro que no. Nunca me seguiste, ¿verdad? Siempre fuiste tú la que se iba. La que desaparecía. La que cortaba el contacto sin mirar atrás.

Apreté los puños en los bolsillos de la chaqueta. No iba a permitir que me hiciera sentir culpable. No otra vez. No después de todo el trabajo terapéutico, de todas las noches llorando en Madrid, de haber reconstruido mi autoestima pieza a pieza después de que él la destrozara.

—¿Qué quieres, Adrián? —pregunté, directa, sin rodeos.

Se giró hacia mí, y ahora la sonrisa había desaparecido. En su lugar había una intensidad que me resultó familiar y repulsiva al mismo tiempo.

—Verte —dijo, simplemente—. Hace meses que sé que estabas en Madrid. He estado a punto de llamarte mil veces. Pero... —hizo una pausa, mirando hacia el mar—. Pero quería que fuera el momento adecuado. Y ahora que sé que estás aquí, en Marbella, sin tu escudo de Madrid... pensé que quizás era el momento.

—El momento para qué.

—Para hablar —dijo, y su mano se posó sobre la mía en el banco.

Retiré la mano de golpe, como si me quemara.

—No hay nada de qué hablar —dije, con voz más firme de lo que sentía—. Lo nuestro terminó hace catorce años, Adrián. Catorce años. No es que lo dejáramos por un tiempo. Es que nunca fue nada.

—Nunca fue nada —repitió, y su tono se volvió amargo—. Eso es lo que piensas. Eso es lo que decidiste pensar para poder dormir por las noches. Pero yo... yo nunca dejé de pensar en ti, Noa. Nunca dejé de...

—De qué —interrumpí, levantándome del banco—. ¿De usarme? ¿De mantenerme en un cajón para sacarme cuando tu novia no estaba? ¿De decirme que me querías, pero nunca dejarla por mí?

Mi voz se había elevado. Unos turistas que pasaban cerca nos miraron. Adrián se levantó también, con esa calma que siempre le caracterizaba, esa capacidad de parecer sereno mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor.

—Era complicado —dijo—. Ya lo sabes. Ella dependía de mí. Había dejado su país, su familia...

—Y yo no dependía de ti —protesté—. ¿Verdad? Por eso podías dejarme plantada una y otra vez. Por eso podías decirme que me querías los miércoles y desaparecer los fines de semana. Porque Noa era fuerte, Noa no necesitaba nada, Noa...

Me interrumpí, porque sentía que estaba a punto de llorar, y no iba a darle esa satisfacción.

—Noa, por favor —dijo, y su voz se suavizó, adoptando ese tono que una vez me derretía—. Sentémonos. Hablemos. He cambiado. Ya no estoy con ella. Hace años que terminamos. Y yo... yo he madurado. He entendido lo que perdí. Lo que dejé escapar.

Me miró con esos ojos que me habían visto llorar, que me habían visto desnuda, que me habían visto en mi peor momento, cuando me conformaba con migajas pensando que era amor.

—No hay nada de qué hablar —repetí, pero mi voz sonó menos convincente.

—¿Estás segura? —preguntó, dando un paso hacia mí—. ¿O es que ahora tienes miedo? ¿Es que ahora que estás aquí, en tu ciudad natal, rodeada de fantasmas del pasado... has encontrado a alguien que te hace olvidar lo que tuvimos?

Pensé en Álvaro. En sus ojos verdes. En su paciencia. En su forma de mirarme como si fuera la única persona en el mundo.

—Eso no es asunto tuyo —dije.

Adrián sonrió, y en esa sonrisa vi algo peligroso. Celos. Posesión. Esa necesidad de tener lo que no podía tener.

—Así que sí hay alguien —dijo, asintiendo lentamente—. ¿Quién es? ¿Algún antiguo amor de juventud? ¿El cuñado de tus amigas? He oído que los Reyes han hecho fortuna con un hotel...

—Cállate —susurré, sintiendo un escalofrío—. ¿Cómo sabes eso?

—Marbella es pequeña, cariño —dijo, encogiéndose de hombros—. Y yo tengo amigos. Amigos que me cuentan cosas. Como que la hija de los Souto ha vuelto a la ciudad. Como que ha estado en el Hotel Bahía Esmeralda. Como que el dueño, Álvaro Reyes, la mira de una forma que... bueno, que no es precisamente profesional.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies. ¿Me había estado espiando? ¿Cuánto sabía?

—Adrián, esto es...

—¿Qué? —interrumpió, acortando la distancia entre nosotros—. ¿Inapropiado? ¿Incómodo? ¿Como lo fue cuando tú te acostabas conmigo sabiendo que tenía novia?

Su voz era un susurro, pero golpeaba con la fuerza de un grito. Retrocedí un paso, pero él avanzó otro. Estábamos demasiado cerca. Podía oler su colonia, esa misma que usaba antes, y el olor me transportó a noches de coches en la oscuridad, de hoteles de carretera, de sentirme barata y usada pero incapaz de soltarme.

—Por favor —dije, y odié que mi voz sonara suplicante—. Déjame en paz. Vuelve a Madrid. O quédate en Marbella, pero lejos de mí.

—No puedo —dijo, y su mano subió para acariciar mi mejilla.

Quise apartarme. Quise gritar. Pero me quedé quieta, paralizada por el pasado, por el miedo, por la sensación de estar otra vez atrapada en ese círculo del que había tardado años en salir.

—Eres igual —murmuró, con los ojos fijos en los míos—. Exactamente igual. Y yo... yo sigo queriéndote. Aunque no me creas. Aunque me odies. Te quiero, Noa. Siempre te he querido. Solo que antes era demasiado cobarde para dejarlo todo por ti. Pero ahora...

—Ahora nada —dije, encontrando finalmente la fuerza para apartarme—. Ahora somos dos desconocidos, Adrián. Y lo único que quiero es que me dejes en paz.

Me di la vuelta para irme. Pero él me agarró del brazo, suave pero firme.

—Espera —dijo—. Al menos... al menos déjame desearte suerte. Si eso es lo que realmente quieres. Si quieres a ese hombre, a ese hotelero... déjame despedirme como se debe.

Me giró hacia él con suavidad. Yo estaba rígida, tensa, con el corazón desbocado. No quería que me tocara. No quería que estuviera cerca. Pero tampoco sabía cómo rechazarlo sin escenificar un drama en medio del puerto deportivo.

—Adiós, Noa —dijo, y su voz sonó extrañamente triste.

Y entonces se inclinó, y me besó en la mejilla.

Un beso que duró demasiado tiempo. Un beso que no era solo despedida, sino marca. Posesión. Un «fuiste mía» disfrazado de «adiós».

—Que seas feliz —susurró contra mi piel.

Me separé de golpe, limpiándome la mejilla con el dorso de la mano, con rabia, con asco, con una mezcla de emociones que no podía nombrar.

—No me vuelvas a buscar —dije, y esta vez mi voz no tembló.

Me di la vuelta y caminé rápido, casi corriendo, alejándome de él, de su colonia, de su pasado, de su capacidad de hacerme sentir pequeña de nuevo.

Caminé sin mirar atrás, con las lágrimas quemándome los ojos, con el corazón en la garganta, buscando aire, buscando escape, buscando...

Y entonces lo vi.

Al final del muelle, donde la luz de las farolas se mezclaba con las sombras, había una figura inmóvil.

Alto. Moreno. Con un traje que parecía demasiado formal para una noche de verano, y una chaqueta que llevaba sobre el hombro, y unos ojos verdes que brillaban con una emoción que no podía leer.

Álvaro.

Estaba allí. Quieto. Mirándonos. Mirándome.

Y en su rostro, en su postura, en la forma en que sus manos se cerraron en puños a los costados, supe que lo había visto todo.

Que había visto a Adrián besarme. Que había visto que no me apartaba a tiempo. Que había visto el pasado alzándose contra nosotros con la fuerza de un tsunami.

Nos miramos a través de la distancia. Y en ese segundo, en ese instante suspendido entre el mar y la noche, supe que todo se había complicado de una manera que quizás no tuviera solución.

Porque en los ojos de Álvaro, por primera vez en quince años, vi algo que nunca había visto antes.

Duda. Y la duda siempre era el principio del fin.

Capítulo 16



Álvaro

Me quedé inmóvil. Esa fue mi primera reacción. El instinto de supervivencia, quizás. O la costumbre de quince años de contenerme, de tragarme las emociones, de convertirme en un hombre de piedra cuando todo dentro de mí gritaba.

Vi el beso.

Vi su mano en su mejilla. Vi la inclinación de su cuerpo hacia él. Vi la cercanidad que solo pueden tener dos personas que comparten un pasado íntimo.

Y a pesar de todo, a pesar de que mi cabeza —esa cabeza racional, sensata, de cuarenta y siete años— me decía que no tenía derecho a sentirme traicionado, que nunca habíamos sido nada, que ella era libre de besar a quien quisiera...

Mi cuerpo no escuchaba.

Mi cuerpo sentía como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en el estómago y lo retorciera con deliberada crueldad.

Me dolía respirar. Me dolía ver. Me dolía existir en un mundo donde Noa podía ser besada por otro hombre mientras yo estaba a metros de distancia, paralizado, inútil.

Adrián.

Conocía ese nombre. Lo había escuchado en susurros durante años, en conversaciones a media noche, en confidencias que ella me hacía creyendo que yo era solo su amigo. Adrián, el hombre que la tenía en un cajón. Adrián, el que nunca la elegía del todo, pero tampoco la dejaba ir. Adrián, el fantasma que había perseguido mi amor por ella como una sombra alargada.

Y ahora estaba aquí. En carne y hueso. En mi ciudad. Besando a mi... a la mujer que amaba.

No tenía derecho a llamarla "mi". Eso lo sabía. Pero el conocimiento no calmaba la tormenta.

Cerré los ojos. Intenté respirar. El aire olía a sal y a nafta, a noches de verano que se terminaban, a oportunidades perdidas. Apreté los puños hasta que los nudillos se volvieron blancos, hasta que sentí que las uñas se clavaban en la palma.

Control.

Era mi mantra. Mi religión. El control me había salvado cuando Patricia se fue. Me había mantenido cuerdo cuando tuve que criar a tres hijos solo. Me había permitido construir este hotel, este imperio de cristal y orden, mientras por dentro me desmoronaba.

Pero ahora, frente a esta escena, el control se resquebrajaba.

Abri los ojos. Ellos seguían allí. Noa se apartaba, se limpiaba la mejilla con rabia. Vi su gesto, violento, desesperado, y algo dentro de mí se alivió un milímetro. No quería que la besara. No se había quedado quieta por placer, sino por parálisis.

Pero el alivio duró poco. Porque Adrián seguía sonriendo, seguía hablando, seguía ocupando el espacio que yo debería ocupar.

Y yo seguía aquí, al final del muelle, invisible, inexistente.

Intenté razonar. Era lo que hacía mejor, después de todo. El hombre de los números, de las cifras, de los balances que siempre cuadraban.

Nunca fuimos nada, me dije. Nunca tuvimos una relación. Nunca le dije lo que sentía. Ella nunca me prometió nada. Ni siquiera sabía que la amaba.

Por tanto, no tenía derecho a estos celos. No tenía derecho a sentir que me traicionaba. No tenía derecho a querer atravesar esos metros de madera y empuñar a ese hombre contra el barco más cercano.

Pero el corazón —ese órgano estúpido, irracional, que nunca había entendido de lógica— latía con una furia que me mareaba.

La quería.

La había querido desde que tenía veinte años y venía a mi casa los domingos con magdalenas de supermercado. La había querido cuando me contaba sus problemas con Adrián, y yo escuchaba, y por dentro moría un poco cada vez que decía su nombre. La había querido cuando se fue, cuando dejó de llamar, cuando construyó una vida en la que yo no cabía.

Y la quería ahora, cuando la veía enfrentarse a su pasado con una valentía que yo no tenía.

Un flashback llegó, imprevisto y cruel.

Ella tenía veintiún años. Estábamos en mi coche, aparcados frente a su casa, y ella lloraba. Adrián la había dejado plantada otra vez, una excusa más, una mentira más. Y yo, estúpido, cobarde, la consolaba. Le pasaba un pañuelo. Le decía que merecía algo mejor.

—*Tú eres lo mejor que me ha pasado* —dijo Noa entonces, con la voz rota por los sollozos—. *Tú siempre estás aquí. Siempre me escuchas. Siempre...*

Se detuvo. Me miró. Y por un segundo, un segundo que duró una eternidad, vi algo en sus ojos. Una pregunta. Una posibilidad. Una puerta entreabierta.

Y yo no empujé.

Me quedé quieto, con el pañuelo en la mano, mientras ella se secaba las lágrimas y sonreía con tristeza.

—*Eres el mejor amigo del mundo, Álvaro* —dijo.

Y en ese momento supe que había perdido. Que la había perdido. Que mi silencio había sido más elocuente que mil palabras de amor.

Volví al presente. Noa se alejaba de Adrián, caminando rápido hacia donde yo estaba. Hacia mí.

Mi corazón se detuvo. Luego aceleró.

No me había visto. Estaba demasiado ocupada huyendo de su pasado como para notar que su futuro —o lo que yo quería que fuera su futuro— estaba de pie a metros de distancia, con el corazón en la mano.

Adrián se quedó atrás, con esa sonrisa que quería borrar de su rostro a golpes.

Y yo tuve que tomar una decisión.

Podía quedarme quieto. Dejarla pasar. Dejarla ir. Volver a mi hotel, a mi vida ordenada, a mi soledad segura. Podía seguir siendo el hombre de control, el hombre de piedra, el hombre que nunca arriesgaba.

O podía moverme.

Podía dejar de ser espectador de mi propia vida. Podía dejar de huir. Podía, por primera vez en quince años, decir la verdad.

El cuerpo decidió antes que la mente.

Di un paso adelante. Luego otro. Sentí que las piernas me temblaban, que la sangre resonaba en mis oídos, que el mundo se estrechaba hasta convertirse solo en ella, en su figura que se acercaba, en su rostro que ahora, alzando la vista, me veía.

Nuestros ojos se encontraron.

Y en los suyos vi el reflejo de todo lo que sentía. Confusión. Miedo. Esperanza. Preguntas que no sabía formular.

—Álvaro —susurró, deteniéndose a dos metros de mí.

—Noa —dije, y mi voz sonó extraña, rota, viva.

No supe qué más decir. No supe cómo empezar. No supe si debía mencionar lo que había visto, si debía preguntar quién era él, si debía confesar que me moría de celos, que me moría de amor, que me moría de haber esperado tanto tiempo.

Pero no necesité decir nada. Porque ella dio el paso que faltaba, se lanzó hacia mí y me abrazó.

Con fuerza. Con desesperación. Con una necesidad que yo comprendía perfectamente porque la compartía.

—Lo siento —susurró contra mi pecho, con la voz ahogada—. Lo siento, lo siento, no es lo que parece, él apareció de la nada, yo no quería...

—Shhh —dije, y mis brazos la cerraron contra mí, finalmente, después de quince años de espera—. No hables. No digas nada.

Pero ella se separó un poco, levantó la vista, y sus ojos brillaban con lágrimas que no caían.

—Tengo que hablar —dijo—. Tengo que explicarte...

—No —interrumpí, y esta vez mi voz salió firme, segura, decidida—. No tienes que explicarme nada. No me debes nada. Pero yo... yo tengo que decirte algo. Ahora. Esta noche. Antes de que sea demasiado tarde.

La miré. Realmente la miré. Y vi que ella también tenía miedo. Que ella también había estado esperando. Que ella también sabía que estábamos en un punto de inflexión, en un momento que definiría el resto de nuestras vidas.

—Álvaro...

—No digas nada —repuse, tomando su mano entre las mías—. Solo... solo ven conmigo. Déjame llevarte a algún sitio. Déjame hablar. Déjame, por una vez en mi vida, decir todo lo que nunca dije.

Ella me miró. Y en sus ojos vi que entendía. Que sabía. Que llevaba años esperando esto tanto como yo.

Asintió. Y en ese momento, mientras el mar rompía contra los muelles y las estrellas empezaban a asomar en el cielo de agosto, supe que el control había terminado.

Que la verdad comenzaba.

Y que, fuera lo que fuera lo que pasara después, al menos ya no sería un espectador de mi propia vida.

Sería el protagonista. O moriría en el intento.

Capítulo 17



Noa

El banco estaba exactamente donde lo recordaba. Esa tabla de madera gastada por el sol y la sal, pintada de verde hace tanto tiempo que el color se había convertido en un susurro. Estaba situado en un pequeño mirador apartado del paseo principal, oculto entre dos pinos que resistían el viento marino con terquedad andaluza.

Álvaro me había llevado allí en silencio. Habíamos caminado desde el puerto, separados por unos centímetros de aire que vibraban con electricidad, sin tocarnos, sin hablar, como si cualquier contacto o cualquier palabra pudiera desencadenar una reacción en cadena irreversible.

Ahora estábamos sentados en el banco, mirando el mar. La noche había caído completamente, y el agua se había vuelto negra, reflectante, un espejo roto por las luces de los barcos pesqueros que regresaban al puerto.

—Este lugar —dije finalmente, rompiendo el silencio que se había vuelto insoportable—. No había vuelto desde...

—Desde aquella noche —terminó él, y su voz sonó ronca, lejana—. La noche antes de que te fueras.

Asentí. No necesitaba describirla. La recordaba con una claridad que me dolía: estábamos sentados exactamente aquí, con el frío de noviembre calándonos los huesos, y él me había dicho que Madrid me haría bien. Que necesitaba alejarme. Que era lo correcto.

Y yo, estúpida, ciega, había creído que me estaba despidiendo de un amigo. No sabía que estaba abandonando al hombre que me amaba en silencio.

—¿Por qué me trajiste aquí? —pregunté, sin girarme hacia él.

Álvaro tardó en responder. Lo sentí moverse a mi lado, ajustándose en el banco, cruzando las piernas, descruzándolas. Nervioso. Inquieto. Nada que ver con el hombre de control absoluto que dirigía un imperio hotelero.

—Porque aquí —dijo finalmente— es el único lugar donde siempre he podido decirte la verdad.

Me giré. Lo miré. Y en su perfil iluminado por la luz lejana de un faro vi algo que me detuvo el aliento: vulnerabilidad. Álvaro, siempre tan seguro, tan imperturbable, tenía los labios apretados y las manos entrelazadas con fuerza entre las rodillas.

—Entonces habla —susurré—. Dime la verdad. Por una vez.

La conversación empezó educada. Demasiado educada.

—¿Cómo es Madrid? —preguntó, con una cortesía que sonó falsa, forzada.

—Gris —respondí, automática—. Como te dije antes.

—¿Y el trabajo? ¿Te gusta?

—Me gusta. Es ordenado. Predecible.

—¿Y la vida? ¿Tienes... amigos?

—Algunos. Compañeros de trabajo. No es lo mismo que...

Me detuve. No quería decir "que esto". No quería admitir que mi vida en Madrid era un simulacro, una representación de la adultez que no sentía del todo.

—¿Que qué? —insistió él, girándose hacia mí.

—Nada —murmuré, mirando de nuevo al mar—. No importa.

El silencio volvió, pero ahora era diferente. Cargado. Pesado. Lleno de palabras que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar.

—He visto a Adrián —dijo Álvaro de repente, y su voz cambió, se volvió más dura, más áspera.

Sentí que el corazón se me detenía.

—Álvaro, yo...

—No tienes que explicarme —interrumpió, levantando una mano—. No es asunto mío. Tú eres libre de ver a quien quieras. De besar a quien quieras.

—No lo besé —espeté, con más fuerza de la que pretendía—. Él me besó. Y yo me aparté. Y tú... tú lo viste todo, ¿verdad?

Nos miramos. Y en sus ojos verdes vi un torbellino de emociones: celos, dolor, confusión, algo parecido a la esperanza.

—Lo vi —admitió, y la confesión le costó—. Y quise matarlo. Quise cruzar esos metros y romperle la cara. Quise...

Se detuvo. Respiró hondo. Y cuando habló de nuevo, su voz temblaba.

—Pero no tengo derecho. No tengo derecho a sentirme traicionado. No tengo derecho a los celos. Porque nunca fuimos nada, ¿verdad? Nunca te dije lo que sentía. Nunca te pedí que te quedaras. Nunca...

—Nunca me elegiste —terminé por él, y las palabras salieron más amargas de lo que quería—. Eso es lo que ibas a decir. Que nunca me elegiste.

Álvaro se quedó quieto. Muy quieto. Como si le hubiera golpeado.

—No —dijo finalmente, con voz apenas audible—. Eso no es verdad. Te elegí cada día. Cada maldito día durante quince años. Pero elegirte en silencio no es lo mismo que elegirte en voz alta. Y yo... yo era cobarde.

La conversación se volvió incómoda. No, peor: se volvió peligrosa.

—¿Por qué nunca dijiste nada? —pregunté, y mi voz sonó acusadora, herida—. ¿Por qué me dejaste ir si me querías?

—¿Por qué te fuiste si yo te importaba? —replicó él, y ahora también había rabia en su tono—. ¿Por qué nunca llamaste? ¿Por qué nunca escribiste? ¿Por qué desapareciste de nuestras vidas como si nunca hubieras existido?

—Porque me dolía —grité, y el sonido se perdió en el viento del mar —. Porque verte, verte a ti, siendo tan bueno, tan paciente, tan perfecto, mientras yo me moría por un imbécil que no me quería... era demasiado. Porque cada vez que te veía, sabía que estaba enamorada de ti. Y sabía que era demasiado tarde. Que ya te había perdido. Que nunca me habías mirado de esa manera.

El silencio que siguió fue absoluto. Incluso el mar pareció contener la respiración.

Álvaro me miraba con una intensidad que me quemaba. Sus ojos brillaban, demasiado brillantes, y vi que tenía las manos temblorosas.

—¿Has dicho...? —empezó, y su voz se quebró.

—No —susurré, retrocediendo, aterrada de lo que acababa de confesar—. No he dicho nada. Olvídalo. Estoy confusa. Es el pasado. Es...

—No —dijo él, y se movió.

Se inclinó hacia mí. Demasiado cerca. Podía oler su colonia, su piel, el miedo y la esperanza mezclados en su aliento.

—Has dicho que estabas enamorada de mí —repitió, y cada palabra cayó entre nosotros como una piedra pesada—. ¿Eso es cierto? ¿Lo estás? ¿Lo estabas?

No respondí. No podía. Porque decir la verdad era abrir una puerta que quizás no pudiera cerrar. Y decir que no era una mentira que me destrozaría.

—Noa —insistió, y su mano se posó sobre la mía en el banco.

Era un tacto simple. Dos manos, una sobre otra. Pero sentí la electricidad recorrer mi cuerpo desde las yemas de los dedos hasta el corazón, un circuito cerrado de deseo contenido durante demasiado tiempo.

—No deberíamos... —empecé.

—¿Qué? —preguntó, acercándose más—. ¿Qué no deberíamos hacer?

—Esto —susurré—. Hablar así. Estar así. Porque si empezamos, si decimos lo que realmente sentimos, no hay vuelta atrás. Y yo... yo no sé si puedo. No sé si estoy preparada para...

—¿Para qué? —su voz era un susurro contra mi mejilla. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su piel—. ¿Para ser feliz? ¿Para dejar de huir? ¿Para dejar de tener miedo?

Cerré los ojos. El mundo se redujo a su presencia, a su voz, a la mano que ahora entrelazaba sus dedos con los míos con fuerza, como si temiera que fuera a escapar.

—Álvaro —dije, y mi voz sonó extraña, rota, viva—. Yo...

—Dime —susurró, y ahora su frente casi tocaba la mía—. Dime lo que sientes. Aunque sea terrible. Aunque sea imposible. Aunque sea...

—Os he estado buscando por todas partes.

La voz nos separó como un latigazo. Saltamos hacia atrás, soltándonos las manos como si nos hubieran quemado.

Lucía estaba de pie a metros de distancia, con una linterna en la mano, con el pelo revuelto por el viento, con una expresión que no supe leer. Parecía preocupada. O quizás algo más.

—Lucía —dije, con la voz todavía temblorosa—. ¿Qué... qué haces aquí?

—Te he llamado mil veces —dijo, acercándose—. Tu móvil está apagado. He ido a la casa, no estabas. He ido al hotel, tampoco. Finalmente he pensado en este sitio. El banco del que siempre habla papá. El banco donde...

Se detuvo. Miró a su padre. Miró a mí. Y vi que entendía. Que veía nuestros rojos sonrojados, nuestras posturas incómodas, el aire cargado entre nosotros.

—¿Os interrumpo? —preguntó, y su tono era extraño, demasiado maduro para sus diecisiete años.

—No —dijimos los dos al unísono, demasiado rápido, demasiado fuerte.

Lucía nos observó. Y en sus ojos verdes vi que sabía exactamente lo que había interrumpido. Que había llegado en el momento preciso en que estábamos a punto de cruzar una línea que quizás no deberíamos cruzar. O que quizás deberíamos haber cruzado hacía quince años.

—Vale —dijo finalmente, encogiéndose de hombros con una naturalidad forzada—. Entonces os llevo a casa. Los dos parecéis muertos de frío.

Se dio la vuelta, empezando a caminar hacia el paseo.

Álvaro y yo nos miramos. Y en su mirada vi la frustración que sentía, el deseo de terminar lo que habíamos empezado, la necesidad de decir lo que el silencio había guardado durante demasiado tiempo.

Pero también vi algo más. Algo que me aterrorizó e ilusionó por igual.

Vi que ya no había vuelta atrás. Que la verdad, aunque no dicha, ya estaba en el aire. Y que el fuego que conteníamos estaba a punto de quemarlo todo.

Capítulo 18



Lucía

No podía dormir. Estaba tendida en la cama, mirando el techo, con el ventilador girando sobre mi cabeza y haciendo que las sombras de la habitación bailaran como fantasmas. Pero no eran fantasmas lo que me impedía conciliar el sueño.

Eran ellos. Mi padre y Noa estaban en el banco.

Esa noche había visto algo que no podía ignorar, aunque quisiera. Algo que iba más allá de la nostalgia, más allá de la amistad recuperada, más allá de lo que cualquiera de los dos estaba dispuesto a admitir.

Me incorporé en la cama, apoyándome en los codos. Desde mi ventana se veía el jardín, oscuro ahora, salvo por la luz de la luna que iluminaba el limonero. Mi padre estaba abajo. Lo había oído llegar hacía media hora, después de dejar a Noa en su casa. No se había ido directamente a la cama. Estaba en el jardín, como tantas noches últimamente, fumando un cigarro que no se permitía fumar durante el día, mirando hacia la dirección de la villa de los Souto.

Sabía que la estaba mirando. Aunque no pudiera verla desde allí, sabía que su mente estaba en esa casa, con esa mujer.

Y yo... yo estaba dividida.

Desde que Noa había vuelto, había estado observando. No podía evitarlo. Era como si alguien hubiera encendido una luz en una habitación que llevaba catorce años a oscuras, y de repente todo era visible, demasiado visible, demasiado brillante.

Mi padre había cambiado. No en cosas grandes, no en gestos evidentes. Había cambiado en pequeñas cosas que solo yo, que había pasado mi vida estudiándolo como un mapa del tesoro, podía notar.

Se vestía diferente. No más elegante, no más informal. Solo... más cuidadoso. Como si cada mañana, al elegir la camisa, pensara en quién la vería. Se afeitaba con más frecuencia. Se ponía colonia los fines de semana, cuando antes solo lo hacía para ir al hotel. Y sonreía más. Esa sonrisa triste que tenía desde siempre, esa que parecía pesarle en la cara, se había vuelto... diferente. Más ligera. Más genuina.

Pero también se angustiaba más. Lo veía en las noches, cuando creía que dormíamos. Lo oía pasear por el pasillo, detenerse frente a la ventana del salón, suspirar. Lo veía mirar el teléfono con una intensidad que rayaba en la obsesión, esperando algo, temiendo algo.

Y luego estaba Noa.

Ella también había cambiado desde que llegó. La primera vez que la vi, en el jardín de su casa, parecía perdida, abrumada, como un pájaro que había entrado por la ventana equivocada y no sabía cómo salir. Pero a medida que pasaban los días, algo en ella se afirmaba. No era solo que se acostumbrara a Marbella. Era que se acostumbraba a nosotros. A mi padre.

Y la forma en que lo miraba...

Recordaba esa mirada. La recordaba de cuando era pequeña, aunque entonces no sabía interpretarla. Recordaba cómo Noa se quedaba quieta cuando mi padre entraba en la habitación, cómo su cara se iluminaba de una manera especial, cómo dejaba de prestar atención a lo que estuviera haciendo para centrarse solo en él.

De niña pensaba que era porque mi padre era el centro de todo, el sol alrededor del que girábamos todos. Ahora entendía que era algo más. Que era amor. El tipo de amor que se disfraza de amistad porque tiene miedo de ser nombrado.

Me levanté de la cama. Necesitaba agua. O necesitaba moverme. O necesitaba pensar en voz alta, aunque fuera solo para mí misma.

Bajé las escaleras descalza, evitando los peldaños que chirriaban —el segundo y el cuarto—, siguiendo el camino invisible que había memorizado desde los cinco años para escapar a la cocina a medianoche sin despertar a nadie.

Mi padre estaba en el jardín, como esperaba. No me oyó llegar. Estaba sentado en el banco de piedra que había junto al limonero, con la mirada perdida en algún punto del horizonte donde el cielo se encontraba con el mar. Tenía un vaso de whisky en la mano —otra señal, nunca bebía solo en casa— y la postura encorvada de quien lleva un peso demasiado grande.

Quise acercarme. Quise sentarme a su lado y preguntarle: "¿Papá, estás enamorado de Noa?" Quise que me lo dijera, que me lo confirmara, que me permitiera hablar de ello en voz alta.

Pero no me atreví.

Porque también tenía miedo. Miedo de que dijera que sí. Miedo de que dijera que no. Miedo de descubrir que llevaba toda mi vida esperando algo que quizás nunca pasaría.

Me quedé en la sombra del porche, observándolo. Y por primera vez, vi a mi padre no como el hombre invencible que siempre había sido para mí, sino como un ser humano. Frágil. Solo. Enamorado de una mujer que quizás no le correspondía, o que quizás sí, pero tenían demasiado miedo para admitirlo.

Y sentí algo que no esperaba: rabia.

Rabia contra el tiempo. Rabia contra el pasado. Rabia contra mi madre, que se había ido y nos había dejado incompletos. Rabia contra Noa, que se había ido también, que nos había abandonado cuando más la necesitábamos. Rabia contra mi padre, que nunca había luchado por ella, que se había quedado quieto mientras la vida se llevaba a la mujer que amaba.

Pero, sobre todo, rabia contra mí misma. Porque yo también me había quedado quieta. Porque yo también había dejado que pasaran los años sin decir lo que sentía, sin pedir lo que necesitaba.

Volví a mi habitación sin que me viera. Cerré la puerta con cuidado y me dejé caer contra ella, respirando agitadamente.

Tenía que hacer algo. No podía seguir siendo espectadora de mi propia vida, de la vida de mi padre, de esta historia que se estaba escribiendo a mi alrededor sin mi permiso.

Pero ¿qué podía hacer?

No era una niña. A mis diecisiete años sabía que no podía forzar a dos adultos a enamorarse, o a confesar su amor, o a dejar de tener miedo. Pero también sabía, porque lo había leído en mil novelas, porque lo había visto en películas, porque lo intuía en mi propio corazón, que a veces la gente solo necesitaba un empujón. Un pequeño empujón en la dirección correcta.

El problema era que no sabía cuál era la dirección correcta.

¿Debería animar a mi padre a que se declarara? ¿Debería hablar con Noa, decirle que mi padre la ama, obligarla a enfrentarse a sus sentimientos? ¿O debería dejarles en paz, dejar que la naturaleza siguiera su curso, aceptar que si estaban destinados a estar juntos, el universo se encargaría de unirlos?

La última opción me parecía cobarde. Y yo no quería ser cobarde. No más.

Pero tampoco quería traicionar a mi padre. Ni a Noa. Había algo sagrado en lo que había visto esa noche en el banco, algo íntimo que no me pertenecía. Si intervenía, ¿estaría violando ese espacio? ¿Estaría arriesgándome a que se cerraran definitivamente, avergonzados, obligados a enfrentar algo que aún no estaban listos para enfrentar?

Me acosté de nuevo, pero el sueño seguía siendo imposible. Miré el techo, pensando en todas las veces que Noa me había cantado para dormir. En todas las veces que mi padre me había mirado con esa mezcla de amor y tristeza que ahora entendía: me amaba a mí, pero también me veía a ella en mí. En mi forma de reír, en mi obsesión por los Beatles, en mi manera de inclinar la cabeza cuando pensaba.

Eran ellos. Los dos. Siempre habían sido ellos, aunque yo no lo supiera.

Y yo... yo era testigo de un amor que nunca se consumó. De una historia inacabada. De un casi que se prolongó durante décadas.

No quería seguir siendo testigo de un casi. Quería ser testigo de un sí. De un por fin. De un siempre.

Sonó el despertador a las siete de la mañana, aunque no había dormido. Lo apagué con violencia y me quedé mirando el techo, con los ojos irritados y la cabeza pesada.

Había tomado una decisión.

No podía hacer esto sola. Necesitaba aliados. Necesitaba a alguien que viera lo que yo veía, que entendiera lo que estaba en juego, que me ayudara a decidir el mejor camino.

Y solo había una persona que podía ser ese aliado.

Gabriel.

Mi hermano mayor. El único que sabía, o intuía, tanto como yo. El único que también recordaba a Noa, que también la había echado de menos, que también había visto a nuestro padre sufrir en silencio durante años.

Era domingo. Gabriel vendría a almorzar, como todos los domingos. Pero no podía esperar hasta entonces. Necesitaba hablar con él ahora.

Saqué el móvil y le escribí.

Lucía: *Necesito verte. Es urgente. En una hora en Villa Carmen. No le digas a nadie.*

La respuesta llegó en segundos.

Gabriel: *¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?*

Lucía: *Sí. O sea, no. Es sobre papá. Y Noa. Y algo que he descubierto. Por favor, ven.*

Gabriel: *Voy de camino.*

Me levanté de la cama y me miré en el espejo. Tenía ojeras que competían con las de mi padre, el pelo revuelto, una expresión de determinación que no reconocía.

Había elegido intervenir.

No sabía cómo. No sabía si funcionaría. No sabía si estaba haciendo lo correcto o cometiendo el error más grande de mi vida.

Pero al menos ya no sería una espectadora. Sería la directora de esta escena.

Y si el universo no se iba a encargar de unir a esos dos idiotas enamorados, entonces yo me encargaría. O moriría en el intento.

Estaba esperando en el jardín cuando Gabriel llegó. Venía en su coche, con la misma cara de preocupación que había tenido desde que Noa volvió. Como si también él sintiera que algo grande estaba a punto de pasar.

Se bajó del coche y corrió hacia mí.

—Lucía —dijo, agarrándome de los hombros—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo con papá?

—No —dije, y luego rectifiqué—. Bueno, sí. Pero no es lo que piensas. No es un accidente, ni una enfermedad, ni...

—Entonces ¿qué?

Respiré hondo. Miré a mi hermano, a esos ojos verdes que eran iguales a los de nuestro padre, a los de Noa, a los míos.

—Es sobre Noa —dije—. Y papá. Y el amor.

Gabriel parpadeó. Y luego, lentamente, una sonrisa empezó a dibujarse en su rostro.

—¿Tú también lo has visto? —preguntó.

—¿Tú también? —repetí, sorprendida.

—Lucía —dijo Gabriel, sentándose en el escalón de la terraza y tirando de mí para que hiciera lo mismo—. He visto a papá mirarla. He visto cómo se le ilumina la cara cuando dice su nombre. He visto cómo se queda quieto cuando ella entra en una habitación, como si el mundo se detuviera. Hasta Marcos lo nota.

—Yo también —susurré, sentándome a su lado—. Pero es más que eso, Gabriel. Es... es como si siempre hubieran estado enamorados. Como si nosotros, Marcos, tú y yo, hubiéramos crecido en el espacio vacío de un amor que nunca se atrevió a ser.

Gabriel asintió, grave.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Y en esa pregunta, en ese vamos, sentí que ya no estaba sola. Que tenía un aliado. Que juntos, quizás, podíamos empujar al universo en la dirección correcta.

—No lo sé —admití—. Pero tengo una idea. Una locura. Algo que podría funcionar... o podría arruinarlo todo.

Gabriel me miró. Y en sus ojos vi la misma determinación que sentía yo.

—Cuéntame —dijo.

Y empecé a hablar. Mientras el sol de la mañana iluminaba el jardín donde una vez Noa nos cantaba canciones de los Beatles, mientras el limonero movía sus hojas con la brisa, mientras nuestro padre dormía arriba, agotado por una noche de amor no confesado, le conté a mi hermano el plan.

Un plan que podría unirlos definitivamente. O separarlos para siempre.

Pero que, al menos, terminaría con los casi. Con los quizás. Con los nunca. Y empezaría, por fin, con el ahora.

Capítulo 19



Gabriel

Escuché a Lucía hablar y sentí que algo dentro de mí hacía clic. No era sorpresa, exactamente. Más bien era la confirmación de una verdad que había estado evitando nombrar en voz alta, como si nombrarla la hiciera real, inevitable, peligrosa.

Mi padre estaba enamorado de Noa. Noa estaba enamorada de mi padre. Y nosotros, sus hijos, éramos los únicos que podíamos hacer algo al respecto.

—Espera —dije, levantando una mano para detener el torrente de palabras de mi hermana—. Repíteme eso. ¿Qué viste exactamente en el banco?

Lucía respiró hondo. Estábamos sentados en los escalones de la terraza, con el rocío de la mañana humedeciendo la piedra y el sol empezando a calentar el aire con promesas de otro día abrasador. Lucía tenía los ojos brillosos, el pelo revuelto, esa expresión de quien ha pasado la noche en vela pensando en algo demasiado grande para ella.

—Estaban a punto de besarse —dijo, y su voz tembló un poco—. O de confesarse algo importante. Se miraban de una forma... Gabriel, nunca he visto a papá mirar a nadie así. Ni siquiera a mamá, en las fotos que quedan. Es como si... como si ella fuera el centro de todo.

Cerré los ojos. Sentí el peso de quince años de silencio cayendo sobre mis hombros. Quince años en los que mi padre había sido el hombre más fuerte que conocía, el que nunca se quejaba, el que trabajaba doce horas diarias y volvía a casa con una sonrisa para nosotros. Quince años en los que yo había creído que simplemente era un padre ejemplar, un viudo dedicado a sus hijos.

Nunca había visto la otra cara de la moneda. Nunca había entendido que esa dedicación era también una forma de huir. De no enfrentar el vacío que había dejado Noa al irse.

—Lo sospechaba —admití, abriendo los ojos y mirando a mi hermana—. Desde que la encontré en el jardín. Desde que vi cómo la miraba. Pero no quería... no quería creerlo. Porque si es cierto, si han estado enamorados todo este tiempo, entonces...

—Entonces han perdido quince años —terminó Lucía, y su voz sonó amarga—. Y nosotros hemos crecido sin una madre, y papá ha crecido solo, y todo podría haber sido diferente si ellos hubieran tenido el valor de decirse la verdad.

Asentí. Era exactamente eso. La tragedia de los "casi", de los "quizás", de los "si hubiera". Y ahora, ahora que el destino les daba una segunda oportunidad, estaban a punto de volver a estropearlo por miedo, por orgullo, por habito de sufrir en silencio.

—No podemos permitirlo —dije, y mi voz salió más firme de lo que esperaba.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lucía.

Me quedé callado un momento, observando el jardín. El limonero donde Noa me había enseñado a trepar. El columpio donde ella me leía cuentos. La terraza donde la había visto sentada con mi padre, hablando en voz baja, riendo, compartiendo silencios que yo entonces no entendía.

Recordé cosas. Fragmentos de memoria que ahora cobraban sentido.

Tenía siete años. Era domingo por la mañana. Noa había venido temprano, con una tarta de manzana que decía que había hecho ella misma, aunque sabíamos que la había comprado. Estábamos en la cocina, mi padre haciendo café, ella sentada en la encimera balanceando las piernas.

—*Gabriel* —me dijo, agarrándome de la mano—*, ven a ver algo.*

Me llevó al salón. En la mesa había un libro abierto, una novela de esas que leía ella, con una dedicatoria en la primera página.

—*¿Qué dice?* —pregunté, porque aún no sabía leer bien.

—*Dice* —leyó ella, con voz suave—: *«Para Noa, que encuentre su historia de amor. Aunque sea donde menos lo espera.»*

Mi padre entró entonces con el café. Vio el libro. Vio a Noa. Y durante un segundo, un segundo que duró una eternidad, algo pasó entre ellos. Algo que yo no tenía palabras para describir, pero que sentí en el ambiente, como electricidad estática antes de una tormenta.

—*¿Y?* —preguntó mi padre, con voz ronca—. *¿Has encontrado tu historia de amor?*

Noa le miró. Y sonrió. Pero era una sonrisa triste, la sonrisa de quien sabe un secreto que no puede contar.

—*Estoy trabajando en ello* —dijo.

—Gabriel —insistió Lucía, sacándome del recuerdo—. ¿Qué hacemos?

Me volví hacia ella. Y vi en sus ojos la misma determinación que sentía yo. Los dos habíamos crecido sin madre, sí. Pero habíamos crecido con algo más importante: con un padre que nos había demostrado qué era el amor verdadero, aunque él mismo no supiera reclamarlo para sí.

—Formamos una alianza —dije—. Tú y yo. Una alianza secreta.

—¿Para qué? —preguntó ella, aunque creo que ya sabía la respuesta.

—Para juntarlos —dije, y las palabras sonaron extrañas en mi boca, como si estuviera tramando un complot de novela romántica—. Pero no de cualquier manera. No forzándolos, no organizando cenas incómodas, no poniéndolos en situaciones embarazosas donde se sientan observados.

—Entonces ¿cómo?

—Sin que parezca —dije, y una sonrisa empezó a dibujarse en mi rostro—. Tiene que parecer natural. Tiene que parecer que es el destino, no nosotros. Porque si ellos creen que estamos empujando, huirán. Ya lo has visto: son expertos en huir el uno del otro.

Lucía asintió, pensativa.

—Necesitamos un plan —dijo—. Una estrategia.

—Estrategia —repetí, y me reí—. Dios, Lucía, estamos hablando de nuestro padre como si fuera un objetivo militar.

—Lo es —dijo ella, seria—. Es un objetivo de amor. Y el amor, cuando se deja escapar, es la peor derrota.

La miré con renovado respeto. A sus diecisiete años, Lucía entendía algo que yo apenas empezaba a comprender: que el amor no era pasivo. Que requería acción. Que a veces, la mayor cobardía era quedarse quieto esperando a que pasaran las cosas.

—De acuerdo —dije—. Estrategia. Pero primero, necesitamos información.

—¿Qué tipo de información?

—Necesitamos saber qué siente ella realmente. No lo que vimos anoche, no las miradas o los casi-besos. Necesitamos saber si Noa está dispuesta a quedarse. Si está dispuesta a luchar. Porque si ella va a volver a Madrid en dos semanas, si esto es solo un capricho de verano, entonces mejor no movemos fichas. No podemos permitir que papá sufra otra vez.

Lucía asintió, grave.

—Yo puedo averiguarlo —dijo—. Noa y yo... tenemos una conexión. Ella me habla. Me confía cosas.

—Y yo puedo hablar con papá —dije—. Aunque sea difícil. Aunque sea incómodo. Necesito saber si está dispuesto a dejar de ser cobarde. Si está dispuesto a arriesgarse.

—¿Y si no lo está? —preguntó Lucía.

Entonces sonreí. Una sonrisa que no tenía nada que ver con la alegría.

—Entonces le empujaremos —dije—. Con todas nuestras fuerzas. Porque quince años son demasiados. Y porque se merece ser feliz. Y porque... —hice una pausa, buscando las palabras—. Y porque Noa también se merece saber que fue amada todo este tiempo. Aunque sea tarde.

Nos quedamos en silencio. El sol subía en el cielo, calentando el jardín donde tantas historias se habían tejido. Pensé en mi padre, durmiendo arriba, agotado por una noche de emociones contenidas. Pensé en Noa, en su casa de la esquina, probablemente despierta también, preguntándose qué habría pasado si Lucía no hubiera aparecido.

Y supe que estábamos haciendo lo correcto.

—Tengo una idea —dijo Lucía de repente, rompiendo el silencio.

—Cuéntame.

—El cumpleaños de Marcos —dijo—. Es dentro de dos semanas. Diecinueve años. Quería hacer una fiesta sorpresa, pero papá dijo que no, que era tontería, que Marcos prefería algo íntimo.

—¿Y?

—Y vamos a hacerla —dijo Lucía, con una chispa en los ojos—. Pero no una fiesta cualquiera. Una fiesta donde todo esté dispuesto para que ellos... para que ellos no puedan evitarse. Música de los Beatles —me miró—, recuerdas que Noa siempre nos ponía los Beatles. La terraza del hotel, al atardecer. Luces, velas, el mar de fondo. Y nosotros... nosotros desapareceremos en el momento adecuado.

—Dejándolos solos —dije, entendiendo.

—Solos, sin excusas, sin testigos —confirmó Lucía—. Y entonces, o se confiesan, o se besan, o… o al menos tendrán que enfrentarse a lo que sienten sin poder huir.

Pensé en el plan. Era simple, pero efectivo. Era romántico, pero no forzado. Era... era digno de ellos. De la historia que deberían haber tenido.

—Pero hay un problema —dije.

—¿Cuál?

—Marcos —dije—. No puede saberlo. Si se entera de que estamos usando su cumpleaños para emparejar a papá, nos matará. Literalmente. Nos desheredará.

Lucía se rio. Era la primera vez que reíamos esa mañana, y el sonido nos hizo bien, nos liberó un poco de la tensión.

—Marcos no se enterará —dijo—. Le diremos que es una fiesta sorpresa normal. Y cuando estemos allí, cuando todo esté listo... simplemente nos iremos. Uno a uno. Tú primero, diciendo que tienes que revisar algo en el coche. Luego yo, con una excusa cualquiera. Y ellos se quedarán solos, con la música, con el mar, con quince años de amor no confesado.

—Y si no funciona —dije—. Si siguen sin decirse nada...

—Entonces —dijo Lucía, y su voz se volvió seria—, entonces habremos hecho todo lo que podíamos. Y al menos no nos quedaremos preguntándonos "qué habría pasado si". Porque yo no quiero pasarme la vida preguntándome eso, Gabriel. No quiero llegar a los treinta años y darme cuenta de que podría haber ayudado a mi padre a ser feliz, pero me quedé quieto por miedo.

Asentí. Extendí la mano hacia ella. Lucía la miró un segundo, confusa, y luego entendió. Entrelazó sus dedos con los míos, apretando fuerte.

—Alianza secreta —dije.

—Alianza secreta —repitió ella.

Y así, sentados en los escalones de una casa que no era la nuestra, con el sol de agosto calentándonos la piel y el peso de quince años de silencio sobre nuestros hombros, sellamos un pacto.

No éramos solo hermanos, éramos cómplices. Arquitectos de un amor que se resistía a construirse solo. Guardianes de una historia que no podíamos permitir que terminara en "casi".

Miré hacia la ventana del piso de arriba, donde mi padre seguía durmiendo. Y prometí, en silencio, que esta vez no fallaría.

Que esta vez, el amor ganaría. Que esta vez, no habría más quizás. Solo un por fin.

Capítulo 20



Noa

La invitación había llegado de forma inesperada. Una nota escrita a mano por Lucía, dejada en mi buzón esa misma mañana.

«Fiesta privada en la azotea del hotel. Al atardecer. Ven. Por favor.»

No había mencionado a Álvaro. Pero no necesitaba hacerlo. Sabía que él estaría allí. Era su hotel, su reino, su vida.

Me vestí con cuidado. No demasiado elegante, porque no quería parecer que me había esforzado, pero tampoco descuidada. Un vestido de verano color ámbar, sandalias planas, el pelo suelto cayéndome por la espalda. Me miré en el espejo antes de salir y vi a una mujer que no reconocía del todo: los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas, una expectativa que no podía disimular.

Llevaba una semana desde la noche en el banco. Una semana de silencios incómodos, de miradas que se cruzaban y se apartaban, de mensajes de Lucía que insistían en que fuera al hotel, de llamadas de Álvaro que cortaba antes de que pudiera contestar.

Una semana de fuego contenido.

La azotea del Hotel Bahía Esmeralda era incluso más impresionante de lo que imaginaba. Un espacio abierto de cristal y madera, con sofás blancos distribuidos en rincones íntimos, velas flotando en cuencos de agua, y una barra de madera iluminada donde un camarero preparaba cócteles con destreza. Pero lo que robaba el aliento era la vista: el mar extendiéndose hasta el infinito, teñido de naranjas y rosas por el atardecer, como si alguien hubiera vertido pintura líquida sobre el agua.

La música sonaba baja, jazz suave que se mezclaba con el murmullo de las conversaciones. Había unas treinta personas, quizás cuarenta: amigos de los hermanos Reyes, empleados del hotel, algunos rostros famosos que reconocí de la televisión.

Pero yo solo buscaba uno.

—Noa.

Me giré. Era Gabriel, con una sonrisa que intentaba parecer casual pero que traicionaba nerviosismo.

—Gracias por venir —dijo, besándome en la mejilla—. Lucía está obsesionada con que pruebes el cóctel especial. Dice que tiene tu nombre.

—¿Mi nombre?

—El «Noa» —dijo, y se rio—. Es mezcla de vodka, maracuyá y algo más que no recuerdo. Dulce, pero con chispa. Como tú.

Arqueé una ceja, divertida.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Nunca —dijo, y su expresión se volvió seria un segundo—. Estoy contento de que estés aquí. De que estés... de vuelta.

Antes de que pudiera responder, Lucía apareció de entre la multitud, tirando de mi mano.

—Ven —dijo, casi sin aliento—. Te enseño la terraza. Es el mejor sitio para ver el atardecer.

Me dejé llevar. A través del espacio, entre grupos de gente que reía y bebía, entre el humo de los cigarros y el perfume de las flores que decoraban la barra. Lucía caminaba rápido, demasiado rápido, como si tuviera prisa por llegar a algún sitio.

Y entonces lo vi.

Estaba de pie junto a la barandilla de cristal, con la espalda hacia nosotros, mirando el mar. Llevaba una camisa blanca de lino, remangada hasta los codos, y pantalones oscuros. El pelo revuelto por el viento. Una copa en la mano que no bebía, simplemente sostenía.

Mi corazón se detuvo.

Gabriel me soltó la mano.

—Ve —susurró—. Yo... tengo que hablar con el DJ.

Y desapareció antes de que pudiera protestar.

Me quedé sola a metros de él. La música seguía sonando, y sentí que esa canción parecía escrita para momentos como este. La gente pasaba a mi alrededor, pero de alguna manera, había un círculo invisible de silencio a mi alrededor, un espacio vacío que solo esperaba ser llenado.

Di un paso hacia él. Luego otro.

El suelo de madera crujía suavemente bajo mis sandalias. El viento del mar traía el olor a sal y a verano. Y el sol, Dios, el sol se estaba poniendo en ese preciso instante, tiñendo todo de un dorado imposible que hacía que el mundo pareciera irreal.

—Álvaro —dije, y mi voz sonó extrañamente segura.

Se giró. Y en sus ojos vi el reflejo del atardecer, pero también algo más. Algo que me detuvo el aliento.

—Noa —dijo, y la forma en que pronunció mi nombre fue como una caricia—. No sabía que vendrías.

—Yo tampoco —admití, acercándome hasta quedar a su lado en la barandilla—. Lucía insistió.

—Lucía —repitió, y una sonrisa tensa cruzó su rostro—. Sí. Lucía ha estado muy... insistente últimamente.

Nos miramos. Y en ese segundo, en ese instante suspendido entre el día y la noche, supe que algo había cambiado desde el banco. Que la semana de silencio no había sido vacía, sino llena de decisiones tomadas en silencio.

—¿Has evitado mis llamadas? —preguntó de repente, directo.

—Sí —confesé, sin avergonzarme—. Necesitaba... espacio. Para pensar.

—¿Y has pensado?

—Demasiado —dije, y me reí, un sonido breve, nervioso—. He pensado hasta el agotamiento. He hecho listas de pros y contras. He intentado ser racional, práctica, sensata.

—¿Y?

—Y he fracasado —dije, mirándolo a los ojos—. Porque no hay racionalidad posible cuando se trata de ti. De nosotros. De esto.

El silencio que siguió fue denso, cargado, eléctrico. Álvaro dejó su copa en la barandilla y se volvió hacia mí completamente.

—Noa —dijo, y su voz era un susurro que competía con el viento—. Si te digo lo que siento, si abro esta puerta, no habrá vuelta atrás. Y no quiero presionarte. No quiero...

—¿Qué? —interrumpí, acercándome un paso más—. ¿Qué no quieres?

—No quiero que te vayas otra vez —dijo, y la vulnerabilidad en su voz me destrozó—. No quiero construir algo contigo si vas a desaparecer en dos semanas. No quiero... no quiero sobrevivir a tu ausencia otra vez.

Estábamos tan cerca que podía ver las pequeñas motas doradas de sus ojos, el temblor de su labio inferior, la forma en que su pecho subía y bajaba con respiraciones agitadas.

—¿Y si me quedo? —susurré—. ¿Y si esta vez no me voy?

—¿Te quedarías? —preguntó, y en su voz había una esperanza tan frágil que temí romperla—. ¿Por mí? ¿Por esto?

—Me quedaría —dije, y era la verdad más pura que había dicho nunca—. Pero necesito que tú también te quedes. Que no huyas. Que no te escondas detrás de tu trabajo, de tu hotel, de tu control.

Se movió. Un paso hacia mí. Y otro.

El espacio entre nosotros se redujo a casi nada. Podía sentir el calor de su cuerpo, oler su colonia, escuchar su respiración entrecortada.

—No voy a huir —dijo, y su mano subió para acariciar mi mejilla—. No esta vez.

La música cambió. Una melodía lenta, sensual, que parecía envolvernos.

—Baila conmigo —susurró Álvaro.

—¿Aquí? —pregunté, mirando a mi alrededor—. ¿Ahora?

—Aquí —confirmó—. Ahora. Antes de que algo o alguien nos interrumpa. Antes de que el mundo vuelva a colocarse entre nosotros.

Posó sus manos en mi cintura. Yo puse las mías en sus hombros. Y empezamos a movernos, lentamente, sin dejar de mirarnos a los ojos, en medio de la azotea llena de gente que de repente parecía no existir.

Era como flotar. Como estar suspendidos en el aire, en el tiempo, en ese preciso instante donde todo es posible. La luz dorada del atardecer nos envolvía, convirtiendo nuestras siluetas en sombras alargadas que se confundían en el suelo de madera.

—Te quiero —susurró Álvaro, y la frase cayó entre nosotros como una piedra preciosa—. Te he querido durante quince años. Te querré otros quince. Y otros quince más. No hay fecha de caducidad para esto, Noa. No hay lógica. No hay control.

—Yo también te quiero —dije, y las palabras salieron como un alivio, como una liberación—. Siempre te he querido. Solo que era demasiado cobarde para verlo. Demasiado estúpida para elegir lo que realmente importaba.

Nos detuvimos de bailar. Estábamos quietos, en el centro de la azotea, con el mar de fondo y el cielo ardiendo en naranja y rosa.

—Entonces elígeme —dijo Álvaro, y su frente rozó la mía—. Ahora. Elígeme a mí.

—Te elijo —susurré—. Te elijo siempre.

Se inclinó. Lentamente, dándome tiempo de apartarme, de retroceder, de cambiar de opinión.

Pero no me aparté.

Cerré los ojos.

Y esperé.

Sus labios estaban a centímetros de los míos. Podía sentir su aliento, cálido, a whisky, a promesas. El mundo se había detenido. No había música, no había gente, no había pasado ni futuro. Solo nosotros. Solo este momento. Solo el beso que llevábamos quince años esperando.

—¡Álvaro!

La voz nos separó como un latigazo. Saltamos hacia atrás, desorientados, como despertando de un sueño profundo.

Diego, el director de operaciones del hotel, apareció en la escalera que subía a la azotea, con una expresión de urgencia que no admitía demora.

—Lo siento —dijo, sin aliento—. Es la boda de mañana. Ha habido un problema con el catering. Necesitan hablar contigo ahora. Es urgente.

Álvaro lo miró. Luego me miró a mí. Y vi la guerra en sus ojos: el deber contra el deseo, la responsabilidad contra el amor, el hombre que era contra el hombre que quería ser.

—Ve —dije, antes de que pudiera decidir—. Es tu trabajo. Es importante.

—Noa...

—Ve —repetí, con una sonrisa forzada—. Estaremos bien. Tenemos tiempo.

Pero mientras decía eso, supe que era mentira. Que el tiempo era el enemigo. Que cada interrupción, cada obligación, cada "urgencia" era el universo conspirando para mantenernos separados.

Álvaro me miró una última vez. Y en sus ojos vi todo lo que no habíamos dicho, todo lo que estábamos a punto de construir, todo el amor que habíamos desperdiciado y que ahora, finalmente, estábamos a punto de reclamar.

—No me vayas a esperar —dijo, medio en broma, medio en serio.

—Nunca —mentí.

Se fue, y me quedé sola en la azotea.

La música seguía sonando, ahora una canción animada que no reconocía. La gente seguía riendo, bebiendo, celebrando. El sol se había puesto completamente, dejando solo un resplandor púrpura en el horizonte.

Caminé hasta la barandilla. Apoyé las manos en el cristal frío. Miré el mar, ahora negro, insondable, misterioso.

Y susurré, para mí misma, para el viento, para las estrellas que empezaban a asomar:

—Esto no debería estar pasando...

Pero estaba pasando.

Y a pesar del miedo, a pesar de las dudas, a pesar de la voz en mi cabeza que gritaba que era demasiado tarde, que éramos demasiado diferentes, que el daño estaba hecho...

Sonreí.

Porque por primera vez en quince años, sentía que estaba exactamente donde debía estar.

En el lugar correcto. Con la persona correcta. Aunque el universo conspirara para mantenernos separados un poco más.

Capítulo 21



Álvaro

La boda del futbolista se estaba convirtiendo en un desastre antes de empezar. Escuché a Diego hablar sin parar, vi las cifras en rojo, asentí donde debía asentir y firmé el cheque que pedían para contratar a más camareros de urgencia. Pero mi mente estaba en la azotea. Con ella.

—Álvaro, ¿me estás escuchando? —Diego me tocó el brazo, preocupado.

—Sí. Doble personal de cocina, cambio en el menú de los entrantes, y hablas con el DJ para que no ponga reguetón durante la ceremonia —recité mecánicamente, ya caminando hacia la puerta—. Resuélvelo tú, Diego. Confío en ti.

—Pero ¿dónde vas? ¡La boda es mañana!

—Tengo algo más importante —murmuré, y salí del despacho antes de que pudiera verme correr.

Caminé por los pasillos con paso decidido, casi rompiendo a trotar. El corazón me golpeaba contra las costillas como un preso que quiere salir. Quince años. Quince años esperando este momento, y ahora que estaba a punto de tenerlo, el universo conspiraba para separarnos con urgencias de catering y problemas de protocolo.

Pero ya no más.

Subí las escaleras de la azotea de dos en dos. Empujé la puerta de cristal. Y allí estaba.

La vi antes de que ella me viera.

Estaba de pie junto a la barra, riendo de algo que había dicho Marcos, con una copa en la mano que giraba sin beber. Lucía estaba a su lado, iluminada por las luces de las velas, y Gabriel les contaba alguna historia con sus manos en el aire. Los cuatro juntos. Mi familia. Y ella en el centro, como siempre debió estar.

El aire se me cortó en la garganta.

Fue como viajar en el tiempo. De repente no estaba aquí, sino catorce años atrás. Un domingo cualquiera. Ella venía a casa con su bolsa de magdalenas, y los niños se le tiraban encima como cachorros hambrientos. Yo la observaba desde la cocina, fingiendo revisar papeles, mientras ella reía con ellos en el salón, mientras les leía cuentos, mientras convertía mi casa fría en un hogar solo con su presencia.

La misma escena. Los mismos rostros. Solo que ahora los niños eran adultos, y yo ya no era el hombre asustado que se quedaba en la cocina. Ahora sabía lo que quería. Y no iba a quedarme quieto.

Noa levantó la vista.

Nuestros ojos se cruzaron a través del espacio.

Su sonrisa se amplió. Una sonrisa que empezó en los labios, pero llegó hasta los ojos, iluminándolos de esa manera que me volvía loco desde el primer día. Vi cómo se sonrojaba, cómo mordisqueaba su labio inferior con los dientes, cómo apartaba la mirada un segundo para volver a encontrarme, más intensa, más provocadora.

Dios, esa mirada.

Era la mirada de una mujer que sabía que iba a ser poseída. La mirada de quien ha tomado una decisión tan antigua como el tiempo. Y en ese instante, sentí algo romperse dentro de mí. La última cadena. La última reserva. El último miedo.

Esta noche, o nunca.

Me acerqué. Los chicos me vieron llegar. Gabriel dejó de hablar. Marcos se enderezó. Lucía sonrió con complicidad.

—Os la robo un momento —dije, sin ceremonias, extendiendo la mano hacia Noa.

Ella me miró, sorprendida pero no tanto. En sus ojos vi un desafío, una pregunta, una respuesta.

—¿Un momento? —preguntó, con voz traviesa.

—Toda la noche —corregí, y mi voz sonó grave, posesiva, inevitable.

Cogí su mano. Sus dedos se entrelazaron con los míos con una naturalidad que me erizó la piel. La atraje hacia mí, sintiendo su cuerpo cálido contra el mío por un segundo fugaz que prometía eternidad.

—Vamos —susurré contra su oído, oliendo su perfume, esa mezcla de vainilla y algo cítrico que me volvía loco.

No preguntó adónde. No dijo nada. Solo dejó que la guiara entre la gente, atravesando la azotea, bajando las escaleras, caminando por pasillos donde el mundo se reducía a la palma de su mano en la mía y el sonido de nuestra respiración agitada.

El hotel estaba lleno de gente, pero no vimos a nadie. Subimos al ascensor privado que llevaba a las suites. Mis manos temblaban ligeramente cuando introduje la tarjeta de acceso. El número 101. La suite que nadie ocupaba nunca. Mi santuario. Mi refugio de noches en vela mirando hacia su casa, preguntándome si ella también miraba hacia aquí.

La puerta se abrió, entramos, y el silencio nos envolvió como un manto. La ciudad brillaba a través de los ventanales panorámicos, pero no encendí las luces. La luz de la luna y el resplandor lejano del paseo marítimo eran suficientes. Suficientes para verla. Para devorarla con los ojos.

Cerré la puerta con llave y el clic sonó definitivo en la habitación.

Noa se giró hacia mí. Estábamos a dos metros de distancia. El espacio se contraía y expandía con cada respiración. Podía ver cómo subía y bajaba su pecho, cómo sus ojos brillaban en la penumbra, cómo se humedecía los labios.

—Álvaro... —empezó, con voz ronca.

No dejé que terminara.

Cerré la distancia en dos zancadas. La tomé entre mis brazos con una fuerza que bordeaba la violencia, pero era solo desesperación. Quince años de hambre. Quince años de sueños frustrados. Y ahora, por fin, su cuerpo contra el mío, real, tangible, caliente.

Nuestros labios se encontraron con un choque que resonó en mi cráneo.

Fue un beso que no pedía permiso. Un beso que tomaba, que reclamaba, que decía mía en cada movimiento de lengua, en cada mordisco, en cada jadeo. La empujé contra la pared, atrapándola entre el cristal frío y mi cuerpo ardiente. Mis manos se hundieron en su pelo, tirando suavemente, inclinando su cabeza para acceder mejor a su boca, para saborearla, para perderme en ella.

Ella gemía. Sonidos ahogados que vibraban contra mis labios. Sus manos se aferraron a mi camisa, arrancando botones en su desesperación por tocarme, por sentir mi piel.

—Te he esperado tanto —murmuré contra su cuello, besando su mandíbula, mordiendo su clavícula, dejando un rastro de fuego en su piel—. Demasiado. No voy a esperar más.

—No esperes —jadeó ella, arqueándose contra mí—. Tómame. Ahora.

Esa palabra hizo que perdiera el control.

La cogí en brazos. Ella soltó un grito ahogado que se convirtió en risa nerviosa, pero sus ojos brillaban con una lujuria que me volvía loco. La llevé hasta el dormitorio, dejándola caer sobre la cama de dosel con suavidad, pero ella me arrastró consigo. Nos revolcamos sobre las sábanas de seda, enredados en piernas y brazos, arrancándonos la ropa con una urgencia primitiva.

Su vestido se deslizó por su cuerpo como agua, dejando al descubierto piel dorada por el sol. Yo me deshice de mi camisa rasgada, de los pantalones, hasta quedar desnudo frente a ella, jadeando, mirándola como un hombre hambriento mira un banquete.

Ella estaba desnuda ante mí. Perfecta. Real. Más hermosa de lo que había imaginado en mil noches de fantasía.

—Eres perfecta —susurré, arrodillándome en el borde de la cama.

—Ven aquí —pidió ella, extendiendo los brazos.

Pero yo tenía otros planes. Quería saborearla. Devorarla. Adorarla.

Separé sus piernas con suavidad, pero con firmeza. Ella jadeó, sorprendida, cuando besé el interior de sus muslos, subiendo lentamente, dejando que mi aliento caliente anticipara mi boca. Podía oler su excitación, ese aroma embriagador que me hacía perder la cabeza.

—Álvaro... —gimió, cuando mi lengua rozó su centro.

La tomé con la boca con una devoción que me sorprendió a mí mismo. Quería darle placer, sí, pero también quería poseerla de la forma más íntima posible. Quería que sintiera mi lengua en cada fibra de su ser, que olvidara donde terminaba ella y donde empezaba yo.

Mis manos agarraron sus caderas, manteniéndola quieta mientras lamía, succionaba, jugaba con ella. Ella se retorcía sobre las sábanas, agarrando los cabeceros, arqueando la espalda. Sus gemidos llenaban la habitación, música gutural, primitiva, auténtica.

—Dios, Álvaro... no pares... por favor...

No paré. La llevé más alto, más rápido, encontrando el ritmo perfecto con mi lengua, presionando justo donde sabía que la volvería loca. Sentí cuando empezó a tensarse, cuando sus muslos se cerraron alrededor de mi cabeza, cuando sus manos se hundieron en mi pelo tirando, guiando, suplicando.

Se corrió con un grito que debió de oírse en toda la planta. Un orgasmo que la sacudió de arriba abajo, que la dejó temblando, jadeante, con los ojos vidriosos y la boca abierta en una "o" perfecta de placer.

La miré desde entre sus muslos. Vi ese brillo en sus ojos, esa mezcla de incredulidad y éxtasis, y supe que nunca, jamás, dejaría de querer ver esa mirada.

—Eso... eso era solo el aperitivo —murmuré, subiendo por su cuerpo, besando su vientre, sus pechos, su cuello.

Ella rio, un sonido ebrio, satisfecho, pero con hambre todavía.

—Ven —susurró, abriendo las piernas para recibirme—. Quiero sentirte dentro. Ahora. Sin esperar más.

Me posicioné entre sus muslos y la miré a los ojos mientras guiaba mi miembro hacia su entrada. Estaba empapada, lista y caliente como el fuego.

—Mírame —ordené, con voz ronca—. No cierres los ojos. Quiero verte cuando te haga mía.

Y entré.

Fue como volver a casa. Un calor perfecto, un ajuste perfecto, una conexión que trascendía lo físico. Nos gemimos al unísono, un sonido de alivio y placer mezclados. Estaba dentro de ella, finalmente, después de quince años de sueños frustrados.

—Dios, Noa... eres increíble —gruñí, empezando a moverme.

Establecí un ritmo intenso desde el principio. No había tiempo para suavidad, para delicadeza. Necesitaba poseerla, marcarla, hacerla mía de una vez por todas. Cada embestida era una declaración. Cada golpe de caderas decía te quiero, te necesito, no te vayas nunca.

Ella respondía con la misma urgencia. Sus uñas arañaban mi espalda, sus piernas se enroscaban alrededor de mi cintura, empujándome más adentro. Nos movíamos como una sola criatura, sudorosos, desesperados, sin aliento.

—Más fuerte —gemía ella—. Álvaro, por favor, más fuerte...

La obedecí. La cogí por las caderas, inclinándola para penetrarla más profundo, buscando ese punto que la haría gritar de nuevo. La cambié de posición, poniéndola a cuatro patas, y entré desde atrás con una fuerza que la hizo jadear.

—Eres mía —gruñí, agarrando su pelo, tirando suavemente para que arqueara la espalda—. Mía por fin.

—Soy tuya —jadeó ella, mirándome por encima del hombro con ojos vidriosos—. Siempre he sido tuya. Fóllame, Álvaro. Fóllame como si no hubiera mañana.

Esas palabras, esa entrega… Perdí cualquier resto de control.

La poseí con una ferocidad que duró minutos que parecían horas. Cambiamos de posición una y otra vez. Ella encima, cabalgándome con los pechos rebotando frente a mi cara, que mordí y succioné sin piedad. Yo encima, mirándola a los ojos mientras la penetraba lentamente, profundamente, sintiendo cada centímetro de su interior. De lado, con una pierna levantada, permitiéndome llegar a lugares que la hacían gemir sin control.

El placer era cegador. No solo físico, sino emocional. Cada mirada, cada roce de manos, cada beso robado en medio del caos decía cosas que las palabras no podían expresar. Estaba haciendo el amor con ella, sí, pero también estaba reclamando quince años de ausencia, de silencio, de noches vacías.

—Me voy a correr —avisó, temblando—. Álvaro, córrete conmigo...

—Juntos —gruñí, acelerando el ritmo, sintiendo cómo se tensaba mi propio cuerpo, cómo se acercaba el punto de no retorno—. Ahora, Noa. Ahora.

Y nos corrimos juntos.

Fue un estallido. Un tsunami. Un *big bang* particular. Ella gritó mi nombre, contrayéndose a mi alrededor con una fuerza que me arrastró consigo. Yo vacié dentro de ella con un gemido gutural, ronco, animal, llenándola, marcándola, poseyéndola en la forma más primitiva y verdadera.

Colapsamos juntos sobre las sábanas, jadeantes, sudorosos, enredados en una maraña de piernas y brazos que no queríamos deshacer.

El silencio volvió, pero ahora era diferente. Era el silencio de la paz. De la realización.

La miré. Estaba despeinada, sonrojada, con los labios hinchados por mis besos, los ojos brillantes. Nunca había visto nada más hermoso.

—Eso... —empezó ella, con voz rota.

—Eso ha sido solo el principio —interrumpí, besando su frente, su nariz, sus labios con ternura ahora, no con urgencia, pero con la misma intensidad—. No voy a dejarte salir de esta habitación en toda la noche, Noa. Voy a tomarte una y otra vez, hasta que no recuerdes cómo es no sentirme dentro de ti. Hasta que tu cuerpo lleve grabado mi nombre. Hasta que sepas, con absoluta certeza, que eres mía y que yo soy tuyo.

Ella cerró los ojos, sonriendo con una satisfacción que iluminó toda la habitación.

—Prometido —susurró.

La abracé fuerte, sintiendo su corazón latir contra el mío, sincronizados por fin.

Y mientras la besaba de nuevo, mientras mi cuerpo ya empezaba a despertar para la segunda ronda, pensé en lo que realmente significaba esto. No era solo sexo. No era solo pasión contenida durante años.

Era el comienzo. El comienzo de todo.

La mujer que amaba estaba en mis brazos, finalmente, sin miedos, sin barreras. Y mientras el mundo giraba fuera de esas cuatro paredes, mientras el hotel seguía su ritmo y la vida continuaba, nosotros estábamos aquí, en nuestro refugio, construyendo el futuro que deberíamos haber tenido desde siempre.

Noa era mi hogar. Mi paz. Mi pasión. Y esta noche, por fin, era mía.

Del todo. Para siempre.

Capítulo 22



Álvaro

No habíamos dormido. No podíamos. El cuerpo de Noa brillaba con un sudor fino bajo la luz de la luna que entraba por los ventanales, y yo la observaba desde la oscuridad, con la respiración aún agitada, con mi miembro ya duro de nuevo solo por verla respirar.

Estaba de espaldas a mí, con el pelo revuelto sobre la almohada, los labios entreabiertos, las sábanas apenas cubriendo sus caderas. Parecía una diosa pagana dispuesta en un altar. Y yo, su adorador, estaba dispuesto a sacrificar mi cordura una y otra vez sobre ese altar.

Me incorporé sobre el codo. La miré fijamente, memorizando cada curva, cada sombra, cada pequeña imperfección que la hacía real. Quince años había esperado para tener esto, y ahora que lo tenía, sentía un hambre insaciable que crecía con cada bocado, no se saciaba, solo se avivaba.

—¿No duermes? —murmuró ella, sin girarse, pero sonriendo. Sabía que la observaba.

—No puedo —respondí, y mi voz sonó áspera, peligrosa—. Estoy demasiado ocupado pensando en todas las formas en las que voy a follarte esta noche.

Ella se giró entonces. Sus ojos brillaron en la penumbra, oscuros, húmedos, llenos de esa misma lujuria que sentía yo.

—¿Todas? —preguntó, con voz traviesa, provocadora.

—Todas —confirmé, alcanzando mi corbata, que había quedado tirada sobre la silla junto a la cama—. Empezando por ahora.

La cogí de la muñeca antes de que pudiera reaccionar. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos pero excitados. Con habilidad rápida, amarré su mano derecha al cabecero de la cama con un nudo firme pero suave, que no apretara pero que no pudiera soltar. Luego la izquierda, extendiéndola hacia el otro lado, abriéndola para mí, inmovilizándola, exhibiéndola.

—Álvaro... —jadeó, tirando suavemente de las ataduras, probando su resistencia.

—Shhh —susurré, colocándome entre sus piernas, besando su vientre, subiendo lentamente hacia sus pechos—. Déjate hacer. Esta noche eres mía para jugar contigo como quiera.

Ella se retorció, pero no para escapar. Era un movimiento de entrega, de ofrecimiento. Estaba expuesta, vulnerable, completamente a mi merced. Y esa idea me volvía loco.

Bajé por su cuerpo, dejando un rastro de besos húmedos, mordiscos posesivos, marcas que mañana recordarían quién la había poseído. Llegué a su sexo, ya húmedo, brillante, abierto para mí como una flor carnal. La miré desde allí, desde entre sus muslos, y vi cómo ella me observaba con los ojos vidriosos, con la respiración entrecortada.

—Voy a devorarte —advertí, y no era una amenaza, era una promesa.

Y cumplí.

Sumergí mi cara en ella con una urgencia animal. Mi lengua la recorrió de arriba abajo, saboreándola, perdiéndome en su sabor, en su calor, en su esencia. Ella gritó, un sonido agudo que resonó en la suite, y sus caderas se arquearon contra mi boca, buscando más presión, más contacto, más de todo.

—Dios, Álvaro... ¡sí, por favor, no pares!

No paré. La tomé con la boca con una devoción que rozaba la locura. Succioné su clítoris, lo acaricié con la punta de la lengua, lo mordisqueé suavemente mientras mis dedos se hundían en ella, buscando ese punto que la volvería loca. Encontré su punto G y presioné, masajeé, golpeteé con los dedos mientras mi boca seguía torturando su clítoris.

Ella se volvió frenética. Tiraba de las corbatas, arqueaba la espalda, gemía sin control, sin pudor. Era la imagen más erótica que jamás había visto: mi Noa, atada a mi cama, perdiendo la cabeza por mi boca, entregándome su placer como un regalo sagrado.

Se corrió contra mi lengua con una violencia que me sorprendió. Su cuerpo se tensó como un arco, sus piernas se cerraron alrededor de mi cabeza, y soltó un grito ronco, gutural, que sonó a mi nombre. La sentí contraerse, palpitar, inundarme con su esencia mientras yo seguía lamiéndola, prolongando su orgasmo, no dejándola bajar del pedestal.

Cuando terminó, jadeante, deshecha, levanté la vista. Tenía los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando agitadamente, las mejillas sonrojadas.

—Eso ha sido... —empezó, sin aliento.

—El primero —interrumpí, limpiándome la boca con el dorso de la mano, mirándola con hambre renovada—. Vamos por el segundo.

—Álvaro, no puedo... es demasiado...

—Puedes —corté, y volví a sumergirme en ella.

Esta vez fui más lento, más torturador. Usé solo la lengua, trazando círculos lentos, evitando su clítoris hinchado hasta que ella suplicó, hasta que me rogó, hasta que sus palabras se convirtieron en un balbuceo incoherente de «por favor» y «más» y «te necesito». Entonces, y solo entonces, la hice mía de nuevo, succionando con fuerza, llevándola al borde y dejándola caer una y otra vez, hasta que estuvo llorando de placer, hasta que su cuerpo no pudo más y explotó en otro orgasmo que la dejó temblando incontrolablemente.

La miré desde abajo, con la barba húmeda de ella, con el corazón desbocado. Estaba hermosa. Destrozada. Mia.

—Por favor... —susurró ella, mirándome con ojos suplicantes—. Ahora quiero... quiero darte placer a ti.

Me incorporé sobre las rodillas. Mi miembro estaba duro como el hierro, palpitando contra mi vientre, goteando con la excitación contenida. Noa la miró con hambre, con la lengua saliendo para humedecerse los labios.

—Suéltame —pidió—. Quiero tocarte. Quiero saborearte.

Negué con la cabeza, sonriendo con malicia.

—No. Te quiero así. Inmovilizada. Pero puedes usar tu boca. Muéstrame lo que quieres.

Me acerqué a su cabeza, arrodillándome junto a ella. Ella giró el rostro hacia mí, abrió la boca ansiosa, y cuando guié mi miembro hacia sus labios, los cerró alrededor de mí con un gemido de satisfacción.

Dios. Su boca era un infierno de placer. Cálida, húmeda, perfecta. Se movió sobre mí con entusiasmo, con desesperación, intentando tomar todo mi largo hasta que la punta tocó su garganta.

La vi ahogarse ligeramente, con los ojos llorosos, pero no se detuvo. Usó su lengua para acariciar la parte inferior de mi glande, ese punto sensible que me volvía loco, y succionó con fuerza, creando un vacío perfecto.

Mis manos se hundieron en su pelo, no para guiarla, sino para agarrarme a algo, para no perder el equilibrio. Mirarla así, atada, con mi miembro entre sus labios, con sus ojos mirándome con adoración mientras me devoraba, era casi demasiado. Sentí que me acercaba al borde demasiado rápido.

—Para —gruñí, retirándome de su boca con esfuerzo—. No quiero correrme ahí. Quiero estar dentro de ti.

Ella gimió de frustración, pero asintió, jadeando.

—Fóllame, Álvaro. Por favor. Necesito sentirte.

Me posicioné entre sus piernas. Estaba empapada, abierta, lista. Pero antes de entrar, la miré a los ojos.

—¿Estás segura? —pregunté, aunque mi cuerpo temblaba de necesidad.

—Nunca he estado más segura de nada —respondió ella—. Hazlo. Poséeme. Hazme tuya.

Y la penetré.

Fue un deslizamiento perfecto, un ajuste divino. Gemimos al unísono, un sonido de alivio y tensión. Empecé a moverme con fuerza, con profundidad, embistiendo una y otra vez, sintiendo cómo ella se estiraba para recibirme, cómo sus paredes me acariciaban, cómo su cuerpo se rendía ante el mío.

—Más fuerte —gritó ella—. ¡Más fuerte, Álvaro!

La cogí por las caderas, inclinándola para penetrarla más profundo, buscando ese ángulo que la volvería loca. La encontré, y ella gritó, un sonido estridente de placer absoluto. Mantuve ese ritmo, golpeando contra su punto G una y otra vez, sintiendo cómo se tensaba, cómo se acercaba.

Se corrió con fuerza, contrayéndose a mi alrededor con espasmos violentos que casi me arrastraron consigo. Pero me contuve. Quería más. Quería todo.

Salí de ella lentamente, viendo cómo gemía de protesta. Pero no había terminado. Estaba lejos de terminar.

—A cuatro patas —ordené, desatando una de sus muñecas para poder girarla, pero volviendo a amarrarla inmediatamente en la nueva posición.

La puse de rodillas, con la cara hundida en la almohada, las manos extendidas hacia el cabecero, el culo en alto, ofreciéndome la vista más erótica imaginable. Su sexo brillaba, húmedo, abierto. Pero mis ojos se fijaron en algo más. En ese pequeño agujero apretado entre sus nalgas.

Tocó allí con el dedo, apenas rozando, y ella se tensó.

—Álvaro...

—Shhh —susurré, acariciando su espalda, calmándola—. Confía en mí. ¿Alguna vez has estado aquí? ¿De verdad?

Ella dudó, con la respiración agitada.

—Una vez... —confesó, avergonzada—. Hace años. Con un amante. Pero... no me gustó. Dolió. Fue... desagradable.

Me reí, un sonido suave, no de burla sino de promesa.

—Eso es porque ese tipo no tenía ni puta idea de lo que hacía —murmuré, besando su columna vertebral, bajando lentamente hacia ese punto—. Voy a mostrarte cómo debe ser. Voy a hacerte sentir cosas que nunca imaginaste. Pero necesito que confíes en mí. ¿Confías?

—Sí —susurró ella, temblando—. Confío en ti, Álvaro. Siempre.

La besé en la espalda, en las nalgas, acariciando su piel con ternura y lujuria mezcladas. Luego me levanté de la cama. Vi su ceño fruncido cuando me alejé, la protesta en sus labios.

—No te muevas —ordené—. Vuelvo enseguida.

Fui al baño. Busqué en los armarios del hotel hasta encontrarlo: un bote de aceite corporal de almendras, caro, suave, perfecto para lo que tenía en mente. No era lubricante sexual, pero serviría. Serviría para prepararla, para abrirla, para hacerla mía de la forma más completa posible.

Mientras caminaba de regreso, mirando el bote en mis manos, pensé en ella. En Noa. En que esta mujer iba a ser mía para siempre, en todos los sentidos. No solo su corazón, no solo su mente, sino su cuerpo completo, cada centímetro de su piel, cada secreto, cada sombra. No iba a dejar que se marchara nunca más. No de mi cama, no de mi vida, no de mi lado.

Regresé. La encontré exactamente donde la había dejado, obediente, esperando, confiada.

—Eres perfecta —murmuré, subiendo a la cama detrás de ella.

Abrí el bote. El aroma dulce de las almendras llenó la habitación. Vertí un poco en mis manos, calentándolo, y empecé a masajear su espalda. Masajes largos, profundos, relajándola, preparándola. Ella gemía suavemente, disfrutando del tacto, de la atención.

Pero mis manos no se quedaron ahí.

Bajé. Masajeé sus nalgas, separándolas suavemente, exponiendo ese punto que tanto deseaba. Vertí más aceite, esta vez directamente sobre su hendidura, viendo cómo el líquido corría, brillante, hacia su sexo y más allá.

—Álvaro... —jadeó, tensándose.

—Relájate —susurré, acariciando su sexo con una mano mientras con la otra empezaba a tocar su ano con suavidad—. Solo siente.

Empecé a jugar con ella. Con una mano acariciaba su clítoris, húmedo, hinchado, sensible. Con la otra, masajeaba su ano, presionando suavemente, haciendo círculos, preparándola. Introduje un dedo, apenas la punta, sintiendo cómo se tensaba, cómo se resistía.

—Respira —instruí, manteniendo la presión en su clítoris para mantenerla excitada—. Empuja hacia afuera. Confía en mí.

Lo hizo. Y mi dedo entró un poco más. Estaba caliente, apretada, increíblemente suave por dentro. Moví el dedo con suavidad, acostumbrándola, mientras mi otra mano la masturbaba con ritmo constante.

Ella empezó a gemir de nuevo, pero diferentes gemidos. Más profundos. Más sucios. Gemidos que salían de su vientre.

—Dios... eso es... es extraño... pero... Dios...

—¿Te gusta? —pregunté, introduciendo otro dedo en su vagina, llenándola por ambos lados, sintiendo cómo los separaba solo por una fina pared—. ¿Te gusta sentirme aquí? ¿En tus dos agujeros?

—Sí —jadeó, moviéndose contra mis manos—. Sí, Álvaro, por favor... no pares...

La prepare durante largos minutos. La llevé al borde del orgasmo con mis dedos en su vagina, luego retrocedí, luego volví a empujar. Hasta que estuvo frenética, hasta que su ano se abrió suficientemente, hasta que estuvo lista para mí.

Me posicioné detrás de ella. Vertí más aceite sobre mi miembro, masturbándome un par de veces, asegurándome de que estaba completamente lubricado. Coloqué la punta contra su entrada apretada.

—Dime que quieres esto —exigí, con voz ronca—. Dime que me quieres aquí.

—Te quiero —susurró ella, con voz temblorosa pero segura—. Quiero sentirte en todos lados. Quiero ser tuya por completo, Álvaro. Fóllame el culo. Por favor.

Esa palabra. Esa entrega.

Empujé.

Fue un avance lento, constante, exquisito. Ella gritó, un sonido entre dolor y placer, y me detuve, dándole tiempo de adaptarse, de respirar, de abrirse para mí.

—¿Estás bien? —pregunté, con la mandíbula tensa por el esfuerzo de contenerme.

—Sí... sí, sigue... es... es intenso... pero no pares...

Continué. Entré más profundo, centímetro a centímetro, hasta que estuve completamente dentro de ella, hasta que mis caderas rozaron sus nalgas. Nos quedamos quietos un momento, ambos jadeando, sintiendo la intensidad de la conexión.

—Dios, Noa... estás increíble —gruñí—. Tan apretada. Tan caliente.

—Muévete —suplicó ella—. Por favor, muévete. Necesito sentirte moverte dentro de mí.

Empecé a follarla. Movimientos lentos al principio, saliendo casi por completo y volviendo a entrar, sintiendo cómo se estiraba para recibirme, cómo se adaptaba a mí. Luego más rápido, más fuerte, estableciendo un ritmo que la hacía gritar en cada embestida.

Introduje dos dedos en su vagina, sintiendo mi propio miembro a través de la pared delgada, y ella perdió la cabeza.

—¡Dios, sí, eso es, eso es! ¡No pares, Álvaro, no pares!

La doble penetración la volvió loca. Sentía cómo se contraía a mi alrededor, cómo su cuerpo se preparaba para el orgasmo. Aceleré el ritmo, follando su culo con fuerza mientras mis dedos golpeaban su punto G desde dentro.

—Córrete, Noa —ordené—. Quiero sentirte correr con mi miembro en tu trasero y mis dedos en tu vagina. Quiero sentir cómo te deshaces, Noa. Ahora.

Y se corrió.

Fue un orgasmo devastador. Su cuerpo se convulsionó, sus piernas temblaron, y sentí cómo se empapaba, cómo chorreaba sobre mis dedos, cómo sus paredes internas palpitaban contra mí con una fuerza que casi me hizo explotar.

Pero no quería terminar ahí.

Salí de ella con cuidado, viendo cómo gemía de la pérdida. La giré de nuevo, poniéndola boca arriba, todavía atada. Volví a entrar en su sexo, ahora más húmedo que nunca, más receptivo, caliente como un horno.

—Mírame —exigí, tomando su cara entre mis manos—. Mírame mientras nos corremos juntos.

La penetré con fuerza, profundidad, amor y lujuria mezclados. Ella me miró a los ojos, y en esos ojos vi el universo entero. Ví pasado, presente y futuro. Ví amor absoluto. Ví hogar.

—Álvaro... voy a… no puedo...

—Juntos —gruñí, sintiendo cómo se acercaba mi propio final, cómo se tensaban mis testículos, cómo todo mi cuerpo se preparaba para el estallido—. Ahora, amor. Ahora.

Nos corrimos al unísono.

Fue una explosión cósmica. Sentí cómo ella se contraía a mi alrededor, cómo su cuerpo se arqueaba, cómo gritaba mi nombre. Y yo vacié dentro de ella, chorro tras chorro, llenándola, marcándola, poseyéndola en la forma más completa y absoluta.

Colapsé sobre ella, jadeante, sudoroso, temblando. Nos quedamos así durante largos minutos, conectados, fundidos, respirando el mismo aire.

Desaté las corbatas con manos temblorosas. Liberé sus muñecas, besando las marcas rojas que habían dejado, acariciándolas con ternura. Ella envolvió sus brazos alrededor de mí, hundiendo su cara en mi cuello, suspirando contra mi pecho con un sonido de satisfacción absoluta, de paz total.

La abracé fuerte, muy fuerte, como si temiera que fuera a desaparecer. Y mientras la sostenía, mientras sentía su corazón latir contra el mío, mientras el olor a sexo y a almendras y a nosotros llenaba la habitación, pensé en lo que realmente significaba esto.

Noa no era solo una amante. No era solo un capricho de verano. Era el amor de mi vida. La pieza que faltaba. La razón por la que había construido este hotel, esta vida, este mundo entero.

Y no iba a dejarla ir nunca más. No iba a permitir que se marchara a Madrid. No iba a permitir que otro hombre la tocara, que otro la hiciera reír, que otro ocupara el espacio que le pertenecía a ella en mi vida.

Era mía. Y yo era suyo. Y esta vez, no habría silencios, no habría miedos, no habría un casi.

Esta vez, la tendría para siempre. En mi cama, en mi vida, en mi corazón.

—No te vayas nunca —susurré contra su pelo, con voz ronca, emocionada—. Prométeme que no te irás.

Ella levantó la vista. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas, pero sonreía. Esa sonrisa que iluminaba mi mundo.

—Nunca —prometió—. Ya no hay Madrid. Ya no hay nada. Solo esto. Solo tú.

La besé. Dulcemente. Profundamente. Con la promesa de eternidad sellada en nuestros labios.

Y mientras el amanecer empezaba a teñir el cielo de gris fuera de la ventana, supe que habíamos cruzado un punto de no retorno.

Y que nunca, jamás, volveríamos a estar separados.

Capítulo 23



Noa

El despertar no fue gradual. No fue el despertar de siempre, ese lento retorno a la conciencia entre sábanas grises y el sonido distante del tráfico de Madrid. Este fue un estallido de sensaciones, un choque eléctrico que partió mi sueño en dos mitades irreconciliables.

Noté calor. Un calor húmedo, insistente, centrado entre mis piernas. Y movimiento. Una lengua que trazaba círculos lentos, deliberados, alrededor de mi clítoris, que ya estaba hinchado, sensible, despertando antes que el resto de mi cuerpo.

Gemí antes de poder abrir los ojos. Fue un sonido que salió de mi garganta sin permiso, un gemido ronco, de animal recién despertado.

—Buenos días —escuché su voz, profunda, ronca, vibrando contra mi piel.

Abrir los ojos fue un esfuerzo. La luz de la mañana entraba a raudales por los ventanales, dorada, cegadora, y por un segundo me sentí expuesta, vulnerable, desnuda bajo el sol.

Pero entonces le vi.

Álvaro estaba entre mis muslos, con la cabeza hundida en mi sexo, mirándome desde abajo con esos ojos verdes que brillaban con una mezcla de hambre y adoración. Tenía la barba incipiente de la mañana, áspera, sexy, marcando mi piel interior de mis muslos.

Y tenía un dedo dentro de mí.

Lo movía con lentitud, acariciando mi punto G con una precisión que me hizo arquear la espalda y golpear la almohada con los puños.

—Dios... Álvaro...

—Shhh —susurró, y su aliento caliente sobre mi sexo hizo que me estremeciera—. No hables. Solo siente. Déjame darte los buenos días como se merecen.

Y volvió a sumergirse.

Su lengua fue implacable. No fue suave, no fue tierno. Fue voraz, devoradora, como si mi sexo fuera su único sustento y llevara años de hambre. Succionó mi clítoris con fuerza, haciendo que mis piernas se cerraran involuntariamente alrededor de su cabeza, pero él las separó con las manos, manteniéndome abierta, expuesta, completamente a su merced.

El dedo dentro de mí aceleró el ritmo. Golpeteaba ese punto mágico una y otra vez, mientras su lengua giraba, lamiendo, mordisqueando, volviéndome loca.

—Por favor... —jadeé, agarrando las sábanas, sintiendo cómo se acercaba el orgasmo con una rapidez vertiginosa—. Álvaro, voy a...

No terminé la frase. Estallé.

Fue un orgasmo matutino, intenso, devastador. Mi cuerpo se convulsionó sobre la cama, mis caderas se alzaron del colchón, y solté un grito que debió de oírse en toda la planta. Él no se detuvo. Siguió lamiéndome, succionándome, prolongando cada espasmo hasta que estuve temblando, jadeante, completamente deshecha.

Cuando terminó, cuando el último temblor abandonó mi cuerpo, subió por mí como un depredador. Su boca brillaba con mi humedad, sus ojos brillaban con triunfo.

—Buenos días —repitió, sonriendo con malicia.

Lo alcancé por el cuello y lo atraje hacia mí. Nuestros labios se encontraron en un beso frenético, desesperado, saborizado con mi propio placer. Su lengua invadió mi boca y la devoré con la misma urgencia con la que él me había devorado a mí.

Sentí su miembro dura contra mi muslo, caliente, palpitante, exigiendo atención.

—Te necesito dentro —susurré contra su boca, arañando su espalda —. Ahora. No puedo esperar más.

No dijo nada. Solo me miró con fuego en los ojos y se posicionó entre mis piernas. Entró de una embestida, llenándome por completo, estirándome, poseyéndome.

Grité. No pude evitarlo. La sensación de estar llena de él, tan pronto después del orgasmo, era casi demasiado.

—Joder, estás apretada —gruñó, empezando a moverse con fuerza —. Tan caliente. Tan mía.

Nos movimos como animales. Él me penetraba una y otra vez, con golpes profundos que resonaban en mi vientre, mientras yo envolvía mis piernas alrededor de su cintura, empujándolo más adentro, pidiendo más. Cambiamos de posición sin separarnos. Me puso a cuatro patas y me tomó desde atrás, agarrando mis caderas con fuerza, dejando marcas de sus dedos en mi piel. Luego me giró, me levantó una pierna sobre su hombro y volvió a entrar, mirándome a los ojos mientras me follaba con una intensidad que me robaba el aliento.

—Mírame —ordenaba—. Mírame mientras te hago mía.

Nos corrimos juntos, como si nuestros cuerpos estuvieran sincronizados por algún mecanismo divino. Él gruñó mi nombre, vaciándose dentro de mí, y yo me contraje a su alrededor, sintiendo cada pulso, cada chorro, cada prueba de su posesión.

Colapsamos sobre las sábanas, sudorosos, jadeantes, enredados en una maraña de piernas y brazos que no queríamos deshacer.

—Dios —suspiré, con la cara hundida en su cuello, oliendo su piel, ese olor a sexo y a él que me volvía adicta—. ¿Qué hora es?

—Temprano —murmuró, acariciando mi espalda con pereza—. Muy temprano.

—¿Deberíamos levantarnos?

—Nunca —respondió, besando mi frente—. Quiero pasar el día aquí. Encerrado contigo. Sin salir de esta cama.

Reí, un sonido flojo, satisfecho.

—Vamos a morir de hambre —protesté débilmente.

—Imposible —dijo él, levantándose sobre un codo para mirarme a los ojos—. Por si lo has olvidado, soy el dueño de este hotel. Tenemos un excelente servicio de habitaciones. Podemos pedir lo que queramos. Desayuno, almuerzo, cena. Todo sin salir de aquí.

—Eso no es lo que quería decir —dije, sonriendo—. Quería decir que es imposible que tú, Álvaro Reyes, el hombre del control absoluto, el que trabaja doce horas al día, quieras pasar el día en la cama sin hacer nada productivo.

Él me miró con una intensidad que me detuvo el aliento.

—No entiendes, Noa —dijo, y su voz se volvió seria, profunda—. Cuando estoy contigo, no soy el mismo. El hotel, el trabajo, el control... todo eso desaparece. Tú eres lo único que importa. Tú eres mi productividad ahora. Mi única obligación es hacerte sentir bien.

Me besó entonces, pero no con lujuria, sino con ternura. Un beso suave, profundo, que decía cosas que las palabras no podían expresar.

—Voy a pedir el desayuno —dijo finalmente, levantándose de la cama con reluctancia—. ¿Qué quieres?

—Café —respondí—. Mucho café. Y algo dulce. Y fruta.

—Hecho —dijo, cogiendo el teléfono y marcando mientras caminaba desnudo hacia el escritorio.

Lo observé. Su espalda musculosa, sus nalgas firmes, la forma en que se movía con esa elegancia natural que tenía incluso desnudo. Era hermoso. Era mío.

Me levanté de la cama, sintiendo el dolor agradable de la noche anterior y la mañana, la sensación de haber sido usada, poseída, marcada. Fui hacia el baño, necesitando agua, necesitando refrescarme.

El baño era enorme, de mármol blanco, con una ducha de cristal que daba al mar. Abrí el grifo, ajustando la temperatura hasta que estuvo caliente pero no abrasadora, y entré bajo el chorro.

Apoyé las manos en la pared de azulejos fríos. Cerré los ojos. Dejé que el agua corriera por mi espalda, por mis pechos, entre mis piernas, limpiando el rastro de nuestra pasión.

Y suspiré. Un suspiro profundo, que salió de lo más hondo de mi ser.

Quince años. Quince años de amistad, de complicidad, de silencios cargados que nunca supe interpretar. Quince años viéndolo como mi mejor amigo, como mi paño de lágrimas, como el hombre paciente que escuchaba mis miserias amorosas con Adrián, que me consolaba cuando otro me dejaba plantada, que nunca juzgaba mis errores.

Nunca pensé que sentiría esto con él.

Nunca imaginé que esos ojos verdes que me miraban con tanta paciencia escondían este fuego. Que esas manos que me servían café los domingos podían hacerme sentir esto. Que ese hombre tranquilo, serio, responsable, pudiera convertirse en este amante voraz, posesivo, capaz de hacerme perder la cabeza.

Suspiré de nuevo, sintiendo cómo el agua calentaba mi piel, cómo los recuerdos de la noche anterior se mezclaban con la realidad de la mañana.

Y entonces lo sentí. Un beso en mi cuello. Manos fuertes rodeándome por la cintura. Su cuerpo desnudo pegado a mi espalda, duro, cálido, ya excitado de nuevo.

—Te echaba de menos —susurró contra mi piel mojada—. Dos minutos fuera de tu vista y ya me moría.

Me giré entre sus brazos. El agua nos envolvió a los dos, creando una burbuja privada de vapor y deseo.

Nos miramos a los ojos. Y entonces lo vi. Realmente lo vi.

No al amigo de quince años atrás. No al hombre que conocía. Vi al amante. Vi al hombre que me amaba en silencio durante toda una década y media. Vi la intensidad de sus sentimientos, la profundidad de su deseo, la ternura mezclada con la lujuria.

Y supe que siempre había estado ahí. Que siempre había sentido esto por él, pero que lo había enterrado tan profundo que ni yo misma podía verlo. Que lo llamaba amistad cuando era amor. Que lo llamaba comodidad cuando era pasión. Que lo llamaba seguridad cuando era destino.

Me lancé a sus labios y lo besé con todo lo que tenía, con quince años de besos no dados, de caricias no compartidas, de amor no confesado. Mis manos bajaron entre nosotros, encontrando su miembro duro, y lo envolví con firmeza, empezando a masturbarlo bajo el chorro de agua.

Él gimió contra mi boca, un sonido que resonó en mi pecho.

—Joder, Noa...

—Tócame —susurré—. Quiero sentir tus manos en mí.

Obedeció. Sus dedos encontraron mi sexo, aún sensible, aún húmedo, y empezó a acariciarme con ritmo, mientras yo seguía moviendo mi mano sobre él, creando un ritmo sincronizado, un vaivén de placer mutuo.

Nos besamos con desesperación, con la lengua entrelazada, con los dientes rozándose, mientras nuestras manos nos llevaban al borde.

Pero no quería terminar así. Me separé de él, jadeante, y caí de rodillas sobre el suelo de la ducha.

—Noa...

—Shhh —dije, mirándolo desde abajo, con el agua cayendo sobre mi cara—. Quiero probarte. Quiero sentirte en mi boca.

Y lo tomé.

Era la primera vez que hacía esto con ganas. La primera vez que no lo hacía por obligación, o por devolver un favor, o porque me lo pedían. Con Álvaro era diferente. Con él quería darle todo el placer que pudiera. Quería adorarlo. Quería poseerlo de la forma más íntima posible.

Lo envolví con mis labios, sintiendo su sabor salado, su textura suave, su calor. Usé la lengua para acariciar la parte inferior de su glande, ese punto que sabía que le volvía loco, y lo escuché gemir, alto, sin control, mientras sus manos se hundían en mi pelo húmedo.

—Dios, Noa... eso es... no sabes lo que me haces...

Pensé en eso mientras lo succionaba. En que nunca antes había querido hacer esto. En que siempre había sido un acto mecánico, una transacción. Pero con él... con él quería quedarme allí para siempre. Quería que se corriera en mi boca, quería tragármelo, quería...

Pero él me detuvo. Me agarró por los hombros y me levantó con fuerza.

—No —gruñó, con los ojos brillantes de deseo—. No quiero correrme así. Quiero estar dentro de ti. Quiero sentirte alrededor de mí.

Me besó con una pasión que me cortó el aliento. Luego, sin separarse de mi boca, levantó una de mis piernas y la rodeó alrededor de su cadera. Me apoyó contra la pared de la ducha, el azulejo frío contra mi espalda caliente, y se posicionó entre mis piernas.

Entró de golpe y grité. El sonido resonó en el baño, amplificado por el eco del agua. Él empezó a moverse inmediatamente, con fuerza, sin piedad, embistiendo una y otra vez contra mi punto G, mientras el agua caía sobre nosotros, creando un ritmo primitivo, salvaje.

—Más —supliqué, agarrándome a sus hombros—. Álvaro, por favor, más fuerte...

Me obedeció. Me folló contra la pared con una fuerza que me dejó sin aliento, que hizo que mis piernas temblaran, que mi cabeza cayera hacia atrás golpeando suavemente los azulejos. Sentía cada centímetro de él dentro de mí, cada embestida que resonaba en mi vientre, cada golpe de caderas que nos acercaba al abismo.

—Córrete conmigo —gruñó, acelerando el ritmo—. Ahora, Noa. Ahora.

Y nos corrimos.

Fue un estallido simultáneo, un fuego artificial de sensaciones. Mi cuerpo se contrajo violentamente, mis uñas se hundieron en su espalda, y sentí cómo él pulsaba dentro de mí, cómo me llenaba, cómo me marcaba como suya una vez más.

Se quedó quieto, jadeando, con la frente apoyada contra la mía, el agua cayendo sobre nuestros rostros unidos.

—Quince años —susurró, con voz rota, emocionada—. Quince años imaginando cómo sería, y es mil veces mejor de lo que nunca pensé. Eres perfecta para mí en todos los sentidos, Noa. Siempre lo pensé, pero ahora lo corroboro.

Me besó, un beso suave y profundo. Y mientras el agua seguía corriendo, mientras él seguía dentro de mí, mientras nuestros corazones latían al unísono, pensé en lo cierto que era.

Era perfecto. Él era perfecto. Nosotros éramos perfectos.

Y esta vez, no habría marcha atrás. No habría Madrid. No habría silencios. Solo esto. Solo nosotros. Solo para siempre.

Terminamos de ducharnos en silencio cómodo, intercambiando sonrisas perezosas, besos robados, caricias que no podíamos evitar. Salimos del baño envueltos en los albornoces blancos del hotel, con el pelo mojado, con la piel brillante, con el corazón lleno.

Álvaro fue hacia la puerta, donde alguien llamaba suavemente.

—Será el desayuno —dijo, sonriendo—. Justo a tiempo.

Abrió la puerta, todavía sonriendo, con la satisfacción del hombre que acaba de hacer el amor con la mujer que ama.

—¿Sí? —preguntó, con voz amable.

—Buenos días —respondió una voz femenina, joven, familiar.

Mi sangre se heló.

Álvaro se quedó quieto. Vi cómo se tensaba, cómo su sonrisa se borraba, cómo su cuerpo se ponía rígido.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, y ahora su voz sonaba diferente, confundida, alarmada.

—Buenos días a ti también, papá —dijo Lucía, y su voz sonó clara, alegre, completamente ajena a la catástrofe que estaba causando.

Se había dado cuenta.

Me quedé quieta en el centro de la habitación, envuelta en el albornoz, con el pelo chorreando, con la cara enrojecida no solo por el sexo reciente sino por la vergüenza más absoluta que había sentido en mi vida.

Lucía estaba en la puerta. Detrás de ella, vi la silueta de Gabriel. Y de Marcos. Los tres hijos de Álvaro.

Y yo estaba allí, en albornoz, obviamente recién follada, con su padre, en albornoz, obviamente satisfecho. En la suite, a las nueve de la mañana.

Quise morirme. Quise que el suelo se abriera y me tragara. Quise teletransportarme a Madrid, a Australia, a Marte.

—*Oh, Dios mío* —susurré, sintiendo cómo el rubor subía por mi cuello, mi cara, hasta las puntas del pelo—. *Voy a morir. Literalmente voy a morir de vergüenza.*

Capítulo 24



Álvaro

La tenía contra la pared de la ducha, con el agua caliente cayendo sobre nosotros como una cortina de vapor, y no podía parar. No quería parar. Había esperado quince años para esto, y ahora que tenía a Noa en mis brazos, desnuda, húmeda, entregada, sentía que una bestia salvaje se había desatado dentro de mí.

Levanté su pierna derecha y la enganché alrededor de mi cadera, abriéndola para mí, exponiéndola. Ella se agarró a mis hombros con fuerza, con las uñas clavándose en mi piel, y sus ojos... Dios, sus ojos brillaban con una mezcla de deseo y algo más profundo, algo que me hacía sentir invencible.

—Álvaro... —jadeó, arqueándose contra mí.

No dije nada. Solo la miré fijamente mientras me posicionaba entre sus piernas y entraba de golpe.

Ella gritó. El sonido resonó en el baño de mármol, amplificado por el eco del agua. Estaba tan caliente, tan apretada, tan perfecta que por un segundo temí perder el control demasiado pronto. Pero no. Iba a durar. Iba a hacer que esto durara toda la eternidad si era posible.

Empecé a moverme con fuerza, embistiendo una y otra vez, sintiendo cómo su cuerpo se estiraba para recibirme, cómo sus paredes internas me acariciaban con una presión deliciosa. El agua corría por nuestros cuerpos, creando un ruido blanco que ahogaba nuestros gemidos, pero no lo suficiente. Seguía escuchando cada jadeo suyo, cada respiración entrecortada, cada vez que mi nombre salía de sus labios como una plegaria.

—Más... —suplicó ella, con la cabeza echada hacia atrás contra los azulejos—. Por favor, Álvaro, más fuerte...

Obedecí. La cogí por las caderas con ambas manos y la penetré con una fuerza que hizo que sus piernas temblaran. Cambié el ángulo, buscando ese punto que la volvería loca, y cuando lo encontré, cuando sentí cómo se tensaba, cómo sus gemidos se volvían más agudos, más desesperados, supe que estaba cerca.

—Córrete conmigo —gruñí, acelerando el ritmo, sintiendo cómo se acercaba mi propio final, cómo se tensaban mis testículos, cómo todo mi cuerpo se preparaba para el estallido—. Ahora, Noa. Ahora.

Nos corrimos juntos.

Fue una explosión cósmica, un *big bang* que nos creó y nos destruyó al mismo tiempo. Ella se contrajo violentamente a mi alrededor, sus uñas se clavaron en mi espalda con fuerza suficiente para dejar marcas, y yo vacié dentro de ella con un gemido gutural que pareció venir de lo más profundo de mi ser.

Nos quedamos así durante largos segundos, jadeando, temblando, con el agua cayendo sobre nosotros como si el mundo exterior no hubiera dejado de girar. Apoyé mi frente contra la suya, cerrando los ojos, sintiendo su respiración entrecortada contra mis labios.

—Quince años imaginando cómo sería —susurré, con voz rota, emocionada—. Y es mil veces mejor de lo que nunca pensé. Eres perfecta para mí en todos los sentidos, Noa. Siempre lo pensé, pero ahora lo corroboro.

La besé. Suavemente. Profundamente. Con la promesa de eternidad sellada en nuestros labios.

Cuando nos separamos, la vi sonreír. Una sonrisa perezosa, satisfecha, que iluminaba todo su rostro. Y en sus ojos vi algo que me detuvo el corazón: amor. Amor puro, absoluto, incondicional. El amor que había estado buscando toda mi vida sin saberlo.

Terminamos de ducharnos en silencio cómodo, intercambiando miradas cómplices, sonrisas secretas, caricias que no podíamos evitar. Salimos del baño envueltos en los albornoces blancos del hotel, con el pelo mojado, con la piel brillante, con el corazón lleno.

Justo en ese momento, sonó un golpe suave en la puerta de la suite.

—Será el desayuno —dije, sonriendo hacia Noa—. Justo a tiempo.

Caminé hacia la puerta, todavía sonriendo, con la satisfacción del hombre que acaba de hacer el amor con la mujer que ama. Me pasé una mano por el pelo mojado, ajusté el albornoz, y abrí.

Y entonces me quedé helado.

No era el camarero del servicio de habitaciones, eran mis hijos.

Los tres. Gabriel, Marcos y Lucía. De pie en el pasillo, con el carrito del desayuno delante de ellos, sonriendo como gatos que han comido al canario.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, con voz que sonó más áspera de lo que pretendía, confundida, alarmada.

Lucía fue la primera en hablar. Su sonrisa se amplió, traviesa, completamente ajena a la catástrofe que estaba causando.

—Buenos días a ti también, papá —dijo, alegremente.

Intenté bloquear la puerta con mi cuerpo, pero era inútil. Los tres ya estaban entrando, empujando el carrito, invadiendo mi santuario, mi refugio, mi guarida de amor ilícito.

—Deberíais estar en casa —espeté, intentando recuperar algo de autoridad paterna, aunque estaba en albornoz y obviamente acababa de follar—. No aquí. ¿Qué demonios...?

—Te esperamos toda la noche —interrumpió Marcos, con esa naturalidad suya para meterse en líos—. Y no volviste. Estábamos preocupados.

—No es cierto —dijo Gabriel, encogiéndose de hombros, pero sonriendo—. Bueno, sí estábamos preocupados, pero sobre todo queríamos comprobar con nuestros propios ojos cómo estabas. Y cómo estaba ella.

Señaló hacia el interior de la suite, donde Noa estaba de pie en el salón, envuelta en su albornoz, con el pelo mojado, la cara roja como un tomate. Dio unos pasos hacia nosotros, torpe, visiblemente mortificada.

—Buenos días —dijo, con voz tan pequeña que apenas se oyó.

Los tres se giraron hacia ella. La miraron de arriba abajo, tomando nota de cada detalle: el albornoz, el pelo mojado, el rubor, la forma en que yo estaba plantado entre ella y ellos como si pudiera protegerla de la vergüenza.

Y entonces sonrieron. Los tres. Al unísono. Sonrisas amplias, cómplices, insoportables.

—¿A qué vienen esas sonrisas? —pregunté, sintiendo cómo el calor subía a mi cuello—. ¿Qué es tan gracioso?

Marcos fue el primero en hablar. Se echó a reír, un sonido profundo, irreverente.

—A que ya era hora, joder —dijo, golpeándose el muslo con la mano—. Un año entero viendo vuestras miraditas hace años, catorce años esperando que ella regresara a casa como el turrón, y por fin, por fin, habéis follado.

—¡Marcos, hijo, mira que eres bruto! —exclamó Lucía, golpeándole en el brazo—. No han follado, han hecho el amor. Hay una diferencia.

Gabriel soltó una carcajada, sonora, genuina.

—A juzgar por el rojo que está adquiriendo la cara de Noa, me da que tierna y romántica no ha sido la noche, hermanita —dijo, guiñándole un ojo a Noa, que parecía querer desaparecer bajo la moqueta.

—Ya vale —dije, con voz firme, aunque sentía que yo también me estaba sonrojando—. Los dos estáis en la edad de las hormonas revolucionadas y no tenéis filtro. Noa, no hagas caso a estos dos.

Caminé hasta ella, le acaricié la mejilla con ternura, la besé en los labios sin importarme que los niños estuvieran mirando. Quería que vieran que era serio. Que esto no era una aventura de una noche.

Noa sonrió contra mis labios, y su sonrisa me dio fuerzas.

—Entonces... —dijo Lucía, dando un paso hacia nosotros, con los ojos brillantes de esperanza—. ¿Estáis juntos?

—Juntos y revueltos —respondió Marcos, antes de que pudiera hablar—. De eso no hay duda. Miradlos. Parecen dos gatos satisfechos.

—Me alegro de que mi plan haya funcionado —dijo Gabriel, cruzándose de brazos, satisfecho.

Noa frunció el ceño. Se separó un poco de mí y miró a Gabriel, confundida.

—¿Qué plan? —preguntó.

Yo también miré a mi hijo mayor. ¿Qué plan?

Gabriel y Lucía intercambiaron una mirada. Era Lucía quien hablaba ahora.

—Bueno... —empezó, con una timidez que no le caracterizaba—. Nosotros... quiero decir, Gabriel y yo... bueno, y Marcos también al final... planeamos esto. La fiesta en la azotea. Dejaros solos. Empujaros un poco para que dejarais de ser cobardes.

—¿Planeasteis...? —repetí, incrédulo.

—Alianza secreta —confirmó Gabriel, sonriendo sin remordimientos —. Estábamos hartos de veros miraros como dos cachorros tristes. Alguien tenía que hacer algo.

Noa y yo nos miramos. Y entonces, no pude evitarlo. Me eché a reír. Una risa profunda, liberadora, que salió de mi pecho sin control.

—Sois unos sinvergüenzas —dije, pero sin enfado—. Unos conspiradores. ¿Desde cuándo?

—Desde que ella volvió —dijo Lucía, simplemente—. Desde que vimos cómo la mirabas, papá. Desde que vimos que nunca habías dejado de quererla.

El silencio que siguió fue denso, cargado de emoción. Noa tenía los ojos brillosos. Yo sentía un nudo en la garganta.

—Vamos a desayunar —dije finalmente, aclarándome la voz—. Y me contáis todo. Pero todo.

Empujamos el carrito hasta el salón de la suite. Había café, zumo de naranja recién exprimido, croissants, fruta fresca, tortilla española. Los chicos se sentaron en el sofá, Noa y yo en los sillones frente a ellos, envueltos en nuestros albornoces, sintiéndonos como adolescentes pillados por sus padres, aunque éramos nosotros los padres.

Mientras comíamos, Marcos miraba a su alrededor, a la suite, a nosotros, y sonreía.

—Ahora sí que es como en los viejos tiempos —dijo, con voz nostálgica—. Todos desayunando juntos. Bueno, no exactamente igual... —señaló nuestros albornoces—. Antes Noa venía de visita, no se quedaba a dormir. Pero el espíritu es el mismo.

—¿Y vas a quedarte? —preguntó Lucía de repente, mirando a Noa con una intensidad que me partió el corazón—. ¿O vas a volver a Madrid?

Noa dejó la taza de café en la mesa. Nos miró a todos, uno por uno. Luego sus ojos se posaron en mí, y vi la decisión en ellos.

—Por el momento me quedo —dijo, y su voz sonó firme, segura—. No sé qué pasará mañana. Pero hoy... hoy me quedo.

Sentí que el aliento regresaba a mis pulmones. No me había dado cuenta de que había estado conteniéndolo.

La cogí de la mano. Se la besé en los nudillos, mirándola a los ojos. Luego me incliné y la besé en los labios, suavemente, dulcemente, sellando la promesa.

Cuando nos separamos, nos quedamos mirando fijamente, perdidos el uno en el otro, olvidando que había tres testigos en la habitación.

Fue Gabriel quien rompió el hechizo.

—Que si queréis nos vamos —dijo, con voz casual, como si estuviera hablando del tiempo—. Y podéis encargarnos un hermano, que, por nosotros, no hay problema.

Noa abrió mucho los ojos. Se giró hacia Gabriel, incrédula.

—¿Estás loco? —exclamó, con la cara volviendo a ponerse roja.

—Yo con una hermana sería feliz —intervino Lucía, sonriendo ampliamente—. Estoy harta de tanta testosterona en mi vida. Marcos y Gabriel son unos cerdos, y papá... bueno, papá es papá. Necesito aliadas femeninas.

Todos nos reímos. Una risa conjunta, liberadora, que llenó la suite de luz y calor.

Terminamos el desayuno entre risas y bromas. Los chicos se levantaron, y uno a uno fueron a abrazar a Noa. Gabriel primero, con un abrazo fuerte, de hermano. Luego Marcos, más torpe, más rápido. Y finalmente Lucía, que se quedó abrazada a ella durante largos segundos, susurrándole algo al oído que hizo que Noa sonriera con lágrimas en los ojos.

Luego vinieron a despedirse de mí. Cada uno me abrazó, y cada uno me susurró algo diferente al oído.

—Cuídala, papá. O te mato —le dijo Gabriel.

—Por fin, joder. Por fin —comentó Marcos.

—Gracias por ser feliz —dijo Lucía, sonriendo.

Y se fueron. Dejaron la suite con el carrito vacío, con sus risas resonando en el pasillo, dejándonos solos de nuevo.

Me giré hacia Noa. Estaba de pie junto a la ventana, con el albornoz abierto por arriba, dejando ver el escote, con el pelo todavía húmedo, con la luz de la mañana iluminándola como si fuera un ángel.

Caminé hacia ella. Le cogí la mano. La atraje hacia mí y la besé con pasión, con todo el amor que había guardado durante quince años, con toda la urgencia de quien sabe que el tiempo es precioso.

La cogí en brazos. Ella soltó un gritito sorprendido, pero enseguida envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, aferrándose a mí.

—¿Dónde me llevas? —preguntó, con voz traviesa, aunque ya sabía la respuesta.

Sonreí. Una sonrisa lenta, posesiva, llena de promesas.

—A buscar esa hermanita para nuestra Lucía —dije, y volví a besarla, caminando hacia el dormitorio.

Ella se apartó un poco, mirándome con los ojos abiertos.

—¿En serio? —preguntó—. No pensaba que fueras a ir tan rápido...

Me reí, un sonido profundo, feliz.

—Noa —dije, recostándola suavemente sobre la cama, quitándole el albornoz, devorándola con los ojos—. Después de quince años enamorado de ti, y de catorce años esperándote, no voy a perder más tiempo. Ni un segundo más.

La cubrí con mi cuerpo, sintiendo su piel contra la mía, su calor, su entrega.

—Lo del hijo es broma —añadí, besando su cuello, su clavícula, bajando hacia sus pechos—. Bueno, más o menos. Pero si llega... —la miré a los ojos—. Ya tengo edad suficiente como para no asustarme por ello. Y tú... tú serías una madre maravillosa.

La besé de nuevo, y mientras mis manos empezaban a acariciarla, mientras ella gemía suavemente bajo mí, mientras el sol de la mañana entraba a raudales por la ventana iluminando nuestra piel desnuda, tuve un pensamiento profundo.

Esta era mi vida. Esta era mi felicidad. No el hotel, no el dinero, no el éxito. Ella. Solo ella.

Y mientras la hacía el amor con esa hambre insaciable que ella despertaba en mí, mientras nuestros cuerpos se movían al unísono una vez más, supe que nunca, jamás, la dejaría ir.

Era mía. Y yo era suyo. Y juntos, finalmente, íbamos a construir todo lo que deberíamos haber construido hacía quince años.

El tiempo perdido no importaba. Solo importaba el tiempo que teníamos por delante.

Y eso, pensé mientras nos corrimos juntos una vez más, mientras ella gritaba mi nombre y yo vaciaba mi alma dentro de ella, eso era eternidad.

Capítulo 25



Noa

Desperté con el sol filtrándose entre las contraventanas verdes, dibujando rayas de oro sobre la colcha de *patchwork* que mi abuela había hecho con retazos de sus vestidos viejos. Durante unos segundos, ese estado entre el sueño y la vigilia, me sentí de nuevo a los quince años, con toda la vida por delante y sin una sola cicatriz en el corazón.

Pero el cuerpo me recordó rápidamente que ya no era aquella niña.

Sentí el dolor agradable de la noche anterior, esa tensión en los músculos que solo viene después de horas de amor intenso. Álvaro se había ido hacía apenas dos horas, obligado por una reunión de emergencia en el hotel, pero su olor aún impregnaba la almohada junto a la mía. Su colonia cítrica, su piel, el sexo.

Hacía una semana de aquella mañana en la suite. Una semana desde que sus hijos nos habían pillado en albornoz, desde que él me había cargado en brazos prometiendo buscarle una hermanita a Lucía, desde que habíamos decidido —sin decirlo en voz alta, sin firmar ningún contrato— que estábamos juntos.

Juntos y revueltos, como había dicho Marcos con esa naturalidad suya para nombrar lo evidente.

Me senté en la cama, estirando los brazos hacia el techo abovedado. La casa de los abuelos había cobrado vida de una forma que nunca habría imaginado. Ya no era solo mi refugio, mi lugar de transición entre Madrid y el vacío. Ahora era nuestro refugio, aunque Álvaro aún mantuviera su casa en la calle Ancha y yo insistiera en no mudarme formalmente con él.

No quería precipitarme. O eso me decía.

La verdad era que tenía miedo. Miedo de que todo fuera demasiado bonito para ser verdad, demasiado intenso para durar. Miedo de que, si daba el paso definitivo de dejar esta casa e irme a vivir con él, el universo se diera cuenta de mi felicidad y decidiera arrebatármela.

Pero esa semana había sido... Increíble.

Álvaro venía cada noche. A veces temprano, con una bolsa de la compra y ganas de cocinar juntos en mi cocina antigua, con sus azulejos azules y su olor a café. Otras veces tarde, después de medianoche, cuando el hotel cerraba sus puertas y él se escapaba como un ladrón, llegando a mi cama despertándome con besos que iban desde la ternura hasta la voracidad más absoluta.

No hablamos de etiquetas. No habíamos tenido la conversación de «somos novios», de «esto es exclusivo», de «¿hacia dónde vamos?». Pero cada mirada, cada caricia, cada vez que me tomaba la mano mientras caminábamos por la playa al atardecer, me decía que no necesitábamos palabras.

Él estaba tan hambriento de mí como yo de él. Y eso me aterraba y me excitaba por igual.

Durante el día, yo trabajaba desde casa. Mis clientes de Madrid habían aceptado la modalidad remota sin problemas, y había empezado a tomar nuevos encargos de empresas locales, incluyendo —irónicamente— la asesoría fiscal del Hotel Bahía Esmeralda. Álvaro había cumplido su promesa de ese correo electrónico que me envió la primera noche, y ahora pasaba dos mañanas a la semana en su oficina, revisando números, mientras él intentaba concentrarse en sus reuniones sabiendo que estaba a dos puertas de distancia.

Era un juego peligroso. Un juego que nos excitaba a los dos.

Me levanté de la cama, caminando descalza por el suelo de barro cocido, todavía frío a pesar del calor de agosto. Me puse una camiseta vieja de Álvaro que había quedado colgada del respaldo de una silla —una de esas camisetas de algodón gastado que olían a él— y bajé a la cocina a preparar café.

La rutina se había establecido con una naturalidad que me desarmaba. Café negro, tostadas con tomate, el periódico digital en la Tablet. Y luego, el mensaje de buenos días de Álvaro, que nunca fallaba, aunque fueran las seis de la mañana y acabara de irse de mi lado hacía minutos.

Álvaro: *Buenos días, amor. Te extraño ya.*

Era simple y directo, pero tremendamente devastador.

Contesté rápidamente, sonriendo como una tonta ante la pantalla del móvil, diciéndole que yo también lo extrañaba, que la noche anterior había sido...

La noche anterior había sido intensa. Nos habíamos quedado en su casa, finalmente, después de que Lucía insistiera en que pasara la noche allí, en mi antigua habitación de invitados, que ahora parecía guardar mi esencia. Habíamos cenado con los chicos, habíamos reído, habíamos sido una familia.

Y luego, cuando todos se fueron a dormir, Álvaro me había tomado en el pasillo, contra la pared, con la mano sobre mi boca para silenciar mis gemidos mientras me follaba con una urgencia que nos consumía a los dos.

Estaba distraída, pensando en eso, en la forma en que sus ojos se oscurecían cuando estaba dentro de mí, cuando el móvil vibró de nuevo.

Pensé que sería él. Que me enviaría alguna foto provocativa desde su despacho, o alguna promesa de lo que me haría esa noche.

Pero no era Álvaro.

Era un número desconocido. Un mensaje de WhatsApp que empezaba con una foto: el puerto deportivo de Marbella, tomada desde uno de los restaurantes de lujo, con el yate de fondo y una copa de vino blanco en primer plano.

Y debajo, el texto.

Número desconocido: *Marbella me está tratando mejor de lo que esperaba. Tanto que he decidido quedarme un tiempo. Un tiempo más bien permanente, diría. Tenemos que hablar, Noa. No puedes ignorarme para siempre.*

Adrián.

Sentí que el café se me atragantaba. Tosí, golpeándome el pecho con el puño, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba hasta un ritmo peligroso.

Adrián. En Marbella. De forma permanente.

Leí el mensaje tres veces. Cuatro. Las letras se movían, se distorsionaban, volvían a formar la misma amenaza velada.

Un tiempo más bien permanente. ¿Qué significaba eso? ¿Se había mudado? ¿Por qué? ¿Por mí?

El pasado se alzaba contra mí con una fuerza que me dejó sin aliento. Adrián, con sus sonrisas fáciles, sus promesas rotas, su capacidad para hacerme sentir pequeña e invisible. Adrián, el hombre por el que había llorado, por el que había huido de esta ciudad hacía catorce años.

Y ahora estaba aquí. De nuevo. En mi ciudad. En mi espacio.

Mis manos temblaban sobre la mesa de la cocina. Quise borrar el mensaje, bloquear el número, hacer como si nunca hubiera llegado. Pero sabía que no serviría de nada. Adrián siempre había sido persistente. Si quería algo —o a alguien— no paraba hasta conseguirlo.

Y ahora parecía quererme de nuevo. O peor: parecía querer fastidiarme.

Miré alrededor de la cocina, buscando consuelo en los objetos familiares: el jarrón de cerámica de mi abuela, el reloj de pared que hacía tictac, el limonero que asomaba por la ventana. Todo me pareció frágil de repente, como si Adrián pudiera entrar y romperlo todo con solo existir en la misma ciudad que yo.

Necesitaba hablar con Álvaro. Necesitaba decírselo antes de que se enterara por otro lado, antes de que Adrián apareciera por el hotel o por la calle y lo encontrara por sorpresa.

Pero ¿cómo se lo decía? ¿"Oye, cariño, resulta que el hombre con el que mantuve una relación clandestina durante tres años, el que me dejó plantada mil veces, el que me hizo huir de Marbella, ha vuelto y parece que se queda"?

Sonaba a excusa. Sonaba a drama. Sonaba a algo que podría estropear todo lo que estábamos construyendo, esa felicidad frágil que aún no habíamos nombrado.

Guardé el móvil en el bolsillo de la camiseta, intentando ignorar el peso que sentía contra mi muslo. Terminé el café de forma mecánica, lavé la taza, ordené la cocina. Todo con los movimientos automáticos de quien intenta mantener la normalidad mientras el mundo se desmorona.

No iba a responderle. No iba a darle el gusto. Si Adrián quería algo, que viniera a buscarme. Que me mirara a los ojos y me lo dijera. No iba a jugar a su juego de mensajes ambiguos, de apariciones sorpresa, de manipulación emocional.

Estaba con Álvaro ahora. De verdad con él. Y nadie, ni el fantasma de mis errores juveniles, iba a arruinarlo. O eso intentaba convencerme a mí misma.

Pasé la mañana intentando trabajar, pero los números se movían en la pantalla del ordenador sin sentido. Cada vez que el móvil vibraba, daba un respingo, temiendo que fuera otro mensaje de Adrián, o peor, que fuera Álvaro diciendo que había sabido algo.

A las once, no pude más. Llamé a Álvaro.

—Dime —respondió al primer tono, y su voz me calmó un poco—. ¿Echo de menos a mi asesora fiscal?

—Echo de menos a mi jefe —respondí, intentando sonar ligera—. ¿Puedes venir a comer? Tengo... tengo que hablar contigo.

Hubo una pausa. Una de esas pausas que duran una eternidad.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, y su tono cambió, se volvió protector, alerta.

—No —mentí—. Bueno, sí. Pero no por teléfono. Ven, por favor.

—Estoy allí en veinte minutos.

Colgué y suspiré, mirando la pantalla negra del móvil. Veinte minutos. Veinte minutos para prepararme, para decidir qué decir, para armarme de valor.

Pero no tuve esos veinte minutos.

Porque justo cuando guardaba el teléfono en el escritorio, sonó el timbre de la puerta principal.

Un sonido insistente, fuerte, que resonó en toda la casa.

Me quedé quieta, con el corazón en la garganta. No era Álvaro. Él nunca llamaba al timbre. Tenía llave, o entraba directamente por el jardín, o me avisaba por teléfono.

¿Quién era entonces?

¿Claudia? ¿Sara? ¿Algún vecino?

Caminé hacia la puerta con pasos lentos, cautelosos, como si fuera hacia mi propia ejecución. El pasillo pareció alargarse, las paredes blancas se estrecharon. Llegué a la puerta y miré por la mirilla.

No vi nada. El sol de la mañana creaba un reflejo cegador en el cristal.

Respiré hondo. Una vez. Dos.

Y abrí la puerta.

El sol me golpeó en la cara, cegándome por un segundo. Vi una silueta alta, morena, con una sonrisa que conocía demasiado bien. Una silueta que no pertenecía a mi presente, sino a mi pasado, a mis errores, a las noches de llanto en Madrid.

—Hola, Noa —dijo Adrián, levantando una mano en saludo casual, como si no hubieran pasado catorce años desde la última vez que me abandonó—. ¿Me invitas a pasar? Tenemos mucho de qué hablar.

Capítulo 26



Noa

Lo vi allí, en el umbral de mi puerta, con el sol de agosto iluminándolo desde atrás como si fuera un dios pagano venido a reclamar su ofrenda. Adrián. Con la misma sonrisa fácil, el mismo aire de quien sabe que va a conseguir lo que quiere, la misma capacidad de hacer que el mundo se incline a su favor.

—¿Me invitas a pasar? —repitió, y su voz me transportó quince años atrás, a coches estacionados en calles oscuras, a hoteles de carretera, a noches de sexo sin compromiso que al día siguiente sabían a ceniza.

Quise cerrar la puerta. Quise decirle que no, que se fuera, que no tenía nada que hablar con él. Pero mi cuerpo, traicionero, dio un paso atrás, abriendo el paso.

Entró con esa seguridad que siempre le caracterizó. Olía a colonia cara, a tabaco, a algo cítrico que me resultaba demasiado familiar. Llevaba vaqueros oscuros y una camisa blanca abierta en el cuello, mostrando ese pecho que una vez me había parecido el más hermoso del mundo.

—Has cambiado —dijo, mirándome de arriba abajo, con una intensidad que me hizo sentir desnuda, aunque llevaba la camiseta de Álvaro y unos pantalones cortos—. Estás más... madura. Más mujer.

—¿Qué quieres, Adrián? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho, intentando crear una barrera física entre nosotros.

Él se acercó. Un paso. Dos. Hasta que estuvo demasiado cerca, invadiendo mi espacio personal, respirando mi aire.

—Quiero hablar —dijo, suavizando la voz, adoptando ese tono que usaba cuando quería algo—. Quiero explicarte por qué estoy aquí. Por qué me he mudado a Marbella.

—No me interesa —mentí, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba.

—Mientes —sonrió, y levantó una mano para acariciar mi mejilla.

Quise apartarme. Debería haberme apartado. Pero mis pies se quedaron clavados en el suelo de barro, paralizados por una mezcla de miedo y algo más oscuro, más primitivo.

Adrián representaba lo fácil. Lo conocido. Lo físico puro, sin complicaciones emocionales, sin promesas que cumplir, sin futuros que construir. Con él todo era aquí y ahora, fuego rápido que quemaba sin dejar cicatrices visibles, solo cenizas que soplaba el viento.

Álvaro, en cambio, era lo profundo. Lo emocional. Lo incierto y aterrador. Con Álvaro cada mirada era una promesa, cada caricia un compromiso, cada beso una puerta abierta a un futuro que me daba miedo porque era real, porque importaba, porque si se rompía me destruiría.

No quería elegir entre ellos. No quería estar en esta situación. Pero sentía la presión creciente, como una ola que viene de fondo y amenaza con arrastrarlo todo.

—Recuerdo cuando entraba en tu casa así —dijo Adrián, bajando la voz, acercándose más—. Sin avisar. Y tú me recibías con esa sonrisa... esa sonrisa de niña buena que en realidad quería ser mala.

Los recuerdos llegaron sin permiso. Noches en su apartamento, cuando su novia estaba de viaje. Tardes en mi coche, con las ventanas empañadas, con la ropa revuelta, con la urgencia de quienes saben que el tiempo se acaba. Él me tomaba sin preguntar, sin delicadeza, con una intensidad brutal que me dejaba vacía pero satisfecha, usada pero deseada.

Era sexo puro. Sin amor, sin esperanza, sin mañana. Solo el ahora, solo el cuerpo, solo la necesidad animal de conectar, aunque fuera por minutos.

—Eso se acabó —dije, pero mi voz sonó débil, insegura.

—¿De verdad? —preguntó, y su mano bajó por mi cuello, por mi clavícula, deteniéndose en el borde de la camiseta—. Porque yo veo en tus ojos que me recuerdas. Que me extrañas. Que echas de menos lo que teníamos.

—No teníamos nada —protesté, pero el sonido salió ronco, cargado de deseo reprimido.

—Teníamos fuego —corrigió, y entonces me besó.

Fue un beso que no pedía permiso. Un beso que tomaba, que reclamaba, que me recordaba quién había sido antes de convertirme en la mujer de negocios, antes de Álvaro, antes de madurar. Un beso de lengua invasora, de dientes chocando, de manos que se hundían en mi pelo tirando con fuerza.

Quise detenerlo. Realmente quise. Pero no lo hice.

Mis manos se agarraron a su camisa, arrugándola, tirando de él hacia mí. Mi boca respondió con la misma urgencia, con la misma hambre reprimida durante años. Era como caer en un vicio olvidado, como volver a fumar después de años sin tocar un cigarro, como rendirse ante una tentación que sabía que era mala pero que me hacía sentir viva.

—Te he echado de menos —gruñó contra mi boca, empujándome contra la pared del recibidor—. Tanto, Noa. Tanto.

Y entonces todo se desató.

Me empujó contra la pared con fuerza, levantando mis brazos por encima de la cabeza, sujetándome las muñecas con una mano mientras la otra bajaba a desabrocharme los pantalones. No era delicado. No era tierno. Era Adrián, con su urgencia, con su egoísmo, con su capacidad de hacerme sentir que solo existía para su placer.

Y yo me dejaba. Me dejaba porque era fácil. Porque no requería pensar, no requería sentir, no requería abrir el corazón y exponerlo al dolor. Era solo carne contra carne, sudor contra sudor, el olvido momentáneo de todo lo que me atormentaba.

Me bajó los pantalones y las bragas de un tirón. Me levantó una pierna, enganchándola alrededor de su cadera, y sentí su miembro dura contra mi sexo, presionando, exigiendo entrada.

—Dime que lo quieres —ordenó, con voz ronca, con los ojos brillando de lujuria.

—Fóllame —susurré, y la palabra salió de mi garganta antes de que pudiera contenerla—. Ahora. Sin pensar.

Entró de golpe y grité. No de dolor, sino de liberación. De esa sensación de estar llena, de estar viva en la forma más primitiva. Empezó a moverse inmediatamente, con embestidas duras, profundas, que resonaban contra la pared de mi casa ancestral, profanándola con nuestro sexo salvaje.

—Joder, estás igual de apretada —gruñó, mordiendo mi cuello, dejando marcas que después tendría que ocultar—. Igual de caliente. Igual de mía.

Cerré los ojos. Dejé que mi cuerpo respondiera, que se moviera contra el suyo, buscando la fricción, el placer, el olvido. Pero en la oscuridad de mis párpados cerrados, vi a Álvaro. Vi sus ojos verdes, su sonrisa triste, su paciencia infinita.

Y entonces Adrián se retiró.

—No te corras todavía —dijo, con una sonrisa maliciosa—. Quiero probarte primero. Quiero sentir cómo te corres en mi boca.

Me puso a cuatro patas en el suelo del recibidor, con la cara contra la pared y con el culo en alto. Y entonces sumergió su cara entre mis piernas.

Su lengua fue ruda, insistente, sin delicadeza. Lamió mi sexo con hambre animal, gruñendo contra mi piel, introduciendo dos dedos en mí mientras su boca atacaba mi clítoris. Era diferente a Álvaro. Álvaro me devoraba con adoración, con ternura, como si mi placer fuera su religión. Adrián me comía con egoísmo, como si mi cuerpo fuera su derecho, su posesión.

Y funcionaba. Funcionaba porque mi cuerpo recordaba, porque respondía a esa crudeza, porque a veces lo que necesitamos no es el amor sino el olvido.

Me corrí contra su boca con una violencia que me sorprendió. Un orgasmo rápido, intenso, superficial. Como una descarga eléctrica que pasa y deja oscuridad.

Pero él no paró. Me giró, me levantó, me volvió a poner contra la pared y me penetró de nuevo, esta vez mirándome a los ojos, con una sonrisa triunfal.

—Vamos a follar hasta que no recuerdes su nombre —dijo, y supe que se refería a Álvaro—. Hasta que solo exista yo. Hasta que vuelvas a ser mía.

Me penetró una y otra vez, con fuerza, sin piedad. Mis piernas rodearon su cintura, mis uñas se clavaron en su espalda, y me dejé llevar por la mecánica del sexo, por el ritmo primitivo, por la sensación de ser simplemente un cuerpo, sin corazón, sin alma, sin culpa.

Nos corrimos juntos, finalmente. Él vaciándose dentro de mí con un gemido gutural, yo contrayéndome a su alrededor con un placer que era más físico que emocional, más mecánico que espiritual.

El silencio que siguió fue denso, cargado de realidad.

Adrián se apoyó en mí, jadeando, con la frente contra la mía. Sonreía, satisfecho, como si hubiera ganado una batalla.

—Igual de fogosos que entonces —dijo, acariciando mi mejilla—. Lo sabía. Sabía que seguíamos siendo así. Volvemos a empezar, Noa. Volvemos a lo que teníamos. Sin complicaciones, sin promesas, solo esto. Solo nosotros.

Lo miré. Realmente lo miré. Y vi el vacío.

Vi la ausencia de todo lo que Álvaro me daba. La ausencia de respeto, de ternura, de mirarme como si fuera la mujer más importante del mundo. Adrián me miraba como un trofeo. Como una posesión. Como algo que había recuperado y no pensaba soltar.

—Vístete —dije, con voz rota, sintiendo las lágrimas quemándome los ojos—. Por favor, vístete y vete.

Él frunció el ceño, confundido.

—¿Qué? Noa, acabamos de...

—Lo sé —interrumpí, apartándome de él, buscando mi ropa con manos temblorosas—. Sé lo que acabamos de hacer. Y no debería haber pasado. Nunca debería haber pasado.

Me vestí a toda prisa, con movimientos torpes, sintiendo su semen corriendo por mis muslos, sintiéndome sucia, usada, vacía.

—Noa, espera —dijo Adrián, intentando tocarme—. No entiendo. Ha sido increíble. Seguimos siendo perfectos juntos. ¿Por qué...?

—Porque no me quieres —grité, girándome hacia él, con las lágrimas ya corriendo por mis mejillas—. Porque nunca me quisiste. Porque esto —señalé el suelo donde habíamos follado—. Esto es solo sexo. Solo carne. No es amor. No es nada.

Adrián se quedó quieto. Por primera vez, vi algo parecido a la comprensión en sus ojos. Pero no duró.

—El amor está sobrevalorado —dijo, encogiéndose de hombros—. Esto es real. Esto es honesto.

—Vete —susurré, señalando la puerta—. Por favor, vete. Necesito estar sola.

Se acercó a mí. Me besó, un beso que intentó ser tierno pero que sabía a derrota.

—Volveré pronto —dijo—. Cuando hayas pensado. Cuando entiendas que esto es lo que necesitas.

Y se fue. La puerta se cerró con un clic que resonó en la casa vacía.

Me dejé caer en el suelo, justo donde habíamos estado, con la espalda contra la pared, con las piernas extendidas, con el cuerpo todavía temblando.

Y lloré. Lloré porque sabía que esto no debería haber pasado. Porque sabía que había traicionado a Álvaro, a nosotros, a todo lo que estábamos construyendo. Porque sabía que, aunque había dicho que no, aunque había intentado resistirme, al final había caído. Otra vez. Como siempre caía con Adrián.

Era inevitable. Como tantas otras veces que había pensado en que lo nuestro debería acabar, en que no podía seguir siendo la segunda opción, la amante oculta, la chica de los miércoles. Siempre acababa volviendo a caer en su seducción, en su facilidad, en su fuego sin calor.

Pero esta vez era diferente. Esta vez había algo que perder.

Esta vez había amor de verdad esperándome, y yo lo había arrojado por la borda por unos minutos de sexo fácil con un hombre que nunca me había valorado.

Me abracé a mí misma, temblando, sola en el suelo de mi casa, con el olor de Adrián impregnado en mi piel y el sabor de la traición en mi boca.

Y supe que, cuando Álvaro lo supiera, cuando se enterara de lo que había hecho, todo habría terminado.

Y esta vez, el vacío sería real.

Capítulo 27



Álvaro

Estaba en mi despacho, intentando concentrarme en los números del mes, cuando Julia llamó por el interfono. Su voz sonó extraña, tensa, como si tuviera miedo de decir lo que venía a continuación.

—Señor Reyes... hay alguien en recepción que insiste en verle. Dice que es urgente.

—¿Quién? —pregunté, sin levantar la vista del informe de ocupación.

Hubo una pausa. Un silencio que debería haberme alertado.

—Su exmujer, señor. Patricia Salas.

Sentí que el bolígrafo se me resbalaba entre los dedos. Patricia. Después de años sin verla, sin saber nada de ella. Después de que se fuera a Barcelona con su vendedor de seguros y nos abandonara a mí y a los críos sin mirar atrás.

—Dile que no estoy —respondí automáticamente, con la mandíbula tensa.

—Dice que sabe que está aquí, señor. Y que... —otra pausa—. Y que, si no la recibe, irá a buscarle a casa. O a buscar a Noa Valverde.

El nombre de Noa en boca de Patricia fue como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo sabía Patricia sobre Noa? ¿Qué quería con ella?

—Que suba —dije finalmente, con voz ronca—. Pero que la acompañen hasta la puerta. Y que alguien espere fuera.

Colgué. Me levanté. Caminé hasta la ventana y miré el mar, intentando calmarme. Patricia no venía por amor. Lo sabía. Después de diecisiete años de matrimonio roto, de silencios, de traiciones, sabía exactamente cómo funcionaba su mente. No quería reconciliación. Quería algo más peligroso: poder. Control. La satisfacción de saber que aún podía alterar mi vida.

Y ahora había descubierto a Noa.

La puerta se abrió sin que llamara. Entró ella, como siempre había hecho, como si el mundo le perteneciera. Llevaba un vestido de Chanel negro, gafas de sol de diseño, y el pelo recogido en un moño perfecto que dejaba ver un rostro que los años habían tratado con benevolencia. Estaba más elegante que nunca. Y sus ojos... sus ojos tenían el mismo brillo frío, calculador, de quien juega ajedrez con personas en lugar de piezas.

—Álvaro —dijo, con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Cuánto tiempo.

—¿Qué quieres, Patricia? —corté, sin rodeos, sin ofrecerle asiento—. No tenemos nada de qué hablar.

—Oh, pero sí tenemos —respondió ella, sentándose ella misma en el sofá de cuero, cruzando las piernas con elegancia—. Tenemos mucho de qué hablar. Sobre tus hijos. Sobre tu hotel. Sobre tu nueva... amiga.

Apreté los puños a los costados.

—Noa no es asunto tuyo.

—¿No? —arqueó una ceja, sacando el móvil del bolso con movimientos lentos, deliberados—. Me parece que sí lo es. Porque afecta a mis hijos. A su estabilidad emocional. A su bienestar.

—Mis hijos están perfectamente —protesté—. Y felices. Más felices de lo que nunca fueron contigo.

Patricia no se inmutó. Siguió sonriendo esa sonrisa de víbora, moviendo el dedo sobre la pantalla del teléfono.

—He estado investigando, Álvaro. Como madre preocupada que soy.

—¿Madre preocupada? No me jodas.

—Y he descubierto cosas... interesantes sobre tu nueva novia —continuó, ignorando mis palabras—. Cosas que creo que deberías saber antes de entregarle tu corazón, y el de tus hijos.

—No te creo nada —dije, pero sentí un escalofrío recorrer mi espalda—. Nunca fuiste madre preocupada. Fuiste madre ausente. Egoísta. Que se fue cuando Lucía tenía dos meses.

—Fui madre joven —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Cometí errores. Pero ahora estoy aquí para proteger a mi familia. De amenazas externas.

—Noa no es una amenaza.

—¿No? —Patricia levantó la vista, y en sus ojos vi algo que me heló la sangre: triunfo, venganza, odio contenido durante años—. Entonces dime, Álvaro. ¿Sabes dónde está Noa ahora mismo?

Quise decir que sí. Que estaba en su casa, trabajando, esperándome. Pero el tono de Patricia, la seguridad con la que hablaba, me hizo dudar.

—¿Qué has hecho? —pregunté, con voz peligrosamente baja.

—Yo no he hecho nada —dijo ella, levantándose, acercándose a mí con el teléfono en la mano—. Solo soy la mensajera. La que viene a abrirte los ojos. Porque tú, pobre, sigues siendo el mismo ingenuo de siempre. El que cree en el amor. El que piensa que la gente cambia.

Estaba demasiado cerca. Podía oler su perfume, caro, frío, artificial.

—No sabes quién es realmente esa mujer —dijo, y su voz se volvió un susurro venenoso—. No sabes con quién te estás acostando. Pero vas a saberlo.

Me puso el teléfono delante de la cara.

La pantalla mostraba una imagen en directo. Un vídeo. Grabado desde fuera, a través de una ventana, pero perfectamente visible.

Noa.

En su casa. En el recibidor. Con Adrián.

Estaban follando contra la pared. Él la tenía levantada, penetrándola, y ella... ella tenía los ojos cerrados, la boca abierta en un gemido de placer, y las piernas rodeándole la cintura.

El mundo se detuvo.

Mi corazón dejó de latir. Mi respiración se cortó. Todo mi cuerpo se paralizó, petrificado, convertido en piedra mientras veía la escena. El movimiento de sus cuerpos. La urgencia. La entrega. La traición.

—No es una simple grabación —susurró Patricia, disfrutando cada segundo de mi destrucción—. Está ocurriendo ahora mismo. Mientras tú estás aquí, trabajando, pensando en ella, ella está follando con su amante de siempre. Con el hombre por el que huyó de Marbella hace catorce años. ¿Te ha contado eso? ¿Te ha dicho que es hombre está de vuelta? ¿Que nunca dejó de verlo?

No podía hablar. No podía moverme. El vídeo seguía reproduciéndose, mostrándome cada detalle de mi humillación. Cada embestida. Cada gemido. Cada segundo de su traición.

—Es una puta, Álvaro —dijo Patricia, guardándose el teléfono, dándome la espalda—. Siempre lo fue. Y tú eres un imbécil por creer que podías cambiarla. Por creer que eras especial.

Caminó hacia la puerta. Se detuvo en el umbral.

—Tus hijos se enterarán. Todo el mundo se enterará. A menos que hagas lo correcto. A menos que la dejes. Y vuelvas conmigo. No como pareja, claro. Solo como aliados. Por los niños.

Y se fue.

La puerta se cerró con un clic suave que resonó como un disparo en mi cabeza.

Me quedé quieto. Paralizado. Mirando al vacío donde ella había estado, viendo todavía la imagen grabada en mi retina. Noa. Adrián. Juntos. De nuevo.

El dolor llegó después. Un dolor físico, real, que me dobló las rodillas y me hizo caer al suelo. Apoyé las manos en la alfombra, jadeando, sintiendo cómo se me partía el pecho por la mitad.

Catorce años.

Catorce años esperándola. Catorce años construyendo un hotel para olvidarla, para tener la mente ocupada, para no pensar en ella. Y ahora, cuando por fin la había conseguido, cuando por fin creía que éramos felices, que ella sentía lo mismo que yo...

Ese hombre. Ese maldito hombre. Había vuelto a arrancarla de mis brazos. Otra vez. Como hacía quince años.

Algo se rompió dentro de mí. Algo se soltó. Me levanté, y entonces exploté.

Cogí el jarrón de cristal que había sobre la mesa y lo estrellé contra la pared. Se hizo añicos con un estruendo que debió de oírse en toda la planta. No me detuve. Cogí el informe de ocupación, lo arranqué en pedazos, los tiré al aire como confeti de locura. Volqué la mesa. Las sillas. Rompí el marco de una foto que tenía de los niños. Cogí un pisapapeles de bronce y lo estrellé contra el televisor, que se apagó con un chisporroteo.

Y seguí rompiendo todo. Todo lo que encontraba a mi paso.

Porque si no rompía cosas, rompería mi propio cuerpo. Me arrancaría el corazón del pecho para dejar de sentir este dolor insoportable, esta traición que me consumía desde dentro.

—¡Maldita seas! —grité, con la voz rota, rasgada—. ¡Maldita seas, Noa!

Caí de rodillas entre los escombros de mi propio despacho. El cristal crujió bajo mi peso, cortándome las manos, pero no sentí dolor. No sentía nada excepto el vacío absoluto.

Ella no me quería. Nunca me había querido.

Siempre había sido él. Adrián. El hombre que la tenía en un cajón. El hombre por el que había llorado. El hombre al que había vuelto una y otra vez, incluso ahora, incluso cuando yo creía que éramos felices.

Y yo... Yo era el segundo plato. El paño de lágrimas. El amigo de confianza. El hombre al que utilizaba cuando Adrián no estaba disponible.

Las lágrimas llegaron entonces. Calientes, amargas, de rabia y de dolor. Apoyé la frente en el suelo frío, entre los cristales rotos, y lloré como no había llorado desde que era niño.

Porque había creído. Había creído que era diferente esta vez. Había creído que ella sentía lo mismo. Y ahora... Ahora solo quedaba el vacío.

Y la certeza de que nunca, jamás, volvería a confiar en nadie.

Capítulo 28



Álvaro

Seguí destrozando todo lo que encontraba a mi paso. El escritorio ya estaba volcado, los cristales del jarrón brillaban esparcidos por la alfombra como lágrimas congeladas, y el marco de la fotografía de los niños yacía hecho añicos junto a la pared, pero no podía parar. Necesitaba que el ruido ahogara el eco de lo que acababa de ver, necesitaba que el dolor físico de mis manos cortadas por los vidrios anestesiara el otro dolor, ese que me desgarraba el pecho desde dentro y me impedía respirar.

Noa.

Su nombre resonaba en mi cabeza como un martillo golpeando contra mi cráneo. Noa, con los ojos cerrados, con la boca abierta en ese gemido que yo creía que solo yo podía provocar. Noa, con las piernas rodeando la cintura de Adrián, entregándose a él con la misma urgencia con la que se había entregado a mí apenas unas horas antes, o eso creía yo.

Dios, qué estúpido había sido.

Durante toda esa semana, esa semana gloriosa que acabábamos de vivir, había creído que era real. Que, por fin, después de quince años de espera, de silencios, de miradas cargadas de todo lo que no nos atrevíamos a decir, por fin éramos nosotros. Que la vida me estaba devolviendo lo que me había robado el tiempo y la cobardía. Que sus risas en mi cocina, sus manos buscándome bajo las sábanas, sus susurros de te quiero en la oscuridad eran verdaderos.

Pero no. Todo había sido una mentira. Una ilusión construida sobre mi estupidez, sobre mi necesidad de creer que era diferente, que esta vez ella me había elegido a mí y no al fantasma del pasado.

Y lo peor, lo absolutamente devastador, era que no se trataba de un recuerdo lejano. Durante años había imaginado a Noa con Adrián cuando éramos jóvenes, cuando ella tenía veinte años y yo treinta y siete y ella corría tras un hombre que no la merecía. Eso dolía, sí, pero era el pasado. Era algo que podía archivar en la categoría de errores de juventud, de cosas que pasaron antes de que ella me viera a mí.

Pero esto... Esto era ahora. Hoy. Mientras yo estaba en mi despacho firmando putos informes de ocupación, ella estaba en su casa, en el recibidor donde yo la había besado tantas veces esa semana, follando con él. En tiempo real. Con la misma urgencia, con la misma entrega, con el mismo cuerpo que yo había creído que era solo mío.

Esa imagen se grabó en mi retina con una nitidez cruel. Cada detalle: la forma en que él la levantaba contra la pared, la inclinación de su cabeza, sus manos agarrándole las caderas con una posesión que me resultaba demasiado familiar porque yo mismo la había sentido hacía apenas horas. Y ella... ella recibiéndolo. Sin resistencia. Sin vergüenza. Como si los últimos siete días conmigo no hubieran existido, como si nuestras noches de amor intenso, nuestras confesiones, nuestras promesas silenciosas no fueran más que humo.

Cogí el monitor del ordenador y lo estrellé contra el suelo. El plástico se rompió con un crujido seco que me liberó un grito ahogado que llevaba minutos conteniendo.

—¡Maldita seas! —grité, con la voz rota, desgarrada—. ¡Maldita seas, Noa! ¡Y maldito seas tú, Adrián, hijo de puta!

Fue entonces cuando la puerta se abrió de golpe. Sergio entró primero, con la cara pálida, los ojos desorbitados, seguido de cerca por Iván, que parecía haber envejecido diez años en cuestión de segundos. Ambos se quedaron parados en el umbral, contemplando el caos: los muebles volcados, el cristal esparcido por el suelo, los papeles destrozados flotando en el aire como confeti funerario, y a mí, de rodillas en medio de todo, con las manos ensangrentadas y el pecho agitado por jadeos que parecían sollozos.

—Álvaro, hermano... —empezó Sergio, dando un paso cauteloso hacia mí—. ¿Qué coño está pasando? Los empleados dicen que han oído gritos, que han oído algo romperse...

—¿Que qué está pasando? —repetí, y mi risa salió amarga, desquiciada—. ¿Que qué está pasando, Sergio? ¡Que me han jodido la vida, eso está pasando! ¡Que soy el mayor imbécil del planeta!

Me levanté de golpe, tambaleándome, y Iván dio un paso hacia mí con las manos levantadas, como quien se acerca a un animal herido que puede atacar en cualquier momento.

—Calma, Álvaro. Calma, por favor. Cuéntanos qué ha pasado. ¿Es el hotel? ¿Ha pasado algo con los niños?

—Los niños... —solté una carcajada que sonó a llanto—. Los niños están bien, Iván. Los niños son lo único que tengo. Lo único real. Lo único que no me ha mentido.

—¿Quién te ha mentido? —preguntó Sergio, acercándose por el otro lado, intentando flanquearme sin que me diera cuenta—. ¿Patricia? ¿Ha venido Patricia?

—¡Sí, ha venido Patricia! —grité, girándome hacia él con violencia—. ¡Ha venido la puta de mi exmujer a abrirme los ojos! ¡A mostrarme la verdad! ¡A hacerme ver que soy un gilipollas, un idiota de manual, el segundo plato de siempre!

—Álvaro, baja la voz… —murmuró Iván, preocupado, mirando hacia el pasillo donde se empezaban a congregar curiosos—. La gente está escuchando. Los empleados...

—¡Que escuchen! —bramé, cogiendo una silla y estrellándola contra la pared—. ¡Que se enteren todos de que Álvaro Reyes es un completo idiota! ¡Que sepan que he estado una semana follando con una mujer que estaba follando con otro! ¡Que sepan que Noa me ha estado engañando, que nunca me quiso, que solo me usaba mientras el otro no estaba disponible!

Sergio y Iván intercambiaron una mirada de pánico. Sergio se atrevió a acercarse más, extendiendo la mano hacia mí con cautela.

—Espera, espera. ¿Estás diciendo que Noa...? No, eso no puede ser. Hemos visto cómo te miraba, Álvaro. Hemos visto cómo estáis los dos. Es imposible que...

—¡Tengo un vídeo! —interrumpí, sacando el móvil del bolsillo con manos temblorosas, mostrándoselo como si fuera una prueba del juicio final—. ¡Patricia me ha enseñado un vídeo! ¡Están juntos ahora mismo! ¡En su casa! ¡Follando contra la pared del recibidor mientras yo estaba aquí, pensando en ella, planeando nuestro futuro!

—Déjame ver eso... —dijo Iván, intentando coger el teléfono, pero yo lo aparté de un manotazo.

—¡No! ¡No lo voy a ver otra vez! ¡No quiero volver a ver esa imagen ni en mis peores pesadillas! —me agarré la cabeza con ambas manos, tirando de mi propio pelo—. Era en tiempo real, Iván. En tiempo real. No era una grabación antigua. Estaba ocurriendo mientras Patricia estaba aquí, burlándose de mí. Y yo... yo aquí, firmando papeles, pensando que era feliz.

Me desplomé contra la pared, resbalando hasta sentarme en el suelo entre los escombros. Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas, calientes, humillantes, de rabia y de dolor contenido durante demasiado tiempo.

—Pensaba que esta vez era diferente... —susurré, con la voz quebrada—. Pensaba que ella sentía lo mismo. Que habíamos esperado quince años para estar juntos y que valía la pena. Que éramos nosotros contra el mundo. Pero no... no éramos nosotros. Era ella y él, y yo era el intruso. El paño de lágrimas de siempre. El amigo de confianza al que se folla cuando el otro no está.

Sergio se agachó junto a mí, poniéndome una mano en el hombro con fuerza, intentando que le mirara a los ojos.

—Álvaro, escúchame. Eso no tiene sentido. Te conozco desde que naciste, y nunca te he visto así con nadie. Noa te quiere. Es evidente. Quizás... quizás el vídeo es mentira. Quizás Patricia lo ha montado, lo ha editado, lo ha...

—¡No! —grité, apartándome de un empujón—. ¡No es un montaje, Sergio! ¡He visto su cara! ¡He visto cómo gemía! ¡He visto su camiseta, la que yo dejé en su casa anoche, puesta y luego quitada! ¡Era ella, joder! ¡Era ella y estaba con él!

Me levanté de nuevo, caminando en círculos como un animal enjaulado, pasándome las manos ensangrentadas por la cara, dejando huellas rojas en mi piel que parecían lágrimas de sangre.

—Y lo peor... —continué, con la voz bajando a un susurro desgarrado—. Lo peor es que yo sabía quién era Adrián. Sabía que ella había estado obsesionada con él. Sabía que había llorado por él, que había huido de Marbella por él. Pero creí... creí que había pasado el tiempo, que ella había madurado, que me había elegido a mí. Pero no. Nunca me eligió. Solo me utilizó. Como un parche. Como un segundo plato que sirve mientras llega el principal.

Iván se acercó por el otro lado, intentando bloquear mi camino hacia la ventana, hacia la libertad, hacia el abismo.

—Álvaro, estás alterado. No estás pensando con claridad. Vamos a sentarnos, a hablar esto con calma. Quizás hay una explicación. Quizás Noa puede explicar...

—¡No hay explicación posible! —estallé, golpeando el pecho con el puño—. ¡No hay excusa para lo que he visto! ¡Ninguna! ¡Si ella me hubiera querido de verdad, no estaría con él! ¡Punto! ¡Es así de simple!

Estaba jadeando, deshecho, con la camisa desgarrada y sucia de polvo y sangre. Mis hermanos me miraban con una mezcla de terror y compasión que me resultaba insoportable. No quería su lástima. No quería que intentaran arreglarlo. Quería que el mundo entendiera que se había acabado. Que mi felicidad había sido un espejismo. Que había construido un castillo de naipes sobre un terreno minado y ahora todo se derrumbaba.

—No voy a ser el segundo plato de nadie —dije, con una determinación fría que cortaba mi propio dolor—. No voy a volver a ser su amigo de confianza, su paño de lágrimas, su follamigo de conveniencia mientras ella espera al otro. Ni una sola vez más.

Fue en ese momento exacto cuando sonó mi móvil. El tono especial que tenía asignado a Noa. Esa melodía tonta, romántica, que había elegido hacía una semana pensando que sería "nuestra canción".

Los tres nos quedamos paralizados. El móvil vibraba sobre el escritorio volcado, iluminando la pantalla con su luz azulada.

Sergio fue el primero en reaccionar.

—No lo cojas, Álvaro. No ahora. No estás en condiciones...

Pero ya era tarde. Me había abalanzado sobre el teléfono, desbloqueándolo con dedos temblorosos.

Era un mensaje de WhatsApp.

De Noa.

Noa: *Álvaro, cariño, ¿vas a venir? Te estoy esperando. Necesito hablar contigo. Es importante.*

Leí el mensaje tres veces. Cuatro. Cada palabra me parecía una burla, una provocación, una muestra de cinismo que me superaba.

Y entonces me eché a reír. Una risa amarga, desquiciada, que resonó en el despacho destrozado como el lamento de un alma en pena. Una risa que se convirtió en sollozo y de nuevo en risa, un sonido inhumano que asustó incluso a mí mismo.

—¿Lo ves? —dije, mostrándoles la pantalla a mis hermanos—. ¿Lo ves? ¡Me pide que vaya para hablar! ¡Para explicarme, supongo! ¡Para decirme que es un malentendido, que me quiere, que lo siente, que no volverá a pasar!

Sergio intentó leer el mensaje, pero yo aparté el teléfono.

—Voy a ir —dije, secándome las lágrimas con el dorso de la mano ensangrentada, dejando una mancha roja en mi mejilla—. Por supuesto que voy a ir. Pero no para escuchar sus excusas. No para perdonarla. Voy a ir para decirle que se acabó. Que me ha perdido. Que puede quedarse con su Adrián, con su pasado, con sus mentiras. Que yo no voy a ser el gilipollas que se folla cuando no está el otro. Que no voy a volver a ser su puto paño de lágrimas.

Cogí las llaves del coche del cajón del escritorio, que afortunadamente seguía intacto. Mis hermanos intentaron bloquear la puerta, extendiendo los brazos, suplicando.

—Álvaro, no. No vayas así. No conduzcas así. Espera, por favor...

—¡Apartad! —grité, empujando a Sergio contra la pared—. ¡No me detengáis! ¡Tengo que decírselo! ¡Tengo que mirarla a los ojos y decirle que sé la verdad, que la he visto, que sé quién es realmente!

—¡Y los niños! —gritó Iván detrás de mí mientras caminaba hacia la puerta—. ¡Piensa en los niños, Álvaro! ¡En Gabriel, en Marcos, en Lucía! ¡Ellos la adoran! ¡Esto les va a destrozar!

Me detuve en el umbral. Me giré. Los miré a ambos, con el corazón desgarrado en mil pedazos, con la verdad más amarga posible saliendo de mi boca como veneno.

—Los niños... —dije, con voz quebrada—. Los niños se enterarán de que era mentira. De que lo que vieron entre Noa y yo no era real. Era una ilusión. Una mentira bonita. Y es mejor que lo sepan ahora, antes de que se encariñen más, antes de que crean que van a tener una familia completa. Porque eso nunca va a pasar. Nunca.

Salí del despacho.

Caminé por el pasillo con pasos firmes, decididos, mientras los empleados se apartaban de mi camino asustados, mientras oía a mis hermanos llamándome desde atrás, suplicándome que me calmara, que pensara, que no hiciera nada de lo que me pudiera arrepentir.

Pero yo seguí caminando. Porque ya no había nada que perder. Porque el amor de mi vida había resultado ser un espejismo.

Y porque, si tenía que vivir el resto de mis días sabiendo que ella nunca sería mía, así lo haría. Pero no como un segundo plato. No como una opción de reserva. No como un maldito paño de lágrimas.

Me subí al coche. Arranqué el motor. Y mientras salía del aparcamiento del hotel, mientras el sol de agosto me golpeaba en la cara y el mar brillaba indiferente a mi lado, pensé en todo lo que habíamos construido esa semana. En las risas. En los besos. En las promesas silenciosas.

Y en cómo, en cuestión de minutos, Patricia había conseguido reducirlo todo a cenizas.

Pero no iba a dejar que me humillaran más. Iba a enfrentarla. Y luego... luego vería si había vida después de la muerte.

O si simplemente me quedaba el hotel, los números, y la soledad de siempre.

Capítulo 29



Noa

Me quedé en el suelo del recibidor mucho después de que Adrián se hubiera ido. El mármol frío se pegaba a mi piel a través de la ropa, pero apenas lo notaba. Todo mi cuerpo temblaba con una violencia que no podía controlar, y las lágrimas corrían por mis mejillas sin cesar, formando charcos silenciosos sobre la piedra pulida de mis abuelos.

Qué estúpida había sido. Qué absolutamente idiota e inconsciente.

Me abracé a mí misma, encogiéndome como si pudiera protegerme de mi propia estupidez, de mi propia traición. Los sollozos me sacudían el pecho con fuerza, haciéndome jadear, haciéndome sentir que me ahogaba en mi propia vergüenza. Había vuelto a caer. Como si los catorce años que habían pasado no hubieran servido para nada. Como si toda la terapia, todo el trabajo de reconstrucción de mi autoestima, todo el amor que había empezado a sentir por Álvaro, no hubieran existido.

Adrián había aparecido sin avisar. Había llamado al timbre esa mañana, cuando yo estaba sola, vulnerable, todavía flotando en la felicidad de los últimos días con Álvaro. Había dicho que necesitaba hablar, que tenía cosas importantes que decirme, que no me iba a tocar, que solo quería cinco minutos de mi tiempo.

Y yo, estúpida, ingenua, incapaz de cerrar la puerta, lo había dejado pasar.

Había empezado como una conversación. Él hablando de Madrid, de su nueva vida, de cómo se había dado cuenta de que había cometido errores. Yo escuchando, tensa, manteniendo la distancia. Pero luego se había acercado demasiado. Había puesto su mano en mi mejilla. Y yo... yo me había quedado paralizada. No por deseo, Dios, no por deseo, sino por esa parálisis antigua, por ese miedo a ser grosera, a hacerle daño, a enfrentar un conflicto.

Y entonces me había besado. Y yo no le había empujado.

Y luego... luego todo se había descontrolado. Había pasado tan rápido. Las manos que me quitaban la ropa, el cuerpo contra la pared, la urgencia primitiva que no había sido amor ni siquiera deseo auténtico, sino solo... solo una repetición de patrones viejos, de dinámicas tóxicas que creía superadas.

Cuando terminó, cuando Adrián se fue con esa sonrisa satisfecha de quien cree haber recuperado un territorio perdido, me di cuenta de lo que había hecho. Me di cuenta de que había traicionado a Álvaro de la forma más vil posible. No solo con el cuerpo, sino con el corazón, porque en ese momento, mientras Adrián me tocaba, no había pensado en Álvaro. No había pensado en nada. Había dejado que mi cuerpo actuara por miedo, por inercia, por esa cobardía que me definía desde siempre.

Y ahora... ahora tenía que contárselo.

La verdad me pesaba en el pecho como una losa de hormigón. Tenía que llamar a Álvaro, decirle que viniera, explicarle todo antes de que se enterara por otro lado. Tenía que confesarle que Adrián estaba en Marbella, que había venido a buscarme, que yo había sido débil, que había cometido un error imperdonable pero que no significaba nada, que no amaba a Adrián, que nunca lo había amado de verdad, que solo era un fantasma del pasado al que no había sabido decir que no.

Tenía que hacerlo ya, antes de que fuera demasiado tarde, y por eso le había enviado ese mensaje.

Pero no podía moverme. Estaba petrificada en el suelo, sucia, rota, sintiendo el olor de Adrián impregnado en mi piel y queriendo arrancarme la piel para eliminarlo. Cómo iba a mirar a Álvaro a los ojos después de esto. Cómo iba a pedirle perdón. Cómo iba a explicarle que, aunque mi cuerpo había fallado, mi corazón era suyo, que solo era suyo, que nunca había dejado de ser suyo desde hacía quince años.

Estaba tratando de recuperarme, con las manos temblorosas, cuando sonó el timbre.

El sonido me sobresaltó tanto que di un respingo y golpeé la pared con el codo. El dolor físico me hizo jadear, pero el miedo que sentía era infinitamente peor. Miré hacia la puerta, con el corazón desbocado, preguntándome quién podía ser. ¿Adrián, otra vez? ¿Claudia? ¿Algún vecino que había oído algo?

Me levanté con esfuerzo, limpiándome las lágrimas con el puño, intentando recomponer mi aspecto. Sabía que parecía un desastre. Tenía el pelo revuelto, la cara hinchada de llorar, la ropa torcida. Pero tenía que abrir. Tenía que enfrentarme a quien fuera.

Me acerqué a la puerta con pasos inseguros. Miré por la mirilla, pero el sol de la mañana creaba un reflejo cegador y no distinguía nada. Solo vi una silueta alta, oscura, inmóvil.

Respiré hondo. Una vez. Dos. Abrir la puerta fue como abrir la puerta del infierno, y al mirar, allí estaba Álvaro.

Pero no era el Álvaro que había dejado esa mañana en su hotel, elegante, controlado, sonriendo. Era un hombre hecho añicos. Tenía el pelo completamente despeinado, revuelto, como si se hubiera pasado las manos mil veces por la cabeza. La camisa blanca que llevaba estaba arrugada, sucia de polvo y de... Dios, de sangre. Había sangre en sus manos, en sus nudillos, en la manga derecha. Y en su cara, una línea roja en la mejilla izquierda, como si se hubiera arañado o le hubieran golpeado.

Pero lo peor eran sus ojos. Eran esos ojos verdes que yo amaba, pero ahora estaban vacíos. Muertos. Mirándome con una frialdad que me heló la sangre.

—Álvaro... —susurré, y mi voz salió rota, irreconocible.

Intenté dar un paso hacia él, alargando la mano instintivamente para tocarle, para verificar que era real, para preguntarle qué le había pasado, por qué estaba así, quién le había hecho daño.

Pero él retrocedió. Fue un movimiento brusco, violento, como si mi mano fuera un cuchillo que le fuera a herir. Levantó las suyas, ensangrentadas, en un gesto de defensa, y su voz salió como un látigo cortando el aire entre nosotros.

—No me toques.

Las tres palabras cayeron como piedras. Me quedé quieta, con la mano suspendida en el aire, sintiendo cómo las lágrimas volvían a mis ojos, pero esta vez de terror.

—Álvaro, por favor... —empecé, pero él me interrumpió.

—No digas nada —dijo, y su voz era baja, peligrosa, un murmullo que contenía años de dolor—. No digas una sola palabra, Noa. Porque no quiero oírte. No quiero oír tus excusas, tus mentiras, tus explicaciones baratas.

Se acercó un paso, invadiendo mi espacio personal, pero sin tocarme. Estaba tan cerca que podía oler su colonia mezclada con el olor metálico de la sangre, podía ver cada detalle de su rostro destrozado por la emoción contenida.

—He venido a decirte algo —continuó, y ahora su voz temblaba, no de debilidad, sino de rabia contenida—. Y voy a decírtelo una sola vez. Así que escúchame bien.

Tragué saliva. Intenté hablar, pero las palabras se negaron a salir. Tenía la garganta cerrada por el miedo, por la culpa, por la certeza de que sabía algo. De que lo sabía todo.

—Te he visto —dijo Álvaro, y esas dos palabras me atravesaron como una espada—. Te he visto follando con Adrián. En tu recibidor. Contra la pared. Hace menos de una hora.

Cerré los ojos. El mundo se tambaleó bajo mis pies. Quise caer, desmayarme, desaparecer. Pero seguí de pie, obligada a escuchar, obligada a sufrir cada palabra como un latigazo.

—Patricia me lo ha enseñado —continuó, y ahora su voz se volvió más dura, más fría—. Un vídeo en directo. En tiempo real. Mientras yo estaba en mi despacho, pensando en ti, planeando nuestro futuro, tú estabas aquí, entregándote a él como si los últimos siete días no hubieran existido. Como si yo no existiera.

Abri los ojos. Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas, pero él no parecía verlas. O quizás sí las veía, pero ya no le importaban.

—Álvaro, por favor, déjame explicar... —tartamudeé.

—¡No! —gritó, dando un puñetazo contra la puerta, haciéndome saltar del susto—. ¡No hay explicación posible! ¡Ninguna! ¿O vas a decirme que fue un accidente? ¿Que te obligó? ¿Que no querías? Porque he visto tu cara, Noa. He visto cómo gemías. He visto cómo lo recibías. Y no era violación. Era deseo. Era entrega. Era todo lo que tú y yo habíamos sido, pero con él.

Se apartó de mí, caminando en círculos en el umbral de la puerta, pasándose las manos ensangrentadas por el pelo, dejando huellas rojas en su cuero cabelludo.

—Patricia tenía razón —dijo de repente, deteniéndose para mirarme con una mezcla de asco y dolor—. Me dijo que eras una puta. Que siempre lo habías sido. Y yo... yo la defendí. Le dije que se equivocaba, que te conocía, que eras diferente. Pero no, Noa. No eres diferente. Eres exactamente lo que ella dijo. Una mujer que no sabe lo que quiere. Que juega con los sentimientos de los demás. Que se folla a un hombre mientras le promete amor a otro.

—No es así... —susurré, pero mi voz era tan débil que apenas se oyó.

—¡Sí es así! —bramó—. ¡Es exactamente así! Me has utilizado, Noa. Otra vez. Como hace quince años. Como siempre. Cuando Adrián no estaba disponible, venías a mí. Cuando necesitabas un hombro para llorar, estaba yo. Cuando necesitabas que te hicieran sentir deseada, yo estaba ahí. Pero él... él siempre era el primero. Siempre.

Se acercó de nuevo, y por un momento pensé que me iba a golpear. Pero no. Se detuvo a centímetros de mí, mirándome desde arriba con una tristeza infinita que me partió el alma.

—No eres la mujer que yo creía —dijo, y su voz se quebró finalmente, revelando el dolor que intentaba ocultar—. Esa mujer que imaginé durante catorce años, esa mujer buena, leal, digna de amor... no existe. Solo eres tú. Con tus mentiras. Con tu incapacidad para elegir. Con tu cobardía.

Me dejé caer contra el marco de la puerta, incapaz de sostenerme en pie. Las piernas me fallaban, el mundo giraba. Quería explicarle que no era cobardía, que era algo más complejo, que Adrián me había paralizado, que yo no lo amaba, que solo había sido un error, un momento de debilidad, una recaída en una adicción emocional que creía superada.

Pero ¿qué sentido tenía?

Había visto el vídeo. Había visto mi traición con sus propios ojos. Nada de lo que yo dijera cambiaría esa imagen. Nada borraría el hecho de que le había fallado. De que había manchado lo único bueno que había tenido en quince años.

—Se acabó —dijo Álvaro, dando un paso atrás, alejándose de mí—. Esto... lo que sea que había entre nosotros... se acabó.

—Álvaro, no... —sollocé, alargando la mano hacia él, pero él la apartó con un gesto brusco.

—No me supliques —dijo, con voz fría, definitiva—. No quiero ver llorar. No quiero ver arrepentimiento. Porque no es real. Solo es otra actuación más. Otra mentira para conseguir lo que quieres.

Se dio la vuelta. Empezó a caminar hacia el coche, que estaba aparcado en la calle con la puerta abierta, con el motor aún en marcha.

—Catorce años atrás —dijo, sin girarse, con la voz flotando en el aire entre nosotros—, tú te fuiste. Sin mirar atrás. Sin explicaciones. Me dejaste con el corazón roto y tres niños que preguntaban por ti. Y ahora... ahora soy yo quien se va. Soy yo quien se aleja. Soy yo quien dice se acabó.

Se detuvo junto al coche, apoyando las manos en el techo, con la espalda hacia mí. Vi cómo se encogía, cómo respiraba hondo, cómo intentaba contener las lágrimas.

—No voy a quedarte a ver llorar por un hombre que nunca te quiso —continuó, y ahora su voz sonaba más lejana, más rota—. No voy a ser el segundo plato, Noa. No voy a ser el paño de lágrimas al que acudes cuando el otro no está disponible. No voy a ser tu opción de reserva.

Se giró una última vez. Sus ojos estaban húmedos, brillantes, pero su expresión era de piedra.

—Olvídame —dijo—. Como hiciste durante los últimos catorce años. Borra mi nombre de tu memoria, borra mis besos, borra todo lo que fuimos. Porque para mí... para mí ya no existes. Eres un fantasma. Alguien a quien amé y que nunca fue real.

—Álvaro, te lo suplico... —me arrastré hacia él, cayendo de rodillas en el umbral—. Te amo. De verdad te amo. Fue un error, solo un error...

—Los errores se pagan —cortó él, abriendo la puerta del coche—. Y yo ya he pagado suficiente. No te voy a llamar, Noa. No te voy a escribir. No voy a volver a buscarte en la vida. Porque si lo hiciera, si volviera, solo sería para repetir el mismo patrón. Y yo merezco algo mejor. Merezco a alguien que me elija a mí. No a mí y a otro. Solo a mí.

Se subió al coche. Arrancó. Y antes de marcharse, bajó la ventanilla y me miró una última vez.

—Adiós, Noa.

Y se fue.

El coche se alejó por la callejuela, levantando polvo, dejando un silencio absoluto que resonaba en mis oídos como un grito.

Me quedé en el suelo, en el umbral de la puerta, con las rodillas dobladas bajo el cuerpo, con las manos agarradas al marco de madera como si fuera el único anclaje que me quedaba en el mundo. Y lloré.

Lloré como no había llorado nunca. Ni cuando Adrián me dejaba plantada una y otra vez. Ni cuando me fui de Marbella hacía catorce años, creyendo que huía de un amor imposible. Ni siquiera cuando mi abuela murió y sentí que perdía mi último refugio.

Este dolor era diferente. Era un dolor profundo, visceral, que me desgarraba desde dentro. Era el dolor de saber que había tenido algo real, algo verdadero, algo que valía la pena, y lo había tirado por la borda por estupidez, por cobardía, por no saber decir que no.

Pensé en Adrián. En todos esos años en los que creí que lo amaba, en los que lloré por él, en los que sentí que me moría cuando me abandonó. Pero ahora, comparado con esto, con ver a Álvaro alejarse definitivamente, con saber que él me odiaba, que para él ya no existía... el dolor por Adrián parecía una tontería de niña.

Porque Adrián nunca me había querido. Y yo, en el fondo, nunca le había querido a él. Solo había querido la idea de ser elegida por alguien que no me elegía. Había confundido la obsesión con el amor, la toxicidad con la pasión.

Pero Álvaro... Álvaro me había querido de verdad. Me había querido durante quince años, en silencio, pacientemente, sin pedir nada a cambio. Me había querido cuando yo no me quería a mí misma. Me había ofrecido un amor puro, incondicional, real.

Y yo se lo había arrojado a la cara.

Me dejé caer completamente en el suelo, con la mejilla contra el frío mármol del recibidor, sintiendo el polvo en mi piel, la vergüenza impregnada en mi ropa, el olor de Adrián que ahora me resultaba repulsivo.

—*Lo siento...* —susurré al vacío, a la casa vacía, a la calle vacía donde su coche había desaparecido—. *Lo siento tanto...*

Pero no había nadie para escucharlo. Álvaro se había ido. Y esta vez, no volvería.

Y mientras estaba allí, destrozada, sola, con el corazón hecho añicos en el suelo junto a mí, comprendí la terrible verdad que tardaba quince años en llegar: que había amado a Álvaro desde el primer día, desde aquella barbacoa en la que me senté en el césped con Marcos en brazos. Que todo mi amor por Adrián había sido solo una excusa para no ver lo que tenía delante. Para no arriesgarme a amar de verdad.

Y ahora que lo sabía, ahora que entendía que Álvaro era el amor de mi vida...

Era demasiado tarde. Demasiado tarde para todo.

Capítulo 30



Noa

Desperté a las ocho y doce minutos. Lo supe porque el reloj de la cocina, ese antiguo reloj de pared con forma de gato que mi abuela había comprado en algún mercadillo de los años sesenta, hacía su tic-tac obstinado, y cuando abrí los ojos, vi que las manecillas marcaban exactamente esa hora. Ocho y doce. Tres días, cuatro horas y veintisiete minutos desde que Álvaro se había ido.

El silencio en la casa era diferente. No era el silencio tranquilo de los domingos de mi infancia, ni el silencio expectante de las primeras semanas de agosto cuando aún creía que podía reconstruir mi vida aquí. Era un silencio denso, opresivo, un silencio que pesaba sobre el pecho como una losa de mármol. Un silencio que tenía color gris, textura áspera, olor a cerrado y a despedida.

Me quedé mirando el techo abovedado de la habitación. La pintura blanca estaba agrietada en las esquinas, formando mapas diminutos que parecían representar territorios perdidos. Hacía tres días que no salía de la casa. Tres días que no respondía a los mensajes de Claudia ni de Sara. Tres días que no atendía el teléfono cuando sonaba, dejando que la voz de Lucía se quedara en el buzón una y otra vez, cada vez más preocupada, más urgente.

«Noa, por favor, llámame». «Noa, estoy preocupada». «Noa, sé lo que pasó. Mi padre no quiere hablar, pero yo lo sé. Por favor, déjame entrar».

Borré todos los mensajes sin escucharlos hasta el final. No podía. No podía enfrentarme a ella, a sus ojos verdes que tanto se parecían a los de su padre, a su juventud, a su esperanza. No podía soportar que me mirara con lástima, o peor, con comprensión. Porque yo no merecía comprensión. Merecía exactamente lo que tenía: este silencio absoluto, este vacío que me rodeaba como un muro invisible.

Me levanté de la cama con movimientos mecánicos. El suelo de barro cocido estaba frío bajo mis pies descalzos, a pesar de que agosto apretaba fuera. La casa había cambiado. Ya no era el refugio acogedor que había encontrado al llegar. Ahora parecía más grande, más amplia, con pasillos que se alargaban de forma imposible y habitaciones que resonaban con ecos de pasos que no eran míos. Cada rincón guardaba un recuerdo de Álvaro: la cocina donde cocinamos juntos esa primera noche, el jardín donde me besó bajo el limonero, el porche donde nos sentamos a mirar las estrellas mientras hablábamos de construir un futuro.

Ahora todo eso era solo arquitectura vacía. Madera y piedra y cristal sin alma.

Me vestí sin mirarme al espejo. Sabía lo que vería: ojeras profundas, piel pálida, ojos hinchados de llorar hasta quedarme sin lágrimas. Había llegado a un punto donde el dolor ya no se manifestaba con sollozos, sino con una especie de adormecimiento general, una anestesia emocional que me permitía moverme, respirar, existir, pero nada más.

Bajé a la cocina y preparé café con los movimientos automáticos de quien realiza rituales vacíos. El café negro, fuerte, amargo. Lo bebí mirando por la ventana hacia el jardín. El limonero seguía allí, verde y arrogante, indiferente a mi tragedia. Las flores de jazmín que trepaban por la reja seguían abriéndose cada mañana, despidiendo su perfume dulce que antes me recordaba a mi abuela y ahora solo me recordaba a él.

El silencio entre nosotros no era solo físico. No era solo la ausencia de llamadas, de mensajes, de visitas. Era un silencio emocional, una ruptura de la conexión que habíamos compartido durante quince años, aunque no siempre la hubiéramos nombrado. Era como si alguien hubiera cortado el hilo invisible que nos unía, ese hilo que había resistido catorce años de distancia y que ahora, en cuestión de minutos, se había roto para siempre.

Pensé en los últimos tres días. En cómo había pasado el tiempo en esta casa, encerrada, evitando el mundo exterior. Había intentado trabajar, abrir el ordenador, mirar los números de mis clientes, pero las cifras se movían en la pantalla sin sentido. Había intentado leer, pero las palabras se convertían en manchas borrosas. Había intentado dormir, pero el insomnio se había convertido en mi única compañía, en ese espectro que me visitaba cada noche para recordarme la imagen de Álvaro alejándose, la certeza de su desprecio, la finalidad de su adiós.

Y ahora, mientras el café se enfriaba en la taza, me di cuenta de algo que me aterrorizó más que su ausencia: me di cuenta de que podía vivir así. De que podía seguir existiendo en este limbo, en este purgatorio de silencio y arrepentimiento. De que podía pasar los días, las semanas, los años, arrastrando este peso como una losa atada a los tobillos. Pero no quería.

No quería convertirme en una de esas mujeres que se quedan ancladas en un lugar por culpa, que dejan que la vida pase mientras se consumen en el arrepentimiento. Mi madre me había dicho una vez, en una de nuestras conversaciones telefónicas de los domingos, que el arrepentimiento es el único pecado que no tiene perdón porque lo infligimos nosotros mismos.

Tenía que irme.

La idea surgió de repente, con una claridad cristalina que me hizo jadear. Tenía que irme de Marbella. Antes de que terminara agosto. Antes de que el verano acabara y la ciudad se quedara vacía y yo me quedara sola con los fantasmas. Tenía que volver a Madrid, a mi piso gris de Chamberí, a mi vida ordenada y silenciosa donde nadie me conocía, donde nadie esperaba nada de mí, donde podía ser invisible hasta que el dolor se convirtiera en algo manejable, en algo que pudiera llevar como una cicatriz invisible bajo la ropa.

Miré alrededor de la cocina. La casa de los abuelos. La herencia. El refugio que había sido mi salvación y ahora era mi prisión. Podía cerrarla de nuevo, dejarla en manos de una inmobiliaria, volver a alquilarla. Podía irme sin mirar atrás, como había hecho hacía catorce años, aunque entonces huía de Adrián y ahora huía de la ausencia de Álvaro.

Era patético y cobarde, lo sabía, pero era lo único que podía hacer.

Estaba buscando el número de la agencia inmobiliaria en mi móvil cuando sonó el timbre.

El sonido me sobresaltó tanto que dejé caer el teléfono sobre la mesa de madera, haciendo un ruido sordo que resonó en el silencio. Me quedé quieta, conteniendo la respiración, esperando que quien fuera se fuera.

Pero el timbre volvió a sonar. Insistente. Y luego golpes en la puerta. Suaves, pero firmes.

—¡Noa! ¡Soy yo, Lucía! ¡Por favor, ábreme!

Su voz sonaba ahogada, distante, como si viniera de muy lejos. Cerré los ojos, apretando los puños sobre la mesa. No quería verla. No podía verla. Verla sería ver a Álvaro, sería recordar todo lo que había perdido, sería enfrentarme a la realidad de que incluso la hija del hombre al que amaba me había dejado de hablar, o eso creía yo.

—¡Noa! ¡Sé que estás ahí! He visto la luz en la cocina. Por favor... solo quiero saber que estás bien. Papá no me dice nada, está como un zombie, y tú... tú no contestas. Estoy preocupada.

Su voz se quebró en la última palabra. Sentí un nudo en la garganta, una mezcla de culpa y ternura. Lucía no tenía la culpa de nada. Era una chica de diecisiete años que había creído, como todos, que su padre y yo podíamos ser felices. Que había conspirado para unirnos, que había soñado con una familia completa.

Y yo le había arruinado ese sueño.

Me levanté de la silla con esfuerzo. Caminé hacia la puerta con pasos lentos, como si cada paso me costara años de vida. Miré por la mirilla.

Allí estaba Lucía, con el pelo revuelto, sin maquillaje, con ojos hinchados que delataban que ella también había estado llorando. Llevaba una bolsa de papel en las manos, y detrás de ella, en la calle, vi el coche rojo aparcado con las puertas abiertas.

—Lucía... —susurré, sin abrir todavía.

—Por favor —dijo ella, apoyando la frente en la madera de la puerta —. Solo cinco minutos. Te traigo croissants. Y café. El de la pastelería de la esquina, el que te gusta. Por favor, Noa. No me dejes fuera.

Mi mano se posó en el pomo. Dudé. Si la dejaba entrar, si la abrazaba, si olía su colonia a manzana y canela que tanto me recordaba a cuando era pequeña, sabía que me desmoronaría. Que perdería la determinación que acababa de tomar de irme, de desaparecer, de no hacer daño a nadie más.

Pero tampoco podía dejarla ahí. No a ella. No a la niña que una vez había sido mi aliada, mi confidente, casi mi hija.

Abrí la puerta, Lucía levantó la vista y cuando me vio, sus ojos se abrieron de par en par, y vi el shock en su rostro. Debía de parecer un fantasma. Una sombra de la mujer que ella recordaba.

—Dios, Noa... —susurró.

—No entres —dije, con voz ronca, casi inaudible—. Por favor, Lucía. No entres.

Ella frunció el ceño, confundida, dolida.

—¿Por qué? Noa, solo quiero...

—No puedo —interrumpí, sintiendo cómo se me quebraba la voz—. No puedo verte y no... no puedo explicarte. No puedo pedirte perdón. No puedo soportar que me mires y que pienses en lo que le he hecho a tu padre. Porque es verdad. Todo es verdad. Soy todo lo que él dice que soy. Y tú no mereces tener que ver eso. Tú no mereces... esto.

Lucía me miró fijamente. Vi cómo se le humedecían los ojos, cómo apretaba la bolsa de papel hasta arrugarla.

—Noa, yo no... yo no te juzgo —dijo, con voz temblorosa—. No sé exactamente qué pasó. Mi padre no habla. Solo sé que está destrozado. Pero tú... tú también estás destrozada. Y yo... yo solo quiero ayudar.

—No puedes ayudar —susurré, negando con la cabeza—. Nadie puede. Lo he estropeado todo, Lucía. Todo. Y lo único que puedo hacer ahora es irme. Para no hacer más daño. Para que tu padre pueda olvidarme. Para que tú... para que todos podáis seguir adelante sin tener que verme.

—¿Irte? —su voz subió de tono, alarmada—. ¿A dónde?

—A Madrid —dije, y la palabra sonó extraña en mi boca, como un nombre ajeno—. Voy a volver a Madrid. Antes de que termine agosto. Voy a cerrar la casa. Volver a mi vida anterior. Antes de que... antes de que sea demasiado tarde para todos.

Lucía dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí, levantando una mano para detenerla. Se detuvo, con el corazón en los ojos, con una tristeza que no correspondía a sus diecisiete años.

—Noa, eso es... eso es huir —dijo, con suavidad—. Otra vez. Como hiciste hace catorce años. ¿No aprendiste nada? ¿No ves que...?

—Lo sé —la interrumpí, con voz dura, más dura de lo que pretendía —. Sé que es huir. Sé que soy cobarde. Pero es lo único que sé hacer, Lucía. Es lo único que sé hacer bien. Y esta vez... esta vez es diferente. Porque antes huía de algo que no era real. Ahora huyo de algo que destruí yo misma. Y no hay vuelta atrás. No hay arreglo. Tu padre me odia. Y tiene todo el derecho.

Lucía abrió la boca para decir algo, pero no salió ningún sonido. Solo quedó ahí, en el umbral, con los croissants olvidados en la mano, mirándome con una mezcla de compasión y desesperación que me resultó insoportable.

—Vete, por favor —susurré, sintiendo cómo las lágrimas volvían a mis ojos—. Y dile a tu padre... dile que lo siento. Aunque no sirva de nada. Dile que... que ojalá hubiera sido la mujer que él creía que era. Pero que no lo soy. Que nunca lo fui.

Lucía me miró un segundo más. Luego, lentamente, dejó la bolsa de papel en el suelo, junto a la puerta.

—Te dejo esto —dijo, con voz apenas audible—. Por si cambias de opinión. Por si... por si decides que no tienes que estar sola.

Se dio la vuelta. Caminó hacia su coche con pasos lentos, pesados. Se subió. Arrancó. Y se fue.

Cerré la puerta. Me apoyé en ella, deslizándome hasta sentarme en el suelo, junto a la bolsa de croissants que ya no me apetecían, que nunca me apetecerían.

El silencio volvió. Pero ahora era peor. Ahora era un silencio definitivo.

Pasé el resto de la mañana haciendo planes concretos para irme. Llamé a la agencia inmobiliaria. Les dije que quería cerrar la casa, dejarla en alquiler o en venta, no me importaba. Solo quería deshacerme de ella, de este lugar que me había traído solo dolor. Hablé con mi casera de Madrid, le dije que volvía antes de lo previsto. Busqué vuelos para el lunes siguiente. En tres días, estaría fuera de aquí. En tres días, Marbella volvería a ser un recuerdo lejano, una página más de mi historia de errores.

Miré mi maleta abierta en el dormitorio. Empecé a doblar ropa sin pensar, metiendo vestidos que no volvería a ponerme, libros que no volvería a leer, recuerdos que debería haber tirado hacía años. Cada prenda tenía un olor, una textura, una memoria asociada a Álvaro. La camiseta blanca que llevaba cuando cocinamos juntos. El vestido ámbar de la noche en la azotea. El pijama que me había puesto la mañana en que nos descubrieron los niños.

Todo iba a la maleta. Todo iba a ser guardado, olvidado, enterrado.

El teléfono sonó varias veces durante la tarde. Claudia. Sara. Incluso mi madre, que debía de haberse enterado por alguna vía. No contesté a ninguno. Dejé que sonaran hasta que se cansaran, hasta que el silencio volviera a reinar.

Porque ese era mi destino ahora. El silencio.

El silencio de no tener a nadie a quien hablar. El silencio de las noches en vela. El silencio de un corazón que seguía latiendo pero que ya no tenía nada que decir, nada que esperar, nada que soñar.

Me senté en el porche al atardecer, con una taza de té frío que no bebía. El jardín se tenía de naranjas y morados, y las cigarras empezaban su concierto nocturno. Hacía solo tres semanas que había vuelto a esta casa. Tres semanas que parecían tres vidas. Tres vidas en las que había sido feliz, brevemente, intensamente, antes de arruinarlo todo.

Pensé en Álvaro. En dónde estaría, qué estaría haciendo. Si también estaba haciendo maletas, si también estaba borrando mi número de su teléfono, si también estaba intentando olvidar. Probablemente sí. Probablemente estaba en su hotel, sumergido en el trabajo, como siempre había hecho cuando el dolor era demasiado grande. O quizás estaba con sus hijos, intentando explicarles por qué Noa ya no estaba, por qué habían vuelto a perder a la mujer que habían recuperado.

La culpa me consumía por dentro, lenta, inexorable. Era como un cáncer emocional que se extendía por cada célula de mi cuerpo, recordándome constantemente que había tenido algo verdadero, algo puro, algo que valía la pena, y lo había tirado por la borda por estupidez, por cobardía, por no saber decir que no a un fantasma del pasado.

El sol se puso completamente. La noche cayó sobre la casa como un manto negro. No encendí las luces. Me quedé allí, en la oscuridad, con el té frío en las manos, escuchando el silencio que me rodeaba y que ahora era mi única compañía.

Fue al día siguiente, cuando ya había amanecido y yo no había dormido en toda la noche, cuando ocurrió.

Estaba en la cocina, empacando los últimos utensilios que pensaba llevarme o donar, cuando sonó el timbre de la puerta.

Mi corazón dio un vuelco. Por un segundo, una fracción de segundo, pensé que podía ser él. Que había venido a decirme que no podía dejarme ir, que el silencio entre nosotros era insoportable, que teníamos que hablar, aunque fuera para despedirnos de verdad, para cerrar heridas, para algo.

Corrí hacia la puerta con una esperanza que me avergonzó sentir. La abrí de golpe.

No era Álvaro, era el cartero. Un hombre mayor, con el uniforme azul desgastado, que me miró con sorpresa al ver mi aspecto: despeinada, con la misma ropa de ayer, ojeras que competían con las sombras de la noche.

—Señorita Valverde —dijo, consultando una libreta—. Tengo una carta certificada para usted. Tiene que firmar.

Una carta certificada.

Mi mano tembló mientras tomaba el bolígrafo y firmaba el recibo. El cartero me entregó un sobre blanco, grueso, de buen papel. Lo miré fijamente, confundida. Nadie me escribía cartas. Todo era email, WhatsApp, mensajes instantáneos. ¿Quién...?

Y entonces vi la letra. Reconocería esa caligrafía en cualquier parte. Esa letra firme, elegante, con las mayúsculas rematadas de forma característica. Esa letra que había visto en cientos de notas, en la planificación del hotel, en los mensajes que me dejaba en la nevera cuando salía temprano. Álvaro.

El remitente decía simplemente A. Reyes.

El cartero se había ido ya. Yo estaba sola en el umbral, con el sobre en las manos, con el corazón desbocado, con el silencio de la casa a mi espalda y el silencio del mundo exterior frente a mí.

Era una carta manuscrita de Álvaro.

Mis dedos temblaban tanto que apenas podía abrir el sobre. Lo rasgué con torpeza, sacando las hojas de dentro. Eran dos páginas, escritas por ambos lados, con su letra perfecta, metódica, que contrastaba con el caos de lo que estábamos viviendo.

Me senté en el escalón de la puerta, con las piernas temblando, con la carta en las manos.

Miré la primera línea y dejé de respirar.

«Noa.

No sé si debería escribirte esto. No sé si tienes derecho a saber lo que pienso, lo que siento, después de lo que vi. Pero el silencio entre nosotros me está matando más de lo que imaginé, y antes de que te vayas —porque sé que te vas, Lucía me lo ha dicho—, necesito que leas esto. Necesito que sepas la verdad. Toda la verdad. No la que crees, no la que hemos construido entre mentiras y medias verdades, sino la que existe en el fondo de todo esto...»

Mis manos temblaban tanto que las palabras se movían en la página. Dejé de leer. Miré hacia el horizonte, hacia el mar que brillaba al final de la callejuela, hacia el futuro que se abría ante mí como un abismo.

Y supe, con una certeza absoluta, que mi vida estaba a punto de cambiar otra vez. Para bien o para mal.

La carta en mis manos pesaba como plomo. Y el silencio, por primera vez en tres días, pareció contener la respiración.

Capítulo 31



Gabriel

Llevaba tres días observándole desde la distancia. Tres días en los que mi padre se había convertido en un fantasma de sí mismo, caminando por los pasillos del hotel como un autómata programado para cumplir funciones básicas: levantarse, vestirse, firmar papeles, asentir en reuniones, sonreír a clientes. Pero sus ojos... sus ojos estaban vacíos. Esa mirada verde que siempre había sido tan intensa, tan presente, tan capaz de leer el mundo a su alrededor, ahora parecía mirar hacia un punto fijo en el infinito donde no había nada, absolutamente nada.

Lo había visto en el desayuno de esa mañana. Habíamos estado los cuatro, mi padre, Marcos, Lucía y yo, sentados en la mesa de la cocina, con los platos frente a nosotros llenos de comida que nadie tocaba. Mi padre movía el tenedor de un lado a otro del plato, creando surcos en los huevos revueltos que se enfriaban, pero no llevaba nada a la boca. Tenía la barba de tres días, algo que nunca le había visto. Siempre era impecable, siempre se afeitaba por la mañana con la precisión quirúrgica de quien necesita controlar algo, cualquier cosa, y las ojeras eran tan profundas que parecían contusiones.

Lucía había intentado hablarle. Había intentado contarle lo de su visita a Noa, lo que había visto, cómo estaba ella también destrozada, pero mi padre había levantado una mano y había dicho, con una voz tan plana, tan sin vida, que nos había helado a todos:

—No quiero saber nada. No digáis su nombre en esta casa.

Y se había levantado. Había dejado la servilleta sobre la mesa, perfectamente doblada, como si eso importara, y se había ido al hotel. Como hacía cada mañana. Como si nada hubiera pasado. Como si no hubiera destrozado su despacho hacía tres días, como si no hubiera sangre en sus manos —metafórica y literalmente—, como si no estuviera muriéndose por dentro.

Yo lo observaba todo desde mi posición en la mesa, en silencio. Siempre había sido el observador, el analítico, el que procesaba la información antes de actuar. Marcos era el impulsivo, el que estallaba. Lucía era la emocional, la que sentía todo con una intensidad que desbordaba. Y yo... yo era el mayor. El que tenía que mantener la calma. El que veía el tablero completo antes de mover una ficha.

Pero ya no podía mantener la calma.

Porque lo que estaba viendo era insostenible. Mi padre, el hombre más fuerte que conocía, el que había criado a tres hijos solo sin quejarse nunca, el que había construido un imperio desde la nada, se estaba desmoronando ante mis ojos. Y no por culpa de una crisis económica, ni por problemas de salud, ni por cualquier adversidad externa. Se estaba desmoronando por orgullo. Por terquedad. Por incapacidad para ver más allá de su propio dolor.

Y eso tenía que parar.

Fui a buscarle al hotel esa tarde. Sabía que estaría en su nuevo despacho —el temporal, porque el otro seguía siendo un campo de batalla con los muebles rotos—, encerrado entre papeles que no leían, números que no cuadraban, reuniones que no significaban nada.

Diego me vio llegar y me saludó con una mezcla de alivio y preocupación. Todos los empleados sabían que algo pasaba. Se notaba en el ambiente, en la tensión que flotaba por los pasillos, en la forma en que mi padre gritaba ahora por cosas insignificantes, o no gritaba en absoluto, sumido en un silencio sepulcral que resultaba más aterrador que cualquier explosión.

—Está arriba —dijo Diego, bajando la voz—. Pero cuidado, Gabriel. Está... no está bien.

—Lo sé —respondí, y subí las escaleras con pasos firmes.

Llamé a la puerta del despacho temporal. No hubo respuesta. Llamé de nuevo, más fuerte.

—Papá. Soy yo.

Un silencio. Luego, finalmente, una voz apagada:

—Entra.

Abrí la puerta. El despacho era pequeño, austero, con solo un escritorio, una silla y una ventana que daba al patio interior del hotel. Mi padre estaba sentado de espaldas a mí, mirando esa ventana, con una copa de whisky en la mano que era demasiado temprano para beber, pero que él sostenía como si fuera un salvavidas.

—¿Qué quieres, Gabriel? —preguntó, sin girarse.

Cerré la puerta detrás de mí. Me quedé de pie, con los brazos cruzados, mirando su espalda. Esperaba que se girara, que me mirara, que me diera la oportunidad de ver sus ojos y evaluar cuánto de él quedaba realmente allí dentro. Pero no se movió.

—Quiero hablar contigo —dije, y mi voz sonó más dura de lo que pretendía—. Y no voy a usar rodeos, papá. No tengo paciencia para ellos. No ahora.

Él se rio. Una risa amarga, hueca, que no llegó a sus ojos porque no se giró para que pudiera verlos.

—Rodeos —repitió—. Tú siempre tan directo, ¿verdad? Tan racional. Tan...

—Alguien tiene que serlo —respondí, cortándole y acercándome al escritorio—. Alguien tiene que decirte la verdad, porque parece que has olvidado cuál es.

Finalmente se giró. Y lo que vi me dolió físicamente. Parecía haber envejecido diez años en tres días. Tenía la piel grisácea, los ojos inyectados en sangre, la mirada... Dios, esa mirada. Vacía. Perdida. Como si estuviera viendo a través de mí, hacia algún lugar donde yo no existía.

—¿La verdad? —dijo, y su voz era un susurro rasposo—. ¿Quieres la verdad, Gabriel? La verdad es que me han destrozado. Otra vez. Por la misma mujer. Y que soy un imbécil por haberlo permitido. Por haber creído que esta vez sería diferente. ¿Esa es la verdad que querías oír?

—No —dije, y golpeé la mesa con la palma de la mano, haciendo que el whisky se derramara un poco—. Esa no es la verdad. Esa es la versión que te has inventado para justificar tu orgullo herido. Pero no es la verdad.

Mi padre entrecerró los ojos. Por primera vez en tres días, vi un destello de algo real en su mirada. Ira. Sorpresa. Vida, aunque fuera negativa.

—Cuidado con lo que dices —advirtió, bajando la voz a un tono peligroso.

—No voy a tener cuidado —respondí, y me acerqué más, hasta quedar a un metro de él, mirándole desde arriba—. Porque tú no estás teniendo cuidado con tu vida, papá. Estás desperdiciándola. Y no voy a quedarme quieto viendo cómo te destruyes por orgullo.

Mi padre se levantó de golpe. La silla se tambaleó hacia atrás, rozando la pared. Estábamos frente a frente ahora, él y yo, con décadas de diferencia entre nosotros, pero con la misma terquedad corriendo por nuestras venas.

—No sabes de lo que hablas —espetó, con la mandíbula tensa—. No sabes lo que vi. No sabes...

—Sé lo que viste —interrumpí, sin amedrentarme—. Sé que Patricia te enseñó un vídeo. Sé que Noa estaba con Adrián. Sé que te dolió. Pero lo que no sé, lo que realmente no entiendo, es por qué has decidido que eso es el final. Por qué has decidido que no merece ni una explicación, ni una conversación, ni una oportunidad de contar su versión.

—¡Porque no hay versión que justifique lo que vi! —gritó, y su voz resonó en la pequeña habitación—. ¡Estaba con él, Gabriel! ¡Follando con él! ¿Qué más necesito saber? ¿Qué excusa puede haber para eso?

—No lo sé —dije, manteniendo la calma a pesar de su explosión—. Pero tampoco lo sabes tú. Porque no le has preguntado. No le has dado la oportunidad de hablar. Has huido, papá. Como siempre huyes cuando el dolor es demasiado grande. Te has encerrado en tu torre de cristal de control y orgullo, y has decidido que ella es la culpable de todo, y punto. Y eso... eso es cobardía.

La palabra cayó entre nosotros como una bomba. Mi padre se quedó inmóvil, con los ojos desorbitados, como si le hubiera abofeteado.

—¿Cobardía? —repitió, con voz peligrosamente baja.

—Sí, cobardía —confirmé, y no retrocedí—. Porque es más fácil creer que ella es una mentirosa, una manipuladora, alguien indigna de tu amor, que enfrentar la posibilidad de que haya una explicación. De que haya algo más allá de esa imagen. De que quizás, solo quizás, ella también esté sufriendo, también se arrepienta, también necesite ser escuchada.

Mi padre se apartó de mí. Caminó hacia la ventana, apoyando las manos en el alféizar, con la espalda encorvada bajo el peso de algo que no podía ver pero que podía sentir en cada línea de su cuerpo.

—No entiendes —dijo, y ahora su voz sonó diferente. Más rota. Más humana—. No entiendes lo que significa ver eso. Ver a la mujer que amas... con otro. En tiempo real. No es como imaginarlo. No es como sospecharlo. Es... es como si te arrancaran el corazón del pecho y lo pisotearan delante de tus ojos.

—Lo sé —dije, más suave ahora—. Sé que duele. Sé que es una tortura. Pero papá... —me acerqué a él, hasta quedar a su espalda—. ¿No crees que ella también está sufriendo? Lucía fue a verla. Dice que está destrozada. Que no come, que no duerme, que se va de Marbella. ¿Crees que alguien que no siente nada se comporta así? ¿O es posible que... que haya algo más en esta historia?

Mi padre se giró lentamente. Me miró, y por primera vez vi algo más allá de la ira. Vi miedo. Miedo a creer, a esperar, a volver a ser vulnerable.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, y su voz era casi un susurro —. ¿Que vaya a buscarla? ¿Que le pida perdón por haberla pillado follando con otro? ¿Que le diga que no pasa nada, que lo entiendo?

—No —dije, negando con la cabeza—. No quiero que le pidas perdón. Quiero que le pidas la verdad. Que le escuches. Que veas más allá de tu dolor y te des cuenta de que ella no es un recuerdo, papá. No es una idea romántica de tu juventud. Es una persona real. Una mujer que te ama, que se equivoca, que tiene miedos y debilidades como todos. Y que, por alguna razón que desconoces, hizo algo estúpido. Pero que merece ser escuchada antes de ser condenada.

Mi padre se dejó caer en la silla. Se cubrió la cara con las manos, y por un momento pensé que iba a llorar. Pero no lo hizo. Cuando bajó las manos, sus ojos estaban secos, pero llenos de una tristeza infinita.

—Tú no entiendes —repitió, pero esta vez sin fuerza—. Tú no sabes lo que es amar a alguien durante quince años en silencio. Tenerla cerca, verla todos los días, escucharla hablar de otros hombres, de sus errores, de sus lágrimas, y no poder decirle que la quieres. Que siempre la has querido. Y luego, cuando por fin la tienes... cuando por fin crees que es tuya... descubrir que nunca lo fue. Que siempre fue de otro.

—Pero eso es justamente lo que no sabes —insistí, agachándome para estar a su altura, mirándole a los ojos—. No sabes si ella es de otro. Solo crees que lo es. Y te estás autosaboteando, papá. Te estás convenciendo de que es imposible para no tener que arriesgarte. Para no tener que volver a confiar.

Me levanté. Caminé hacia la puerta, pero me detuve antes de abrirla. Me giré para mirarle una última vez.

—Sabes qué es lo peor? —dije, y mi voz era firme, definitiva—. Lo peor no es que la hayas perdido. Lo peor es que la estás perdiendo tú mismo. Porque estás tan obsesionado con el dolor de la traición que no ves la oportunidad del perdón. Y cuando seas viejo, cuando estés solo en esta casa grande con solo tus números y tu orgullo, te darás cuenta de que ella fue la única persona que te miró como realmente eres. No como el dueño del hotel. No como el padre soltero ejemplar. No como el hombre fuerte que nunca se queja. Sino como tú. Como Álvaro. Con tus miedos, tus inseguridades, tu capacidad para amar con una intensidad que asusta.

Mi padre me miró, y en sus ojos vi algo cambiar. Una grieta en la armadura. Una posibilidad.

—Noa te veía así —continué, aprovechando esa grieta—. No te veía como un recuerdo del pasado. Te veía como el hombre del presente. El que cocinaba con ella. El que reía con ella. El que la hacía sentir que valía la pena volver a Marbella después de catorce años. Y tú... tú estás dejando que eso se escape. Por orgullo. Por miedo a ser herido otra vez.

El silencio se extendió entre nosotros. Largo. Denso. Cargado de posibilidades.

Finalmente, mi padre habló. Su voz era apenas un susurro:

—¿Qué crees que debería hacer?

—Ir a buscarla —dije, sin dudar—. Hablar con ella. Escucharla. Y luego, si decides que no puedes perdonarla, al menos lo habrás hecho sabiendo toda la verdad. No huyendo como un cobarde.

Mi padre asintió lentamente. Pero no se levantó. No se movió. Solo se quedó allí, mirando al vacío, con la copa de whisky olvidada en la mesa.

Yo sabía lo que tenía que hacer.

Si él no iba a actuar, lo haría yo.

Salí del despacho con pasos firmes. Diego me miró desde la recepción, pero yo no le hice caso. Saqué el móvil y llamé a Lucía.

—¿Dónde está ella? —Pregunté, sin saludos.

—¿Quién? —respondió Lucía, confundida.

—Noa —espeté—. ¿Dónde está? ¿Sigues en su casa?

—Gabriel, ¿qué vas a hacer?

—Lo que nadie más está haciendo —dije, saliendo del hotel hacia el coche—. Voy a buscarla. Voy a hablar con ella. Y voy a traerla de vuelta, sea como sea.

—¡Espera! —gritó Lucía al teléfono—. ¡No deberías meterte! ¡Es algo entre ellos!

—Ya me he metido —respondí, arrancando el motor—. Y no voy a parar hasta arreglar esto. Porque alguien tiene que tener el valor de enfrentar la verdad. Y si mi padre no lo tiene, lo tendré yo.

Colgué. Miré hacia la ventana del despacho de mi padre. Lo vi allí, de pie, mirándome desde arriba. Nuestras miradas se cruzaron a través del cristal.

Levanté una mano, un gesto que decía «Yo voy a hacer lo que tú no te atreves», y salí.

El coche avanzó por las calles de Marbella con una determinación que no sentía completamente, pero que sabía necesaria. Mi mente iba a mil por hora, pensando en qué le diría a Noa, cómo la convencería de que no se fuera, de que escuchara, de que diera una última oportunidad.

Porque mi padre se equivocaba. Noa no era un recuerdo. No era una idea del pasado. Era alguien real. Alguien que había amado a mi padre de verdad, con sus errores y todo. Y yo no iba a permitir que ese amor se perdiera por orgullo, por malentendidos, por falta de comunicación.

Iba a buscarla. Y esta vez, no sería solo un espectador de la historia de mi padre.

Sería el arquitecto de su final feliz. O moriría en el intento.

Capítulo 32



Noa

La carta estaba arrugada en mis manos. La había leído tantas veces que ya conocía cada palabra de memoria, pero seguía volviendo a ella, una y otra vez, como quien vuelve a una herida para asegurarse de que sigue sangrando. Porque eso era lo que hacía: mantenía abierta la herida para no olvidar el dolor, para no olvidar lo que había perdido, para no olvidar que me lo merecía.

Estaba sentada en el suelo del salón, con la espalda apoyada en el sofá de mi abuela, con las piernas extendidas sobre la alfombra que ahora me parecía enorme, desproporcionada, un océano de lana que me separaba del resto del mundo. La casa estaba en silencio, ese silencio opresivo que se había convertido en mi única compañía durante los últimos días. Afuera, el sol de agosto seguía su curso indiferente, pero dentro todo era gris, todo era sombra, todo era ausencia.

Volví a desdoblar la carta con cuidado, como si las palabras pudieran romperse, como si el papel pudiera desintegrarse bajo mis dedos temblorosos. La letra de Álvaro era firme, controlada, incluso en medio de su dolor. Esa caligrafía precisa que tanto se parecía a él, a su forma de ser: ordenada, metódica, impecable en la superficie, pero tempestuosa en el fondo.

«He escrito esta carta cien veces en mi cabeza antes de ponerla en el papel. He intentado encontrar palabras que no suenen a reproche, a rabia, a dolor. Pero creo que es imposible. Porque eso es lo que siento. Dolor. Un dolor que creía conocer, que creía que había superado hace catorce años, pero que ahora vuelve con una intensidad que me dobla las rodillas.

No voy a pedirte explicaciones. No voy a preguntarte por qué. Porque en el fondo, creo que ya lo sé. O quizás no importa. Lo que importa es que vi lo que vi, y esa imagen se ha grabado en mi retina para siempre. Y sé que no puedo borrarla. Sé que cada vez que te mire, la veré. Cada vez que te toque, sentiré su presencia entre nosotros. Y eso... eso es algo que no puedo soportar.

Así que te lo digo como te lo dije catorce años atrás: si marcharte es lo mejor para ti, hazlo. Vete a Madrid. Vuelve a tu vida. Olvida que existo. Porque esta vez, Noa, no voy a esperarte. No voy a guardar tu recuerdo como un tesoro. Voy a aprender a vivir sin ti. Como lo hice entonces. Como siempre he hecho, en realidad, porque incluso cuando estabas aquí, cuando creía que éramos nosotros, en el fondo siempre estuviste ausente. Siempre fuiste de otro.

Pero hay una diferencia entre entonces y ahora. Catorce años atrás te dejé ir porque pensaba que te hacía feliz. Ahora te dejo ir porque sé que no me haces feliz. Y merezco ser feliz, Noa. Incluso si eso significa construir una vida donde tú no existas.

Te deseo que seas feliz. De verdad. Aunque sea con él. Aunque sea lejos de aquí. Aunque sea sin mirar atrás. Porque en el fondo, a pesar de todo, a pesar del dolor y la traición, sigues siendo la mujer que amé durante quince años. Y probablemente seguiré amándote, de alguna forma, en silencio, desde la distancia, como siempre lo he hecho. Pero sin tenerte. Sin esperarte. Sin que importe.

Adiós, Noa. Álvaro.»

Las lágrimas volvieron a caer sobre el papel, haciendo que la tinta se corriera ligeramente en algunas palabras, borrando bordes, difuminando sentimientos. Lo había leído hasta la saciedad, analizando cada frase, cada punto, cada silencio entre líneas. Y lo peor, lo absolutamente devastador, era que tenía razón. En todo tenía razón.

Pensé en la conversación con Lucía, en cómo me había mirado con esos ojos que eran idénticos a los de su padre, en cómo había intentado salvarme, rescatarme de mi propia destrucción. Me había traído croissants que no había tocado, que seguían en la bolsa de papel sobre la mesa de la cocina, endurecidos e inútiles. Me había dicho que no huyera, que esta vez fuera diferente, que me quedara y peleara.

Pero ¿cómo podía pelear cuando ya había perdido? ¿Cómo podía quedarme cuando cada rincón de esta ciudad me recordaba lo que había destrozado? La casa de los abuelos, que antes me había parecido un refugio, ahora era una cárcel de recuerdos. Cada habitación guardaba un eco de su voz, de su risa, de sus promesas. El jardín donde nos habíamos besado. La cocina donde habíamos cocinado juntos. El porche donde habíamos soñado despiertos.

Y ahora, con esta carta, él me daba permiso para irme. Pero no era un permiso generoso, no era una bendición. Era una sentencia. Una declaración de que, para él, yo ya no existía. Que iba a seguir adelante, que iba a aprender a vivir sin mí, que iba a amarme desde la distancia como siempre había hecho, pero sin que importara.

Esa frase me destrozaba más que cualquier otra. «Sin que importe.»

Porque durante quince años, mi existencia había importado para él. Aunque fuera en silencio, aunque fuera desde lejos, yo había sido importante. Y ahora... ahora era solo alguien a quien amaría como se ama un recuerdo, un fantasma, algo inmaterial e inalcanzable.

Me sequé las lágrimas con el puño, pero seguían saliendo. No tenía hambre. No tenía sueño. Solo tenía este dolor agudo, físico, que me atravesaba el pecho como una espada de hielo.

Estaba decidida. Irme el lunes. Dejar todo atrás. Volver a Madrid, a mi piso gris, a mi vida de antes. A la soledad que al menos no dolía tanto porque no conocía otra cosa. Porque aquí, habiendo probado la felicidad, habiendo tenido a Álvaro, perderlo era insoportable.

Estaba llorando todavía, con la carta apretada contra el pecho como si pudiera absorber sus palabras, hacerlas mías, encontrar en ellas algún consuelo que no existía, cuando sonó el timbre.

El sonido me sobresaltó. Me quedé quieta, con el aliento contenido, esperando que quien fuera se cansara y se fuera. No quería ver a nadie. No podía enfrentarme a Claudia ni a Sara, con sus preguntas y sus consejos. No podía enfrentarme a los vecinos, a los curiosos, a nadie.

Pero el timbre volvió a sonar. Insistente. Y luego golpes en la puerta. Fuertes, decididos.

—¡Noa! ¡Soy Gabriel! ¡Abre, por favor!

Su voz sonó clara, autoritaria, llena de una urgencia que me obligó a moverme. Gabriel. El hijo mayor. El que siempre había sido el más racional, el más calmado, el que observaba desde la distancia. ¿Qué hacía aquí?

Me levanté con esfuerzo. El mundo giró ligeramente, y tuve que agarrarme al respaldo del sofá para no caer. Llevaba tres días comiendo apenas: un té aquí, una tostada seca allá. Mi cuerpo estaba débil, agotado, pero la adrenalina del momento me impulsó hacia la puerta.

Me miré en el espejo del recibidor antes de abrir. Parecía un fantasma. Piel pálida, ojos hinchados y rojos, pelo enmarañado, ropa arrugada. Pero ya no me importaba. Nada me importaba.

Abrí la puerta.

Allí estaba Gabriel. Alto, moreno, con esa mandíbula firme que tanto se parecía a la de su padre, pero con una determinación en los ojos que nunca había visto en Álvaro. Llevaba vaqueros y una camiseta simple, y tenía el coche aparcado en la calle con la puerta abierta, como si hubiera venido con prisa.

—Gabriel... —susurré, y mi voz sonó ronca, extranjera.

—Noa —dijo, y su tono era firme, sin margen para evasivas—. Necesito que hables conmigo. Necesito que entres en razón.

—No puedo —empecé a decir, intentando cerrar la puerta, pero él la bloqueó con la mano.

—No vas a cerrarme la puerta —dijo, y su voz no era agresiva, pero sí implacable—. No esta vez. Me debes cinco minutos. Solo cinco minutos de tu tiempo. Y luego, si quieres, puedes volver a esconderte aquí hasta que te mueras de hambre, pero al menos habrás escuchado.

Me quedé quieta, paralizada por su intensidad. Nunca le había visto así. Siempre había sido el más educado, el más respetuoso, el que mantenía las distancias. Pero ahora... ahora parecía dispuesto a todo.

—Cinco minutos —repetí, como un eco.

—Cinco minutos —confirmó.

Me aparté de la puerta y caminé hacia el salón, tambaleándome ligeramente. Él entró detrás de mí, cerrando la puerta con cuidado. Se quedó de pie en medio de la habitación, mirando alrededor, viendo el desorden, las cortinas cerradas, la bolsa de croissants intacta en la cocina, la carta arrugada en mi mano.

—Estás hecha un desastre —dijo, y no era un juicio, solo una constatación.

—Lo sé —respondí, sentándome en el borde del sofá, sintiendo que las piernas no me sostenían bien.

—Y te vas a morir si sigues así —añadió, señalando la bolsa de comida—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo decente?

—No tengo hambre.

—Eso no importa —cortó él, dando un paso hacia mí—. Lo que importa es que mi padre se está muriendo también, pero de otra forma. Y tú... tú eres la única que puede salvarlo. Y a ti misma.

Sacudí la cabeza, sintiendo que las lágrimas volvían.

—No, Gabriel. No puedes pedirme eso. No después de lo que hice. No después de la carta...

—¿Qué carta? —interrumpió, frunciendo el ceño.

Le mostré el papel arrugado. Él lo tomó, lo leyó rápidamente, y vi cómo su expresión cambiaba, cómo la mandíbula se le tensaba.

—Está herido —dijo finalmente, devolviéndome la carta—. Está herido y está siendo un idiota orgulloso. Pero eso no cambia lo que siente por ti. Ni lo que tú sientes por él.

—Él dice que va a aprender a vivir sin mí —susurré—. Que voy a ser solo un recuerdo. Que...

—¡Y tú le vas a permitir que lo haga! —explotó Gabriel, dando un paso que lo acercó hasta quedar a un metro de mí—. ¿En serio, Noa? ¿Vas a dejar que se rinda? ¿Vas a dejar que vuelva a esa vida de mierda que tenía antes de que llegaras? ¿Sola, amargado, enterrado en su trabajo?

—No tengo elección —grité, levantándome de golpe, tambaleándome, agarrándome al respaldo del sofá—. ¡Él me odia, Gabriel! ¡Me vio con Adrián! ¡Cómo puedo mirarle a los ojos después de eso!

—¡Pues lo haces! —gritó él, igualando mi volumen—. ¡Le miras a los ojos y le pides perdón, y le explicas por qué lo hiciste, y le suplicas una oportunidad! ¡Porque eso es lo que hace la gente que se ama, joder! ¡Lucha! ¡No se rinde! ¡No huye!

El mundo giró. Literalmente giró. Los colores se mezclaron, las voces se convirtieron en un zumbido lejano. Sentí que las piernas se me doblaban, que la fuerza abandonaba mi cuerpo, que la habitación se inclinaba peligrosamente hacia un lado.

—Noa... —escuché la voz de Gabriel, pero sonaba lejana, como si hablara desde el fondo de un pozo.

Intenté responder, pero no salió ningún sonido. Solo oscuridad. Una oscuridad cálida, acogedora, que me envolvía y me arrastraba hacia abajo.

Sentí que caía. Sentí un golpe lejano, como si mi cuerpo impactara contra algo blando. Y luego... nada.

O casi nada.

Estaba flotando en un espacio gris. Podía oír voces, pero distorsionadas, como bajo el agua. Sentía el cuerpo pesado, anclado, pero la mente vagaba libre, flotando entre recuerdos y sensaciones.

Sabía que estaba en el suelo del salón. Sabía que Gabriel estaba allí, agachado junto a mí, sacudiéndome suavemente, llamándome con voz urgente pero controlada.

—Noa, despierta. Por favor, despierta.

Pero no podía. El agotamiento físico había vencido. Días sin comer, sin dormir, llorando hasta la deshidratación. Mi cuerpo se había rendido finalmente, cerrando las puertas de la conciencia para protegerse.

Oí pasos. Oí que Gabriel se movía, que cogía su móvil. Oí su voz, ahora clara, autoritaria, pero con un deje de pánico contenido.

—Papá, escúchame. Estoy en casa de Noa. Se ha desmayado. Sí, desmayado. Está blanca como un papel, no responde... No, no creo que sea solo el shock. Lleva días sin comer, lo sé, lo veo... No, no voy a esperar. Voy a llamar a una ambulancia. Sí, ahora mismo. Papá... papá, si quieres verla, ven. Pero date prisa. Porque esto... esto es grave.

La voz se volvió lejana otra vez. Sentí que me alejaba, que caía en un pozo de oscuridad cálida. Pensé, con una claridad extraña para alguien que estaba inconsciente, que todo esto era por mi culpa. Por mi estupidez. Por mi incapacidad para cuidarme, para comer, para dormir. Por mi cobardía.

Llevaba días sin comer en condiciones. Solo café y lágrimas. Mi cuerpo había dicho basta. Y ahora... ahora estaba aquí, en el suelo de la casa de mis abuelos, mientras el hijo del hombre al que amaba llamaba a una ambulancia para salvarme.

La ironía era demasiado grande. Quise reír, pero ni siquiera podía hacer eso.

La oscuridad se hizo más densa. Las voces se desvanecieron. Pero antes de perderme completamente, antes de que el sueño o el desmayo o lo que fuera me absorbiera por completo, escuché otra vez a Gabriel.

Estaba hablando por teléfono, supuse. Con el servicio de emergencias. Su voz era profesional, clara, pero temblaba ligeramente.

—Sí, casa de los abuelos Souto, callejón de la Cruz, número 7. Mujer de treinta y cinco años, desmayada, posible deshidratación y desnutrición... Sí, consciente intermitente... No, no ha comido en varios días... Sí, vengo con ella en el coche. No esperaré a la ambulancia si tarda mucho. La llevaré yo al hospital.

Una pausa. Sentí que me levantaban ligeramente, que me colocaban en una posición más cómoda. Sentí una mano fría en mi frente. La voz de Gabriel de nuevo, ahora más cerca, más íntima, hablándome a mí, aunque supiera que no podía responder.

—Noa, escúchame. Voy a cuidarte. No vas a morirte. No permitiré que te mueras. Mi padre te necesita. Yo te necesito. Todos te necesitamos. Así que aguanta, ¿vale? Aguanta un poco más.

Quise decirle que lo siento. Que no merecía su preocupación. Que había arruinado todo y que era mejor dejarme ir, dejarme desaparecer en esta oscuridad cálida donde no había dolor ni culpa ni arrepentimiento.

Pero mi cuerpo no respondía. Mi boca no se movía. Solo mi mente, vagando libre, pensando en lo frágil que era la vida, en lo fácil que era destruirla todo, en cómo un error, un solo momento de debilidad, podía costarte todo lo que amabas.

Y mientras la oscuridad me envolvía por completo, mientras sentía que Gabriel me levantaba en brazos con una fuerza que me sorprendió, pensé en Álvaro. En su carta. En sus palabras de despedida.

Y por primera vez, sentí rabia. Rabia contra mí misma. Porque estaba permitiendo que se fuera. Que me dejara ir. Que convirtiera quince años de amor en un recuerdo.

Pero ya era tarde para la rabia. Demasiado tarde.

La oscuridad ganó.

Y me dejé llevar.

Capítulo 33



Álvaro

Llegué al hospital con el corazón en la garganta. El coche apenas había aparcado cuando salí disparado hacia la entrada de urgencias, dejando las llaves puestas, sin importarme si me la iban a robar, sin importarme nada que no fuera ella. Gabriel me había llamado veinte minutos antes, con una voz que nunca le había oído: agitada, asustada, rota.

—Papá, escúchame. Estoy en casa de Noa. Se ha desmayado.

Esas palabras habían resonado en mi cabeza como un disparo durante todo el trayecto. Conduje como un loco, saltándome semáforos, adelantando por la derecha, con las manos temblorosas sobre el volante y una única imagen grabada en la retina: Noa, en el suelo de su casa, pálida, fría, muerta.

No. No podía estar muerta. No podía haberla perdido así, sin haberle dicho qué. ¿Que la perdonaba? ¿Que la quería? ¿Que era un idiota orgulloso que prefería perderla antes que enfrentar el dolor?

El vestíbulo de urgencias olía a desinfectante y a miedo. Miré a mi alrededor, desorientado, buscando una cara conocida entre la multitud de enfermos y familiares que esperaban en sillas de plástico azul. Y entonces le vi.

Gabriel estaba de pie junto a la máquina de café, con el teléfono aún en la mano, mirando hacia la puerta con una expectación que se transformó en alivio cuando me vio. Corrió hacia mí, agarrándome por los hombros con fuerza.

—Papá, gracias a Dios.

—¿Dónde está? —jadeé, sin aliento, sintiendo que el pecho se me iba a explotar—. ¿Cómo está?

—Está en una sala —respondió Gabriel, señalando hacia el fondo del pasillo—. La han metido en la sala de observación tres. Pero no me han dejado entrar. Dicen que solo familiares directos, y yo... yo no soy familia, según ellos.

—¿Está consciente?

—A ratos —dijo Gabriel, pasándose una mano por el pelo, visiblemente agitado—. Se desmayó de repente, luego despertó unos minutos, habló un poco, estaba desorientada. Luego perdió la conciencia otra vez. Los médicos están haciéndole pruebas.

—¿Qué clase de pruebas? —pregunté, sintiendo cómo el pánico se apoderaba de mí—. ¿Qué le pasa? ¿Es grave?

—No lo saben —respondió Gabriel, encogiéndose de hombros, impotente—. Dicen que está deshidratada, desnutrida… pero hay algo más. Quieren hacerle análisis de sangre, un electrocardiograma. No me dicen nada concreto.

Apreté los puños. Quería gritar, quería exigir que me dejaran verla, que me dijeran qué coño le pasaba a la mujer que amaba. Pero en ese momento, la puerta giratoria se abrió de golpe y entraron Lucía y Marcos.

Lucía corría, con el pelo suelto y despeinado, con los ojos hinchados de llorar. Marcos venía detrás, más lento, con la cara pálida, con esa expresión de niño asustado que no le había visto desde que tenía diez años.

—¿Dónde está? —gritó Lucía, agarrándose a mi brazo—. ¿Dónde está Noa? ¿Está bien? ¿La has visto?

—No —respondí, sintiendo que la voz se me quebraba—. No me han dejado entrar. Está en observación.

—Esto es una mierda —soltó Marcos, dando una patada a una silla vacía—. Una puta mierda. ¿Cómo que no te dejan entrar? Eres su... eres...

Se detuvo. No sabía cómo definir lo que yo era para Noa. Ni yo lo sabía. ¿Su ex? ¿Su amante? ¿El hombre que la había echado de su vida hacía tres días?

—Llegan más —dijo Gabriel, señalando hacia la entrada.

Efectivamente, por la puerta entraban Claudia y Sara, corriendo, seguidas de cerca por Sergio e Iván. Mi familia completa. Mi tribu. Todos con la misma expresión de pánico, todos preguntando a la vez qué pasaba, cómo estaba, por qué nadie les decía nada.

La sala de espera se convirtió en un caos organizado. Claudia tomó el mando, como siempre hacía, acercándose a la recepción con paso firme, exigiendo información. Sara la seguía, más pálida de lo normal, con las manos temblorosas entrelazadas.

—Disculpe —dijo Claudia a la enfermera de guardia, con esa voz autoritaria que usaba cuando no aceptaba un no por respuesta—. Somos familia de Noa Valverde. La que acaban de traer. Queremos saber cómo está.

La enfermera, una mujer de mediana edad con cara de pocos amigos, consultó unos papeles.

—Están haciéndole pruebas —respondió, secamente—. Tienen que esperar.

—¿Qué clase de pruebas? —insistió Sara, con voz suave pero urgente—. ¿Es grave?

—No puedo dar información médica a personas que no sean familiares directos —respondió la enfermera, mirándonos con desconfianza.

—Yo soy su hermana —mintió Claudia, sin inmutarse—. Y estas son nuestras... primas. Y este —señaló a mí—. Él es su marido.

La enfermera me miró, evaluando mi aspecto. Llevaba tres días sin afeitarme, con la misma ropa de ayer arrugada y manchada, los ojos rojos, las manos temblorosas. No parecía el marido de nadie. Parecía un vagabundo.

—Está bien —dijo finalmente la enfermera, bajando la voz—. Están haciéndole análisis de sangre completos, un TAC, y le están poniendo suero. Llegó en estado de deshidratación severa y desnutrición. Pero hay algo más... algo en los análisis preliminares que los médicos quieren confirmar.

—¿Algo más? —pregunté, dando un paso hacia ella, sintiendo que el suelo se movía—. ¿Qué quiere decir con algo más?

—No puedo decirle más hasta que el médico hable con la paciente —respondió la enfermera, cerrando el archivo—. Solo puedo decirle que está estable, pero que necesita reposo y cuidados.

—¿Está consciente ahora? —intervino Gabriel.

—A ratos —repitió la enfermera—. Ha estado despierta, pero muy confusa. Ahora está dormida. Es lo mejor para ella.

Claudia y Sara intercambiaron una mirada. Luego, sin decir nada, se dirigieron hacia la puerta que conducía a las salas de observación.

—Disculpe, ¿adónde van? —preguntó la enfermera.

—A ver a nuestra amiga —respondió Claudia, con determinación—. Somos familia. Y si no nos dejan entrar juntas, entraremos por turnos. Pero vamos a entrar.

La enfermera pareció evaluar la situación, mirando la multitud de personas preocupadas que llenaban la sala. Finalmente suspiró.

—Síganme —dijo—. Pero solo dos personas a la vez. Y máximo cinco minutos.

Claudia y Sara asintieron y desaparecieron por el pasillo.

Yo di un paso para seguirlas, pero la enfermera me bloqueó el camino con el brazo.

—Usted no —dijo, con firmeza.

—¿Por qué no? —estallé, sintiendo que la rabia y el miedo se mezclaban en una explosión inminente—. ¡Soy su... soy su pareja! ¡Soy el padre de...!

Me detuve. No era el padre de nada. No tenía ningún derecho legal sobre ella. No estábamos casados. No éramos nada oficialmente.

—Lo siento —dijo la enfermera, sin simpatía—. Solo familiares directos o personas autorizadas por la paciente. Y usted... —me miró de arriba abajo—. Usted parece necesitar un médico usted mismo.

—Déjalo, Álvaro —dijo Sergio, agarrándome del brazo, tirando de mí hacia atrás—. No hagas una escena. No va a ayudar.

—¡Pero tengo que verla! —grité, sintiendo cómo la voz se me quebraba—. ¡Tengo que... tengo que decirle...!

—¿Qué? —interrumpió Iván, con suavidad—. ¿Qué vas a decirle, Álvaro? ¿Que la perdonas? ¿Que la quieres? ¿Que eres un imbécil? Puedes decírselo cuando salga. Si es que quiere escucharte.

Me quedé quieto. Jadeaba, con el pecho agitado, sintiendo cómo las lágrimas de frustración quemaban mis ojos. Tenía razón. No tenía derecho a estar ahí. No tenía derecho a nada. La había echado de mi vida con una carta cobarde, la había dejado ir sin escucharla, y ahora... ahora estaba pagando el precio.

Capítulo 34



Álvaro

Los minutos siguientes fueron un infierno. Caminaba de un lado a otro de la sala de espera, con las manos en los bolsillos, mordiéndome el labio hasta hacerlo sangrar. Cada vez que pasaba frente a la puerta por donde habían desaparecido Claudia y Sara, sentía una punzada física en el pecho.

Gabriel estaba sentado en una silla, con la cabeza entre las manos. Marcos paseaba nervioso, mirando el reloj cada treinta segundos. Lucía estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados, temblando, mirando hacia el exterior con una intensidad que me preocupaba.

Y yo... yo estaba perdiendo la cabeza.

No podía dejar de pensar en ella. En cómo la había tratado. En la carta que le había enviado, tan llena de orgullo herido, tan despiadada. En cómo me había negado a escucharla, a darle la oportunidad de explicarse. En cómo había preferido creer lo peor de ella antes que arriesgarme a ser vulnerable.

Si le pasaba algo... si se moría...

El pensamiento me dobló las rodillas. Tuve que agarrarme a una silla para no caer. Sergio vino a mi lado, preocupado, pero lo aparté con un gesto brusco.

—Estoy bien —mentí, con voz ronca.

—No estás bien —dijo Sergio, bajando la voz—. Pareces un muerto andante. Y hueles a whisky y a desesperación. Deberías ir a lavarte la cara, al menos.

—No me voy de aquí —respondí, con firmeza—. No hasta que sepa qué le pasa. No hasta que... hasta que la vea.

—Álvaro... —Sergio suspiró, pasándose una mano por la cara—. Hermano, tienes que prepararte para lo peor. Si está tan mal como dice Gabriel, si lleva días sin comer, sin beber... es grave. Y si encima los médicos han encontrado algo en los análisis...

—No digas eso —corté, sintiendo que el pánico me ahogaba—. No digas eso, Sergio. Por favor.

—Solo digo que... que quizás deberías pensar en lo que vas a hacer si... si las cosas se complican.

—No se van a complicar —dije, con una determinación que no sentía—. No puede ser. No después de todo. No después de haberla encontrado otra vez. No puede ser que la pierda así. No es justo.

—La vida no es justa —murmuró Iván, que se había acercado sin que me diera cuenta—. Lo sabemos bien.

Lucía se giró de repente. Había estado escuchando nuestra conversación, y ahora tenía los ojos brillantes, llenos de una furia contenida que nunca le había visto.

—¿Sabéis qué? —dijo, con voz temblorosa pero fuerte—. Estoy harta de esto. Harta de que nadie nos diga nada. Harta de esperar. Harta de sentirme inútil.

—Lucía, cálmate... —empecé a decir.

—¡No me calmo! —gritó ella, y su voz resonó en la sala de espera, haciendo que todos los presentes se giraran hacia nosotros—. ¡Llevo tres días viendo cómo mi padre se convierte en un zombi, cómo Noa desaparece de nuestras vidas, y ahora está aquí, enferma, y nadie nos deja verla! ¡Es una mierda!

—Hija, por favor... —dije, acercándome a ella, intentando calmarla.

—¡No me toques! —se apartó de un tirón, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No me toques cuando tú eres el culpable de todo esto! ¡Si la hubieras escuchado, si no hubieras sido tan orgulloso, ella no estaría así! ¡No se habría desmayado! ¡No estaría sola en esa habitación!

Las palabras me golpearon como puñetazos. Porque tenía razón. Dios, tenía toda la razón.

—Tienes razón —susurré, sintiendo cómo las lágrimas corrían por mis mejillas—. Tienes razón, Lucía. Soy el culpable. Soy un idiota. Y si le pasa algo... si se muere... no me lo perdonaré nunca.

Lucía me miró, con la respiración agitada, con el pecho subiendo y bajando. Y entonces, hizo algo que me dejó paralizado.

Se dirigió hacia la enfermera, que había vuelto a su puesto, y habló con una claridad y una determinación que helaron la sangre de todos los presentes.

—Quiero ver a Noa Valverde —dijo, con voz firme—. Y no me importa lo que tenga que hacer para entrar. Puedo gritar, puedo hacer una escena, puedo llamar a la policía si es necesario. Pero voy a entrar. Porque esa mujer es mi madre.

El silencio que siguió fue absoluto. La enfermera la miró boquiabierta. Yo me quedé petrificado, con los ojos muy abiertos, sintiendo que el mundo se detenía bajo mis pies.

—Lucía... —susurré.

Ella se giró hacia mí, hacia todos nosotros, con las lágrimas corriendo libremente por su rostro, pero con la barbilla alta.

—No me miréis así —dijo, con voz quebrada pero fuerte—. Porque esa mujer es más madre mía que la que me trajo al mundo y me abandonó hace diecisiete años. Me crió. Me cantaba para dormir. Me leía cuentos. Estaba ahí cuando mi verdadera madre se largó a Barcelona con su amante. Y ahora está ahí, sola, y yo voy a estar con ella. Así que intentad detenerme.

Nadie intentó detenerla.

La enfermera, visiblemente conmovida o intimidada, no dijo nada cuando Lucía se dirigió hacia la puerta de las salas de observación. Marcos y Gabriel intercambiaron una mirada y corrieron detrás de ella, siguiéndola por el pasillo.

Yo me quedé quieto, paralizado por sus palabras. Por la verdad que había soltado al aire como una bofetada.

Tenía razón. Noa había sido más madre para Lucía que Patricia. Había estado ahí en los momentos importantes. Había llenado un vacío que yo no podía llenar solo. Había dado amor incondicional a mis hijos mientras yo luchaba por mantenernos a flote.

Y yo se lo había arrebatado. Por orgullo. Por dolor. Por incapacidad para perdonar.

—Álvaro —dijo Sergio, sacándome de mi trance—. Deberías ir con ellos.

Asentí. No confiaba en mi voz. Caminé despacio hacia la puerta, con las piernas de plomo, con el corazón golpeando contra las costillas.

En ese momento, Claudia y Sara salieron del pasillo. Venían pálidas, con los ojos rojos, con expresiones que no podía interpretar. Mi estómago se cayó a los pies.

—¿Cómo está? —pregunté, deteniéndome frente a ellas, con la voz ronca—. ¿Qué han dicho los médicos?

Claudia y Sara se miraron. Hubo un silencio que duró una eternidad. Un silencio en el que oí cómo se me partía el alma en mil pedazos.

—Está... estable —dijo Claudia finalmente, suspirando profundamente—. La tienen con suero puesto. Estaba severamente deshidratada y desnutrida. Le han hecho análisis de sangre, un TAC, radiografías...

—¿Y? —insistí, sintiendo que me ahogaba—. ¿Qué más? Han dicho que han encontrado algo. ¿Qué han encontrado?

Claudia miró a Sara. Sara negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Eso... —dijo Sara, con voz suave, casi inaudible—. Eso le corresponde a Noa contarlo, Álvaro. No a nosotras.

—¿Qué? —exclamé, sintiendo que la desesperación me consumía—. ¿Por qué no pueden decirme...?

—Porque es su cuerpo —interrumpió Claudia, con firmeza pero con ternura—. Es su historia. Y ella tiene que ser quien te lo cuente. Si es que quiere. Si es que... si es que te perdona lo suficiente como para hacerlo.

—Pero... —empecé a protestar.

—Si no fuera grave —intervino Marcos, que había vuelto corriendo al oír la conversación—, se lo dirían ellas, ¿verdad? Así que tiene que ser jodido de narices. Tiene que ser algo muy serio.

—Marcos, cállate —dijo Gabriel, que también había regresado.

—¡No me voy a callar! —gritó Marcos, con la voz quebrada—. ¡Noa está ahí, sola, y nadie nos dice si se va a morir o no! ¡Y papá aquí, parado, sin hacer nada!

—Voy a entrar —dije de repente, con una determinación que venía de lo más profundo de mi ser.

—Álvaro... —dijo Sara, intentando detenerme.

—No —corté, mirándola a los ojos—. Ya no me importa lo que digan las normas, o los médicos, o el mundo entero. Si está enferma, si tiene algo grave... no la voy a dejar sola. Otra vez no.

Caminé por el pasillo despacio, con pasos pesados, como si cada paso me costara años de vida. Sergio venía detrás de mí, pero no intentó detenerme. Solo me seguía, como un guardián silencioso.

Pensaba en todo lo que podía estar pasando en esa habitación. En lo que le podían haber encontrado. Un tumor. Una enfermedad grave. Algo relacionado con el corazón. Algo que la había debilitado hasta el punto del desmayo.

Y pensaba en cómo la había tratado. En la carta fría, despiadada. En cómo le había dicho que aprendería a vivir sin ella. En cómo había preferido mi orgullo antes que su amor.

Si se moría... si se moría sin saber que la quería, que la perdonaba, que era un idiota...

No. No podía pensar en eso. Tenía que llegar a tiempo. Tenía que verla. Tenía que decírselo.

Llegué a la puerta de la sala tres. Estaba entreabierta. Podía oír voces dentro. La de Lucía, suave, llorosa. La de Marcos, intentando ser fuerte. La de Gabriel, seria, adulta.

Y luego... la de ella. Débil y rota, pero viva.

—Noa... —susurré, empujando la puerta.

La habitación era pequeña, con una cama en el centro, rodeada de máquinas que pitaban suavemente. Y allí estaba ella, recostada contra las almohadas, con el pelo recogido en una coleta desordenada, con la piel translúcida, con los ojos cerrados.

Pero viva.

Lucía estaba sentada a su lado, agarrando su mano. Marcos y Gabriel estaban de pie al pie de la cama, mirándola con una mezcla de alivio y terror.

Y yo... yo me quedé en el umbral, incapaz de entrar, incapaz de moverme, sintiendo que finalmente, después de tres días de infierno, podía respirar.

Capítulo 35



Noa

Estaba sola en la habitación del hospital, mirando el techo de color beige, contando las grietas en las baldosas como si fueran un mapa de mi vida fracturada. El suero seguía conectado a mi brazo, líquido frío entrando en mis venas, intentando rellenar lo vacío que yo había permitido que se creara dentro de mí. Había pasado una hora desde que el médico me había dado la noticia. Una hora en la que el mundo se había detenido, girado sobre sí mismo, y vuelto a empezar con colores diferentes.

Embarazada.

La palabra resonaba en mi cabeza con una intensidad que me dejaba sin aliento. No solo embarazada, sino embarazada de él. De Álvaro. De la primera noche que pasamos juntos en la suite del hotel, esa noche de pasión desenfrenada en la que no pensamos en protección, en la que solo existíamos el uno para el otro, en la que el mundo exterior se había disuelto.

Y ahora... ahora tenía su hijo creciendo dentro de mí.

Debería haber sentido alegría. Debería haber sentido esperanza. Pero lo único que sentía era miedo. Un miedo paralizante que me helaba hasta los huesos. Porque miraba hacia atrás y veía el desastre que había dejado a mi paso. Porque pensaba en Adrián, en mi debilidad, en cómo había vuelto a caer en el mismo patrón de siempre. Porque temía que, si me quedaba, si le decía la verdad a Álvaro, solo conseguiría arruinarle la vida un poco más.

Había entendido todo. Había entendido que él me amaba, que me quería, que estaba dispuesto a perdonar. Pero el miedo... el miedo a repetir errores era más fuerte que el amor. Era un muro de hormigón entre mi corazón y mi razón. Y mi razón gritaba que me fuera. Que huyera a Madrid antes de que fuera demasiado tarde. Que protegiera a ese niño de crecer en medio de un caos, de una relación rota, de una madre que no sabía ser fiel.

Lloré. Silenciosamente, para no llamar la atención de las enfermeras, dejando que las lágrimas corrieran por mis sienes y se perdieran en la almohada. Lloré por lo que podría haber sido y ya no sería. Porque ahora más que nunca sentía que debía marcharme. No podía quedarme. No podía decirle a Álvaro que estaba embarazada, no podía atarlo a mí con un hijo cuando mi propia conducta era tan errática, cuando no me fiaba de mí misma, cuando sabía que en el fondo era una cobarde que huía cuando las cosas se ponían difíciles.

Sentí que se me rompía el corazón un poco más con cada pensamiento. Porque quería quedarme. Dios, cómo quería quedarme. Quería tener este hijo con él, criarlo juntos, formar esa familia que siempre había soñado y que nunca había creído merecer. Pero el miedo... el miedo me consumía.

Estaba decidida. Tan pronto como me dieran el alta, iría a casa, recogería mis cosas, y me iría. A Madrid. Lejos. Donde no pudiera hacerle más daño.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y entró Lucía, seguida de cerca por Gabriel y Marcos. Los tres se detuvieron al verme, con expresiones que iban desde el alivio hasta la preocupación intensa.

—Noa —dijo Lucía, acercándose a la cama con pasos rápidos—. ¿Estás bien? ¿Qué te han dicho los médicos? Llevamos horas esperando fuera y no nos dicen nada.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, sorprendida, intentando secarme las lágrimas discretamente—. Deberíais estar en casa, descansando.

—Como si fuéramos a dejarte sola —respondió Marcos, encogiéndose de hombros, aunque su voz traicionaba la preocupación —. Estás loca si crees que íbamos a irnos sin saber que estás bien.

—Pero... —empecé a protestar.

—No hay peros —interrumpió Gabriel, con esa autoridad que había heredado de su padre—. Estamos aquí y aquí nos quedamos hasta que sepamos qué te pasa.

Lucía se sentó en el borde de la cama, agarrando mi mano libre, la que no tenía el suero.

—Cuéntanos —dijo, mirándome a los ojos con una intensidad que me inquietó—. ¿Por qué te desmayaste? Además de por no comer, digo. Porque eso ya lo sabemos. Pero... ¿hay algo más? ¿Algo grave?

—No es nada —mentí, desviando la mirada—. Solo... solo agotamiento. Necesito descansar.

—El que nada no se ahoga —dijo Marcos, acercándose al pie de la cama, cruzándose de brazos—. Pero vamos, Noa, dinos qué tienes. Si fuera solo agotamiento, las tías Claudia y Sara ya nos lo habrían dicho. Pero salieron con cara de funeral y no dijeron nada.

—Quizás es privado —sugerí, débilmente.

—Privado, mi culo —soltó Marcos, y luego se corrigió al ver la mirada de Gabriel—. Perdón. Pero es que estamos preocupados, joder.

Gabriel me miró fijamente, con esa capacidad suya para ver a través de las mentiras.

—Si no fuera grave —dijo, con voz baja pero firme—, se lo habrían contado a nosotros. O al menos a Lucía. Así que... es algo serio. ¿Verdad?

No supe qué decir. Mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez. No podía mentirles, pero tampoco podía decirles la verdad. No así. No todavía.

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo. Entró una enfermera joven, con una sonrisa profesional y una carpeta en las manos.

—Señorita Valverde —dijo, acercándose a la cama sin percatarse de la tensión que llenaba la habitación—. Le traigo las recomendaciones del médico. Tiene que tomar estos suplementos prenatales —dejó un frasco sobre la mesilla—. Son importantes para el desarrollo del feto, especialmente ahora que está en las primeras semanas. Y tiene que alimentarse bien, ¿eh? No puede saltarse comidas. El embarazo es un proceso delicado y usted ya viene con desnutrición de por medio.

El silencio que siguió fue absoluto.

La enfermera, al darse cuenta de que había tres jóvenes mirándola boquiabiertos, sonrió incómoda.

—Bueno, me voy. Si necesita algo, llame.

Y salió, dejando tras de sí una bomba de relojería.

Los tres hermanos me miraron. Yo mantuve las manos en la cara, cubriéndome los ojos, como si eso pudiera hacer que desaparecieran, como si pudiera borrar lo que acababa de pasar.

—¿Embarazada? —Fue lo único que pudo articular Marcos en apenas un susurro.

Escuché sus pasos acercándose. Sentí que Gabriel se sentaba en la silla junto a la cama. Sentí la presencia de Lucía, tensa, expectante.

—Noa... —dijo Gabriel, y su voz sonó diferente, más grave, más adulta de lo que nunca le había oído—. ¿Es cierto? ¿Estás embarazada?

No dije nada. No podía. Tenía las manos temblorosas sobre la cara, las lágrimas filtrándose entre mis dedos.

—Joder —soltó Marcos, y luego se echó a reír, un sonido nervioso, incrédulo—. Es que papá donde pone el ojo pone la bala. Menudo tirador.

—Marcos, cállate —dijo Gabriel, severo. Luego, dirigiéndose a mí, con una seriedad que me heló—. Noa, míranos. Por favor. ¿Es...? ¿Es de nuestro padre?

Tragué saliva. Bajé las manos. Los miré a los tres, esos tres jóvenes que habían sido mi familia durante años, aunque nunca hubiera tenido derecho a llamarlos así. Y asentí. Un movimiento mínimo, casi imperceptible, pero definitivo.

—Por supuesto que es de él —susurré, con voz rota—. Por supuesto.

Lucía fue la primera en reaccionar. Dejó escapar un grito, un sonido de pura alegría contenida que resonó en la habitación.

—¡Voy a tener un hermano! —gritó, saltando sobre la cama, abrazándome con fuerza—. ¡Por fin! ¡Por fin voy a tener un hermano!

—Claro —dijo Marcos, con una sonrisa torcida, intentando disimular la emoción con humor—. Es que este y yo fuimos recogidos en la basura, no te jode, con la niña. Pero un bebé nuevo... eso sí que es importante.

Gabriel no sonreía. Me miraba con una intensidad que no sabía interpretar. Había algo en sus ojos, algo que parecía alivio mezclado con... ¿enfado?

—Noa —dijo, con voz baja—. ¿Por qué no se lo has dicho? ¿Por qué ibas a…? Las maletas en tu casa. Ibas a irte, ¿verdad? Ibas a huir otra vez.

No pude responder, porque en ese momento, escuché una voz en la puerta. Una voz que conocía demasiado bien. Una voz que había estado escuchando en mis sueños durante quince años.

—Si es mío —dijo Álvaro, entrando en la habitación con pasos firmes, con los ojos fijos en mí—, no te vas de Marbella. No te vas de mi lado. Te quedas aquí, con nosotros, donde perteneces.

Se acercó a la cama, y ahora estaba frente a mí, frente a todos nosotros, con una determinación que cortaba el aire.

—Y si no es mío —continuó, y su voz tembló ligeramente, pero mantuvo la firmeza—, si por algún motivo ese niño no es mío... te lo juro por lo más sagrado, Noa, que me da igual. No voy a dejarte sola. No voy a permitir que Adrián te joda la vida. No voy a permitir que te vayas a Madrid a criar a ese bebé sola. Te quedas. Conmigo. Con nosotros.

Lo miré, incapaz de hablar, incapaz de procesar lo que estaba diciendo. Estaba dispuesto a quedarse conmigo, a criar a este hijo, aunque no fuera suyo. Estaba dispuesto a perdonar, a olvidar, a empezar de cero.

—Álvaro... —susurré.

—Dime que es mío —pidió, acercándose más, agarrando mi mano con fuerza—. Dime que es nuestro.

—Estoy de poco tiempo —dije, con voz temblorosa—. Las fechas... por las fechas, es de la primera noche. De la suite. De... de cuando nosotros...

No necesité terminar la frase. Vi cómo sus ojos se iluminaban, cómo una sonrisa empezaba a dibujarse en su rostro, cómo la tensión abandonaba su cuerpo.

—De la suite —repitió, como si fuera un mantra—. Es nuestro. Es nuestro hijo.

Lucía, que seguía abrazándome, soltó una carcajada.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Lo sabía! ¡Encargaron un hermano antes de que yo lo pidiera! Así que más os vale —dijo, dirigiéndose a su padre y a mí con severidad fingida—, más os vale dejaros de tonterías y ser formales de una vez por todas. Porque yo no quiero a otra madre que no sea Noa. ¿Me habéis entendido? No quiero otra madrastra. No quiero que nadie más entre en esta familia. Quiero a Noa. Y ahora voy a tener un hermano, y quiero que crezca con sus padres juntos, como debe ser.

Marcos se rio, una risa genuina y cálida.

—La niña tiene razón —dijo—. Y oye, si vais a tener un bebé, lo mínimo es que estéis juntos, ¿no? Aunque sea por el crío.

Gabriel no decía nada. Seguía mirándome, y luego miraba a su padre, y de nuevo a mí. Finalmente, habló.

—Si la haces sufrir otra vez —dijo, dirigiéndose a Álvaro con una voz que heló la habitación—, si la dejas sola otra vez, si la haces llorar... te juro que no te lo perdonaré. Ni a ti ni a nadie. Noa es familia. Y la familia se cuida, no se abandona.

Álvaro asintió, grave.

—Lo sé —dijo—. Y no voy a fallar. Nunca más. Ahora, salid —dijo entonces Álvaro, girándose hacia sus hijos—. Dejadnos solos. Por favor.

Lucía me abrazó una vez más, susurrándome al oído:

—Te quiero, Noa. Y voy a cuidarte. Y a ese bebé.

Marcos me guiñó un ojo.

—Bienvenida oficialmente a la familia, madrastra.

Y salieron. Primero Marcos, luego Lucía, arrastrando a su hermana pequeña que no quería irse. Gabriel fue el último. Se detuvo en la puerta, miró a su padre con una severidad que nunca le había visto, y dijo:

—Te estoy vigilando. No la hagas sufrir.

Y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Estábamos solos, Álvaro se acercó a la cama y se sentó en el borde, cuidadosamente, como si temiera romperme. Me miró, y en sus ojos vi todo: el amor, el miedo, el dolor, la esperanza.

—Noa —empezó, con voz suave—. No puedo olvidar lo que vi. No puedo borrar esa imagen de mi cabeza. Pero... pero voy a intentar que no se interponga entre nosotros. Voy a intentar que no importe. Porque lo que importa es esto —señaló mi vientre, aunque aún no se notara nada—. Es esto que estamos creando. Es el futuro. No el pasado.

Lloré. No pude evitarlo. Las lágrimas corrían libremente mientras le hablaba, mientras le contaba todo.

—Fue como siempre —susurré—. Con Adrián... me paralizaba. Era como volver a tener quince años, veinte años. Era como caer en un bucle del que no podía salir. Me sentía pequeña, insegura, y… caí. Como una idiota. Como años atrás. Y lo siento, Álvaro. Dios, cómo lo siento. No debería haberlo hecho. No tenía excusa. Pero te amo. Te amo a ti. Y me he dado cuenta de que siempre te he amado. Siempre. Solo que no lo veía. Tenía miedo de verlo.

Él me cogió la barbilla con suavidad. Me obligó a mirarle a los ojos. Y vi que también él lloraba, aunque disimulaba.

—Yo también te amo —dijo, con voz ronca—. Y si tú estás dispuesta a perdonarme por haberte dicho aquello, por haberte enviado esa carta, por haberte hecho sufrir... si estás dispuesta a perdonarme por ser un cobarde, por no escucharte, por no darte la oportunidad de explicarte... yo olvidaré todo. Olvidaré a Adrián, olvidaré el dolor, olvidaré el orgullo. Y te amaré el resto de mi vida si me dejas.

—Te perdono —susurré, sin dudar—. Y te pido perdón. Por todo.

Él me besó. Fue un beso suave, reverente, lleno de promesas y de perdón. Un beso que sellaba una paz que ambos necesitábamos desesperadamente.

—Te amo —dijo contra mis labios—. Y cuando salgas de aquí, voy a hacerte olvidar el tacto de ese hombre. Voy a hacerte olvidar sus besos, todo lo que te hizo sentir. De ahora en adelante, solo yo seré quien te haga gemir. Solo yo seré quien te haga disfrutar del sexo, del amor, de todo. Voy a borrarlo de tu memoria, Noa. Y voy a llenar ese vacío con tanto amor que no cabrá nada más.

Me estremecí. No de miedo, sino de deseo. De amor. De la certeza de que era cierto.

—Me darán el alta en unas horas —dije, con voz temblorosa—. Y...

—Y es pronto para esfuerzos —interrumpió él, sonriendo con malicia —. Lo sé. Tienes que alimentarte bien, descansar, recuperarte. Y en unos días... en unos días hablaremos. De todo. De nosotros. Del futuro. De este hijo que viene.

Volvió a besarme, esta vez con más pasión, con más urgencia.

—Te quiero —dije, cuando nos separamos—. Siempre te he querido. Solo que no lo veía. Tenía miedo.

—Ya no hay miedo —dijo él, acariciando mi mejilla—. A partir de ahora, Noa, tenemos todo el tiempo del mundo para demostrarnos el uno al otro cuánto nos amamos. Y voy a pasar cada día de mi vida haciéndolo.

Apoyé mi cabeza en su hombro, sintiendo su calor, su fuerza, su amor.

Agosto se acababa. Pero nosotros... nosotros estábamos empezando. Y esta vez, sería para siempre.

Capítulo 36



Lucía

El caos olía a perfume caro.

Hacía exactamente una semana desde que Noa había salido del hospital con ese secreto enorme y frágil guardado bajo su camiseta, y el Hotel Bahía Esmeralda había decidido celebrarlo a lo grande. O eso creía yo.

En realidad, el evento llevaba meses planificándose: la inauguración de la nueva ala VIP, con famosos de medio mundo invitados, periodistas de revistas del corazón y una lista de espera que daba vértigo. Pero a mi padre se le había ocurrido, con esa obsesión suya de mantenernos ocupados para no pensar, que era el momento perfecto para presentar a la familia unida. Error garrafal.

Yo estaba en la azotea, escondida tras una maceta de palmeras, observando cómo el photocall se convertía en un campo de batalla. Había actores españoles de esos que salen en todas las series, un futbolista que jugaba en la Premier y que llevaba tres días metido en la suite presidencial con su novia influencer, y hasta una cantante latina que había ganado un Grammy el año pasado y que ahora posaba con una sonrisa de plástico mientras los flashes explotaban como metralletas.

—Joder, esto es una locura —murmuró Marcos apareciendo a mi lado con dos refrescos en las manos. Me ofreció uno, pero negué con la cabeza. Tenía el estómago revuelto.

—¿Dónde está Noa? —pregunté, escudriñando entre la multitud.

—Con papá, en la entrada. La está presentando como la nueva asesora fiscal del hotel. Muy profesional todo —bufó Marcos, bebiendo de su lata—. Aunque la mirada que le echa el tal Adrián desde la barra del bar es todo menos profesional.

Me tensé. Adrián. Ese nombre me ponía los pelos de punta. Llevaba una semana rondando Marbella como una sombra, apareciendo en los sitios donde sabía que Noa estaría, enviándole flores a la casa de los abuelos que ella devolvía sin abrir. Y ahora, aquí, en nuestro evento, con una copa de champán en la mano y esa sonrisa de depredador que hacía que quisiera vomitar.

—No debería estar aquí —dije, apretando los puños.

—Está invitado —respondió Marcos encogiéndose de hombros—. Bueno, no exactamente. Lo invitó el equipo de relaciones públicas. Dijeron que era un inversor potencial. Una mierda, vamos.

Miré hacia la barra. Allí estaba él, con su traje azul marino impecable, charlando con una actriz que no paraba de reírse de sus chistes. Pero sus ojos... sus ojos no estaban en la actriz. Estaban fijos en Noa, que estaba junto a papá, con una mano protectora sobre su vientre aún plano, sonriendo forzadamente a los fotógrafos.

El ambiente era sofocante. El aire acondicionado no daba abasto y el perfume de la cantante, demasiado dulce, demasiado intenso, se mezclaba con el olor a mar que entraba por los ventanales abiertos. Era agosto en su máxima expresión: calor, glamour y tensión contenida.

De repente, el murmullo de la multitud cambió de tono. Alguien gritó algo, una cámara cayó al suelo con un estruendo seco, y el seguridad se movió en bloque hacia la escalera. Marcos y yo intercambiamos una mirada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No sé —respondí, pero ya me estaba abriendo paso entre la gente, con el corazón golpeándome en las costillas.

Lo encontré en el jardín interior, el que daba al patio andaluz con fuente incluida. Noa estaba de pie junto a una buganvilla, pálida como la muerte, con los brazos cruzados sobre el pecho en esa postura defensiva que ya había empezado a reconocer. Frente a ella, demasiado cerca, estaba Adrián. Había perdido la corbata y tenía la camisa abierta en el cuello, y su cara tenía ese gesto de suficiencia que me hacía querer abofetearlo.

—Solo quiero hablar, Noa —estaba diciendo, con voz melosa, venenosa—. No entiendo por qué me evitas. Después de lo que compartimos, de lo que volvimos a sentir la otra semana...

—No sentí nada —respondió ella, pero su voz temblaba—. Adrián, por favor, déjame en paz. Estoy con Álvaro. Voy a tener su hijo.

Adrián soltó una risa, amarga y cruel.

—Su hijo —repitió, dando un paso hacia ella—. Claro. El hijo del hotelero. Del señor perfecto. Pero tú y yo sabemos que no es tan perfecto, Noa. Sabemos que tú necesitas algo más. Alguien como yo.

Vi cómo Noa retrocedía hasta que su espalda tocó la pared. Vi cómo Adrián levantaba la mano para acariciarle la mejilla. Y vi cómo ella le apartaba la mano de un manotazo, pero sin fuerza, sin convicción. O eso me pareció a mí desde donde estaba.

—Basta —grité, saliendo de entre las sombras.

Ambos se giraron. Noa me miró con alivio y vergüenza mezcladas. Adrián me miró con fastidio, como si fuera una mosca molesta.

—Lucía, cariño —dijo, con esa condescendencia que me sacaba de quicio—. Esto es una conversación privada entre adultos.

—Tú no eres adulto —escupí, acercándome a ellos—. Eres un parásito. Y si no te apartas de ella ahora mismo, llamaré a seguridad. O mejor, llamo a mi padre.

—Tu padre —rio Adrián, sacudiendo la cabeza—. Tu padre que no sabe mantenerla contenta. Tu padre que la deja sola, vulnerable...

—Cállate —siseó Noa, y esta vez su voz sí tenía fuerza—. No sabes nada de nosotros, Adrián. Nunca lo supiste. Y sí, voy a tener un hijo con Álvaro. Un hijo que será amado, deseado, protegido. Algo que tú nunca podrías ofrecerme.

Adrián entrecerró los ojos. Por un segundo, vi algo peligroso cruzar su mirada. Luego sonrió, esa sonrisa fría que helaba la sangre.

—Veremos —dijo, dándose la vuelta—. Veremos cuánto dura esa felicidad, Noa. Porque siempre vuelves a mí. Siempre.

Se alejó con paso arrogante, desapareciendo entre los invitados que llenaban el jardín. Noa se desplomó contra la pared, temblando. Corrí hacia ella y la abracé.

—¿Estás bien? —pregunté, sintiendo su corazón desbocado contra mi hombro.

—Sí —murmuró, pero estaba mintiendo. Lo sabía—. Gracias, Lucía. Gracias por estar aquí.

—Noa —dije, separándome para mirarla a los ojos—. No puedes dejar que te haga esto. No puedes permitir que se acerque así. Tienes que decírselo a papá. Tienes que...

—No puedo —interrumpió, con lágrimas en los ojos—. Ya le he dado suficientes problemas. El evento, el hotel, el embarazo... no quiero añadir más estrés. Además, Adrián se irá pronto. Dice que se va a Madrid dentro de unos días.

—¿Y tú te lo crees? —pregunté, incrédula.

Noa no respondió. Eso me dio más miedo que cualquier otra cosa.

Subí corriendo a la suite privada donde sabía que Gabriel y Marcos estaban escondidos, huyendo del bochinche social. Los encontré en el balcón, fumando un cigarro electrónico que Gabriel había comprado para fingir que dejaba de fumar.

—Tenemos un problema —dije, cerrando la puerta de golpe.

—¿Además de que Marcos ha roto tres copas de champán y casi le cae una encima al alcalde? —preguntó Gabriel, arqueando una ceja.

—Adrián está acosando a Noa —solté, sin rodeos—. La he encontrado en el jardín, acorralada contra la pared, diciéndole que siempre vuelve con él y que el hijo debería ser suyo o alguna mierda psicópata de esas.

Marcos dejó caer el cigarro.

—Ese tío está loco —dijo, poniéndose de pie—. Voy a buscarlo y le parto la cara.

—No —dije, agarrándolo del brazo—. Eso es justo lo que quiere. Causar un escándalo. Que la prensa se entere de que hay un drama en el hotel. No, tenemos que ser más listos.

Gabriel se puso de pie también, con esa expresión suya de ingeniero resolviendo un problema complejo.

—Entonces hay que hacer que se vaya él solo —dijo—. Sin violencia. Sin escándalo. ¿Pero cómo?

—Podemos decirle a papá... —empezó Marcos.

—No —interrumpí—. Noa no quiere. Está protegiéndole, o eso cree ella. Dice que no quiere darle más preocupaciones.

—Entonces lo hacemos nosotros —dije, con una determinación que me sorprendió a mí misma—. Los tres. Encontramos a Adrián, le decimos que se largue o filtramos a la prensa que es un acosador, un manipulador, que tiene antecedentes...

—¿Tiene antecedentes? —preguntó Marcos, ilusionado.

—No lo sé —admití—. Pero podemos inventarnos algo. O investigar. Gabriel, tú sabes buscar en internet...

—Es ilegal hackear la vida privada de alguien —dijo Gabriel, pero sin mucha convicción.

—Y acosar a una mujer embarazada es legal? —repliqué.

Estábamos discutiendo, planeando, cuando la puerta de la suite se abrió de golpe. Entró papá, con la cara desencajada, seguido de Diego, el director del hotel, que parecía a punto de sufrir un infarto.

—Lucía, Gabriel, Marcos —dijo papá, con voz ronca—. Necesito que salgáis. Ahora.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

—Ha llegado alguien —dijo Diego, secándose el sudor de la frente —. Alguien que no está en la lista. Y está causando... problemas.

—¿Quién? —preguntó Gabriel.

Papá nos miró a los tres, y en sus ojos vi algo que no había visto en años: miedo puro y duro.

—Vuestra madre —dijo—. Patricia está aquí. Y dice que se queda.

Bajamos las escaleras como en una pesadilla. El evento seguía en marcha, pero ahora había una corriente subterránea de murmullos, de gente señalando hacia el rincón del bar donde una figura alta y elegante sostenía una copa de champán con gesto teatral. Patricia. Nuestra madre. La mujer que nos había abandonado cuando yo tenía dos años.

Llevaba un vestido rojo escarlata que parecía sangre contra el blanco de la decoración del hotel. El pelo rubio, más claro que el mío, recogido en un moño perfecto. Y esa sonrisa... esa sonrisa que había visto en fotos antiguas, en las que aparecía con papá sonriendo a la cámara mientras nosotros éramos bebés.

—Dios mío —suspiró Marcos, deteniéndose en seco—. Es ella. De verdad es ella.

—No pienso hablarle —dije, con la voz temblorosa de rabia—. No pienso ni mirarla.

Pero ella nos había visto. Dejó la copa en la barra y caminó hacia nosotros con pasos seguros, con esa arrogancia que recordaba vagamente de mi infancia, de esas visitas esporádicas en las que traía regalos caros y luego desaparecía durante meses.

—Mis niños —dijo, extendiendo los brazos como si fuéramos a correr a abrazarla—. Cuánto habéis crecido. Lucía, estás preciosa. Gabriel, qué hombre más apuesto. Y Marcos...

—No nos llames así —corté, con voz dura, cortante—. No somos tus niños. No lo fuimos nunca.

Patricia entrecerró los ojos, pero mantuvo la sonrisa.

—Lucía, cariño, sé que estás enfadada. Pero he vuelto para arreglar las cosas. He vuelto para recuperar el tiempo perdido. Para ser vuestra madre de verdad.

—Eres un poco tarde —dijo Gabriel, con una frialdad que heló el aire—. Diecisiete años tarde, para ser exactos.

—Y unos cuantos meses más —añadió Marcos, cruzándose de brazos—. Porque ya tenemos madre. Se llama Noa. Y aunque no nos haya parido, ha estado más años con nosotros que tú en toda tu vida.

La sonrisa de Patricia se resquebrajó un poco. Miró hacia donde estaba Noa, que acababa de entrar en el salón, pálida, agarrada del brazo de papá.

—Ah, sí —dijo Patricia, con un tono venenoso—. La sustituta. Bueno, eso se va a acabar. He vuelto a reclamar mi lugar. En esta familia. En este hotel. En la vida de Álvaro.

—Estás loca —solté, dando un paso hacia ella, sintiendo que la rabia me cegaba—. Completamente loca. No tienes ningún derecho. Nos abandonaste. Nos dejaste. ¿Y ahora vienes aquí, a nuestro evento, a nuestra casa, a decir que quieres recuperar el tiempo? No hay tiempo que recuperar. El tiempo se acabó para ti.

—Lucía... —intentó tocar mi hombro, pero me aparté de un tirón.

—No me toques —grité, y mi voz resonó en el salón, haciendo que varios invitados se giraran—. ¡No nos toques! ¡No eres bienvenida aquí! ¡Lárgate! ¡Lárgate y déjanos en paz!

Gabriel se puso a mi lado, imponente, severo.

—Escucha a mi hermana —dijo, con voz baja pero letal—. Y escúchame a mí. No queremos verte. No te queremos aquí. Si tienes algo de decencia, te irás ahora mismo.

—Y si no la tienes —añadió Marcos, acercándose por el otro lado—, llamaremos a seguridad. Y a la policía. Y a quien haga falta. Pero no vas a arruinar este día. No vas a arruinar nuestra familia otra vez.

Patricia nos miró a los tres, y por un segundo vi algo parecido al dolor en sus ojos. Pero fue solo un segundo. Luego su expresión se volvió dura, fría, calculadora.

—Sois unos ingratos —dijo, con voz tensa—. Después de todo lo que he sufrido. Después de que vuestro padre me apartara de vuestra vida...

—¡Mentira! —exploté—. ¡Tú te fuiste! ¡Tú elegiste a tu amante de Barcelona! ¡Nos elegiste a nosotros!

La gente empezaba a mirar. Los flashes de los fotógrafos empezaron a dispararse, capturando el momento, el escándalo. El hotel se había convertido en un escenario de presión social, de miradas curiosas, de susurros que crecían como la espuma. Estábamos expuestos, vulnerables, y ella lo sabía.

—Voy a hablar con Álvaro —dijo Patricia, enderezando los hombros —. Él me escuchará. Siempre lo hizo.

Se alejó hacia donde estaba papá, que había visto la escena y venía hacia nosotros con paso decidido. Noa estaba detrás de él, protegida, pero con una expresión de pánico que me partió el corazón. Adrián observaba desde la barra, con una sonrisa de satisfacción que me dio náuseas. Todo se estaba descontrolando. El evento, la familia, todo.

Papá interceptó a Patricia antes de que llegara a nosotros. La agarró del brazo, fuerte, y la apartó hacia un rincón más oscuro, cerca de la salida de emergencia. No oí lo que le decía, pero vi su gesto: contundente, definitivo. La vi encogerse, discutir, gesticular. Y luego vi cómo papá sacaba el teléfono y llamaba a seguridad.

En ese momento, en ese preciso instante en que creía que el peor momento había pasado, que Patricia sería expulsada y todo volvería a la normalidad, ocurrió lo impensable.

El sistema de sonido del hotel emitió un chirrido agudo, y luego una voz familiar, grabada, resonó por los altavoces de todo el edificio. La voz de Patricia. Había hackeado el sistema, o tenía un cómplice, o simplemente había dejado un teléfono conectado. No importaba cómo. Lo que importaba era lo que decía.

—Álvaro, cariño, sé que estás con esa mujer. Pero recuerda quién soy yo. Recuerda que soy tu esposa. Que nunca nos divorciamos legalmente. Y que ese hijo que espera... ese hijo podría no ser tuyo. Porque ella estuvo con Adrián. Lo vi, y tú también. Lo tengo grabado. Y si no me dejas entrar en vuestras vidas, si no me das lo que merezco, se lo contaré a todo el mundo. A la prensa. A tus hijos. A toda Marbella...

La voz se cortó. El silencio que siguió fue absoluto, sepulcral. Cada invitado, cada periodista, cada celebridad, había oído esas palabras. La bomba había estallado.

Miré a Noa. Estaba blanca, con las manos sobre su vientre, con los ojos desorbitados de terror. Miré a papá, que se había quedado petrificado, con el teléfono en la mano, mirando a Patricia como si fuera un monstruo. Miré a Adrián, que sonreía ampliamente, levantando su copa en un brindis silencioso.

Y entonces, cuando el caos estaba a punto de desatarse por completo, cuando los flashes empezaron a dispararse contra Noa como metralletas, vi que la puerta principal del hotel se abría de golpe.

Entró una mujer. No era Patricia. Era otra. Más joven, con el pelo oscuro, con un abrigo de cuero negro a pesar del calor. Caminó con paso decidido hacia el centro del salón, donde estábamos todos paralizados, y levantó una mano con un sobre blanco en ella.

—Disculpen —dijo, con voz clara, potente, que cortó el murmullo creciente—. Soy la abogada de la señora Valverde. Y vengo a entregar una orden de alejamiento contra el señor Adrián Solís, por acoso y amenazas. Y también —miró directamente a Patricia, que se había quedado inmóvil—, vengo a informar a la señora Salas que existe una demanda por difamación y extorsión, y que, si no abandona estas instalaciones en los próximos cinco minutos, será detenida por la policía que ya está esperando fuera.

El silencio volvió, pero diferente. Cargado de electricidad. De expectativa.

Y en ese momento, cuando la abogada abrió el sobre y mostró los documentos, cuando los flashes empezaron a dispararse de nuevo pero esta vez contra Patricia y Adrián, cuando vi la cara de mi padre desencajarse de alivio y de amor al mirar a Noa...

Supe que esto no había terminado. Que acababa de empezar.

Y que el hotel, lejos de estar en llamas, se había convertido en el escenario de una guerra que íbamos a ganar.

O eso esperaba.

Capítulo 37



Álvaro

La vi alejarse de mis hijos con una sonrisa que me heló la sangre. Patricia se deslizó entre los invitados con esa elegancia depredadora que siempre había caracterizado sus movimientos, dejando atrás a Lucía, Gabriel y Marcos, que parecían petrificados, como si hubieran visto un fantasma. Y en cierto modo, así era. Ella era el fantasma de un pasado que creía enterrado bajo años de silencio y abandono.

Se acercó a mí con pasos lentos, calculados, sosteniendo una copa de champán que giraba entre sus dedos con gesto distraído. Yo estaba de pie junto a la barra, con el corazón golpeándome las costillas, sintiendo que algo terrible se avecinaba. Noa estaba a mi derecha, pálida, agarrando mi mano con una fuerza que delataba su miedo.

—Álvaro, cariño —dijo Patricia, deteniéndose frente a nosotros—. Qué bonito todo esto. Qué familia tan... moderna.

—Vete, Patricia —dije, con voz baja pero firme—. No tienes nada que hacer aquí.

—Oh, pero sí tengo —sonrió ella, y en sus ojos vi destellar algo peligroso—. Tengo mucho que decir. Y creo que todos deberían oírlo.

No tenía ni idea de qué quería decir, pero la sonrisa en sus labios me decía que lo que fuera que pasara a continuación, no me iba a gustar. Y a penas un segundo después, su voz, amplificada por los altavoces estratégicamente colocados por todo el salón, por el jardín, por la terraza, resonó con una claridad cristalina que cortaba el aire.

—Álvaro, cariño, sé que estás con esa mujer. Pero recuerda quién soy yo. Recuerda que soy tu esposa. Que nunca nos divorciamos legalmente. Y que ese hijo que espera... ese hijo podría no ser tuyo. Porque ella estuvo con Adrián. Lo vi, y tú también. Lo tengo grabado. Y si no me dejas entrar en vuestras vidas, si no me das lo que merezco, se lo contaré a todo el mundo. A la prensa. A tus hijos. A todo Marbella...

La voz se cortó abruptamente. El silencio que siguió fue absoluto, sepulcral, cargado de electricidad. Podía sentir las miradas de cientos de personas clavándose en mi espalda, podía oír el zumbido de las cámaras fotografiando a Noa, que temblaba incontrolablemente a mi lado.

Miré a Noa. Su rostro se descompuso. La gente empezó a murmurar, los periodistas levantaron sus cámaras, los invitados se giraron hacia nosotros con expresiones de shock.

—¿Cómo lo has hecho? —Pregunté, furioso.

—Adrián ha resultado ser una caja de sorpresas —contestó, con una sonrisa triunfal—. Y me ha dado acceso a todo. A sus grabaciones, a sus fotos, a sus... recuerdos íntimos con tu querida Noa.

Sentí que la rabia me cegaba. Quise lanzarme sobre ella, arrancarle ese aparato de las manos, borrar esas palabras del aire. Pero me contuve. Por Noa. Por mis hijos. Por la dignidad que me quedaba.

—Cómo has podido hacer esto —dije, con voz ronca, apenas reconocible—. Cómo has podido contar tantas mentiras.

—No es mentira —replicó ella, encogiéndose de hombros con teatralidad—. Tú viste al igual que yo que estuvo con otro hombre. Y el niño... bueno, quién sabe. La duda es cruel, Álvaro. Te carcomerá por dentro. Te comerá vivo hasta que la rechaces a ella y vuelvas conmigo. Con tu verdadera familia.

Miré a Noa. Tenía las lágrimas corriendo por sus mejillas, pero también tenía algo más en los ojos: una determinación feroz. Una furia contenida que nunca le había visto.

—Álvaro —susurró ella, agarrando mi mano con fuerza.

La miré a los ojos. Y en ese segundo, en esa fracción de eternidad, supe que no había duda posible. Supe que Patricia estaba manipulando, que estaba usando mi peor miedo —el miedo a no ser suficiente, el miedo a ser el segundo plato— como arma arrojadiza.

—Vete —dije, girándome hacia Patricia, con voz quebrada pero firme—. Vete de aquí. Aléjate de nuestras vidas. No eres bienvenida. No lo has sido en diecisiete años, y no lo serás ahora.

Patricia abrió la boca para responder, pero en ese momento, la puerta principal del hotel se abrió de golpe.

Entró una mujer con traje gris marengo, pelo recogido en un moño severo, y una carpeta de cuero negra bajo el brazo. Caminaba con paso decidido, ignorando a los invitados, ignorando a los fotógrafos, ignorando el caos que reinaba en el salón. Se detuvo frente a nosotros, mirando primero a Noa con una expresión de preocupación profesional, y luego a Patricia con frialdad glacial.

—Soy la abogada de la señorita Valverde.

De todo lo que dijo solo me quedé con dos cosas. Orden de alejamiento y difamación y extorsión.

Patricia miró el sobre como si fuera una serpiente. Luego me miró a mí, y vi que su máscara de seguridad se resquebrajaba.

—Esto no cambia nada —dijo, intentando recuperar la compostura —. Y cuando quieras volver conmigo...

—No voy a volver contigo —corté, dando un paso hacia ella, mirándola fijamente a los ojos—. Nunca. Ni hoy, ni mañana, ni en mil años. Pero tampoco voy a seguir simplemente con Noa.

Patricia entrecerró los ojos, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a casarme con ella —dije, y la firmeza de mis palabras resonó en el salón, amplificada por el silencio general—. No solo voy a seguir con ella, Patricia. Voy a hacerla mi esposa. Delante de Dios, de la ley, y de todo el mundo. Porque después de quince años enamorado de esta mujer, después de haberla esperado, después de haberla perdido y vuelto a encontrar, no voy a dejar que la duda, ni tus mentiras, ni tu veneno, nos separen.

Patricia dio un paso atrás, como si la hubiera abofeteado.

—Te arrepentirás —susurró, con voz temblorosa—. Si sigues con ella, si te casas con ella, te arrepentirás. No te hará feliz. Nunca podrá darte lo que yo...

—Tú nunca me diste nada —corté, con dureza—. Solo dolor. Me dejaste, y abandonaste a tus hijos. Así que recoge tus papeles, y vete. Y no vuelvas. Porque si vuelves, te enfrentarás no solo a mí.

La abogada se acercó a Patricia, tomándola suavemente pero firmemente del brazo.

—Señora, por favor. Será mejor que se retire.

Patricia me miró una última vez, con odio y algo más... algo parecido al miedo. Luego se dio la vuelta y se alejó, tambaleándose ligeramente, mientras la abogada la escoltaba hacia la salida.

El silencio en el salón era denso, expectante. Sentía los ojos de todos sobre mí, sobre Noa. Podía oír el latido de mi propio corazón, fuerte, salvaje, lleno de vida.

Me giré hacia Noa.

Estaba allí, quieta, con las lágrimas secándose en sus mejillas, con los ojos brillantes de una emoción que no sabía interpretar.

—Noa —dije, y mi voz se quebró ligeramente al tomar sus manos entre las mías—. Noa, mírame.

Ella levantó la vista. Nuestros ojos se encontraron.

—He pasado catorce años de mi vida mirando hacia atrás —empecé, hablando en voz alta, para que todos la oyeran, para que el mundo entero lo supiera—. Catorce años preguntándome qué habría pasado si hubiera tenido el valor de decirte lo que sentía entonces. Catorce años para olvidar que no estabas a mi lado. Catorce años siendo solo la mitad de un hombre, porque la otra mitad estaba contigo, en Madrid, o donde fuera que estuvieras.

Las lágrimas volvieron a los ojos de Noa, pero esta vez eran diferentes. Eran lágrimas de alivio, de amor, de reconocimiento.

—Y ahora que te he encontrado —continué, arrodillándome frente a ella, ignorando el murmullo de sorpresa de los invitados—, ahora que sé lo que es tenerte, no voy a dejar que te vayas. No voy a dejar que huyas otra vez. No voy a permitir que el miedo, o la duda, o los fantasmas del pasado nos separen.

Saqué del bolsillo de mi chaqueta la cajita de terciopelo azul que llevaba guardada desde hacía una semana, desde que había decidido que quería pasar el resto de mi vida con ella, desde mucho antes de saber que estaba embarazada. La abrí. El anillo brilló bajo las luces del salón, un solitario de diamantes sencillo pero perfecto, como ella.

—Noa —dije, con voz firme a pesar de la emoción que me ahogaba —, ¿quieres casarte conmigo? Quiero que seas mi esposa, la madre de mis hijos, la abuela de sus hijos. Quiero que envejezcamos juntos, que discutamos sobre qué ver en la tele, que paseemos por la playa cogidos de la mano cuando tengamos ochenta años. Quiero que seas tú, solo tú, siempre tú. Porque si no eres tú, nunca será nadie.

Noa se mordió el labio, temblando, con las lágrimas corriendo libremente por su rostro. No respondía. El silencio se hizo eterno.

Y entonces, desde el fondo del salón, una voz juvenil, desesperada, emocionada, rompió el hechizo:

—¡Dile que sí, Noa! —gritó Lucía, con las manos en forma de megáfono alrededor de la boca—. ¡Dile que sí, que nosotros ya te hemos adoptado como madre! ¡No te hagas de rogar!

Una carcajada recorrió el salón. Incluso Noa soltó una risa entre lágrimas, cubriéndose la boca con la mano. Yo me reí también, con los ojos húmedos, mirando a mi hija que corría hacia nosotros seguida de Gabriel y Marcos.

—En serio —dijo Gabriel, acercándose, sonriendo ampliamente—. Ya es oficial. Estás en el padrón familiar.

—Venga, Noa —añadió Marcos—. Tienes que decir que sí, joder.

Noa nos miró a todos, a mí arrodillado, a mis hijos rodeándola, a la multitud de invitados que aplaudían ya, emocionados. Luego me miró a mí, y asintió.

—Sí —susurró, y luego más fuerte—: ¡Sí, Álvaro! ¡Sí, me caso contigo!

El salón estalló en aplausos. Saqué el anillo de la cajeta y se lo puse en el dedo, temblando. Él brillaba en su mano, perfecto, como si siempre hubiera estado ahí, esperando ese momento. Nos levantamos juntos y me lancé a sus brazos, besándola con una pasión que no me importaba mostrar al mundo entero. Era mi prometida. Mi futura esposa. La madre de mi hijo.

Cuando nos separamos, los periodistas se acercaron en manada, disparando preguntas como metrallas.

—Señor Reyes, ¿cuándo es la boda?

—¿Es cierto que la señorita está embarazada?

—¿Cómo se siente al haber superado el escándalo?

Abracé a Noa contra mi lado, protegiéndola con mi cuerpo, y sonreí a las cámaras.

—La boda será pronto —dije—. Muy pronto. Y sí, vamos a tener un bebé. Y no podría estar más feliz.

—¡Yo voy a ser la madrina! —gritó Lucía de nuevo, haciendo reír a todos.

Estábamos rodeados de gente, de felicitaciones, de flashes. Pero por un segundo, un segundo que duró una eternidad, solo existimos Noa y yo, con nuestros corazones latiendo al unísono, con el futuro brillante ante nosotros.

Fue entonces cuando lo vi.

Adrián había entrado por la puerta lateral, eludiendo a la policía que debía estar buscándolo. Caminaba con paso irregular, despeinado, con la corbata suelta y los ojos inyectados en una locura que me heló la sangre. Y en su mano derecha, oculta parcialmente tras su espalda, brillaba algo metálico.

El tiempo se detuvo. Vi cómo se acercaba, esquivando a los invitados, con la mirada fija en Noa. Vi cómo levantaba el brazo, cómo el metal reflejaba la luz de las lámparas. Vi el arma, pequeña, negra, letal.

—Si no eres mía —gritó Adrián, con voz desquiciada, atrayendo la atención de todos—, ¡tampoco serás suya!

Empujé a Noa hacia atrás, poniéndome delante de ella, usando mi cuerpo como escudo. Gabriel y Marcos reaccionaron al instante, lanzándose sobre él, pero estaban lejos. Demasiado lejos.

Pero la seguridad del hotel, entrenada para estos momentos, fue más rápida. Dos guardias salieron de entre la multitud, derribando a Adrián en el suelo antes de que pudiera apuntar. El arma cayó con un ruido sordo sobre la alfombra, deslizándose hasta quedar bajo una mesa. Adrián forcejeó, gritando, desquiciado, mientras los guardias lo inmovilizaban.

—¡No la mereces! —chilló, mirándome con odio puro—. ¡Nunca sabrás darle lo que de verdad necesita! ¡Nunca! ¡Soy yo quien la entiende! Soy yo quien...

—Llévenselo —ordené, con voz firme a pesar del temblor de mis manos—. Y que la policía se encargue.

Se lo llevaron arrastrando, todavía gritando insultos, todavía clamando que Noa le pertenecía, que yo era un impostor, que no la merecía. Su voz se fue apagando mientras desaparecía por la puerta, dejando tras de sí un silencio de shock.

Me giré hacia Noa. Estaba pálida, temblando, pero entera. A salvo.

—¿Estás bien? —pregunté, acariciando su rostro.

—Sí —susurró, abrazándome fuerte—. Gracias a ti.

—Esto no ha terminado —dijo una voz a mi espalda.

Me giré. Patricia había vuelto. Se había quedado en la entrada, observando todo, y ahora caminaba hacia nosotros con paso lento, con una expresión de triunfo mezclada con desesperación.

—Si la eliges a ella —dijo, señalando a Noa con desprecio—, si te casas con ella, atente a las consecuencias. Tengo recursos. Tengo contactos. Puedo arruinar este hotel. Puedo arruinar tu vida.

—Basta ya —dije, con cansancio profundo—. Deja de amenazarme, Patricia. Estamos legalmente divorciados. Lo sabes perfectamente. Así que déjanos en paz de una vez por todas.

—Nunca —susurró ella, con los ojos brillando de locura—. Nunca os dejaré en paz.

Fue entonces cuando Gabriel se interpuso entre nosotros. Luego Marcos. Y finalmente Lucía, que se colocó delante de mí, frente a su madre biológica, con los brazos abiertos como si fuera un muro infranqueable.

—Tú no eres nuestra madre —dijo Gabriel, con voz baja pero letal —. Lo dejaste de ser hace diecisiete años, cuando elegiste a tu amante de Barcelona y nos abandonaste sin mirar atrás.

—No nos criaste —añadió Marcos, con dureza—. No nos educaste. No estuviste en los momentos importantes. Así que olvídate de nosotros. Porque nosotros olvidamos hace mucho tiempo.

Lucía dio un paso adelante, mirando a Patricia a los ojos sin temor.

—Nunca te quisimos —dijo, y su voz era clara, fuerte, definitiva—. Y no nos arrepentimos de ello. Así que vete. Y no vuelvas. Porque no eres bienvenida en nuestras vidas.

Patricia los miró a los tres, boquiabierta, como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—Algún día os arrepentiréis —dijo, con voz quebrada—. Cuando seáis mayores. Cuando entendáis...

—Solo nos arrepentiremos —interrumpió Marcos, con una sonrisa irónica—, si estamos borrachos o al borde de la muerte. Y como no pensamos morirnos pronto, ni emborracharnos hoy, puedes estar segura de que no nos arrepentiremos en la vida.

Patricia miró a sus hijos, luego a mí, luego a Noa. Vio en nuestros rojos una pared de unidad imposible de derribar. Y finalmente, derrotada, se dio la vuelta y se alejó, caminando rápido, casi corriendo, hacia la salida. Esta vez, no se detuvo. Esta vez, desapareció.

El silencio que siguió fue de alivio puro.

Lucía se giró y se lanzó a mis brazos, abrazándome con fuerza.

—Sabía que no creerías nada de lo que decía esa mujer —susurró contra mi pecho—. Sabía que confiarías en Noa.

—Siempre —dije, acariciando su pelo.

Lucía se separó un poco y miró a Noa, sonriendo ampliamente.

—Quiero ser la madrina —dijo—. De la niña. Quiero ser la madrina de mi hermanita.

Noa rio, una risa fresca, liberadora.

—¿Cómo estás tan segura de que será una niña? —preguntó, secándose las lágrimas restantes.

—Porque el universo me debe una hermana —respondió Lucía, con total seriedad—. Estoy harta de tanto hombre en mi vida. Papá, Gabriel, Marcos... todos hombres. Necesito aliadas femeninas. Así que será niña. Punto.

Todos nos reímos. Una risa conjunta, profunda, que limpió el aire de toda la tensión acumulada. Abracé a Noa, besé su frente, y luego miré a mis hijos, a mi familia completa, a mi futuro.

Y pensé, mientras el sol de agosto se ponía sobre el mar visible desde los ventanales del hotel, que a veces el final de una historia es solo el principio de otra mejor. Que los fantasmas del pasado, por muy fuertes que sean, no pueden competir con el amor verdadero. Que había esperado quince años para este momento, y que cada segundo de espera había valido la pena.

Porque ahora, finalmente, tenía todo lo que siempre había querido. Y no iba a soltarlo nunca.

Capítulo 38



Noa

El coche de Álvaro se detuvo frente a la casa y yo sentí que el corazón me golpeaba el pecho con una fuerza descomunal. Aún llevaba puesto el vestido azul marino que había elegido para la cena de aquella noche, aquella noche que había cambiado absolutamente todo. El anillo en mi mano izquierda brillaba bajo la luz del salpicadero, y no podía dejar de mirarlo con una mezcla de asombro y felicidad absoluta.

—Estamos en casa —murmuró Álvaro, y su voz sonaba diferente, cargada de una intimidad que solo nos pertenecía a nosotros.

Lo miré y encontré sus ojos oscuros fijos en mí, devorándome con una intensidad que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Estábamos solos. Los niños se habían quedado con sus abuelos esa noche, una decisión que ahora entendía perfectamente. Álvaro lo había planeado todo.

Salimos del coche y él tomó mi mano entre las suyas, entrelazando nuestros dedos con firmeza. Caminamos hacia la entrada en silencio, pero ese silencio no era incómodo; estaba cargado de promesas, de todo lo que íbamos a compartir, de todo lo que por fin podíamos expresar sin restricciones.

Una vez dentro, dejé que mi mirada recorriera el salón familiar, ese espacio donde había pasado tantas horas con los niños y donde había construido una vida junto a ellos, poco a poco. Pero ahora todo se sentía diferente. Ahora era nuestra casa, nuestro hogar, nuestro futuro.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Álvaro, pero su voz sonaba distraída, con la atención puesta completamente en mí.

Negué con la cabeza y me acerqué a él, posando mis manos sobre su pecho, sintiendo los latidos acelerados de su corazón bajo la tela de su camisa.

—Quiero estar contigo —susurré, y vi cómo sus ojos se oscurecían aún más.

Sin decir una palabra, tomó mi mano y me guió hacia las puertas de cristal que daban al jardín. La noche de agosto era cálida, impregnada del aroma de las buganvillas y el jazmín que Álvaro cultivaba con tanto esmero. La luna llena iluminaba el espacio con una luz plateada que convertía todo en mágico.

Caminamos entre las plantas hasta llegar al cenador donde solíamos sentarnos a charlar mientras los niños jugaban. Pero esta vez no había niños, no había distracciones, solo nosotros y la realidad de lo que estábamos a punto de compartir.

Álvaro se detuvo y se giró hacia mí, tomando mi rostro entre sus manos con una ternura que me hizo sentir lágrimas en los ojos. Me miró como si fuera lo más precioso del mundo, como si no pudiera creer que estuviera realmente allí, prometida a él, llevando su hijo en mi vientre.

—No puedo creer que seas mía —dijo con voz ronca, y sus pulgares acariciaron mis mejillas con una suavidad infinita.

—Siempre he sido tuya —respondí, y era la verdad pura, aunque hubiera tardado tanto en darnos cuenta.

Se inclinó hacia mí y nuestros labios se encontraron en un beso que comenzó suave, casi reverente, pero que rápidamente se encendió en algo más profundo, más urgente. Sentí sus manos bajar por mi espalda, apretándome contra su cuerpo, y pude sentirlo duro y necesitado contra mí, lo que provocó que un gemido escapara de mi garganta.

El beso se volvió salvaje, nuestras lenguas danzando con una desesperación que reflejaba quince años de anhelo contenido. Sus manos recorrieron mi cuerpo con posesividad, memorizando cada curva, cada respuesta mía. Me sentía arder bajo su tacto, consumida por el fuego que siempre había existido entre nosotros, ese fuego que habíamos intentado negar durante tanto tiempo.

—Te deseo —gruñó contra mi boca, y sus palabras resonaron en lo más profundo de mi ser—. Te deseo como nunca he deseado a nadie, Noa. Eres mi obsesión, mi adicción, mi todo.

Sus manos descendieron hasta mis caderas y me levantó con una facilidad que me dejó sin aliento. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo su dureza presionando exactamente donde más lo necesitaba, lo que provocó que un jadeo escapara de mis labios.

—Álvaro... —gemí, y el sonido de su nombre en mis labios pareció desatar algo primitivo en él.

Comenzó a caminar hacia la casa sin soltarme, sin dejar de besarme, de mordisquear mi labio inferior con una urgencia que me volvía loca. Cada paso que daba hacía que su cuerpo rozara contra el mío de una manera que me tenía al borde de la locura.

Cruzamos las puertas de cristal y atravesamos el salón con una prisa desesperada. Álvaro subió las escaleras sin detenerse, sin dejar de sostenerme, sin dejar de mirarme con esa intensidad que prometía ruina y salvación a partes iguales.

Al llegar a la habitación me depositó suavemente sobre la cama y se quedó de pie frente a mí, contemplándome con una mezcla de adoración y lujuria que hizo que me sintiera como la mujer más deseada del mundo.

La luz de la luna entraba por las ventanas abiertas, iluminando su figura con un halo plateado que resaltaba cada músculo de su cuerpo. Se quitó la chaqueta con movimientos deliberados, dejando al descubierto los tirantes de su pantalón sobre su camisa blanca. Luego se deshizo de la corbata y comenzó a desabrocharse los botones uno a uno, sin dejar de mirarme ni un segundo.

Me incorporé sobre los codos, observando fascinada cómo se revelaba ante mí. Su pecho musculoso, cubierto de vello oscuro que descendía en una línea tentadora hacia el ombligo y más allá. Sus abdominales definidos, el resultado de años de natación y cuidado. Cuando se bajó los pantalones y el bóxer, quedó completamente desnudo frente a mí, y tuve que contener el aliento ante la visión de su erección, grande, gruesa y curvada hacia arriba, brillando con la humedad de su deseo.

—Eres perfecta —dijo, y su voz era un ronco susurro que vibró en mi núcleo—. Y eres mía.

Se acercó a la cama y tomó mis tobillos, separando suavemente mis piernas para situarse entre ellas. Sus manos subieron por mis pantorrillas, mis rodillas, mis muslos, llevándose consigo la tela de mi vestido hasta dejar al descubierto mi ropa interior de encaje blanco.

—Precioso —murmuró, y sus dedos rozaron la tela húmeda que cubría mi sexo, haciéndome arquear la espalda.

Con movimientos expertos, me quitó el vestido por la cabeza, dejándome solo en sujetador y bragas. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con hambre, deteniéndose en mis pechos, que ya comenzaban a sentirse más sensibles por el embarazo.

—Dios, mírate —susurró, y se inclinó para besar la curva de mi cuello, descendiendo hasta el valle entre mis pechos—. Estás más hermosa que nunca, Noa. El embarazo te sienta de maravilla. Estás radiante.

Sus palabras me envolvieron en una oleada de calor, y cuando desabrochó mi sujetador y tomó mis pechos entre sus manos, gemí con fuerza. Estaban sensibles e hinchados, y su tacto, aunque suave, provocó que una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo.

—Álvaro, por favor... —supliqué, sin saber exactamente qué pedía, solo sabiendo que necesitaba más, mucho más.

—Por favor, ¿qué, amor? —preguntó con voz provocadora, y sus dedos rozaron mis pezones erectos, haciéndome jadear—. Dime qué necesitas. Quiero oírtelo decir.

—Te necesito —gemí, y mis caderas se movieron instintivamente buscando su contacto—. Te necesito dentro de mí, ahora. Por favor, Álvaro, no me hagas esperar más.

Un gruñido bajo escapó de su garganta y, en un movimiento rápido, me quitó las bragas y se situó entre mis piernas. Sentí la punta de su miembro presionando contra mi entrada, caliente y dura, y por un momento nos miramos a los ojos, compartiendo la magnitud de lo que estábamos a punto de hacer no solo como amantes, sino también como prometidos, como futuros esposos, como padres de un hijo que crecía en mi vientre.

—Te amo —dijo, y con un movimiento fluido, se hundió en mí hasta el fondo.

Grité su nombre, mis uñas se clavaron en sus hombros mientras mi cuerpo se adaptaba a su tamaño, a su grosor, a la sensación de plenitud absoluta que solo él podía proporcionarme. Nos quedamos inmóviles por un momento, disfrutando de la conexión perfecta, de la sensación de ser uno solo.

—Joder, Noa —gruñó contra mi cuello—. Siempre tan perfecta, tan apretada, tan mía.

Comenzó a moverse con embestidas profundas y controladas, cada una de ellas rozando ese punto dentro de mí que me hacía ver estrellas. Sus caderas golpeaban contra las mías con una fuerza que delataba su control desvaneciéndose, y yo lo recibía con las piernas envueltas alrededor de su cintura, instándolo a ir más rápido, más fuerte.

—Más —gemí, y mi voz sonó extraña, ronca de deseo—. Dámelo todo, Álvaro. No te contengas.

Algo se rompió en él ante mis palabras. El control que había mantenido se evaporó, y lo que siguió fue una danza de pasión desenfrenada, de movimientos salvajes y precisos que me arrancaban gemidos y gritos que no podía contener.

Cambió de posición, sentándose sobre los talones y llevándome con él, haciéndome sentar sobre su regazo sin dejar de estar dentro de mí. Esta posición me permitía sentirlo más profundamente, si eso era posible, y cuando comencé a moverme sobre él, sus manos se aferraron a mis caderas con fuerza.

—Así, amor —gruñó, y sus ojos oscuros brillaban con una lujuria primitiva—. Cabálgame. Muéstrame cuánto me deseas.

Me agarré a sus hombros y comencé a moverme con una urgencia desesperada, subiendo y bajando sobre su erección, sintiendo cómo cada movimiento me acercaba más al borde del abismo. Sus manos no permanecían quietas; recorrían mi cuerpo con adoración, subiendo hasta mis pechos, acariciando mis pezones con sus pulgares y descendiendo hasta mi vientre, donde crecía su hijo.

—Mírate —dijo con voz ronca—. Mira lo hermosa que estás, montándome, tomando tu placer. Eres una diosa, Noa. Mi diosa.

Sus palabras me empujaron más allá de cualquier inhibición. Me sentí poderosa, deseada, amada con una intensidad que trascendía lo físico. Continué moviéndome sobre él, cada movimiento mío correspondido por un empuje de sus caderas hacia arriba, golpeando exactamente donde más lo necesitaba.

—Voy a... —Jadeé, sintiendo la tensión acumularse en mi vientre, en mis extremidades, en cada fibra de mi ser.

—Hazlo, mi amor —ordenó, y una de sus manos descendió hasta encontrar mi clítoris, frotándolo con círculos precisos—. Córrete. Quiero verte.

Eso fue todo lo que necesité. El orgasmo me golpeó con la fuerza de un tsunami, arrastrándome en una oleada de placer tan intensa que grité su nombre una y otra vez, con mis uñas dejando marcas en su piel y mi cuerpo temblando incontrolablemente. Él siguió moviéndose dentro de mí, prolongando mi clímax hasta que pensé que no podría soportarlo más.

Capítulo 39



Noa

Pero Álvaro no había terminado. Con una fuerza que me dejó sin aliento, me volteó sobre la cama, quedándome boca abajo, y se situó detrás de mí. Sentí sus manos levantar mis caderas y luego su miembro presionando contra mi entrada, todavía húmeda y sensible por mi orgasmo.

—¿Estás bien? —preguntó con voz tensa, y la preocupación por mí brilló incluso a través de su propia necesidad.

—Sí —gemí, volviendo la cara hacia él—. No pares, Álvaro. No pares.

Entró en mí de una sola embestida profunda, y grité contra las sábanas, sintiendo cada centímetro de él llenándome por completo. Comenzó a moverse con una cadencia salvaje, cada embestida más fuerte que la anterior, sus caderas golpeando contra las mías con un sonido de carne contra carne que resonaba en la habitación.

—Tan buena —gruñó, inclinándose sobre mí para mordisquear mi hombro—. Tan perfecta. Nunca voy a cansarme de esto, Noa. Nunca voy a cansarme de ti.

Sus palabras, mezcladas con los gruñidos de placer que le escapaban de la garganta, me llevaban de nuevo al borde. Una de sus manos se deslizó por debajo de mi cuerpo hasta encontrar mi clítoris, y sus dedos trabajaron con maestría mientras sus embestidas se volvían erráticas y cada vez más desesperadas.

—Álvaro... —jadeé, sintiendo que me acercaba otra vez.

—Una vez más, amor —suplicó contra mi oreja—. Córrete.

Sus embestidas se volvieron profundas y fuertes, golpeando ese punto perfecto una y otra vez, mientras sus dedos presionaban con insistencia. Cuando sentí que comenzaba a temblar dentro de mí, que su propio orgasmo se acercaba, me dejé ir por segunda vez, y esta vez él me siguió, enterrándose hasta el fondo y quedándose inmóvil mientras su semilla caliente llenaba mi interior.

Gritamos juntos, nuestros cuerpos unidos en la más íntima de las danzas, temblando y jadeando mientras las olas de placer nos arrastraban. Él se derrumbó sobre mí, cuidando de no aplastarme con su peso, y durante largos momentos nos quedamos así, conectados, respirando con dificultad, recuperándonos de la intensidad de lo compartido.

Cuando finalmente nos separamos, Álvaro se recostó a mi lado y me atrajo hacia su cuerpo, envolviéndome en sus brazos con una ternura que contrastaba con la pasión salvaje que acabábamos de compartir. Su mano comenzó a acariciar mi espalda con movimientos lentos y relajantes, y yo apoyé mi cabeza sobre su pecho, escuchando los latidos de su corazón que poco a poco recuperaban su ritmo normal.

Pasaron varios minutos en silencio cómodo, solo el sonido de nuestra respiración llenando la habitación. Pero entonces, Álvaro se movió. Se incorporó sobre un codo y su mano descendió hasta mi vientre, aún plano, y es que apenas se notaban cambios visibles del embarazo. Sus dedos rozaron mi piel con una suavidad infinita, casi reverente, y cuando miré su rostro, vi que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—¿Qué pasa? —pregunté con suavidad, tocando su mejilla.

Él negó con la cabeza, con una sonrisa temblorosa curvando sus labios.

—Es que... no puedo creerlo —dijo, y su voz se quebró ligeramente —. Hay una vida creciendo aquí dentro, Noa. Nuestro hijo. Una mezcla perfecta de ti y de mí.

Sus dedos comenzaron a trazar círculos sobre mi vientre con una ternura que me hizo llorar. Se inclinó y depositó un beso suave sobre mi piel, justo donde sabíamos que crecía nuestro bebé.

—Hola, pequeño —susurró, y su voz era pura emoción—. Soy tu padre. Todavía no puedo verte, pero ya te amo con todo mi corazón. Te estuve esperando tanto tiempo...

Un sollozo escapó de mi garganta, emocionada por la belleza del momento, por la vulnerabilidad de este hombre fuerte que ahora hablaba con nuestro hijo no nato con una devoción que me rompía el corazón en el mejor de los sentidos.

—Tu madre es la mujer más increíble del mundo —continuó Álvaro y levantó la vista para mirarme a los ojos—. Es valiente, fuerte y hermosa, y tiene el corazón más grande que he conocido. Está dándote la vida, pequeño, y eso la convierte en mi heroína.

No pude contener las lágrimas. Se deslizaron por mis mejillas mientras lo observaba, este hombre que había amado en silencio durante quince años, que ahora estaba prometido a mí, que había hecho el amor conmigo con una pasión que había trascendido lo físico, y que ahora hablaba con nuestro hijo con una ternura que me hacía sentir la mujer más afortunada del mundo.

—Prometo ser el mejor padre que pueda ser —siguió y besó de nuevo mi vientre—. Prometo protegerte, guiarte y amarte incondicionalmente. Y prometo amar a tu madre cada día de mi vida, porque ella es el regalo más grande que jamás haya recibido.

Se quedó en silencio, con la mejilla apoyada contra mi vientre, y yo pasé mis dedos por su cabello, acariciándolo con todo el amor que sentía por él. Pasaron varios minutos así, en una intimidad perfecta, hasta que finalmente se incorporó.

Sus ojos se encontraron con los míos, y vi en ellos todo el amor del mundo. Se inclinó y besó mi vientre por última vez, un beso largo y tierno que sellaba sus promesas. Luego subió por mi cuerpo hasta que su rostro quedó frente al mío.

—Te amo, Noa —dijo, y sus palabras resonaron con una verdad absoluta—. Te amo con cada fibra de mi ser, con cada aliento que tomo, con cada latido de mi corazón. Eres mi pasado, mi presente y mi futuro. Eres mi todo.

Apoyó su frente contra la mía y cerré los ojos, sintiendo la calidez de su piel contra la mía, nuestras respiraciones entrelazándose

—Y yo te amo a ti, Álvaro —susurré, y mis manos acariciaron su rostro, memorizando cada rasgo—. Te amo desde que tenía quince años, aunque no supiera nombrarlo. Te amaré hasta que el último aliento abandone mi cuerpo y más allá, si es posible.

—Mi prometida —murmuró, y sonó como la más hermosa de las oraciones.

—Tu prometida —confirmé, y sonreí contra sus labios.

—Mi futura esposa.

—Siempre.

—La madre de mis hijos.

—De todos ellos —añadí, pensando no solo en el bebé que crecía en mi vientre, sino también en Gabriel, Marcos y Lucía, que ya eran tanto míos como suyos.

Se apartó ligeramente para mirarme a los ojos, y en su mirada vi la promesa de una vida juntos, de despertares compartidos, de noches de pasión y días de ternura, de criar a nuestros hijos juntos, de envejecer uno al lado del otro.

—Bienvenida a casa, amor —dijo finalmente, y sus labios se curvaron en una sonrisa que iluminó toda la habitación.

—Estoy en casa —respondí y, por primera vez en mi vida, supe que era absolutamente cierto.

No estaba solo en una casa, estaba en el lugar donde mi corazón había encontrado su hogar. En los brazos de Álvaro, con nuestro hijo creciendo en mi vientre y tres niños maravillosos esperándonos en el futuro que construiríamos juntos.

Y mientras nos quedábamos allí, abrazados en la oscuridad iluminada por la luna, supe con certeza absoluta que esta era solo la primera de infinitas noches que pasaríamos juntos, explorando el amor que habíamos encontrado después de tantos años de espera.

El final de una historia de quince años de silencio y el comienzo de toda una vida de amor.

Epílogo



Álvaro

Diez años después…

Me desperté antes de tiempo, como había hecho durante los últimos diez años. No por obligación ni porque el negocio me lo exigiera, sino porque ya habíamos construido un equipo sólido, gente de confianza que sabía hacer su trabajo mejor de lo que yo jamás lo había hecho, sino por costumbre. Porque a las cinco de la mañana mi cuerpo decidía que ya había dormido lo suficiente, que había demasiada vida esperando más allá de la ventana.

Noa seguía dormida a mi lado. La miré un rato, como hacía a menudo, sin cansarme de encontrarla allí. Después de diez años, todavía me sorprendía la naturalidad con la que encajaba en mi existencia, como si esos quince años de silencio no hubieran sido más que una pausa incómoda en una historia que siempre estuvo escrita para nosotros. Su pelo, ahora con algunas canas que se negaba a teñir, caía sobre la almohada. Su mano descansaba sobre mi almohada, buscando mi calor aun en sueños.

Nuestro hijo mayor, el que llevaba mi nombre, el que había nacido de aquella crisis que casi nos destruyó, cumplía nueve años. Después vinieron las gemelas, Carla y Sofía, que ahora tenían seis años y eran un torbellino de risas y desastres. Y finalmente Mateo, el benjamín, que acababa de cumplir tres y todavía dormía en su cuna convertida en cama.

Me levanté con cuidado, evitando el crujido del suelo de madera que conocía demasiado bien. Bajé las escaleras de la casa que habíamos construido junto al hotel, una casa que no era ni la mía ni la de ella, sino simplemente nuestra. El olor a café ya flotaba en la cocina —Gabriel, siempre Gabriel, que se había convertido en mi mano derecha y en el alma del negocio.

—Buenos días, padre —dijo sin levantar la vista del ordenador portátil.

Gabriel tenía treinta y un años y llevaba tres años gestionando la parte operativa del hotel. Mi hijo mayor, ese que empezó la carrera para ser ingeniero, decidió después que quería hacer otra cosa completamente distinta, algo que me sorprendió mucho, y para bien.

Había estudiado Administración de Empresas, se había especializado en turismo de lujo y, tras esos años en Madrid, había vuelto a Marbella con la determinación de demostrar que no necesitaba mi apellido para triunfar. Y sí, lo había conseguido. Los clientes lo llamaban por su nombre, los empleados lo respetaban, y yo... yo estaba orgulloso hasta el punto de que a veces se me hacía un nudo en la garganta solo de verlo trabajar.

—¿Duermes alguna vez? —le pregunté, sirviéndome café.

—Duermo lo suficiente. Hoy es el día de la barbacoa, ¿recuerdas? Tengo que revisar los pedidos de carne, confirmar que el servicio de catering tiene todo preparado, y...

—Y Lucía se encarga de los eventos, ¿no? —interrumpí, sonriendo.

Gabriel levantó la vista y vi algo en sus ojos. Algo que no supe identificar del todo, pero que parecía a medio camino entre la preocupación y la emoción contenida.

—Sí. Lucía se encarga de los eventos —repitió, y volvió a su pantalla.

Salí al exterior mientras amanecía. El hotel se extendía ante mí, más grande, más pulcro, más vivo que nunca. Lo habíamos convertido en un referente de la Costa del Sol, un lugar donde la gente venía no solo por el sol y el mar, sino también por la historia que respiraba en cada rincón. La historia de Noa y mía, invisible para los extraños, pero presente en cada elección que habíamos hecho: en el jardín que ella diseñó, en la biblioteca donde guardábamos los libros que habíamos leído juntos, en la suite que nunca alquilamos porque era nuestro refugio.

Diez años. Diez años de decisiones compartidas, de discusiones que terminaban en reconciliaciones, de noches en vela con bebés enfermos, de triunfos profesionales celebrados con una botella de vino barato porque estábamos demasiado cansados para salir. Diez años de amor real, imperfecto, construido con paciencia y consciente de que cada día era una elección.

Marcos llegó con su familia. Se había casado hacía tres años con Julia, una veterinaria de Málaga que lo había domesticado sin que él se diera cuenta. Tenían un hijo de un año, Pablo, que era la debilidad de todas las mujeres de mi familia.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Marcos, dejando a Pablo en mi regazo.

—Durmiendo. Dice que, como madre de tus cuatro hermanos, se ha ganado el derecho a levantarse cuando le dé la gana.

—No, es mi derecho por aguantarte a ti —escuché a Noa, que apareció por la puerta con Mateo en brazos. Llevaba el pelo revuelto y una camiseta vieja mía, y era la mujer más hermosa que había visto en mi vida.

La miré y ella me sonrió, esa sonrisa que había aprendido a leer como un mapa. Estaba contenta. Estaba en casa.

La barbacoa era una tradición que habíamos instaurado el primer año de nuestra reconciliación definitiva. Cada primer sábado de julio, invitábamos a mis hermanos, con sus mujeres e hijos, a comer en el jardín trasero del hotel. No era un evento formal, aunque Lucía se encargaba de que todo funcionara con la precisión de un reloj suizo. Era un caos organizado: ruido, niños corriendo entre las mesas, risas demasiado altas y la inevitable discusión entre mi madre y la tía de Noa sobre quién hacía mejor la tortilla de patatas.

Ese año, sin embargo, había algo diferente. Lucía, que ahora tenía veintisiete años, se movía con una energía nerviosa que no le reconocía. Estaba embarazada de ocho meses y era su primer hijo, fruto de una relación que había mantenido en secreto durante meses, hasta que un día simplemente apareció en casa con un hombre llamado Daniel y con la noticia de que iban a ser padres.

Daniel era arquitecto, tranquilo y paciente; tenía treinta y siete años y miraba a Lucía como si ella fuera el centro de gravedad de su universo. Me caía bien, aunque todavía me costaba acostumbrarme a la idea de que mi niña, la misma que lloraba en mis brazos con solo dos meses cuando su madre se fue, la que había crecido demasiado deprisa, fuera a tener un hijo propio.

Antes de él, tuvo tan solo una relación seria, un chico con el que todos pensábamos que tendría su felices para siempre, como decía Noa, pero resultó que el chico en cuestión era uno de esos lobos con piel de cordero que, cuando mostró su verdadera cara, nos sorprendió a todos.

—Estás pensando demasiado —dijo Noa, sentándose a mi lado en el banco de piedra que daba al jardín.

—Estoy pensando que voy a ser abuelo.

—Ya eres abuelo desde hace un año.

—Eso no cuenta. Pablo es hijo de Marcos. Lucía es... —me detuve, buscando las palabras—. Lucía es mi niña pequeña.

Noa apoyó la cabeza en mi hombro. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado y olía a protector solar y a café.

—Lo sigue siendo. Y siempre lo será. Pero también es una mujer adulta que va a ser madre. Y va a ser una madre increíble, Álvaro. Porque aprendió del mejor.

—¿De mí? —Bromeé, aunque sentí el cumplido calentarme el pecho.

—De nosotros. De ver lo que es el amor real. El que no se rinde cuando las cosas se ponen difíciles.

Fue justo cuando Lucía se acercaba a la mesa con una bandeja de ensalada cuando sucedió. Se detuvo en medio del césped, dejó la bandeja sobre una mesa auxiliar, y se llevó las manos a la barriga con una expresión de sorpresa que habría sido cómica de no ser por el grito que siguió:

—¡Mierda!

El jardín se quedó en silencio. Todos la miramos. Lucía miró hacia abajo, luego hacia nosotros y, finalmente, hacia Daniel, que se había puesto pálido de golpe.

—Creo... —dijo Lucía, con una calma que no se correspondía con la situación—. Creo que acabo de romper aguas.

El caos que siguió fue memorable. Claudia y Sara, mis cuñadas, empezaron a dar órdenes como si estuviéramos en un campo de batalla. Noa corrió hacia Lucía con la experiencia de quien había pasado por eso cuatro veces. Gabriel, siempre eficiente, ya estaba llamando a un taxi porque insistió en que el coche no sería lo suficientemente rápido. Marcos intentaba calmar a Daniel, que parecía a punto de desmayarse. Y los niños... los niños seguían corriendo entre las mesas, ajenos a todo, perseguidos por Julia que intentaba mantenerlos alejados del epicentro.

Yo me quedé parado un segundo, mirando la escena. Mi hija, de pie en medio del jardín, con una mancha de agua en el vestido y una sonrisa nerviosa en los labios. Mi mujer, a su lado, sosteniéndole la mano y hablando en voz baja para calmarla. Mis hijos, mis nietos, mi familia extendida, todo ese universo que habíamos construido a partir de cenizas.

—Álvaro —me llamó Noa—. ¿Vienes?

Asentí y caminé hacia ellas. Cada paso me recordaba cuánto había cambiado mi vida, cuánto había cambiado yo. El hombre que había sido quince años atrás, ese divorciado amargado que criaba a sus hijos con miedo y silencio, parecía alguien de otra vida.

Nunca había sido bueno esperando. Los años de gestión del hotel me habían enseñado a ocuparme, a resolver, a actuar. Pero en una sala de espera de maternidad, no hay nada que gestionar. Solo queda... esperar.

Daniel iba y venía como un pingüino nervioso. Marcos intentaba distraerlo con historias de cuando nació Pablo. Gabriel, que había venido en el taxi con nosotros, revisaba emails en su teléfono con una concentración que sabía que era fingida. Mi madre había insistido en venir y ahora dormitaba en una silla, indiferente al drama.

Noa salió de la habitación en la que estaba con Lucía y se sentó a mi lado.

—Está bien —dijo—. Está dilatada seis centímetros. Va rápido.

—¿Y el bebé?

—Perfecto. Daniel puede entrar cuando quiera.

Daniel nos miró con ojos suplicantes, como si pidiera permiso. Asentí, y desapareció por la puerta corredera.

—¿Cómo estás? —preguntó Noa, tomando mi mano.

—Viejo —respondí, y era verdad.

—Eres el hombre más joven que conozco —dijo ella, apoyándose en mi hombro.

Cerré los ojos y respiré. El olor a desinfectante del hospital, el sonido de las máquinas, la presencia de Noa a mi lado. Todo eso era mi vida ahora. No la perfección, no el final feliz de los cuentos, sino esto: la espera, la incertidumbre, el amor que se demostraba en los pequeños gestos de cada día.

—Gracias —dije, sin abrir los ojos.

—¿Por qué?

—Por volver. Por quedarte. Por darme esto.

Noa no respondió. Solo apretó mi mano con más fuerza.

Fueron tres horas de espera que parecieron tres días. Cuando finalmente escuchamos el grito, ese primer aliento de aire que significa vida, que significa que todo ha valido la pena, todos nos levantamos de golpe.

La enfermera salió sonriendo.

—Es una niña —anunció—. Perfectamente sana. Pueden pasar, pero de dos en dos.

Entramos Noa y yo primero. Lucía estaba en la cama, despeinada, hermosa, agotada, con una expresión de triunfo absoluto en el rostro. En sus brazos, envuelta en una manta blanca, estaba la más pequeña de nosotros. Mi nieta.

—Hola, abuelo —dijo Lucía, con la voz ronca por el esfuerzo—. Te presento a Noa.

—Noa —repetí, acercándome.

—Como su abuela —contestó, mirando a Noa—. Quería que tuviera el hombre de la mujer más fuerte y valiente que he conocido.

Miré a Noa y la vi sonreír con los ojos vidriosos, controlando las lágrimas de la emoción. Y es que ella, mi mujer, era la única madre que mis tres hijos mayores querían en sus vidas.

Cogí a la bebé con cuidado, con ese miedo reverencial que siempre acompaña a los recién nacidos. Era pequeña, perfecta, con un puñado de pelo oscuro y la nariz de su madre. Y mientras la sostenía, sentí algo romperse dentro de mí, algo que llevaba años construyéndose: la certeza absoluta de que esto era el final que merecía nuestra historia.

No un final perfecto, ni un final sin lágrimas, sin miedos, sin noches de insomnio por delante. Pero un final verdadero. Un final en el que el amor no era una promesa abstracta, sino una casa llena de gente, un hotel que habíamos construido juntos, una familia que seguía creciendo.

Salimos del hospital al atardecer. El cielo de Marbella se teñía de naranja y rosa, como había hecho mil veces antes, como haría mil veces después. Noa caminaba a mi lado, y su mano encontraba la mía con la naturalidad de quienes han aprendido a caminar juntos.

—¿Vamos a casa? —preguntó ella.

—Sí —dije—. A casa.

Pero antes de subir al coche, me detuve. Miré hacia atrás, hacia el hospital donde acababa de nacer una nueva generación de nuestra familia, y pensé en Adrián, que seguía en Londres, donde se había ido olvidándose por fin de mi mujer. Pensé en Patricia, que se había divorciado del vendedor de seguros para casarse con un empresario italiano que viajaba por el mundo y se había olvidado por completo de sus hijos, otra vez. Pensé en los quince años de silencio, en el dolor que casi nos destruyó, y en la suerte de haber encontrado el camino de vuelta.

—¿Qué piensas? —preguntó Noa.

—Pienso —dije, buscando las palabras exactas— que durante mucho tiempo creí que el amor era un destino. Algo que te sucede, como un accidente. Pero no es así. El amor es una decisión. Es elegir a alguien cada día, incluso cuando es difícil, incluso cuando la vida se interpone. Es construir un lugar al que siempre quieras volver.

Noa sonrió, y era la misma sonrisa de aquella chica que jugaba con mis hijos.

—¿Y este es ese lugar? —preguntó, señalando con la cabeza el horizonte, el hotel, la ciudad, nuestra vida.

—Tú eres ese lugar —dije, y era la verdad más pura que conocía—. Porque donde estés tú, es donde siempre voy a volver.

Subimos al coche. En el asiento trasero, Mateo dormía en su sillita, ajeno a la importancia del día. Pronto llegarían los demás, llenaríamos la casa de risas y de ruido, de la vida cotidiana que habíamos aprendido a valorar.

Mientras conducía, Noa se quedó dormida contra la ventana, agotada por las emociones del día. La miré de reojo, asegurándome de que estuviera cómoda, y sonreí para mí mismo.

Diez años atrás, casi la perdía. Diez años atrás, creí que mi historia de amor había terminado antes de empezar. Y ahora, aquí estaba: con siete hijos, un nieto, una nieta recién nacida, un hotel próspero, y la mujer que amaba dormida a mi lado.

No era un final de cuento. Era algo mejor. Era real.

Y mientras el sol se ponía sobre Marbella, mientras conducía hacia nuestra casa, hacia el lugar donde siempre volvíamos, supe con certeza absoluta que había valido la pena cada segundo de espera, cada lágrima, cada paso en falso. Porque al final, el amor no es encontrar a alguien perfecto.

Es encontrar a alguien con quien la imperfección sea perfecta.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu